

Escrito para **NO** morir

BITÁCORA DE UNA MILITANCIA

María Eugenia Vásquez Perdomo

Premio Nacional de Testimonio
MINISTERIO DE CULTURA
1998

Escrito para **NO** morir

BITÁCORA DE UNA MILITANCIA

María Eugenia Vásquez Perdomo

Premio Nacional de Testimonio
MINISTERIO DE CULTURA
1998

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE GOBIERNO
Dirección de Derechos Humanos
y Apoyo a la Justicia

Programa Justicia de Género



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



SECRETARÍA DE GOBIERNO
Dirección de Derechos Humanos y Apoyo a la Justicia
Programa Justicia de Género

Escrito para no morir
Bitácora de una militancia
© María Eugenia Vásquez Perdomo

*Colección: Que lo **INJUSTO** no me sea indiferente*

Quinta edición, 500 ejemplares
Bogotá – noviembre de 2011
ISBN:

Primera edición: septiembre de 2000
Segunda edición: abril de 2001
Tercera edición - traducido al inglés - (“My life as a Colombian revolutionary: reflections of a former guerrillera”): 2005
Cuarta edición: agosto de 2006

ALCALDIA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARIA DE GOBIERNO
Dirección de Derechos Humanos y Apoyo a la Justicia
Programa Justicia de Género

Alcaldesa (d) Mayor de Bogotá
Dra. Clara López Obregón
Secretaria de Gobierno
Dra. Mariela Barragán
Directora de DDHH y Apoyo a la Justicia
Dra. Lilia Solano
Coordinadora del Programa Justicia de Género
Dra. Zully Moreno

Ilustración de carátula y diagramación
Marcela Vega Vargas

Impresión
Grafitto & Pizarra

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso del editor.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

*A mis muertos, que se fueron sin renunciar a sus sueños,
y también a quienes, aun despiertos, confían en la vida.*

*A mi madre, cuya presencia silenciosa
fue el más elocuente testimonio de amor.*

*A mi hijo Juan de quien heredé esta vida de ahora,
y a mi amado Jose, esta memoria para que no me olvide*

Agradecimientos

A la vida y al albur de conservarla.

Al maestro Luis Guillermo Vasco, porque siempre me señaló caminos.

Al profesor Jaime Arocha, quien confió más que yo en que sí podía, orientó mi búsqueda y sufrió con paciencia mi proceso.

A Alonso Salazar, con quien mi pasado dejó de ser clandestino, medió la palabra y me permitió sentirme orgulloso de mis cuentos.

A Pilar Riaño, con quien descubrí la complejidad y el valor de la memoria.

A mis amigas, las mujeres junto a quienes me deshice y rehice tantas veces... con quienes aprendí a llorar sin sentir vergüenza.

A mis amigos, esa legión de cómplices cariñosos, que leyeron por encima de mi hombro estas páginas.

Al amor que inspiró cada palabra y sostuvo mi ánimo

Y a todos ustedes, lectores, que son el sentido y el imán de este relato, porque de otra manera no habría iniciado la aventura de recorrer mi vida, ni sería la que soy.

Contenido

Agradecimientos	7
Presentación	11
Introducción	
Uno	
Retrato familiar	29
Dos	
De tropel en la Nacional	65
Tres	
Una guerrilla criolla	95
Cuatro	
La Anapo, el pueblo que le faltaba al Eme	151
Cinco	
Cara oculta	171
Seis	
Operación Colombia: armas para la guerra	193
Siete	
Nos jugamos el todo por el todo	229

Ocho

Un ejército en apuros	265
-----------------------	-----

Nueve

Rejas en el alma	293
------------------	-----

Diez

Cantando al sol como la cigarra	389
---------------------------------	-----

Once

Heridas de muerte	429
-------------------	-----

Doce

Reinventar la vida	479
--------------------	-----

Apéndices	515
-----------	-----

Siglas utilizadas	541
-------------------	-----

Glosario	543
----------	-----

Bibliografía	555
--------------	-----

Presentación

ESCRITO PARA NO MORIR

ESCRITO PARA NO MORIR

Introducción

La memoria,
hilo que teje la vida

Esta autobiografía quizás es un conjuro contra el olvido de una colectividad política o unas ideas que dieron sentido a muchas vidas y que se pierden en la memoria y la historia oficiales. O, simplemente, una manera de situarme frente a mí misma.

Cuento una vida anónima que relaciona una época, una sociedad percibida desde el mundo de la Universidad Nacional, una opción juvenil, las costumbres y los aprendizajes dentro de un grupo guerrillero urbano, el ser mujer en un mundo eminentemente masculino como el de los ejércitos, la resistencia en la cárcel y las incertidumbres del retorno a la vida civil. Cuando una persona narra su vida y otra u otras la escuchan o la leen, la protagonista siente que existe: se siente. Ése, por sí sólo, es para mí un buen comienzo.

Soy mujer y milité por más de dieciocho años en un grupo insurgente, el Movimiento 19 de Abril, M-19. La decisión de renunciar a la militancia que constituyó durante tanto tiempo la razón fundamental de mi existencia, me dejó ante la vida como si ésta fuera una hoja de papel en blanco. Sólo contaba con mi pasado como fuente de experiencia, en mis manos estaba convertirlo en ancla o en velero.

El proceso personal que me condujo a abandonar las armas se adelantó un año al que vivió la colectividad a la cual pertenecí, pero volvimos a encontrarnos en la búsqueda de nuevos rumbos para reorientar la vida y la política.

En enero de 1989, el M-19, firmó un acuerdo mediante el cual renunció a la lucha armada para concertar un nuevo pacto social que pudiera servir como base a la paz. Ese nuevo pacto se concretó en la Constitución de 1991. El lapso transcurrido entre la firma de los acuerdos y la convocatoria de la Constituyente fue un tiempo difícil para el Movimiento y cada uno de sus integrantes. Ni el país, ni la gente de los bandos hasta el momento enfrentados podían comprender a cabalidad las implicaciones de un cambio tan profundo. La mía no fue una decisión radical y precisa, apareció, más bien, como opción en mi búsqueda de coherencia interior, cuando el ejercicio de la política desde las armas ya no bastó para llenar de sentido mi existencia y entonces, inicié un retiro gradual de la militancia. Ello implicó buscar una opción de vida diferente y un oficio distinto al de la guerra. En medio de tal encrucijada retomé la antropología como una posibilidad de situarme en una perspectiva de análisis para entender a lo que me enfrentaba con el retorno a la civilidad.

A comienzos de 1989 acudí a la oficina de mi maestro, el profesor Luis Guillermo Vasco, en la Universidad Nacional, con la idea de adelantar un trabajo de reflexión sobre mi propia experiencia, que aportara en la comprensión de la violencia sucedida en la última década. El maestro me remitió al profesor Jaime Arocha, quien había participado en la Comisión de Estudios sobre la Violencia, cuyo informe se publicó en 1987 bajo el título *Colombia, violencia y democracia*. En ese momento, el profesor

Arocha trabajaba una propuesta metodológica basada en la utilización del *diario intensivo* —una práctica de autoanálisis desarrollada por el psicólogo Ira Progoff (1984)— como técnica de investigación etnográfica. Entonces, me propuso realizar un trabajo conmigo misma a partir del recuerdo. Allí comenzó el proceso de reflexión, uno de cuyos resultados es la narración autobiográfica. En la metodología mencionada encontré las primeras herramientas para explorar mi vida pasada como fuente de experiencia en busca de múltiples respuestas. Algunas de ellas referidas a las maneras de actuar del grupo insurgente al cual pertenecí; otras, a la identificación de particularidades que nos diferenciaban de sectores de izquierda y de la sociedad; muchas, a consultar las lógicas internas de mi propia actuación y los hilos conductores provenientes de la primera socialización que posteriormente facilitarían la actividad conspirativa y, también, los rompimientos necesarios para transgredir la norma social en aras de una transformación definitiva. Todas ellas útiles en la construcción de estrategias necesarias para disminuir la angustia generada por el cambio. Ese ejercicio académico, además, generó un proceso de elaboración de memoria y resignificación de mi vida.

Para iniciar una expedición al pasado, como lo requería el trabajo, fue necesario pulsar el recuerdo y echar a andar el engranaje de la memoria. Así, imágenes antiguas se activaban con cualquier apoyo sensorial o emocional y aparecían en el momento y el lugar menos esperados, como una avalancha incontenible. Yo vivía alucinada con mis recuerdos

y los iba consignando en cuanto papel caía en mis manos: fichas, cuadernos, agendas, servilletas, reversos de recibos o cajetillas de cigarrillos; volví a sentir todas las emociones que llegaban con las imágenes del pasado. Aquél fue un período de mucha exaltación, porque con la alegría de revivir momentos intensos también se hacían presentes la añoranza y la ausencia. La mitad de mis recuerdos terminaban en llanto: hacia 1989, ya eran muchos los muertos y desaparecidos de nuestro movimiento. Mi pasado se parecía a los caminos del país, donde una o varias cruces en cada recodo dejan constancia de la muerte.

No podría hablar de tiempos precisos porque los procesos son caprichosos, pero años después de amasar mis recuerdos, de calibrar las ausencias, de confundir vida y muerte, encontré en el tiempo un hilo conductor para ordenar la memoria. Así nació el texto autobiográfico.

Muy despacio, comencé a armar mi cuento, a tejer la memoria y a darle sentido, a matizarla de grises y colores. Mi relato no constituye un todo homogéneo; por el contrario, presenta vacíos, rupturas y discontinuidades propias de la dinámica entre olvido y recuerdo, de las texturas de la vida, de las contradicciones conmigo misma y con la intencionalidad de la memoria que iba elaborando.

Contarme para otros fue como aprender a desnudarme en público. Cuando comencé a escribir sobre mi vida, lo hice con cierto rubor, porque no

acostumbraba a hablar en primera persona. Al compartir mi relato sentí pudor; quizás, debido a la poca importancia que concedía al ámbito de lo privado en relación con la política y por el secreto que había acompañado todas mis acciones, pero finalmente aprendí a hacerlo sin avergonzarme cuando le encontré sentido. El sentido lo dan la intención y el destino de la memoria narrada. En la autobiografía se elabora una memoria para algo o para alguien. En esa medida, no hay memorias ingenuas, la memoria tiene una finalidad, un poder, en tanto reconstruye el pasado para hacer que se oiga su voz acallada por diversas circunstancias, por ejemplo, para exigir reparación a la exclusión.

Escribir mi vida para otros, examinarla una y otra vez objetivada en el texto, me permitió reconocer paulatinamente mi condición social, reconciliar pasado y presente, comprender la vida como proceso y rechazar la imposición de un *ex*, militante y guerrillera, que fracturaba mi identidad, hacer visibles las múltiples mujeres que me habitan, aceptar mis miedos, mis debilidades, y aprender a convivir con mis amados fantasmas sin que dolieran tanto. Al acercarme y alejarme del pasado, pude reflexionar sobre concepciones, prácticas y hábitos aprendidos en las tareas conspirativas y, al hacerlo, transformar aquellos que dificultaban mi convivencia inmediata. No fue nada fácil comprender la naturaleza de los cambios que debía afrontar. Cambios en buena parte positivos y otros, definitivamente insalvables, entre ellos el de vivir sin un proyecto que subordinara todas las demás actividades, como lo

hizo el sentido revolucionario que orientó nuestra actividad militante. La vida parecía vacía, insípida y superficial sin una misión clara.

En la medida en que escribía aparecían trazos tenues de una identidad que de tanto repasarlos se ponían de relieve. El escrito y yo nos influimos mutuamente, nos afectamos siempre. Gracias a este ejercicio, encontré sentidos y explicaciones antes invisibles. Supe que la vida tiene razones y sinrazones y que no vale la pena juzgar, sino entender. Pero lo más importante fue que pude encontrar en mi pasado la fuerza de una identidad que me sacó de la nostalgia.

Elaborar la memoria autobiográfica implicó repensar mi identidad para afrontar un presente hostil lleno de contradicciones entre la realidad y la expectativa implícita en el retorno a la vida legal. La memoria actuó como fuerza vital, porque pude recuperar lo positivo en medio de tantas pérdidas, para salir de la tristeza y la incertidumbre en que estaba sumida.

La memoria tenía una primera demanda, hilvanar una etnografía, describir las maneras de ser, de pensar y de obrar de un conjunto de personas que actuaron contra el establecimiento. Creo que, entenderme como parte de una historia y heredera de una cultura, le imprimió valor a una actividad como la subversiva socialmente satanizada y, simultáneamente, le dio valor a mi vida. Memoria e identidad se interrelacionaron de manera dinámica en la narración autobiográfica, en ese proceso de

empoderamiento que me impulsó a buscar un lugar en la sociedad sin renegar de mi pasado.

Parada en mi cuento, me sentí capaz de interpelar a la sociedad colombiana que consideró a los insurgentes como indeseables. La fuerza de la identidad es uno de los más importantes referentes del individuo o del grupo para buscar reconocimiento en un orden que los ha negado hasta el momento.

Hay un aspecto que considero necesario destacar: la memoria cultural no es homogénea, tiene fisuras, y una de ellas se relaciona con la identidad de género. Ser mujer, en un campo masculino como el de los ejércitos, resulta muy conflictivo. Al relatar mi vida fui descubriendo cómo ciertos elementos cuestionan el poder dentro de una organización que, pese a romper muchos esquemas sociales vigentes e innovar, incluso, en la práctica política de la izquierda tradicional, mantuvo contradicciones con el sentido de equidad frente a las mujeres y, en el mejor de los casos, destacó o afianzó en nosotras virtudes compartidas con los roles femeninos tradicionales.

Las memorias oficiales manejan el olvido para ocultar a personas o sectores sociales e imponer su versión legitimadora. Pero desde los excluidos también se construyen memorias que interpelan las diversas formas del poder. Hoy en día, sectores tradicionalmente invisibles para el conjunto del país, como las mujeres, los negros, los indios, los jóvenes y los habitantes de la calle se han propuesto llenar de palabras sus silencios y recuperar sus historias como

parte de un proceso de construcción de identidad y de búsqueda de reconocimiento social. La memoria rescata del pasado las huellas de identidad que necesita en función del presente: allí reside su potencial de cambio. Yo sentí que renacía mientras escribía mi vida, fue como dibujarme para otros.

Existe un aspecto del que poco se habla en la elaboración textual: la interacción entre la persona que cuenta sus experiencias y la audiencia, sus lectores. Esa audiencia intangible y siempre presente desempeña un papel creativo en la historia. Con ellos, con ustedes, se negocia la ruta de la memoria. Por eso desde el comienzo pensé en quienes hoy leen mi relato, en lo que deseaba decirles y en lo que podría ser útil de mi experiencia, de cara a un futuro de convivencia democrática en el cual quepamos todos. Por eso quise mostrarles que tenemos piel y no solamente coraza, que estamos más cercanos de lo que se cree, que soñamos muchas veces lo mismo y, además, nos correspondió pararnos en el mismo pedazo del planeta, así que es tiempo de mirarnos cara a cara para descubrirnos.

El texto autobiográfico, como recuento de la vida de una persona, es una construcción donde lo relevante no es reproducir exactamente los hechos sino indagar por los patrones que llevan a la distorsión de esos hechos, encontrar el significado del trabajo de la memoria como un campo en renovación y construcción continua controlado por la voluntad humana. La memoria está viva y se recrea desde el

presente en una relación dinámica entre olvido y recuerdo.

En la memoria autobiográfica, los olvidos, las incoherencias, las inexactitudes, las distorsiones o los falsos recuerdos también dicen cosas: es preciso seguirles la pista. El olvido realiza su trabajo en la memoria, puede ser fuerza devastadora, salvadora o renovadora, actúa como límite para el recuerdo, es a la vez, sabio y cruel. Por eso, la memoria se muestra como espacio contradictorio y a la vez creativo.

La mayor dificultad consistió en dar por terminado el texto, poner un límite temporal, a riesgo de pasarme el resto de la existencia como Aureliano Babilonia en *Cien años de soledad*, cuando encontró los pergaminos de Melquíades donde estaba escrito su destino y *empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado.*¹

Todo porque el texto era algo vivo, que interactuaba conmigo de manera distinta cada vez que me aproximaba. Siempre lo retocaba, destacaba eventos, suprimía otros, agregaba cosas. Se había convertido en una historia interminable.

Cuando puse punto final al relato autobiográfico con un tope ubicado en mi decisión de retirarme del

¹ Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1989), pp. 325.

Eme a finales de 1989, me sentí un poco más liviana. Creo que esa sensación la debo a que elaboré buena parte de mi pasado, a que me rehice en él con alguna coherencia. Escribir fue como dibujarme en una sola hoja. Como hilvanar la vida, encontrar la manera de reconciliar pasado y presente, entenderme como proceso en mis continuidades y discontinuidades, en mis contradicciones, en mis cambios y permanencias. Fue también una manera de romper la clandestinidad en la cual mantenía la mitad de mi historia, revelar una memoria que estaba codificada en clave de silencios y asumirme como soy.

Este bosquejo de la vida de una mujer es el testimonio que hoy dejo en sus manos.

Uno

Retrato familiar

Nací en Cali el 24 de julio de 1951. Me encantaba decir que compartía con el Libertador Simón Bolívar la fecha de natalicio.

Mi nombre lo escogió Humberto, mi hermano mayor. Me llamó María Eugenia, quizás porque estaba de moda. Papá y mamá se habían separado antes de mi nacimiento, porque ella entendió que el matrimonio no era su cruz y no tenía por qué soportarla con la resignación que todos aconsejaban. Mi padre le quitó al niño; mamá, embarazada, se fue a vivir con los abuelos.

Conocí a mi padre y a mi hermano en las fotografías que conservaba mamá en su álbum. Aún hoy los asocio con la imagen del último paseo familiar: la camioneta Chevrolet modelo 48 y el perro cocker negro de nombre Blaky, mi madre sonriente abrazaba a un niño moreno de ojos grandes. A su lado, un hombre también moreno, delgado y alto los observaba. No supe mucho más de lo que consignaba la foto, mi madre ahorra palabras con su historia. Yo crecí añorando un hermano como cómplice para toda la vida y Danielvásquez, como le decían, fue un papá de retrato, siempre ausente.

En casa de los abuelos yo acaparaba sus afectos. Pequeña, piel morena, unos ojos oscuros y brillantes como pepas de *chambimbe*, pelo indio y capul sobre la frente, casi siempre vestida de blanco con el encaje de los calzones asomando bajo el vestido, correteaba feliz por patios y jardines.

Como en la familia materna éramos pocos los negros, las primeras cancioncillas y poemas que aprendí intentaban reconciliarme con el color de mi piel.

*Morenita soy, señores,
yo no niego mi color.
Entre lirios y azucenas,
yo, negrita, soy mejor.
Nací en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de julio
y me mecieron en una cuna
hecha de plumas de colibrí.
Mi padre era un negrito,
mi madre carabalí,
y yo la negrita cimarroncita
desde el día en que nací.*

Me rodeaba gente amorosa y tranquila como la abuela, Mamá María, alcahueta deliciosa con mis juegos de muñecas, quien caminaba balanceándose como si perdurara en ella el movimiento de las cunas. No hubo un regazo más confortable a la hora de dormir o de pasar los miedos de la infancia.

El abuelo, Papá Marcos, era un hombre serio pero siempre dispuesto a conversar conmigo. Trabajaba durante la semana en la finca y llegaba los sábados con leche, plátanos, yucas y arracachas de la cosecha. Gozaba viéndome gatear y engullir en un santiamén el queso fresco que hacía él mismo para mí.

Ruth, mi mamá, tan bonita... con sus ojos tristes, trabajaba en ese tiempo en relaciones públicas con la cadena de Hoteles Unidos a la cual pertenecía el Aristi de Cali. Por eso, yo pasaba los días con la abuela.

A la tía Myriam la recuerdo cuando peinaba al sol su pelo negro larguísimo recién lavado, con aroma a jabón de Reuter. En esos cabellos se enredó la ilusión de muchos enamorados que acostumbraban cantarle en las noches. Fui cómplice del sigilo de la tía para espiarlos por la ventana mientras ofrecían la serenata, y la disfrutaba con tanta emoción como si fuera para mí.

Vivía en la misma casa un tío abuelo, Napo, solterón que narraba las batallas de la guerra de los Mil Días como si acabara de verlas. Y poseía tesoros inimaginables que guardaba en baúles de madera. Abrirlos era, para la bandada de sobrinos que llegaban de visita, como penetrar en la cueva de Alibabá. Aparecían trompos, canicas de colores, estampas de santos, alfileres con cabeza de vidrio, frascos azules, navajas, yoyos de madera, cuentas de collar, muñequitos enteros y desmembrados, piolas, papelitos de colores, moños, piedras lustrosas, crucifijos, fotografías, rosarios y cuanta chuchería se encontraba el viejo en sus correrías. Si nos sorprendía espiando sus bienes montaba en cólera. Y todos salíamos en desbandada, como ratones asustados, hasta la cocina, para oír vociferar al viejo, agarrados a la falda de la abuela.

Ramón, el menor de los tíos, todavía estaba soltero y permanecía en la casa paterna. Me encantaba verlo vestido de blanco, recién peinado con gomina y listo para salir de paseo con su novia. Mis primas mayores, en cambio, preferían observarlo mientras alzaba pesas en la terraza y se inventaban cualquier pretexto para aparecer a eso de las cinco de la tarde y no perderse el espectáculo. Por casa de los abuelos pasaban a diario parientes y amigos de todas las edades a conversar, a tomar un cafecito, a consultar sus cuitas o a pedir recetas. Me entretenía jugando, a veces sola, y en ocasiones con las primas que frecuentaban nuestra casa.

Cuando recuerdo mi infancia, lo que aparece con mayor fuerza son las emociones que me producían las vacaciones con los abuelos en el campo. Como si entre la naturaleza me viera crecer de nuevo.

Cominal se llamaba la finca situada en la cordillera, cerca del Cerro Pico de Loro, entre bosques de robles y cominos, yarumos, bromelias, helechos, anturios y orquídeas, con quebradas y acequias para conducir el agua a través de potreros hasta la casa de madera y bahareque que había construido el abuelo Marcos. Allí me familiaricé con las vacas, los caballos, los cerdos, las gallinas y los perros. Cuando estaba en Cominal, la ciudad era un parche de luces que en la oscuridad de la noche me recordaba el sitio donde estaba mi mamá.

Papá Marcos era un colono huilense que llegó hasta el Valle del Cauca para fundar familia y propiedad.

Siete mujeres y un varón acompañaron la existencia de los viejos. Luego de trabajar administrando tierras de los Eder, el abuelo adquirió la suya y se dedicó a levantarla a golpes de machete. Logró hacerse a un buen fundo, pero vendió una parte cuando la familia tuvo que trasladarse a Cali porque los hijos buscaron su vida en la creciente ciudad. La finca sostenía la economía familiar, aportaba productos comestibles y dinero obtenido con la venta de madera. Eso mantenía al abuelo en el campo la mayoría del tiempo.

Las vacaciones eran momentos de libertad al aire libre. Yo esperaba con ansiedad los meses de julio y diciembre para irme con Mamá María a acompañar al abuelo. Algunas veces venían con nosotras dos o tres de mis primos y algún otro pariente. Viajábamos hasta Jamundí, de allí a San Vicente, un municipio pequeño en el pie de monte de la cordillera occidental, y luego para llegar hasta Cominal ascendíamos unas dos horas a caballo. La casa quedaba en un alto. Se veía desde lejos con sus corredores llenos de flores.

Al poco tiempo de llegar ya teníamos comida caliente en la hornilla de leña y los pequeños asábamos plátanos maduros entre la brasa. Todos cumplíamos tareas en los quehaceres domésticos, algunas de apoyo a la abuela y otras con el abuelo. A ella le ayudábamos a cocinar el maíz con ceniza, luego a pelarlo en un cedazo y cuando había muchachos, ellos lo molían. A las niñas nos enseñaba a armar las arepas, a hacer pandebono, panderitos y pan en el horno de barro que había fabricado el abuelo en el patio de la cocina. Entre todos barríamos

los corredores con escobas de ramas que recogíamos en los potreros y cargábamos chamizos secos para el fogón.

Lo que hacíamos con el abuelo era limpiar de hojarasca las acequias que conducían el agua hasta la casa, apartar los terneros de las vacas a las cinco de la tarde y traer yuca desde la parcela cultivada. Debo decir que a él le gustaba ir de paseo especialmente conmigo. No llevaba a mis otros primos porque decía que eran flojos para caminar. Los dos salíamos de madrugada a recorrer la montaña. Con el desayuno, Mamá María nos preparaba un avío con carne seca, arepa, huevo duro, bocadillo y guarapo dulce.

El abuelo cortaba varas que nos servían como bordón y echábamos a andar por las trochas que se internaban en la montaña hasta los aserraderos. El camino estaba plagado de sorpresas para mí. Yo debía rondar los cuatro o cinco años y el abuelito pacientemente me explicaba los misterios del monte.

—¿Qué es esto? —le preguntaba.

—Son crisálidas. De aquí salen las mariposas.

—Parecen de oro...

—Las hay de muchos colores. Dentro tienen un gusanito que se va transformando en mariposa y, cuando está listo, rompe la crisálida y sale a volar. Llevemos una para que veas cuando revienta.

Y las guardaba en su mochila.

—Estas pepitas moradas son mortiños y se comen —me decía—. En cambio, estas otras no se pueden comer, son veneno... comida de culebras.

—¿Y las que cuelgan en racimo del árbol? —preguntaba yo.

—Sirven para teñir la cabuya o la tela... Estamos llegando a la quebrada —decía el abuelo—. ¿Sientes el olor?

Yo aspiraba todo el aire que podía para sentir ese aroma a musgo, a humedad y a madera que puedo evocar todavía cuando cierro los ojos.

Al llegar a la quebrada, Papá Marcos tomaba unas hojas de superficie lisa y brillante, las enrollaba, hacía un cartucho para recoger el agua y darme de beber. Un agua dulce, fría, con sabor a hierbas. El abuelo conducía mis pasos, mi olfato, mi vista, entrenaba mi sensibilidad. Durábamos todo el día caminando y regresábamos al caer la tarde.

Al anochecer, después de comer y rezar el rosario con más pereza que devoción, Mamá María contaba los cuentos del paisa que llegó al cielo, del manto del rey, del patito feo, y otros que no recuerdo. Y, una que otra vez, cuentos de miedo, como aquel del duende enamorado de la hermana menor del abuelo: la molestaba tanto que ella murió muy joven, aburrida de soportar al espanto. Por ella conocimos a la

Patasola y a la Llorona², y supimos de la existencia de los duendes con figura de niño y sombrero inmenso. Nos encantaba que la abuelita cantara *Flores negras* de Julio Flórez, porque su letra nos ponía los pelos de punta. También había canciones, en las tertulias de la noche, cuando los abuelos rememoraban las melodías que acompañaron su romance.

El miedo hacía que la ronda de nietos a los pies de la abuela se compactara, y comenzaran entre cuchicheos las negociaciones para no dormir solos. Íbamos al baño por turnos antes de acostarnos. Para ahuyentar el miedo, pensaba en mi mamá y cantaba para acompañarme en la oscuridad de la noche. Evidenciar el temor era hacer el oso ante los demás, así que resultaba mejor callar.

Me sentía feliz y libre en la finca. A mí no me pegaban como a casi todos los niños. Cuando consideraban que mis respuestas eran altaneras o que la desobediencia pasaba el límite, bastaba con un coscorrón de la abuela o un regaño que en general dejaban al abuelo. El único castigo que recuerdo, muy injusto, por cierto, fue cuando la abuela me cortó el pelo, que ya llegaba hasta los hombros, porque una cuñada suya me acusó de estar morboseando a una puerquita, y yo tan sólo la había correteado con un palito tratando de ensartarle el crespito de la cola.

² Mitos femeninos de la región del Tolima Grande, los cuales hablan de almas en pena que asustan a los hombres borrachos y enamoradizos.

En Cali la vida era un poco menos emocionante pero también los recuerdos se asocian al juego. Tuve una niñera llamada Rosalba que apareció en la casa una tarde. La habían traído desde el Huila.

Llegó con un vestido rojo de lunares blancos y se parecía a mí en el color de la piel y el corte de pelo. Era una muchachita de diez u once años que tenía por oficio entretenerme y cuidarme. Jugábamos al papá y a la mamá. Nos disfrazábamos con ropa que la abuela nos prestaba y simulábamos con medias de seda, largas trenzas rubias. Ya vestidas como señoras, nos preparábamos para ir de compras, pero antes de salir Rosalba colocaba a los muñecos, que hacían las veces de hijos, uno sobre el otro y decía invariablemente:

—Vámonos al mercado y dejemos a los niños pichando.

Las dos salíamos taconeando mientras sacudíamos las trenzas rubias.

Un día fui yo la que repitió la frase de rutina y la abuela que pasaba por el patio frenó en seco.

—¿Qué dijo? —me increpó.

Le repetí despacio el estribillo.

—¡No diga eso nunca más!

El juego continuó, pero a Rosalba la devolvieron a su casa. Que me estaba enseñando malas mañas, respondieron cuando pregunté por qué se iba.

Tras la ausencia de Rosalba, pasaba la mayor parte del tiempo sola con juguetes y animales. Cuando nació me habían regalado un muñeco de trapo con cara de caucho, un lindo *cowboy*. Como a los cuatro años me enamoré de ese muñeco y desde entonces dejó de ser mi hijo para hacer las veces de marido, porque solo así podía dormir con él. Tomaba a mi Mauricio, como se llamaba el muñeco, y salíamos de paseo, le hablaba todo el tiempo, luego nos sentábamos en la sombra y cuando lo abrazaba, lo acariciaba o le daba besitos, una cálida sensación entraba en mí. Así conocí el amor.

También me entretenía observando a los animales. Podía pasar horas enteras espiando un hormiguero, poniéndoles obstáculos a las hormigas e imaginando que yo era gigante unas veces y, otras, que era pequeñísima y entraba a los aposentos de la reina, recorría los pasajes secretos y vivía aventuras en el interior de la tierra.

Otras veces, hacía objetos de greda que secaba al sol y enterraba para que después de muchos años alguien los hallara y creyera que eran *guacas* de los indios. Fantasía inducida por los sueños de mi abuela, quien muchas veces creyó recibir del más allá la advertencia de un entierro cerca de la casa.

En una ocasión en que el abuelo salió de viaje, la abuela y yo, con el mayordomo como cómplice, excavamos la *guaca* que ella soñaba. Había escogido una loma terminada en una concavidad, parecida a la que veía en sueños. Comenzamos a sacar tierra y a observar si era de apariencia uniforme. Toda variación de textura nos parecía confirmar la sospecha sobre la tierra removida para el entierro. Eso nos hacía cavar entusiasmados para lograr unos dos o tres metros en línea recta y luego hacia la izquierda; allí habría una cavidad más amplia y entonces estaríamos a las puertas de una *guaca* de indios. Esperábamos encontrar, además del esqueleto, oro y cerámica, pues la abuela contaba que los enterraban con todas sus pertenencias para que nada les faltara en el más allá. Ella sabía todo esto porque en su tierra, el Huila, muchos habían participado en la guaquería de la zona arqueológica de Tierradentro en busca de tesoros y sobre el tema se tejían muchas leyendas, se hacían incluso planos ilustrativos y hasta se daban fórmulas para invocar a los espíritus de los muertos sin despertar su ira. Esa aventura nos regaló horas maravillosas con momentos de intensa ansiedad a la espera de ver aparecer un tiesto, un hueso, cualquier cosa... La actividad terminó el día en que una novilla se rompió la pata al caer en nuestra excavación. Entonces, Papá Marcos, que hasta el momento se había hecho el desentendido con nuestro embeleco, montó en cólera y acabó con los sueños de la abuela, prohibiéndole hacer huecos para buscar entierros.

Cuando no íbamos a Cominal en las vacaciones, viajábamos a Caloto, Cauca, donde la familia de la

tía Rosa tenía un negocio de compraventa de café y una finca llamada Casas Viejas con un chorro de agua inmenso que caía sobre una pileta y hacía las delicias del baño para chicos y grandes.

Las vacaciones eran tiempo de compartir con primos y primas. Un grupo numeroso: casi veinte muchachos y muchachas entre cuatro y dieciséis años. Nos agrupábamos por edades para jugar, pero en ciertas actividades participábamos todos, como cuando hacíamos tamales, pandebono o los desamargados para Navidad. Hombres y mujeres tenían sus oficios. Los muchachos cortaban la leña, preparaban el horno, tajaban la carne, molían el maíz. Nosotras pelábamos las papas, machacábamos los ajos, cortábamos cebolla, mientras las mujeres mayores mezclaban la masa, adobaban los guisos o hacían el almíbar.

También montábamos obras de teatro, que dirigía Arturo, uno de los primos mayores. Nosotros mismos confeccionábamos el vestuario, armábamos el escenario y ensayábamos muchas veces para luego presentar la comedia al resto de la familia y a algunos invitados.

Yo andaba con cuatro primos y dos primas. A las mujeres, los muchachos nos habían aceptado en sus juegos después de mucho rogar y de admitir sus condiciones. La iniciativa de las actividades la tenía casi siempre Beto, dos años mayor. Nosotras deberíamos tener unos ocho años. Con él hacíamos cine proyectando sombras en la pared, fabricábamos

extrañas armas para matar arañas, coleccionábamos mariposas, hacíamos cirugía a las muñecas y realizábamos incursiones en el bosque para vivir las aventuras de Tarzán y Jane o las historias de príncipes y princesas. A las niñas siempre nos tocaba el papel de esposas o esclavas. Si queríamos algo diferente, nos tocaba ganarnos la posibilidad aceptando toda clase de desafíos:

—A que no pueden hacer esta pirueta...

—A ver si pueden subirse al árbol.

—Cojan este gusano con la mano... ¿O les da miedo?

En una ocasión mataron un gorrión, extrajeron su corazón y tuve que comérmelo aún caliente porque, según Beto, los guerreros necesitaban la sangre de sus víctimas para ser valientes y yo quería demostrar mi valor.

Entre juego y juego se esbozaban los primeros amores o al menos se estrenaban las sensaciones de atracción por el sexo opuesto. No faltaban las serenatas, los poemas con dedicatoria dejados con disimulo en un libro y la cogida de manos debajo de la ruana. A mí me gustaba Beto, pero confieso que le tenía cierto miedo por sabelotodo y sobrado. No fuimos novios, pero me robó mi primer beso en un juego de azar haciendo girar el pico de una botella.

Un papá como regalo de navidad

Era la Navidad de 1957, yo tenía seis años y estábamos en Cominal. Para Nochebuena, mamá llegó cargada de regalos y con un señor que, según me dijeron, iba a casarse con ella. Lo detallé minuciosamente durante la cena, mientras devoraba el pato con palmito que había preparado la abuela. Tenía una nariz redonda como la de Papá Noel y me había llevado regalos, hablaba poco y miraba a mi mamá todo el tiempo. El Pato, como lo llamaban, me simpatizó; tenerlo como papá no estaba mal.

Al poco tiempo legalizaron su unión para no contrariar al abuelo. Se casaron por lo civil fuera del país, porque ambos tenían matrimonios anteriores por la Iglesia. Casi de inmediato, al Pato, en ese momento capitán de la Policía, lo nombraron alcalde militar de Sevilla, en el Valle, un pueblo azotado por la violencia partidista desatada con el asesinato de Gaitán. Cuando el General Rojas Pinilla, alentado por las élites, dio el golpe de Estado en 1953, las regiones donde el conflicto era más agudo fueron militarizadas con el pretexto de pacificarlas.

Mi mamá y yo viajábamos a Sevilla los fines de semana. Se sentía el miedo, se vivía en la zozobra. Sonaban ráfagas de disparos a cualquier hora del día o de la noche. En las calles de Sevilla charcos de sangre evidenciaban la muerte. Las bajas de ambos bandos se cantaban en público como se hace en las jugadas de billar. La gente comentaba de manera natural que los pájaros habían matado a fulano

anoche o que la chusma le había dado a mengano. Mi padraastro andaba con guardaespaldas, dormía con su revólver bajo la almohada y permanecía medio ebrio para hacerse el loco frente a las amenazas de muerte. Cómo andarían las cosas, que le regaló un revólver con cachapa de nácar a mi madre para que lo mantuviera en la cartera.

Una noche, por frío o por miedo, me oriné en la cama del hotel donde nos quedábamos. No quise volver a Sevilla por vergüenza: ¿qué tal que se supiera que la hija del Alcalde se mojaba en la cama?

Al Pato lo ascendieron a mayor y lo nombraron Comandante de Transportes de la Policía, en Bogotá. Entonces, nos trasladamos a la capital. Fue mi primer viaje en avión. Mamá y yo lucíamos un atuendo especial. Ella con un sombrero negro que parecía pantalla de lámpara, abrigo y guantes de cabritilla del mismo color. Yo, con vestido amarillo de paño, chaqueta beige, boina y unos guantes blancos que me hacían sentir los dedos como almidonados.

Nos instalamos en un hotel del Barrio Teusaquillo y comenzó mi adaptación. Aprendí que en Bogotá llamaban perico al café con leche, merengue a los suspiros, patilla a la sandía y ahuyama al zapallo. El frío no me gustaba para nada, convertía la levantara en un martirio, hacía incómoda la desvestida y hasta peligroso el baño, imponía al cuerpo el peso de la ropa y limitaba el movimiento. Comprendí que no estaba diseñada para el clima bogotano, el mío era un modelo tropical.

Unos días después, el Pato, mamá y yo, nos trasladamos a un apartamento cerca de la Universidad Javeriana. Esa noche, cuando terminamos de acomodar el trasteo, mi madre cocinó una sopa de verduras. Antes, nunca la había visto en la cocina que era dominio de mi abuela. No se si fue el apetito que despertó el aroma de la sopa o la calidez del apartamento comparado con el hotel, o la presencia de un papá, pero yo tuve ese día la sensación de que estrenaba familia propia.

Mamá dejó de trabajar y se dedicó a hacer cursos para montar un negocio. Primero instaló una granja avícola en las afueras de la ciudad, más tarde un salón de belleza.

Funcionábamos como cualquier familia, mis padres trabajaban, yo estudiaba y juntos paseábamos los fines de semana. Como el Pato era un aficionado a la cacería, nos llevaba con un grupo de amigos suyos a un lugar donde practicaban el deporte. Mi madre compartía el entusiasmo por la caza y se familiarizó tanto con el uso de las armas que llegó a tener mejor puntería que el viejo. A mí me encantaba acompañarlos en sus largas caminatas, eran como una prolongación de los paseos con el abuelo. Pero la cacería representaba para mí una contradicción, me rompía el alma ver un animal herido. Prefería que los mataran de un solo tiro. Con los heridos emprendía una labor de salvamento inútil. Los vendaba, los envolvía en mi pañuelo, trataba de darles agua, pero casi siempre morían en el camino de regreso a

casa. Mientras yo lloraba silenciosamente, mi madre inventaba palabras de consuelo.

Con el tiempo, el Pato me convenció de que para los animales era mejor morir que sufrir y entonces aprendí a rematar por compasión. Cuando el perro cobraba la presa, yo me aseguraba de que quedara bien muerta, aunque torcer el pescuezo a las palomas me destrozaba el alma.

Yo era la única niña en el grupo de cazadores, casi todos militares activos o en retiro. Ellos no llevaban a sus hijos ni a sus esposas a la jornada de caza, la excepción éramos mamá y yo. Las demás familias nos esperaban en un club campestre.

Me inicié como cazadora ayudándolos a limpiar las escopetas, luego entrenaba a los perros para que cobraran la presa, hasta que un día disparé a un pájaro que estaba parado en una rama y lo maté. El grupo me consideró lista como aprendiz. Tenía unos diez años. Desde entonces, en las salidas había un momento para la instrucción. Mi papá me prestaba una escopeta de dos cañones.

Los cazadores madrugábamos. Salíamos antes del amanecer, tomábamos un tinto en el camino, transitábamos por llanuras casi desérticas en busca de arboledas de arrayanes o campos cosechados de ajonjolí, que son los alimentos preferidos por las torcazas. La mejor hora para cazarlas era entre seis y nueve de la mañana o a las cinco de la tarde. A los patos había que sorprenderlos a las seis de la mañana

y si queríamos conejos esperábamos la noche para caminar por las trochas con una linterna lista para ponerla de frente al animal, que, enceguecido por la luz, quedaba inmóvil hasta que el tiro estremecía su cuerpo.

Recuerdo aún el cansancio, la sed y un sol que parecía derretirme desde la cabeza. Nunca me quejé para no perder puntaje, porque yo me sentía inmensamente orgullosa de ser tan aguantadora que me aceptaban los duros.

Montar a caballo era otra afición que me acercaba al Pato. Desde pequeña, el abuelo me montaba en un alazán manso, me aseguraba al animal para que no me resbalara de la silla y me soltaba por los potreros hasta que resolviera volver a la casa. Casi siempre era el caballo quien decidía. Mi padrastro alimentó ese gusto. Me enseñó ejercicios de cabalgata, de gimnasia sobre la marcha y a dominar al animal hasta hacerlo parar en las patas traseras. El hombre se realizaba conmigo, me ponía como comparación para burlarse de los hijos de sus amigos.

Mamá y yo compartíamos el mundo del Pato sin esfuerzo. Sólo la actividad escolar se interponía en las continuas ansias de viajar, montar a caballo y cazar.

Del juego a la disciplina conventual

A los cuatro años comencé a asistir al colegio en Cali. Un pequeño instituto mixto que dirigía una vasca expulsada de España por antifalangista, la señorita Mercedes Ayanegui. Allí me sentía a gusto, porque me trataban con afecto y dos de mis primos estudiaban en cursos superiores.

Los pequeños éramos felices. El profesorado lo componían mujeres muy especiales que nos hacían sentir personitas importantes a todos, incluso a Isabelita Garza, la niña especial que se alzaba la bata en clase para mostrarnos los calzones. Las actividades manuales, el juego y las artes fueron fundamentales durante los primeros años. Pasábamos horas amasando plastilina para hacer figuras que intercambiábamos, tomábamos clases de música y de ballet, hacíamos representaciones de teatro y algunas tardes la señorita nos leía cuentos. Aprendimos nociones de ciencias naturales en paseos imaginarios, las matemáticas jugando a la tienda, geometría recortando figuras en papel de colores y a leer ya ni se cómo. Allí todo era fácil de hacer y, sobre todo, sabroso. En los recreos jugábamos con la directora y cantábamos rondas infantiles. Nos encantaba su manera de pronunciar las *zetas-ces* y el silbido del aire cuando una *ese* aparecía en la frase.

El amor era asunto de juego, las profesoras se reían cuando los gemelos italianos nos perseguían a las niñas para darnos un beso. Yo me enamoré en kinder de un compañero de mi primo y aprendí a escribir sus

iniciales en mis cuadernos: JPN, Juan Pablo Negret. Suspiraba por bailar con él en clases de ballet, pero mi amor se acabó por miedo a un embarazo. Yo había oído decir siempre que los hijos son fruto del amor y creí que como estaba tan enamorada de JPN podía quedar embarazada. Me asustó la maternidad a tan tierna edad.

En el Colegio Hispano-Colombiano, cursé kinder y primero. Con el traslado a Bogotá me matricularon en un establecimiento educativo femenino dirigido por religiosas, el colegio Alvernia. Mi tía, monja franciscana, enseñaba allí y eso nos daba un descuento del cincuenta por ciento en la pensión. El cambio fue como pasar de un parque a un convento. Ese era un colegio con cientos de niñas. Todas vestíamos traje azul oscuro con falda de presnes muy larga, camisa blanca y corbatín, zapatos negros de amarrar y medias café. Para entrar a clase formábamos en filas de dos, con las manos tomadas a la espalda; nadie hablaba. Cada monja se ubicaba a la cabeza de su curso y desfilábamos por turnos hacia el salón de clase.

Me sentí perdida entre tantas mujeres. La Madre Agapita, mi profesora, tenía el ceño fruncido y parecía brava. La mañana del primer día pedí permiso para ir al baño y me dijeron que esperara hasta la hora del recreo. Cuando salimos a recreo hice de nuevo la pregunta y una monja que cuidaba el patio me dijo que fuera a Belencito. No fui capaz de preguntarle dónde quedaba Belencito. Cuando por fin encontré el baño, ya me había orinado. Me encerré un rato

a llorar, luego lavé los calzones y los guardé en el bolsillo.

El segundo día no fue mejor. La Madre Agapita me lanzó de improviso una pregunta en clase de Historia Sagrada.

—Háblenos sobre nuestros padres, Adán y Eva.

¿Adán y Eva? Ni idea, nunca había oído de esa pareja.

—No sé... —respondí.

—Madre.

—No sé, Madre.

—¿Cómo que no sabe? ¿Acaso su familia no es católica? Debe ser que lo olvidó. ¿Quién le quiere recordar a esta niña quiénes fueron Adán y Eva? A ver... María Teresa —la niña más aplicada del curso contó la célebre historia que yo desconocía.

Esa tarde, al regresar a casa, estaba furiosa con mi mamá. ¿Por qué nunca me contó lo de Adán y Eva? A ella no se le había ocurrido que eso podía ser importante en mi formación, pero yo no olvidé la vergüenza que pasé.

De mi alimentación se habían ocupado mi abuelita o mi mamá y nunca fue un problema que comiera, pero con las monjas se convirtió en suplicio. Tenía que almorzar en el colegio. El menú

era precario y me obligaban a ingerir todo, sin importar que me gustara o no; si me servían en exceso, si rogaba que me disculpasen por no comer algo, si fingía indisposición, de todas maneras las monjas eran inmovibles. Las más bondadosas me aconsejaban dedicar a Dios el sacrificio de comer lo que no deseaba por la salvación de mi alma. Después de cada almuerzo me sentía digna de ir al cielo con todo y zapatos.

En el comedor se rezaba antes de probar los alimentos. Comíamos en silencio y nadie se levantaba de la mesa hasta que todo el mundo hubiera terminado. Los gordos de la carne siempre retrasaban mi comida. Trataba de engullirlos de una vez, como para tomar el estómago por sorpresa, pero el maldito estaba alerta y me devolvía los trozos de grasa de consistencia babosa. Yo insistía con un vaso de agua y el debate duraba interminables minutos. Cuando por fin pasaba el punto crítico, una mezcla de lágrimas y mocos corría por mi cara y las compañeras de mesa miraban hacia el techo para evitar la náusea. Todo esto, bajo la mirada impassible de la monja.

Con el tiempo aprendí a hacer trampas, a cambiar la comida, a esconder lo que no me gustaba, a botar con disimulo los gordos y, finalmente, también a comer de todo.

Lo mejor de los colegios siempre son las amigas. Hoy unas, mañana otras, porque en esas edades los afectos cambian con cualquier pretexto. En la primaria formamos un club de admiradoras de Bugs

Bunny, el Conejo de la Suerte, éramos seis del curso. Inventamos himno e hicimos carnets. Sesionábamos en cada recreo e intercambiábamos a escondidas los comics de nuestro admirado personaje. Casi por unanimidad yo resulté elegida presidenta por mis dientes de conejo. A María Teresa, la aplicada, la nombramos tesorera y a Yolanda secretaria, por su buena letra.

Cuando tenía unos trece años, era otro el grupo de amigas y tres de nosotras nos enamoramos de un cura que daba misa en la iglesia del Divino Salvador. Todas las noches asistíamos a la misa de siete para ver a nuestro amor platónico y recibir la comunión de sus manos.

Mi tía Pola, la monja, me consentía cuando tenía un tiempito durante los recreos. Con ella conocí el museo del colegio, entré al comedor de las monjas, que hacía parte de la clausura donde los particulares no tenían acceso. Me regalaba chocolates suizos y manzanas, pero también me reprendía cuando la directora de clase se quejaba ante ella por mi indisciplina. La bendita disciplina se convirtió en mi gran problema durante la primaria, yo no podía estar sin hablar en clase, en fila o en el comedor, ni llevar las manos atrás y la espalda recta. Eso no iba con mi manera de ser. Siempre me reprendían por la misma razón, pero como era buena estudiante terminamos por acostumbrarnos al ritual, las monjas me castigaban y yo asumía los castigos. Además, como tenía fama de sincera, a veces eso mitigaba la intensidad de la sanción.

Por esa época me aquejó una hepatitis y tuve que quedarme en cama como un mes. El Pato no quiso que me hospitalizaran y contrató a un enfermero para que me cuidara en la casa. Pedí que me llevaran comics y mi mamá se opuso a que leyera esa “basura”, pero El Pato la convenció de que era la única manera de tenerme quieta. El enfermero y yo leíamos con avidez todo lo que se publicaba en ese momento, montañas de cuentos que el chofer cambiaba en los puestos de revistas cada vez que terminábamos una tanda.

Desde entonces los superhéroes fueron mis preferidos. Me encantaban Superman, Marvillita, a quien hoy llaman la Mujer Maravilla; Batman y Linterna Verde. Supe de dónde venían sus poderes, aprendí quiénes eran sus enemigos, compartí el secreto de sus dobles personalidades y viví con ellos las más estupendas aventuras desde mi lecho de enferma. Conservé mi afición por los superhéroes y, cuando las monjas nos llevaban a retiros espirituales, camuflaba a Superman entre los libros de *Vidas ejemplares*. Pero no siempre era posible evadir las obligadas lecturas sagradas y yo prefería conocer las historias de mártires que habían pasado por suplicios como ser desollados vivos sin renegar de su fe cristiana.

En mi niñez la actividad religiosa no había pasado de rezarle al Ángel de la Guarda y responder el rosario de la abuela. Pero en el colegio rezábamos al comienzo y al final de cada clase, antes y después del almuerzo, el rosario antes del recreo, el Angelus a las seis de la tarde, íbamos a misa dos veces por semana,

comulgábamos los primeros viernes de cada mes en honor al Sagrado Corazón y adorábamos al Santísimo expuesto. Ah, teníamos retiros espirituales para la Semana Santa. En el programa de estudios veíamos Historia Sagrada, Religión, Moral y Doctrina Social de la Iglesia.

Cuando estudiaba en el Alvernia hice mi Primera Comunión. Lo más difícil fue entender eso del pecado. Y, peor aún, aceptar que a mi edad había cometido pecado mortal. Sólo después de las pláticas acerca del origen y de la condición del pecado supe que haber observado sin recato cuando Adolfo Garza nos mostró el pipí y las nalgas a Manuelita Sellarés y a mí –que debíamos tener cuatro años– era nada menos que un pecado contra el sexto mandamiento: “No fornicar”. Fue tanta mi vergüenza que no me atrevía a decirle al sacerdote lo sucedido. Yo estaba muy joven para un pecado tan grave. Me desvelaba el asunto, así que decidí maquillar el dichoso pecado de tal manera que no se notara. Si a la hora de mi confesión algo sonaba escandaloso, seguramente el viejo capellán saldría del confesionario para regañarme públicamente. El hecho es que yo debía obtener el perdón como fuera. Sin absolución no habría Primera Comunión. Por fin, después de mucho pensarlo, encontré la forma de confesar mi pecado con disimulo y, llegada la hora, le dije al sacerdote:

–Me acuso, Padre..., de haber tenido malos pensamientos, palabras y obras.

Esperé aterrorizada, con las manos sudorosas entrelazadas, a que el sacerdote me diera la bendición. No importaba si en penitencia me ponía a subir descalza al cerro de Monserrate o a rezar un mes seguido, sólo deseaba que me absolviera para ser buena a partir de ese momento. Nunca más volvería a mirar con curiosidad un pipí, le prometí a Diosito.

Para mi sorpresa, el confesor tan sólo me puso a rezar tres padrenuestros y tres avemarías y me bendijo en señal de perdón a todos mis pecados. Por fin, podía irme en paz, aunque no dejaba de preocuparme que Dios me cobrara con intereses en el infierno los detalles que le faltaron a mi confesión.

Después de la Primera Comunión entré en los grupos cristianos que se organizaban en el colegio. Primero hice parte de los Corazones Valientes y luego de los Cruzados. Los grupos tenían su propia simbología, reuniones semanales, cantos y actividades individuales y colectivas que hacían énfasis en el ejercicio de la virtud y el sacrificio para ganar indulgencias y para contribuir a la salvación del mundo. Los primeros viernes de cada mes ofrecíamos la comunión al Sagrado Corazón y me gustaba asistir a misa porque nos poníamos el escudo en la solapa del saco, una banda de seda en el pecho y cantábamos un himno donde se juraba defender la fe.

En el Alvernia importaba mucho mantener las apariencias, de cierta manera, cada quien competía por ganar puntos en la escala social y parecer mejor que las demás: de buena familia, bien relacionada,

miembro de algún club, con posibilidad de vacaciones en el exterior o, por lo menos, en la costa colombiana. Mis amigas cercanas eran muchachas sencillas, pero, aun así, muchas veces me excusé de asistir a fiestas por no pedirle a mi mamá un vestido nuevo. Pero lo que más me complicaba la vida, era sostener la fachada familiar, ocultaba con celo el hecho de tener padastro. Me molestaban las averiguaciones sobre la diferencia de apellidos entre el Pato y yo. Además, a su apellido Cabeza, le faltaba elegancia sonora. Tuve que armar un cuento en que Danielvásquez parecía en un accidente en la vía Cali–Palmira, porque era la única manera de meter a un padastro en mi historia sin ahondar en detalles que terminaban por atraer la censura sobre mi madre.

Como todas las tardes me recogía un chofer en la puerta del colegio, cuando por alguna razón no estaba disponible el Ford negro del Comando en que me transportaban, le suplicaba al chofer que parqueara a la vuelta, porque nada me avergonzaba más que montarme en una radiopatrulla de la policía.

En la plenitud de mi adolescencia, El Pato se retiró de la policía por enfermedad, tenía un problema renal. Los médicos lo desahucieron y le recomendaron trasladarse al campo para vivir tranquilo lo que le restaba de existencia. Con la indemnización que le pagaron compró una finca en el Valle de Sibundoy, Putumayo, adonde nos trasladamos. En el pueblo no había colegio de bachillerato, así que me tocó estudiar interna en Pasto, con las mismas monjas franciscanas del Alvernia.

Puesta en escena

Entré para cursar el tercero de bachillerato. El colegio se llamaba Maridíaz y tenía tres veces más alumnas que el de Bogotá, pero la composición social era variada. A él asistían ricos y pobres para estudiar primaria, bachillerato, comercio y normal.

Me gustó desde el principio. No me sentí extraña. Había algunas compañeras que venían del Alvernia, maestras que ya conocía y muchas vallunas. Realmente, lo que me costó trabajo fue adaptarme al internado. Durante el día lo pasaba de maravilla, pero cuando se terminaba la jornada y las alumnas partían a sus casas, me sobrecogía un sentimiento de orfandad. La rutina después de las cinco de la tarde era monótona. A las cinco y media asistíamos a la capilla para recibir la bendición con el Santísimo, luego comíamos y salíamos al recreo. A las siete estudiábamos y hacíamos tareas hasta las ocho y media. Enseguida subíamos a los dormitorios, nos daban un cuarto de hora para el aseo personal, rezábamos durante diez minutos antes de acostarnos y una campanilla anunciaba el silencio general a las nueve en punto.

Yo pasaba las noches casi sin dormir, porque no me acostumbraba a la luz encendida en el dormitorio, me entraba nostalgia de mi familia y lloraba, tratando de ahogar los sollozos bajo las cobijas.

Los fines de semana variaban las rutinas, pero todo hacía parte de un tiempo programado. Las

actividades de compromiso cristiano eran bien distintas de las del Alvernia, donde nos contentábamos con dar plata para los pobres y rezar por ellos. En Maridíaz, los sábados en la mañana visitábamos los barrios pobres de la ciudad, repartíamos mercados, preparábamos a los niños para su Primera Comunión y alfabetizábamos adultos. Los domingos, el recreo y la misa eran más largos y destinábamos un tiempo al arreglo de la celda. Una vez al mes nos daban salida a la casa, y otra nos sacaban de paseo a jugar voleibol en las canchas del Batallón Bomboná.

Para romper el aburrimiento, las internas tratábamos de esquivar las normas haciendo cosas como penetrar al comedor de las monjas para robar pan y mermelada o escapar en las madrugadas para bañarnos con agua caliente en la tina monjil o bañarnos desnudas en lugar de hacerlo con *chingue*, como era obligatorio. También nos gustaba armar actos culturales los domingos en la tarde y cada quien lucía sus aptitudes artísticas: Elsa cantaba tangos, Sara recitaba “El seminarista de los ojos negros”, Alba Lucía cantaba rancheras y Blanca tocaba el piano.

Ir a Sibundoy cada mes o durante las vacaciones me hacía sentir libre. Desde el páramo se tenía la primera panorámica de ese valle asomado entre frailejones de todos los tiempos. La carretera se enrollaba y desenrollaba como una culebra, escondiendo y descubriendo el paisaje en cada vuelta. Al fondo, el Valle de Sibundoy envuelto en

un resplandor de espejo de agua que le daban las lagunas, entraba por los ojos hasta el corazón.

Vivíamos en una casa del pueblo pero no lejos de allí el viejo tenía una finca con ganado. Me había regalado una hermosa yegua mora para que paseara. Yo desaparecía en la mañana del domingo y sólo volvían a verme al atardecer. Tomaba el camino de La Planada, que llevaba hasta donde vivían los indígenas. Observaba el paisaje y a la gente que subía por el camino hacia la iglesia y el mercado. Los hombres con su pelo liso y negro cortado en redondo, el *capisayo* a rayas y un montón de *chaquiras* alrededor de su cuello. Las mujeres, de trenza, con rebozo de color rojo, azul o fucsia, chumbe de colores en la cintura para sostener la falda negra. Casi todas, con crío a la espalda.

En Sibundoy conocí otra realidad a través de mi madre. Ella había hecho buena amistad con los indígenas *camsá* a pesar de que no todos los colonos aprobaban tanta cercanía. Aprendió con Mercedes Jacanamijoy a tejer chumbes en telar, con Pedro Juajibioy algunas frases del *camsá* y con María Chindoy a cocinar la papa *guasimba* y la *kuna* como lo hacían ellos. Yo acompañaba a mamá en muchas de sus visitas y fui conociendo las costumbres de ese pueblo. Con nosotras, a veces, iba una antropóloga, Aideé Seijas, quien investigaba sobre medicina indígena y nos explicaba algunas cosas de la cultura *camsá*.

Mis sentimientos hacia los indígenas eran de curiosidad y respeto. Como intermediaria, mi madre lograba unas relaciones de confianza y de afecto no muy usuales entre indígenas y blancos. Eso hacía inolvidables nuestros paseos por la Planada.

Todavía en el año de 1963 permanecían en el Valle de Sibundoy misioneros capuchinos que habían llegado desde comienzos de siglo para catequizar la región. Fray Bartolomé era un personaje de leyenda, se paseaba a caballo por la plaza del pueblo con su sotana carmelita y una larguísima barba gris que descansaba sobre su panza. Los blancos lo saludaban con inclinación de cabeza y los indígenas le besaban la mano. Nada se movía sin su consentimiento en el Valle y sus alrededores. Fray Bartolomé casaba, bautizaba, castigaba e intervenía en la elección de las autoridades del Cabildo.

Mi viejo no asistía a misa y tampoco le gustaban los curas ni las beatas pues sostenía que quien reza y peca empata. Sólo creía en la Virgen del Carmen para que le ayudara a bienmorir. Pensaba que, en lugar de catedrales como la que estaban levantando, el pueblo necesitaba alcantarillado y luz. Por eso y porque se quedó con la costumbre militar de no votar y de hablar mal de los políticos cuando le daban la oportunidad, dijeron que era comunista o estaba de parte del Incora, que para los curas era casi lo mismo.

Por ese tiempo se peleaban el Estado y los capuchinos por las vastas posesiones de la misión en el lugar. En el país soplaban vientos de reforma

agraria y el Incora, creado para tales fines, proponía la expropiación—con indemnización—de las propiedades de los capuchinos para entregarlas como parcelas a los indígenas sin tierra. El padre Bartolomé disparaba sermones como dardos contra el Incora, como si éste fuera cosa del diablo. Acababa de publicarse el libro de Víctor Daniel Bonilla *Siervos de Dios, amos de indios*, que hacía un recuento de la conquista de almas y tierras adelantada por los capuchinos. Quienes opinaban que el poder eclesiástico había sido utilizado para acumular tierras, podían considerarse como enemigos de la Iglesia. La comunidad estaba dividida y en esa disputa mi padrastro quedó en el bando de los malos.

En Sibundoy vivimos casi año y medio, fue nuestra mejor época. Yo cursaba quinto de bachillerato cuando El Pato murió y con él acabaron nuestra estadía en Sibundoy y la vida familiar. Vino el dolor. El primer dolor profundo, la sensación de orfandad y la batalla de mi madre por salir adelante sola. Del viejo no nos quedó más que el recuerdo. Su hermano, abogado y senador de la república, cayó como buitre sobre toda propiedad. Cuando mi mamá se secó las lágrimas ya no tenía nada. Se habían llevado hasta los perros y las armas de caza. Entonces, nos trasladamos a Pasto, mi madre consiguió trabajo como secretaria en la Lotería de Nariño y yo continué mis estudios.

La vida en Pasto no pasaba de la actividad escolar, una que otra fiesta y la frivolidad de capotear pretendientes. El ritual se repetía los domingos: asistir a misa de diez, salir en compañía de los

muchachos hacia la retreta en la Gobernación y allí, bajo la mirada de toda la concurrencia, insinuar una promesa y dejar rodar la fantasía de los donjuanes hasta la siguiente semana.

La afición al teatro me mostró nuevos escenarios. Un día llegó al colegio Armando Guerrero, estudiante de Derecho en la Universidad de Nariño. Nos propuso armar un grupo de teatro y la idea nos entusiasmó. Al poco tiempo, ocho muchachas conformamos Las Euménides. Armando era nuestro director con la asistencia de Álvaro Velasco, ambos militantes del Partido Comunista Marxista–Leninista, PCCML. Montamos *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca. Ésa fue la llave para que otra puerta del mundo se abriera. La sensibilidad social cultivada por mi madre y afirmada por las monjas, una rebeldía de adolescente que no sabía por dónde saltar, lecturas nuevas sobre la Guerra Civil Española, el periódico *Frente Unido*, que dirigía Camilo Torres, y nuevas opciones de acción social, nos cambiaron la vida.

El idealismo revolucionario, el activismo, las polémicas con los universitarios sobre la existencia de Dios, el estudio de los libretos de teatro, fueron ocupando el tiempo que nos dejaba el colegio e introduciéndonos en el mundo juvenil que confrontaba la sociedad tradicional pastusa.

Nuestra obra se presentó en el Primer Festival de Teatro Estudiantil de Pasto y fue piedra de escándalo. *La casa de Bernarda Alba* cuestionaba la estructura familiar tradicional, el autoritarismo,

la sobrevaloración de la virginidad en las mujeres, criticaba la pacatería de una sociedad cerrada y entronizaba el derecho a la rebeldía. El señor obispo y las monjas que asistieron a las presentaciones del Festival tuvieron bastante que lamentar. El tope de afrenta moral se presentó el día en que el loco Bedoya leyó sus poemas. Entre palabras de inasible consistencia, el loco hablaba de su amor como un naufragio en las olas de menstruación de su amada. Obispo y monjas se retiraron indignados.

Hasta allí llegó el permiso de hacer teatro en el colegio. A nosotras nos prohibieron continuar en el grupo y repetir la presentación de la obra durante el Festival. Desde entonces, mi rebeldía encontró cauce. Comencé a sacar malas notas en religión, no volví a retiros espirituales y fui la única de mi promoción de bachilleres que no comulgó en la misa de grado. De las ocho integrantes del grupo de teatro, seis pasamos a militar en la izquierda marxista.

El papel de Adela en *La casa de Bernarda Alba* me transformó. Terminé el bachillerato con novio universitario, Rodrigo Apráez, uno de los líderes de ese movimiento juvenil de izquierda que despuntaba en Pasto. Empecé a participar en un grupo de estudio maoísta, me declaré atea sin muchos argumentos y cambié mi vocación de veterinaria por la de antropóloga.

Dos

De tropel en la Nacional

En consideración a la situación económica de mi madre y a mi buen desempeño como estudiante, las franciscanas me ofrecieron una beca en el Instituto Mariano para cursar una licenciatura en Ciencias Sociales. La acepté. No encontré nada nuevo. Las mismas compañeras del colegio, los profesores del bachillerato y las asignaturas como repaso del último año. El mismo capellán, las misas de los jueves y el regaño de siempre a las que usábamos minifalda.

Para contrastar, yo alternaba las clases con las discusiones en un grupo de estudios maoístas que coordinaba un estudiante apodado El Diablo. Todas las integrantes éramos alumnas de Maridíaz y las reuniones se hacían en mi casa, porque a mi madre no le espantaba oír hablar de revolución. Nuestra actividad consistía en leer y comentar, una a una, las cinco tesis filosóficas del “ilustre camarada Mao” o cada párrafo del Manifiesto del Partido Comunista.

Estas discusiones daban vuelo a mis ganas de transgredir la disciplina y la piedad franciscanas. La mía era una rebeldía ante pequeñas obligaciones conventuales que se imponían en el Instituto, como la asistencia a misa todos los jueves y el largo de las faldas, pero aun así la directora decidió citarme a psicoterapia por atea.

Cada vez me sentía más enclaustrada y con menos horizontes. Pensaba que no podía quedarme allí, sobre todo después de las sesiones de psicoterapia con la Madre Matilde. Todos los lunes a las cinco de la tarde me encerraba en una oficina que parecía

una celda de monja y me leía párrafos completos del Apocalipsis, mientras rodeaba mis hombros con su brazo pesado oloroso a santidad y acercaba su nariz de Cyrano a mis aterrados ojos para advertirme de los peligros de andar lejos de la mano divina. Quedaba extenuada e inquieta el resto de semana y quizás le temía más a la Madre Matilde que a Dios mismo.

El pretexto para irme surgió un día cualquiera, cuando la profesora de Sociales explicó el origen del género humano desde la teoría monogenética basada en la idea de una pareja inicial –Adán y Eva–. Yo le solicité, indignada, que expusiera la variedad de teorías existentes, sobre todo cuando la Iglesia católica ya aceptaba el carácter metafórico de dicha interpretación. Ella respondió con suficiencia:

–Si no fueron Adán y Eva los primeros habitantes del mundo, entonces ¿quién cometió el pecado original?

No dije nada más y salí del salón con la decisión de abandonar el Instituto. Coincidentalmente Adán y Eva marcaron el comienzo y el final de mi educación con las monjas. No conocerlos el primer día de clase en el Alvernia me hizo quedar como un zapato frente a mis compañeras, y desconocerlos como origen de la humanidad me sacó definitivamente del mundo franciscano. Renuncié a la beca y me inscribí en la Universidad Nacional para cumplir un viejo anhelo, a pesar de las advertencias de la Madre Matilde que anunciaba mi perdición en esa cueva de comunistas.

Por fortuna mamá apoyaba mi deseo de estudiar en Bogotá; al fin y al cabo, decía, el rumbo de mi vida estaba en juego.

Pasé los exámenes de admisión para la carrera de Antropología, pero no había dinero para pagar mis estudios. El sueldo que mi madre recibía como secretaria a duras penas nos alcanzaba para vivir.

Entonces se me ocurrió buscar a Danielvásquez, mi padre, para pedirle ayuda económica. Así fue como lo conocí, recién cumplidos los dieciocho. Sin ningún reparo me pagó la matrícula y el primer semestre de universidad. Pero, tratando de ejercer algún tipo de supervisión sobre su hija, a la que poco conocía, nombró de acudiente a su amigo de juventud, Guillermo Ponce de León. Casualmente, su hijo Juan Manuel estaba inscrito también en primer semestre de antropología. La amistad con Juan fue cosa del destino.

En julio de 1970 dije adiós a Pasto. Sabía que dejaba el nido y emociones opuestas me acompañaron hasta la puerta del avión, sentía temor de enfrentarme sola a lo nuevo, tristeza por alejarme de mamá y, a la vez, unas ganas locas de vivir otras cosas. Cuando el aparato tomó altura dejé que mis pensamientos flotaran también, durante la hora de vuelo me mantuve en el limbo. No quería pensar en nada.

En el aeropuerto de Bogotá me esperaban Jaime Apráez y Benjamín Yepes, un par de amigos

pastusos estudiantes de la Nacional. Al día siguiente, me llevaron a la universidad y me instruyeron sobre las gestiones que debería hacer para la inscripción y matrícula, me dieron un croquis e indicaciones sobre las rutas de buses que me servían para trasladarme desde la casa hasta el centro de la Ciudad Universitaria.

Lo primero que llamó mi atención fue la cantidad de letreros escritos al descuido sobre las paredes blancas. Todos hablaban de lucha y revolución. En contraste, extensos prados verdes, árboles y un cielo limpio entre facultad y facultad. La Universidad Nacional era lo opuesto al colegio de monjas con sus altas tapias de ladrillo. Me gustó, y también la gente, todos iban tan informalmente vestidos que no se distinguían profesores de estudiantes.

El segundo día fui sola y me perdí a pesar del mapa. Pasé horas y horas haciendo colas para conseguir un sello aquí, una estampilla allá, una firma más allá. Parecía interminable el peregrinaje por oficinas y edificios, cada uno con una nomenclatura incomprensible y cuando me atreví a preguntar no faltó el chistoso que me enviara en dirección contraria. Era como para enloquecer. Al final, extenuada de caminar de aquí para allá, logré conseguir el boletín informativo sobre los cursos por inscribir. Faltaba sólo llenar mi horario con los códigos de la materia correspondiente y entregarlos en Registro. Cuando abrí el boletín vi series de cinco y seis números para cada materia, otras para identificar las facultades y

las carreras, para todo había un número. Incluso yo ya estaba codificada con el 470-218.

Me sentí tan confundida que salí de la Universidad y me senté en un antejardín. Se acabaron mis fuerzas, tenía hambre, me dolían los pies, y estaba perdida en una maraña de números y gestiones que eran demasiado para mí. Cuando las lágrimas amenazaban con caer sobre los papeles, salió de la casa un muchacho y me pidió prestado el boletín informativo que llevaba en la mano. Se llamaba Bernardo Younes y fue mi ángel de la guarda. Cursaba octavo semestre de Veterinaria y con su ayuda pude matricularme en una tarde. El conocía los atajos para evadir la lentitud burocrática.

La primera semana fue toda una maratón tratando de ubicar los salones donde se dictaba cada materia, en los diferentes edificios, valiéndome de los códigos y del croquis. Cuando por fin daba con la clase ya estaba llegando al final.

Casi al mes de haber ingresado aprobaron mi solicitud de residencia en la Universidad. Mi papá insistía en instalarme en una vivienda estudiantil cuidada por monjas, pero yo lo convencí del ahorro que representaba vivir en las residencias femeninas de la Nacional. En realidad pensaba: “¿Monjas otra vez? ¡Ni riesgos!”.

Mi padre giraba mil pesos mensuales y yo pagaba tan sólo sesenta por el semestre de estudios, diez pesos por el servicio médico y otros sesenta por

las residencias. Así, todo me costaba un total de doscientos cuarenta pesos anuales. No salía de la ciudad universitaria. Allí lo tenía todo. Compartía habitación con Margarita Aristizábal, una compañera del mismo semestre de antropología, y una de sus hermanas. Sumaban seis los Aristizábal que estudiaban en la Nacional y el padre era celador del Banco Popular en la misma ciudad universitaria, así que fue fácil convertirme en una hija más para el papá Ramón.

La vida social de los estudiantes se concentraba en las cafeterías. Las ubicadas en los alrededores de la universidad, como Hechizada, El Viejo o Super Chisme, eran frecuentadas para las tertulias de amigos, las colonias de paisanos y los galanteos, allí rodaban los chismes. En cambio, en el Cafetín, la cafetería Central o el salón de ajedrez, se hablaba de política. Las colas para entrar a la Cafetería Central en las horas de almuerzo y comida también eran punto de confluencia y en coyunturas de efervescencia revolucionaria se aprovechaban para la agitación.

Cuando llegué a la Nacional, todavía se contaban anécdotas de las marchas de protesta del primer semestre de 1970 exigiendo la reapertura de la universidad, que repercutieron hasta Medellín, Cali y Bucaramanga. Quien hubiera participado en ellas poseía el curriculum suficiente para figurar en el catálogo de revolucionarios de la Universidad.

Los estudiantes de provincia que residíamos en la universidad vivíamos entre la política y la academia;

quizás por eso éramos los activistas del movimiento estudiantil. Con nosotros se contaba para los tropes, las manifestaciones, las tomas y cualquier protesta. Nos llamábamos “compañeros de base” para diferenciarnos de la dirigencia de algunos grupos de izquierda que se había distanciado de su gente. Nos caracterizaba una crítica radical frente a la estructura social, económica y a la vida política del país. Casi todos pertenecíamos o habíamos pertenecido a algún grupo de izquierda y participábamos de una u otra manera en las frecuentes pedreas.

Yo hacía parte, como residente, del equipo que trabajaba con Cooperación, un programa de Bienestar estudiantil que se ocupaba de algunos servicios en la cafetería Central y, a cambio, obtenía la comida gratis. Por la cafetería pasaban casi los cinco mil estudiantes de la época, era como una pasarela por donde desfilaban personajes famosos. A los nuevos nos iniciaban contándonos al oído:

—Éste es Germán Liévano. Acaba de salir de la cárcel. Lo acusaron de robar armas para el ELN... Estudia medicina.

—Éste, Sergio Pulgarín, dirigente de los camilistas.

—Ella, Bertha Quintero, una mujer berraca que se enfrenta cuerpo a cuerpo con la policía.

—Este otro, Guido Gómez, al que acusaron de tirar una molotov a la cara de una muchacha. Estuvo detenido...

—Ése de la maxi—ruana, Jaime Caicedo. Mamerto.

—El morenito, Marcelo Torres, de la JUPA.

—El mono, Esaú Vásquez. Integró el Comité Cabeza de Turco.

Así fui conociendo el mundo de la izquierda universitaria y la amplia gama de matices que existían al interior. A mi llegada, sólo poseía la información que me dio El Diablo, nuestro coordinador de célula, cuando nos vinimos de Pasto:

—En la Universidad Nacional, compañera, va a encontrar otros grupos políticos. Los de la JUCO, que son mamertos del Partido Comunista y revisionistas. Los camilistas, que están cerca del ELN y son extremo—izquierdistas. Y los pequeño—burgueses, seguidores del traidor Trotsky. Pero no se preocupe... allá también hay grupos de estudio maoístas. Yo le doy el contacto —la realidad, por supuesto, rebasaba la descripción hecha por El Diablo—.

Ese mismo semestre entró a estudiar economía la Negra Puyana, una compañera del grupo de teatro que teníamos en Pasto. La colonia nariñense era numerosa y casi todos ellos militaban en la JUPA —se decía que la sigla significaba “Juventudes Pastusas”—, dirigida por un costeño, Marcelo Torres. Nos ofrecieron militancia pero la Negra y yo dijimos que primero queríamos conocer el grupo. De todas maneras, nos incluyeron en una célula de estudio. El primer tema fue la Nueva Democracia, propuesto

por el presidente Mao como programa político para la China revolucionaria. El ejercicio teórico consistía en demostrar con datos de nuestra realidad nacional las similitudes que justificaban la conveniencia del programa de Nueva Democracia para Colombia.

No era difícil si se daba una mirada a regiones como Nariño, donde en 1970 subsistían costumbres de servidumbre en grandes haciendas: se realizaban matrimonios entre parientes para no dividir la propiedad, las tierras se vendían y heredaban con los aparceros incluidos, éstos tenían la obligación de prestar un día de servicio a la hacienda y el patrón era padrino de los niños nacidos en su propiedad. En fincas sobre la ribera del río Guátara, como Guachucal y Tasnaque, se pagaban jornales de sesenta centavos por día, suma que estaba bien por debajo de lo pagado en regiones industrializadas como el Valle del Cauca o en zonas cafeteras. Si Nariño se escogía como prototipo, podía caracterizarse al país como semi-feudal. El carácter de semi-colonia lo daban las determinaciones norteamericanas sobre nuestra economía.

Dentro de esta línea de reflexión, la alternativa de Nueva Democracia, que contaba con una burguesía nacionalista como aliada en la lucha revolucionaria contra los rezagos feudales y la dependencia, era tan apropiada para Colombia como lo había sido para China.

En contraste, los Camilistas, que optaban por el socialismo como salida a la crisis capitalista, tenían

en cuenta las relaciones de alquiler de mano de obra que constituyen el proletariado agrícola en la región cafetera y del Valle del Cauca. Allí estaban los mejores ejemplos del mercado libre de trabajo, característico según Marx del sistema capitalista. Los análisis que partían de esta visión hablaban de una Colombia predominantemente capitalista que requería una revolución socialista para el cambio. No está de más anotar que los líderes socialistas, casi todos, provenían del Valle del Cauca y la región cafetera.

Hasta entonces, los esfuerzos por caracterizar la sociedad colombiana estaban plagados de visiones sectarias. Más que interesarnos en estudios sobre la realidad nacional, leíamos a los autores de moda como Indalecio Liévano, Nieto Arteta y Mario Arrubla para hallar argumentos que probaran lo acertado de los esquemas revolucionarios, casi todos ellos inspirados en experiencias de otros países.

La universidad de la época veía en Camilo Torres, el cura guerrillero, un ejemplo del “ser consecuente”, un llamado a la práctica política directa en oposición a los debates teóricos. A la vez, el auge de los grupos armados en América Latina reforzaba la idea de participar directamente con las masas en la insurrección. Las posiciones más radicales se diferenciaban de las llamadas conciliadoras en que rechazaban de plano la participación electoral y los cambios desde la institucionalidad: la izquierda radical pregonaba la destrucción del sistema, la universidad debía cumplir un papel de vanguardia

intelectual en la formación de cuadros para la revolución. Había otros estudiantes que estaban en la onda del hippismo, el rock, la marihuana y el amor libre, pero, incluso entre ellos, ser revolucionario era una característica inevitable. Ser revolucionario, creer en el cambio, ir contra el orden establecido, luchar por la libertad, entregar la vida por los intereses del pueblo, todas estas ideas se cruzaban, se entretejían, se confundían en los prados y aulas de la universidad. El epicentro teórico estaba en la facultad de Ciencias Humanas, donde convergían los estudiantes de diferentes disciplinas que compartían estas inquietudes.

La Nacional era un universo con murales en los que se pedía hacer el amor y no la guerra en el Vietnam, otros donde se sentenciaba que la revolución si no era socialista sería caricatura de revolución, otros en los que se sentenciaba: ¡liberación o muerte!. El Che con su mirada triste—seductora nos observaba desde arriba, Camilo estaba presente, el viejo Ho lanzaba máximas heroicas, el camarada Mao caminaba sobre las aguas del Yang—Tsé y Enver Hoxa sonreía desde el papel de arroz de la última publicación. Se vendían Voz Proletaria y Tribuna Roja, se repartían Crítica Marxista, Barricada, Sol Rojo y Fusil, se oían baladas, salsa y tangos, nos gustaban Violeta Parra, Carlos Puebla, Víctor Jara, Ana y Jaime, suspirábamos con Neruda, De Greiff y Benedetti, asistíamos a las presentaciones de los grupos La Candelaria, el TEC y el Teatro Libre, solíamos reunirnos en el cafetín o en la sala de ajedrez, tumbarnos en el Jardín de Freud,

se usaban barbas, botas pastusas, mochilas, jeans y chaquiras de colores.

Para Antropología era el tiempo de las doñas: doña Ligia de Ferrufino en la dirección, doña Gloria Triana en la coordinación y doña Blanquita de Molina en la cátedra. Yo asistía encantada a las clases, pero me enredaba al tomar notas. Éstos no eran los dictados del colegio. Si prestaba atención a lo que el maestro hablaba, no escribía, y viceversa. No hacíamos tareas pero leíamos mucho. Para eso estaba la Biblioteca Central, pero además las facultades tenían una sección de publicaciones. Las lecturas que cada profesor recomendaba se imprimían en mimeógrafo, las incontables copias nos obligaban a adivinar, más que a leer, en letras desteñidas, el contenido del texto.

En esos años setenta, el marxismo como método de análisis e investigación tenía la palabra. En humanidades aprendíamos básicamente la teoría marxista. Ya en primer semestre, con el profesor Vasco, incursionábamos en el Materialismo Histórico. Leíamos, por ejemplo, *El Estado y la Revolución*, de Lenin; *Tres partes y tres fuentes integrantes del marxismo*, el *Manifiesto del Partido Comunista* y *La ideología alemana*, de Marx y Engels; las *Formaciones económicas precapitalistas*, los textos sobre minorías nacionales de Stalin y las *Cinco tesis filosóficas* de Mao.

Los profesores más admirados eran los catalogados como marxistas, entre ellos Darío Mesa, que dictaba Historia de Colombia en Sociología; Luis Guillermo

Vasco y Guillermo Páramo, en Antropología; Jorge Orlando Melo, Salomón Kalmanovitz, Humberto Puyana y Humberto Molina, en Economía.

Para mí, fue Vasco el maestro. Me enseñó a estudiar con paciencia de oriental y exigencia implacable. Me dedicaba el tiempo necesario, explicaba, preguntaba, leíamos juntos, revisaba mis notas. Pero no daba tregua. Tenía que ser buena en el estudio y consecuente en la práctica diaria. Observaba mi conducta en cada detalle y me sermoneaba con dureza cuando consideraba que me asaltaban las debilidades pequeño-burguesas. En su tutoría también había una ternura que muy pocos disfrutamos. Vasco era un hombre duro con la palabra y poco expresivo en sus afectos, pero recuerdo que en más de una ocasión, mientras yo lloraba mis inconsecuencias, él acariciaba mi cabeza en silencio. Con mi maestro no sólo incursioné en el Materialismo Histórico: conocí los primeros textos de Antropología y, leyendo sus borradores sobre los *chamí*, me cautivó el mundo de la investigación etnográfica. En literatura, me acercó a los clásicos de la revolución rusa. Abrió su biblioteca para que yo aprendiera, me dio las llaves de su apartamento para que fuera a leer cuando quisiera. En el primer semestre obtuve matrícula de honor, el alto promedio de calificaciones nos eximía del pago de matrícula. El maestro Vasco no sólo me introdujo en la vida académica sino en la construcción de una nueva ética, la revolucionaria. Él y su compañera Graciela fueron un apoyo fundamental en mis primeros tiempos de vida universitaria.

Vasco enseñaba Antropología General en primer semestre; su visión crítica de la realidad y su postura de compromiso social activo influyeron muchísimo en nuestra formación. Una compañera de semestre que provenía del Colegio Andino, La Nana, deseaba aproximarse a Vasco y no lo había logrado pese a las preguntas inteligentes que hacía en cada clase. Un día consiguió una versión de los *Escritos militares* de Mao en alemán, y se sentó a leerlos donde el maestro la viera. No hubo mejor efecto. Desde ese día sintió que le resultaba más fácil comunicarse con él.

Siempre crítico hacia los grupos de izquierda, Vasco no encontraba a uno que se aproximara a sus expectativas, pero casi todos consultaban sus opiniones. Tenía una forma particular de percibirlos: a los del Partido Comunista de Colombia ni siquiera los consideraba de izquierda. A la JUPA no le perdonaba la babosada del Paro Nacional Patriótico fracasado en 1970. Para él, los del ELN adolecían de voluntarismo revolucionario y vanguardismo, y los trotskistas eran exponentes de una ideología pequeño-burguesa.

El maestro era maoísta por convicción. Cuentan que el ritual de su primer matrimonio fue un compromiso público de la pareja frente a una imagen del camarada Mao Tse-Tung. La sola proximidad a Vasco nos convertía en bando, a sus alumnos nos llamaban los vasquistas. En esa época, uno se afiliaba a algo o lo afiliaban. Casi nadie andaba suelto, la mayoría de estudiantes militaba o simpatizaba con organizaciones de izquierda. Pertenecer a un grupo

armado daba un halo de respeto. Claro, eso nunca era del todo evidente, más bien, pertenecía al ámbito de lo secreto que, sin embargo, se balbuceaba en corrillos.

Cuando llegué a la Nacional todavía traía la coquetería de la adolescencia y esas ganas de agradar que me hacían dedicar todas las mañanas media hora al arreglo de los ojos con pintada de colita y tres clases de sombras sobre el párpado superior y otro tanto a escoger la minifalda y los collares de *chaquiras* que me pondría. Siempre llegaba tarde a la primera hora de clase. Un día alguien me preguntó con sorna:

—Compañera, ¿usted vino aquí a conseguir marido o a hacer la revolución?

Indignada, decidí dejar muy en claro mi vocación revolucionaria. No me pinté más, cambié la minifalda por un bluyín de bota ancha que se me pegó al cuerpo de tanto usarlo y mis botas de mosquetera hasta la rodilla por unas botas pastusas de amarrar. Sólo conservé mis collares de *chaquiras*.

Sepulté en el pasado la música de los Beatles, el concierto de Woodstock, las canciones de Joan Baez y los ritmos del rock que poseían mi cuerpo en las rumbas interminables bajo la luz negra de las discotecas de la época. En lugar de sintonizar Radio 15 para oír “*Boca de chicle*”, “*Yesterday*” y “*Gotas de lluvia*”, me aficioné al Noticiero Todelar de las mañanas, porque tenía que estar bien informada

sobre la realidad del país. En las noches, con los muchachos residentes, sintonizábamos en la onda corta a Radio Habana, “transmitiendo desde Cuba, territorio libre de América”.

Cada vez comía menos y tomaba más tinto. Pasé de fumar uno que otro Parliament, rubio y con filtro, a consumir tabaco negro y no tuve más tiempo para fiestas. La última a la que asistí se hizo en la facultad de Artes. Allí estaban Guillermo Sáenz³, recién llegado de Alemania, y su novia antropóloga, junto a la flor y nata de la JUCO representada en Jaime Caicedo, Marilú Posso y Ana Marta Rodríguez, sociólogos de últimos semestres, algunos profesores comunistas, estudiantes de artes y los infaltables costeños que no se perdían baile. Ningún residente. Después me dijeron que la extrema izquierda de la Nacional repudiaba como cosas de la pequeña burguesía las actividades sociales que programaba la JUCO. Entonces, decidí ponerme a tono con el izquierdismo y sólo bailaba en vacaciones.

Con mis compañeros de semestre existía una relación fresca. Pretextábamos el estudio para reunirnos a charlar y mamar gallo. Casi siempre en torno de un examen o un trabajo de grupo, terminábamos en parranda con Ana Marta bailando zapateado sobre una mesa. En casa de Juan Manuel Ponce se hacían las mejores tertulias, porque hasta allí llegaban el poeta Carrillo y sus antiguos

³ Guillermo León Sáenz, llegó ser comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, con el nombre de Alfonso Cano.

compañeros de Derecho en el Externado —Arnulfo Julio, Raúl Gómez Jattin y Santiago Aristizábal—, para leer sus poemas y cuentos. Tomábamos vino hasta el amanecer y nadie nos molestaba, porque Juan tenía su estudio y su habitación algo apartados del resto de la casa.

Los compañeros de curso éramos gente venida de las más diversas experiencias, la mayoría había realizado otros estudios u oficios anteriormente. Juan Manuel Ponce hizo hasta noveno semestre de Derecho, Benjamín Yepes ejercía como inseminador artificial de ganado y el Negro Valdés, el mayor de todos con treinta y tres años, había sido desde arriero hasta teatrero antes de encontrar su vocación de antropólogo. La Nana, Vera Grabe y Consuelo Mariño venían del Colegio Andino —o alemán—; Marta Zambrano y Cloro, del Anglo-Colombiano —inglés—; Margarita y yo, de colegios de provincia. Al grupo se habían sumado María Consuelo Mejía y Ana Marta Rodríguez, que estaban en semestres más avanzados pero tomaban materias con nosotros; ambas militaban en la Juventud Comunista.

Fuimos un grupo que duró dos semestres. Nos bautizamos como “La Familia Punalúa”, luego de leer el texto de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.⁴ Nuestro sitio

⁴ Engels retoma de Morgan la denominación para referirse a un tipo de familia primitiva en la que comenzaba a operar la reglamentación del incesto. En ella, los hombres y las mujeres en edad reproductiva conformaban grupos o comunidades recíprocas de maridos y mujeres que se llamaban entre sí “punalúa”, equivalente de

preferido era el Jardín de Freud, frente al edificio de Antropología. Allí aprendí que la locha era no sólo la antinomia de la lucha sino un tiempo entre clase y clase para retozar tendidos en la hierba mirando el cielo y cerrar los ojos sin pensar en nada. Aunque ya no éramos adolescentes, jugábamos como chiquillos con el pasto recién cortado o corríamos bajo la lluvia hasta quedar ensopados. Nos quisimos de buena manera hasta que cada quien se abrió a la vida por donde le tocaba.

Empezamos segundo semestre de Antropología en febrero de 1971, en medio de asambleas estudiantiles que rechazaban el llamado Plan Básico, un conjunto de políticas para la universidad pública derivado del Informe Atcon para América Latina y considerado el inicio de la privatización de la universidad. La Universidad del Valle lideraba la protesta. El asesinato de un estudiante en las manifestaciones callejeras de Cali generalizó los disturbios en todo el país. El movimiento estudiantil se tomó las universidades: la del Valle, la del Atlántico, la de Palmira, la de Antioquia, la de Nariño.

En la Nacional de Bogotá, los estudiantes marchamos hasta la Facultad de Medicina, nos tomamos las instalaciones, entramos en la rectoría y la multitud exigió que el rector abandonara la universidad. Trató de resistirse, pero fue sacado a empujones hasta la entrada de la calle 45 y allí alguien paró un bus que iba para La Picota³, montó al rector

socio o socia, y de las cuales quedaban excluidos los hermanos consanguíneos para los matrimonios.

y le pagó el pasaje. Se dice que hasta le pellizcaron la nalga. Lo expulsamos en medio del escarnio público, como habíamos leído que hacían los universitarios en la China de Mao con los profesores reaccionarios.

Después, durante una gran asamblea, declaramos la Universidad Nacional de Colombia en poder del estudiantado revolucionario. Si bien la toma se había hecho con el conjunto de grupos de izquierda universitaria, la defensa de las instalaciones quedó en manos de un reducido grupo de residentes liderado por los camilistas. Permanecimos durante veintinueve días dentro de la rectoría.

Para entonces yo era independiente. Me habían echado de la JUPA por tres infracciones. Una, ser amiga de Vasco; dos, repartir un periódico llamado *Crítica Revolucionaria*, en que se censuraba al MOIR por el fracaso del Paro Nacional Patriótico; tres, no aplaudir en una asamblea el discurso de Marcelo Torres y sí pararme emocionada a gritar: “¡Bravo!”, cuando Ricardo Sánchez habló sobre la necesidad de un movimiento estudiantil que cambiara radicalmente la universidad. El orador a quien había aplaudido era un trotskista.

Al día siguiente me llamó Marcelo Torres. Acaso por su cercanía con la Negra Puyana, ahora su novia, me amonestó personalmente. El regaño me recordó a la Madre Matilde con sus amenazas de infierno, y le dije a Marcelo que me retiraba. Desde entonces, ningún militante de la JUPA volvió a saludarme.

Los Comandos Camilistas, los trotskistas del Valle, las Ligas Marxistas y los llamados Independientes rechazábamos el cogobierno planteado por la JUPA y la JUCO. Reconocíamos como líderes a Moncayito⁵, Sergio Pulgarín, Ricardo Mosquera, Lisandro Navia y Cristina de la Torre. Ésos eran los agitadores, los del discurso. Otros dirigían por debajo de cuerda, estaban vinculados a grupos armados, eran “gente seria”. De ellos recuerdo a Rogelio y a un giradoteño al que apodaban El Pato.

Para quedarnos con la universidad se peleó durante varios días, a piedra, contra la policía. Todo el tiempo hubo escaramuzas en las entradas de las calles 26 y 45, con la actuación destacada de los llamados “perros camilistas”, tres grandotes que coordinaban la quema de carros.

Yo estaba en todos los tropes pero nunca tiré una piedra. El día que intenté hacerlo, casi descalabro al compañero que estaba adelante. Realmente yo debía ser algo así como el apoyo moral de los muchachos. Gritaba a la policía, chiflaba, hacía bulla, sacaba a los heridos del área y el resto del tiempo corría avanzando o retrocediendo según el momento de éxito o fracaso en la batalla campal. Me encantaba estar allí. La pedrea era como un desahogo. Varias veces me rezagué y estuve a punto de que me agarrara la policía, pero siempre aparecía algún ángel custodio que me rescataba de la mano casi volando.

⁵ Héctor Moncayo, líder estudiantil de la Facultad de Economía.

Consolidada la toma de la universidad, todos los días había reuniones de análisis de coyuntura y de caracterización del movimiento estudiantil. Discutían interminablemente las diferentes tendencias de izquierda por cualquier concepto, por cada palabra de un comunicado. Nosotros, los menos aficionados a la teoría, entrábamos y salíamos de las reuniones con el pretexto de revisar que todo estuviera en orden.

Un grupo de Camilistas era el encargado de la seguridad, entre ellos el Mono, el Negro Vellojín, Pebles y los Tarazona. Yo tenía en mis manos las comunicaciones, atendía el teléfono y daba declaraciones sobre la toma. Desde allí se realizaban largas conferencias telefónicas con las otras universidades en manos de los estudiantes y con la prensa extranjera. Hasta llamamos a Prensa Latina en Cuba para dar nuestra versión del movimiento estudiantil.

Nos imaginábamos que el rector recibía llamadas directas del Pentágono en que le daban instrucciones y desde el primer día buscamos por todas partes las pruebas de “la entrega de la Universidad al Imperialismo”. Lo que hallamos fueron recomendaciones de políticos para que admitieran a sus protegidos en la Nacional, entre ellas una de Misael Pastrana Borrero, entonces presidente de la República.

Al llegar la noche sólo quedábamos los residentes. Permanecíamos con la zozobra de un asalto policial para recuperar la universidad, y el tiempo se iba

en tomar tinto y pensar en qué haríamos en caso de emergencia. Cumplíamos turnos de vigilancia y descansábamos apenas dos horas sobre colchones en el suelo. Yo esperaba cuanto fuera necesario para dormir al lado de El Mono, Pebles o Rogelio, que eran los de mi confianza.

Casi no comíamos. El saqueo a las bodegas de la cafetería nos proporcionó comida unos diez días; luego escaseaba hasta el pan. Alguien tuvo una gran idea: sacrificar una novilla que había visto en la Facultad de Veterinaria. Fue por ella un centenar de estudiantes, pero ninguno sabía qué hacer con el animal. Arrastró a Pebles, no se dejó matar de Tolima, pisó al Paísa, hasta que decidieron hacer un retén en la calle 26 y recoger fondos para pagar a un matarife que la sacrificara. Hubo carne en abundancia. El negro Vellojín nos hizo un caldo muy especial con sangre de la novilla.

Al día siguiente, llegó Pebles con *El Espacio*. En primera página un titular decía: “En peligro cientos de estudiantes de la Universidad Nacional”. Más adelante explicaba que la novilla sacrificada era sujeto de experimentación en el laboratorio de veterinaria. Estaba inoculada de aftosa... Más de uno se puso pálido y salió a vomitar. Otros opinamos que ese rumor hacía parte de una guerra psicológica, pero todos esperamos los síntomas en nuestros puestos de combate, como la tripulación de un barco en pleno naufragio. Finalmente nada pasó.

El cansancio y la pésima alimentación hicieron mella. Una vez me dormí y continué hablando sobre el movimiento estudiantil con los ojos abiertos, sin conciencia de lo que decía. Me mandaron a descansar a Residencias Femeninas y no desperté en veinticuatro horas.

Salimos de la toma hacia el Encuentro Nacional Estudiantil que se celebraba en Palmira, Valle. Los prados de la Nacional me parecían más extensos, el cielo estaba mucho más arriba... Había estado tanto tiempo encerrada en la rectoría...

Durante el evento nos encontramos con los compañeros de todo el país que habían participado en el movimiento desde las respectivas regiones. Llegaban de la Costa, Cauca, Tolima, Santander, Valle, Antioquia, Nariño y Caldas. Todas las tendencias políticas convergieron: jupas, jucos, trotskistas, camilistas, testimonios, eme—eles, ligas e independientes. Y no sólo estaban las universidades públicas, también asistieron las privadas, como la Javeriana, Los Andes, la Santo Tomás, la Libre y el Externado, que se habían sumado al movimiento.

De ese encuentro salieron los programas *Máximo* y *Mínimo*, cada uno de una corriente distinta. El movimiento estudiantil de 1971 era, después de meses de protesta y movilización, una suma de islas que se alejaba a paso lento de una posibilidad de organización gremial estudiantil.

El resto del año 71, se siguió discutiendo sobre el cogobierno, hasta llegar a las elecciones para la representación estudiantil. La Plaga sacó candidato propio, El Brother, un estudiante con el más alto promedio de notas en la facultad de Odontología y conocido *colino*. Sin dientes, de pelo rubio hasta los hombros, este personaje hacía su campaña en una zorra de acarreo, coronado de flores, lanzando besos al aire como las reinas de belleza. Los que no estábamos de acuerdo con la participación del movimiento estudiantil en el cogobierno nos sumamos a la irreverente candidatura.

Ese acto consolidó a La Plaga como grupo. No era una organización: así llamaban a un sector amplio del estudiantado casi todo de provincia, sin compromiso político con los grupos de izquierda, cuyo común denominador eran la beligerancia y el amor al tropel. Tirar piedra y pelear eran sus pasiones. Uno de los combos más duros de la plaga lo integraban Salsa, Cuero, Rata, El Chato, Papapicha y El Camello, hombres sin ley. El común de estudiantes les tenía miedo y las muchachas ni se acercaban, ellos gozaban con su fama de malos. Con la extrema izquierda eran solidarios. Conmigo fueron siempre muy especiales, me consideraban del combo y me cuidaban.

Traición

Moritz Ackerman, el mejor agitador del movimiento estudiantil, había llegado a Bogotá tras su expulsión de la universidad del Valle. Su discurso apasionado, el día en que mataron al compañero en Cali, logró

movilizar a un millar de estudiantes de la Nacional. Era uno de los hombres estrella del trotskismo en el Valle. Más de una suspiraba por sus ojos tristes y su verbo incendiario. Hacía parte de la comisión negociadora del levantamiento de las tomas con el ministro de Educación de ese entonces, Luis Carlos Galán Sarmiento, junto con otros líderes, entre ellos Sergio Pulgarín, Ricardo Sánchez, el Mono Luna, Cristina de la Torre y Marcelo Torres. A mí me llevaban, no sé por qué. Pero pude conocer a Luis Carlos Galán, el ministro más joven que ha tenido Colombia; las reuniones en su despacho parecían una asamblea estudiantil y eran igual de beligerantes. Entonces se fortalecía en todo el país la Tendencia Socialista, por la calidad de sus cuadros estudiantiles en el debate público.

El día menos pensado, Moritz amaneció mamerto. Muchos afirman que el cambio lo produjo una noche de amor con Marilú Posso, famosa diva de la JUCO. Lo cierto es que salió de una reunión donde se acordó su intervención como representante de la Tendencia Socialista en una asamblea estudiantil, que se llevaba a cabo en la facultad de Sociología. Moritz no mostró ningún desacuerdo. Llegamos a Sociología, él tomó la palabra y lanzó su discurso de adhesión a las filas del Partido Comunista renegando del trotskismo. Al comienzo no entendíamos qué pasaba, pero finalmente, anonadados, Moncayo, Luna y yo llorábamos abrazados sintiendo en el alma como una estocada la traición de Ackerman. La asamblea comenzó a chiflar. Todo el mundo discutía a gritos. Los presentes se dividieron en dos: la JUCO

y los demás. Se acabaron las intervenciones. No sé de dónde apareció La Plaga, que no soportaba a los mamertos, y comenzó la pelotera. Los de la JUCO estaban preparados. Salieron a relucir varillas, cadenas y palos. Pebles lanzó un golpe con la chapa de su cinturón y el guardaespaldas de Moritz resultó descalabrado. Se tiñó de sangre su camisa. Levantó la cara: estaba muy pálido pero aún protegía a Ackerman. Ese muchacho de la JUCO era Carlos Pizarro y ya había pedido ingresar a las FARC. Cuando alguien esgrimió un revólver, los comunistas salieron corriendo hacia la salida de la calle 45. Ackerman no pudo volver a la Nacional.

Era el tiempo del sectarismo. Cada grupo político se declaraba poseedor de la verdad absoluta. Se entronizó el discurso ideológico, pero no había discusión, sino pelea. Se trataba de acabar con el opositor. Para eso se acudía al macartismo, a la sátira, a tergiversar los argumentos y en últimas a cualquier método para desvirtuar lo que el otro decía, incluido chiflar y abuchear. Tanta era la división entre grupos de estudiantes, que en más de una ocasión, en plena pedrea contra la policía, dos grupos de tendencias distintas se trenzaron en pelea.

Las diferencias estaban marcadas por la caracterización de la sociedad colombiana y las formas de lucha para acceder a la toma del poder. Si Colombia era semi-colonial y semi-feudal, hacía falta una revolución de Nueva Democracia, para lo cual o se construía un ejército popular o se iba a elecciones, con una guerra prolongada o no y

trabajando las masas de manera legal o clandestina. Si éste era un país capitalista dependiente, se requería una revolución socialista: para ello, había que acudir bien a la lucha armada o bien a la legal, colaborando en ésta con los sindicatos o con el campesinado. ¿Resultaba mejor combinar las distintas formas de lucha? ¿Cómo se hacía? ¿A través de un partido revolucionario de cuadros o de uno de masas?

Era cosa de nunca acabar. Cada criterio era una sigla y cada sigla un grupo político distinto que no se entendía con los demás. La izquierda universitaria de los setenta se partía en trocitos diminutos.

Tres

Una guerrilla criolla

Hasta la universidad había llegado avivando hogueras el viento de la revolución. El triunfo de la guerrilla cubana y la experiencia de mayo del 68 en París influían el pensamiento de los jóvenes de los años setenta. Era una generación que simultáneamente deseaba acabar con la guerra del Vietnam y cambiar el mundo a través de la guerra revolucionaria, practicar el amor libre y construir utopías posibles en el sur de América, romper con el continuismo político y proponer otras ideologías, recomponer el orden social para hacer realidad una sociedad más equitativa. Era una juventud que se sentía atraída por los proyectos colectivos y que jugó a parecerse a los ídolos de ese tiempo. Antes que los textos académicos aparecían las *Obras escogidas* del Che Guevara, el discurso de Fidel Castro conocido como *Segunda declaración de La Habana*, las *Actas tupamaras*, de María Ester Gilio, *El Manual del guerrillero urbano*, de Carlos Marighella o los *Escritos militares* de Mao, junto a novelas y escritos épicos como *Así se templó el acero*, de Ostrovsky; *La madre*, de Gorki; *El bosque*, de Pomeroy, *Tania la Guerrillera* y *El diario del Che en Bolivia*.

En ese ambiente, mi fervor por la causa crecía. El sustento teórico lo encontraba en los clásicos del marxismo que aparecían a la sombra de la academia. Cuando supe qué era el Materialismo Histórico entendí que la violencia actuaba como la partera de la historia en el terreno de la lucha de clases. Me sentía ávida de participar más directamente en la revolución. Los jóvenes de la época que buscábamos el cambio encontrábamos reducidas posibilidades.

El hipismo de los sesenta transgredió las normas de comportamiento social hacia una mayor libertad individual. Algunos constituyeron comunas, una nueva forma de vivir que cuestionaba radicalmente el modo de vida de la sociedad capitalista, pero nosotros no hallamos en ellos una propuesta de justicia social apropiada para nuestros países en desarrollo. La política en cabeza de los partidos tradicionales tampoco nos ofrecía posibilidades de transformación de la sociedad. Lo obvio era apostar al triunfo de la guerra revolucionaria como una posibilidad de cambio radical para que el poder estuviera en manos del pueblo.

El Pato, Jaime Sánchez, de antigua militancia izquierdista, me había dicho que la guerrilla era como Dios, que estaba en todas partes, y observaba para elegir a sus integrantes, entre los mejores. Decidí esforzarme en ser una buena revolucionaria y prepararme para que ellos me captaran. Seguía las instrucciones de mi consejero al pie de la letra: subía a Monserrate para hacer ejercicio, practicaba tiro al blanco en el Parque Nacional, en uno de esos puestos de feria donde ganaba una cajetilla de cigarrillos Pielroja si lograba darle a la diana con una escopeta que disparaba corchos, y ejercitaba la solidaridad, cosa bien fácil entre los residentes de la Nacional, todos más pelados que nalga de Niño Dios.

Aprendí a ponerme seria y trascendente siempre que el tema de la revolución llegaba a la mesa. En lo único que desobedecí los consejos de El Pato, fue al

no ponerme minifalda, a pesar de que él aseguraba que era la mejor forma de despistar al enemigo.

Efectivamente, la ultraizquierda tenía sus ojos puestos en mí. Me movía en el sector más radical del estudiantado, era una activista incansable y algunos mantenían vivo el recuerdo de las minifaldas que usaba en primer semestre. Varios habían dado el primer paso para reclutarme. El Pato invirtió tiempo, porque me quería para el ELN; El Prócer me entregó documentos de Camilo Torres y una entrevista de Fabio Vásquez, para que habláramos y proponerme participar en su célula; Elías hablaba mucho conmigo y comenzaba a insinuarle posibles trabajos. Pero Rogelio madrugó y sin mediar lecturas ni charlas me vinculó con Iván Marino Ospina. Fue una casualidad, porque Rogelio colaboraba igualmente con el ELN y las FARC.

Rogelio era un pereirano aceleradísimo, le decían Correcaminos. Hablaba con la misma prisa con que caminaba. En su rostro la seriedad y la sonrisa se sucedían abruptamente. Para él la universidad no era sino un escampadero. Estaba matriculado en Antropología, pero poco se lo veía en clase. Era el típico conspirador, convertía cualquier tema en un misterio omitiendo nombres propios, mención de sitios, pluralizando el pronombre y apoyándose en términos como “la organización”, “trabajo serio”, “compartimentación”. Era hábil para cambiar de tema cuando alguien se acercaba donde estábamos hablando. Debía tener unos treinta y dos años y había conocido a Iván Marino en la escuela primaria.

A mí, la manera de comportarse Rogelio me cautivaba. Su misterio despertaba respeto y me comprometía incondicionalmente. Yo confiaba en él. Jamás hice una pregunta que pudiera parecer obvia. Tampoco supe quiénes eran “nosotros”, de qué organización me hablaba, ni cuál era el trabajo serio. Simplemente me dejaba conducir...

Durante un buen tiempo no supe con quién militaba. Yo intuía que era con el ELN. Pero resultó que hacía parte del proyecto naciente que tenía Jaime Bateman para traer la guerra a las ciudades, cuando todavía no lo expulsaban de las FARC. Mi militancia con ellos fue un golpe de suerte.

El mío fue un reclutamiento sin ceremonias, casi sin darme cuenta. Pero tiene un punto de partida: la mañana en que apareció Rogelio y me llevó al departamento de Idiomas. Cambiar de edificio era la manera de hablar en privado, lejos de los curiosos conocidos. Una vez allí, me dijo que había sido escogida para un trabajo serio. Sólo necesitaba llevar una muda de ropa, porque saldríamos de la ciudad. ¿Estaba dispuesta? Dije que sí y no hice preguntas. Nadie debe saber más de lo necesario, decía una norma de seguridad que leí en alguna parte.

Al día siguiente viajamos. Ni los misterios de Rogelio ni mi expectativa disminuyeron el placer del paseo. Mi acompañante, además, estaba especialmente alegre y en cada parada se bajaba para traerme golosinas.

Llegamos a Pereira. No sabía si era el final del viaje, pero tampoco pregunté. Dejamos los maletines en una casa y nos dedicamos a recorrer la ciudad. Tomamos cerveza fría en el Parque del Lago, caminamos el comercio, comimos almojábanas con avena y terminamos con un tinto a las nueve de la noche en casa de la familia de Rogelio. No había nadie. Él mismo me preparó una cama; sólo entonces dijo que al día siguiente me iba a presentar a un hombre que había estado en las Farc y con la guerrilla de Douglas Bravo en Venezuela. Como debíamos madrugar, me dio las buenas noches y puso el despertador. La emoción casi no me deja conciliar el sueño, se acercaba un gran acontecimiento: conocería a un guerrillero de carne y hueso.

Llegamos a la cita unos cinco minutos antes de las siete, en una tienda de barrio donde varios choferes saboreaban su café antes de partir al trabajo. Pedimos el nuestro. Yo estaba ansiosa, con los ojos clavados en la puerta, cuando entró un hombre y, sin dudarlo, se dirigió a nuestra mesa. Acababa de bañarse, gotas de agua temblaban en su pelo negro rizado, llevaba una camisa de color azul claro y mientras se acercaba nos miraba entrecerrando un ojo con un toque de picardía. Una sonrisa espontánea desplegó sus labios al tiempo que saludaba alegre. Abrazó y palmeó la espalda de Rogelio; a mí me tendió una mano y con la otra tomó mi brazo efusivamente. Sus palabras tenían acento paisa y surgían con fluidez en medio de una sonrisa que disolvía su dureza, porque, sin lugar a dudas, ése era un hombre recio.

Yo lo observaba curiosa. Buscaba en sus brazos las cicatrices del monte. Tal vez esperaba verlo cruzado de heridas como si cada batalla la hubiera librado con un tigre. Y estaba frente a un hombre de unos treinta años, que hablaba con entusiasmo, utilizaba un lenguaje directo, hacía bromas y se reía a carcajadas. No nos propuso nada misterioso, simplemente quedamos de encontrarnos dos días después en un pueblo cercano. Acabado el tinto, colocó su mano en mi hombro, me miró con simpatía y le dio una palmadita a Rogelio a manera de despedida, se paró y salió antes que nosotros.

La imagen del primer guerrillero que conocí quedó como fotografiada en mi memoria. Iván Marino, su sonrisa y la camisa azul. Fue mi encuentro con la guerrilla, la ceremonia inicial, el acercamiento. Poco tiempo después, él llegó a Bogotá para quedarse y comenzamos a actuar como comando.

A los diecinueve años yo sólo tenía una o dos cosas claras acerca del norte que regiría mi vida, pero no sabía por dónde empezar. Entonces, decidí explorar caminos. En ese momento la fuerza de las armas me atraía y yo entré en el mundo de Tania la Guerrillera, como *Alicia en el país de las maravillas*, resbalando por un tobogán, curiosa y fascinada.

Había tenido el tiempo de construir una imagen a la que quería ajustar mis actos. Una referencia de honradez, entrega, fuerza de voluntad, valentía y, por supuesto, heroísmo. Ese querer ser, como colcha de retazos, traía pedazos de personajes que admiraba

desde niña, a los cuales prestaba cualidades para tejerlas hasta formar ese imaginario del que hablo. Contiene desde santos como Francisco de Asís y Juana de Arco hasta superhéroes como Batman, con pinceladas de seres queridos como mi mamá y mi abuelo. Pero también introduje valores nuevos tomados del Che y de Tania la Guerrillera, de Carlos Marighella y de Raúl Sendic, o aspectos de personajes de la Nacional a los que admiraba, entre ellos Vasco, Norma Enríquez y Berta Quintero.

Curiosamente, la vida se pasa queriendo ser. A los cinco años quería ser hombre, porque era más fácil orinar parada. A los nueve, mi sueño era ser bailarina o actriz y permanecía horas actuando para una cámara inexistente. En la adolescencia quise ser veterinaria o médica y, al terminar el bachillerato, antropóloga. Ahora, cuando iniciaba la carrera, anhelaba ante todo ser guerrillera.

Sin embargo, a diferencia de los sueños de niña, le estaba pisando los talones al deseo. Mi primer trabajo serio consistió en transportar con Rogelio, desde Risaralda a Bogotá, una dinamita que nos dio Iván Marino. Llenamos un maletín con unos diez kilos, cubrimos el contenido con una camiseta y tomamos un taxi colectivo. Rogelio me aconsejó hacerme la dormida. Recostada sobre el maletín, fingí somnolencia. Cuando llegamos al retén, el guardia me miró, no quiso molestarme y continuó la requisa de los otros pasajeros. Mientras tanto, yo trataba de respirar despacio para silenciar el golpeteo de mi

corazón, porque me parecía que podían escucharlo hasta en la caseta de guardia.

Después, también por iniciativa de Rogelio, me vinculé a un grupo de estudio en el que participaba gente de la Nacional. Nos dedicamos a la lectura y la discusión del *¿Qué hacer?*, de Lenin, pero nos duró poco la disciplina. La mayoría prefería otro tipo de actividades.

Cuando llegó Iván a Bogotá, venía con Adiela, su compañera. A la primera reunión con ellos asistimos tres conocidos: El Mono, Pebles y yo. En lugar de empezar con el plan de estudio, como era usual en la izquierda universitaria, nuestro compañero sacó una sub-ametralladora Madsen y comenzó con la instrucción sobre su manejo. Yo sólo había visto una de esas en Sevilla, Valle, la que usaba el guardaespaldas de mi padraastro cuando estaba de Alcalde militar.

Así inicié una militancia regular como parte del comando urbano que dirigía Iván Marino. Nos reuníamos mínimo una vez por semana y salíamos a caminar los domingos. Parece poca cosa, pero esas actividades se convertían en lo más importante para mí, porque me ligaban al sueño revolucionario. La idea de crear una guerrilla urbana para acercar la guerra a los centros de decisión económica y política del país y llegar con la propuesta revolucionaria a las masas de obreros y pobladores, una guerrilla que apoyara la lucha insurgente hasta el momento librada en el campo, que consiguiera recursos para

financiarla y que vinculara a las diferentes fuerzas en una tarea unitaria, constituía el motivo por el cual Iván Marino había llegado para trabajar en Bogotá.

En una de las primeras reuniones, Iván dijo que era necesario utilizar seudónimos para proteger la identidad legal. Llamarse de otra manera no me parecía raro. A mí me apodaron Ñaña desde chica, ahora en la universidad me decían La Negra. A la tía María Mercedes cuando entró de monja la llamaron Policarpa. Clark Kent era Superman. Además en Colombia los alias son comunes, nuestra generación oyó hablar de bandoleros famosos como Chispas, Charro Negro y Veneno. Sin embargo, para los revolucionarios entre el alias y el seudónimo existe una distancia ética. Mientras el alias es como un sobrenombre, el seudónimo significa protección y representa el querer ser, la imagen ideal, el proyecto de vida que desea realizarse.

Para el grupo, escoger seudónimos fue cosa de minutos. A Iván, le decían Álvaro. Pero él consideró que ese nombre ya estaba quemado, lo usó desde que integraba las FARC. Entonces, yo le puse Felipe. Él a mí, Claudia. Adielá dijo que quería llamarse Ana María. El Mono escogió Pedro y Pebles dijo que Kiko. Nos bautizamos repitiendo el nombre de cada uno entre risas: Felipe, Ana María, Pedro, Kiko y Claudia. No hubo un ritual especial, pero siempre recordaré mi primer seudo.

El cambio de nombre fue un paso hacia el mundo de la clandestinidad, donde se ocultaba la identidad

real y desaparecía la historia personal. En ese ámbito de encubrimiento, el conspirador se vuelve anónimo y puede convertirse en múltiples personajes ficticios. Con el seudónimo se iniciaba una nueva etapa y nos esforzábamos por no hablar del pasado, no mencionar nombres familiares, no dar datos sobre el oficio, la vivienda, los sitios frecuentados, no mencionar a los seres queridos. Cada uno de nosotros ayudaba al otro a omitir detalles, velaba por la prudencia ajena.

Yo practicaba cada que podía. Si una persona extraña se aproximaba con deseos de charlar, yo aprovechaba para construir mi ficción. Le daba vida a Claudia, la llenaba de contenidos, la representaba como cuando actué en teatro. La apellidé Montenegro, la hice miembro de una familia numerosa, estudiante de sicología en una universidad privada. Dije que había nacido en Bogotá. Claudia era coqueta, vacía, no le interesaba la política y evadía cualquier alusión a la guerrilla. Trataba de darle cobertura a la actividad política revolucionaria simulando todo lo contrario. No hacía falta mucho esfuerzo, ya los cuentos de Batman, Supermán y La Mujer Maravilla, o las series de TV como El Zorro, nos ilustraban sobre la simulación. El héroe se ocultaba detrás de un personaje de gafas que sugería fragilidad, timidez y miedo.

Con el seudónimo, yo podía distinguir en mí a tres personas distintas: la de todos los días, que asistía a clase, tenía un círculo de amigos y mantenía lazos con su familia. La otra, la nueva, que se reunía en secreto para aprender a manejar armas y hacer la

revolución. Y Claudia, la máscara que protegía a la conspiradora de la curiosidad de extraños.

Cuando viajaba o cumplía alguna tarea, si alguien preguntaba ¿para dónde va? ¿qué hace?, la respuesta debía ser rápida y ocultar el verdadero destino y objetivo del trabajo. Preservar el secreto era fundamental y para eso se ponía en juego la imaginación. Más tarde se convirtió en hábito, porque de él dependían la vida y la seguridad de otros. Encubrir, tapar, camuflar, despistar siempre, y hacerlo hasta con los más allegados, constituían una de las primeras reglas de la clandestinidad.

Tiro al blanco en la feria

Para nuestro comando, los cerros bogotanos fueron como una Sierra Maestra. Durante los entrenamientos, recorrimos una y otra vez su topografía, esperanzados en repetir para el país una historia revolucionaria como la cubana.

Los domingos, madrugábamos; a eso de las siete ya estábamos listos para la instrucción. Caminábamos por los cerros y, a medida que subíamos, un olor a tierra húmeda, a musgo y a hojarasca se nos metía en el cuerpo. El ascenso no era fácil, debíamos trepar aproximadamente hasta los 3.200 metros. La primera vez que subí, el aire me ardía en los pulmones, el corazón quería salirse por la boca, sentía la garganta seca y las piernas temblorosas del esfuerzo. Me detuve con el pretexto de contemplar la ciudad, todo se tornó borroso y caí a tierra. La cabeza me daba

vueltas. Tenía unas ganas espantosas de vomitar. Me dio la pálida. Pensé en El Che con su asma en las alturas bolivianas y sentí que yo era una floja. Casi me pongo a llorar.

La voz de Iván me devolvió a la vida.

—¡Respire!... Respire profundo... Eso es... Tome bastante aire y suéltelo lentamente... Levante los brazos y ensanche los pulmones... Así...

El Mono y Pebles me ayudaron a levantarme. Poco a poco me recuperé, se aclaró la visión. Allá abajo se extendía, envuelta en niebla: Bogotá.

El ritmo de estas subidas no era el de un paseo. El Mono e Iván iban adelante, seguía Pebles, luego yo y por último Adiel. Iván se devolvía, nos acompañaba y regresaba al frente. Adiel se cansaba pero no decía nada; si yo la miraba, me sonreía. Oíamos instrucciones a ratos:

—Mantengan el ritmo de la respiración. No abran la boca, que se seca la garganta. Es mejor no hablar... No se detengan. Un poco más de esfuerzo... Siempre se puede un poco más... Lentamente pero sin parar... Primero el esfuerzo de apoyo sobre una pierna, subiendo con la derecha; luego, cuando duela, con la izquierda... No miren nunca la totalidad del camino, porque parece muy largo; hay que fijarse metas, puntos de referencia. Concéntrense en llegar hasta un sitio, un alto, un árbol. Cuando lleguen, fíjense otro.

Caminábamos seis horas o más. Iván escogía el sitio para detenernos. Bajo los árboles y cercano al agua. Nos sentábamos para compartir un bocado, Ana María repartía. Iván Marino siempre quiso recibir de último su ración. Comíamos pan y bocadillo o trocitos de panela, a veces sardinas con galletas; en ocasiones llevábamos un termo para el café caliente. Agua teníamos en las fuentes naturales. El descanso era nuestro mejor momento, allí se forjaba la camaradería.

Terminada la merienda, empezaba la conversación. No teníamos temas predeterminados, todo se tejía en la informalidad alrededor de anécdotas de vida. Así conocimos otras geografías nacionales y personajes que hacían parte de la historia oculta del país, gentes del campo, del pueblo, que se volvían leyenda en una región por sus hazañas contra el enemigo.

Iván y Ana María narraban sus experiencias en la guerrilla rural o en trabajos urbanos. No sólo contaban los aciertos, sino que se burlaban de los fracasos y las carcajadas de Adiel sonaban como música pagana. Nos relataron lo sucedido el día en que se metieron a una casa donde, según la información, había dinero en dólares. Cuando redujeron al señor de la casa bajo la amenaza del arma del Flaco Bateman, la esposa comenzó a dar alaridos histéricos que los pusieron nerviosos, hasta que El Flaco decidió meterle un pañuelo en la boca como había visto hacer en las películas. Buscaron por toda la casa y no hallaron dólares ni nada. Lo peor del cuento es que el pañuelo que le metieron a la señora en la boca tenía bordado

el nombre de Álvaro Fayad. Era un regalo especial de su tía. Bateman ocupaba el apartamento de Fayad desde que éste se había ido a las FARC y usaba lo que le servía de la ropa del compañero, sin fijarse en los detalles. La noticia del pañuelo marcado salió en la prensa.

Contaron también del tiempo en que se enamoraron. Hacían parte del mismo grupo y quedaron de guardia mientras otros compañeros entraban a un sitio para realizar un asalto. Era de noche, no había mucha luz y los dos estaban en un jeep. Pasaron dos policías, y entonces Iván abrazó a Ana María como si fueran novios. La treta surtió efecto y los policías siguieron de largo. Pero él no la soltó. Aprovechó la situación para besarla de verdad. Oír sus historias era como ver una película, tan vívidamente las contaban.

Compartíamos los sueños sobre la Colombia que queríamos, sin polémicas teóricas como en la universidad. Nos unía un profundo respeto por los grupos insurgentes y la convicción de que un cambio en el país necesitaba el apoyo de las armas. Hasta entonces, el proyecto socialista era la opción más clara para un cambio radical que nos transformara de un país excluyente, manejado por unos cuantos privilegiados para garantizar su poder, en una nación donde primaran los intereses de los sectores sociales menos favorecidos y se implantara la justicia social. Nosotros no nos ocupábamos de la propuesta de Estado o de ordenamiento social, creíamos que lo fundamental era la toma del poder para el pueblo. En esa primera época nunca oí una crítica a los grupos políticos de izquierda, ni siquiera a las FARC, de donde había sido expulsado Iván Marino.

Ya descansados, luego de comer, hacíamos polígono. Ubicábamos un árbol y allí colocábamos el blanco. A veces un papel con una diana dibujada y otras simplemente algo que se destacara. Comenzamos por aprender las posiciones para disparar: de pies, rodilla en tierra y tendidos. Yo sabía algo por aquello de las cacerías. Luego disparábamos por turnos. Unas veces con el rifle de diábolos del Mono, otras con el revólver calibre .22 o de la U. En alguna ocasión, Felipe nos traía una pistola o un revólver calibre .38 más pesado. Ese ejercicio nos familiarizaba con las armas, el sonido del disparo, su mecanismo, para ir perdiéndoles miedo y aprender a portarlas con naturalidad.

Con el tiempo ganamos práctica, recorriamos más terreno con menos esfuerzo, conocíamos los caminos y trochas, encontrábamos nuevos sitios para hacer polígono. Nada nos gustaba tanto como esas salidas, por ellas aplazábamos el cine, el amor y las rumbas. Los cerros eran un sitio de encuentro pleno. Sin la presión de los espacios públicos donde todos podían vernos, sin necesidad de hablar en voz baja, sin posibles *tiras*, dábamos rienda suelta a una actividad tan atrayente como la del entrenamiento. El esfuerzo físico compartido, la mística, el entusiasmo, la camaradería, la fuerza de voluntad probada paso a paso, junto con el secreto de nuestra actividad, nos hacían cada vez más compañeros, más solidarios y más convencidos de que sólo una revolución cambiaría al país. Teníamos una responsabilidad que cumplir, para eso nos preparábamos con esmero.

Guerrillera, ahora sí

En las noches salíamos a pintar letreros: “ELN EPL FARC = VICTORIA y VIVA LA UNIDAD GUERRILLERA.” Llevábamos un pequeño revólver para irnos acostumbrando. Alguien con buena letra y ortografía aceptable pintaba la consigna con aerosol, mientras los demás nos ubicábamos en parejas como *campaneros* para evitar que la policía capturara con las manos en la masa a quien pintaba. De ordinario las parejas se formaban con una persona de experiencia y una novata, mejor si eran hombre y mujer porque podían parecer novios. Si veíamos a los *tombos*, silbábamos para dar la alerta.

Como parte de nuestra formación solíamos recibir boletines de otros grupos guerrilleros del país y escritos de argentinos, uruguayos y chilenos, proclamas revolucionarias, materiales sobre medidas de seguridad, instrucciones para prácticas conspirativas. Recuerdo el libro de Víctor Serge, *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*, y una novela que Iván Marino me regaló, *En nombre del pueblo*, escrita por Mitka Gravcheva: narraba el heroísmo de una mujer en la guerra revolucionaria.

En el segundo semestre de 1971 exhibieron en los cines *La batalla de Argel* y fui a verla tres veces. Me emocionaba la historia de resistencia del pueblo argelino contra el colonialismo francés que había impuesto una especie de apartheid. Las tres veces lloré en la misma escena, cuando el ejército descubre a un comando de la resistencia. Los

rodearon y exigieron rendición. Los dos hombres y un muchachito decidieron dinamitarse antes que entregarse. Una mujer embarazada, la compañera de uno de los héroes, contemplaba la escena desde la calle, junto a la gente del pueblo. La cámara se detiene en su rostro, sólo la tristeza de su mirada y una lágrima que se desliza por la mejilla delatan su profundo dolor.

Tenía sarampión revolucionario o fiebre de militancia. La actividad académica era un deber que cumplía a medias para dedicar mi atención a las prácticas conspirativas con El Mono y Pebles. Nos propusimos aprender criptografía con el Manual de Marighella y nos pasábamos horas cifrando mensajes que dejábamos en escondites preestablecidos como buzones, en los huecos de los árboles y debajo de las piedras o en las patas huecas de las mesas del cafetín para que otro del comando los recogiera. Rara vez los lográbamos descifrarlos.

Estábamos en algo. Hablar en plural de nosotros, de la organización, creaba una sensación de comunidad, de pertenencia, de colectivo. Aunque no conociera a nadie más fuera del grupo, tenía la sensación de que éramos muchos.

Aprendíamos haciendo. Si salíamos a caminar por las calles, de pronto Iván Marino preguntaba:

—¿Vieron esa guacharaca?

—¿Se fijaron a qué hora se detiene aquí el carro transportador de valores?

Parecía tener un radar especial para detectar posibilidades operativas:

—Aquí debe haber plata.

—Allí armas.

A los principiantes se nos pasaban esos detalles, pero fuimos aprendiendo poco a poco. Primero pensamos en lo que necesitaba la organización para apoyar las tareas de la revolución: plata, armas, material logístico como uniformes militares, binóculos, medicinas e información sobre posibles objetivos económicos. Luego aguzamos la observación para conseguir ese tipo de información. Incluso, cada vez que conocíamos a alguien lo primero que pensábamos era: ¿con quién se relaciona?, ¿a qué tipo de información tiene acceso?

Todo el tiempo acumulábamos datos y, cuando se precisaba, los asociábamos y surgían iniciativas. Una vez nos preguntamos cómo conseguir una escopeta. De inmediato recordé al celador de un edificio donde habíamos ido con una compañera de curso a estudiar. Luego verificábamos la información y precisábamos detalles, rutinas, para planear el operativo.

Cuando Iván Marino planteó la necesidad de conseguir armas para la organización, recordé la colección que había en la casa de mi amigo, Juan

Manuel y propuse ir por ella. De inmediato se dispuso comenzar la labor de inteligencia, como nos dijeron que se llamaba la etapa en que recogíamos toda la información. Nos asignaron tareas: yo me ocuparía de los datos internos, porque tenía acceso a la casa y a los habitantes; los demás, de las rutinas externas.

Ya a solas, las contradicciones me asaltaron. A Juano, como le decía, le tenía un afecto fraternal y no era un reaccionario; por el contrario, simpatizaba con las izquierdas, eso hacía más difícil mi situación. Yo estaba propiciando un robo a mi amigo y, además, su padre, amigo de Danielvásquez, era mi acudiente. ¿Por qué a él? Habría sido mejor quedarme callada, pero cómo, si la organización necesitaba armas.

Hablé con Iván Marino y le expuse mis dudas. Me dijo que no me preocupara, a Juan no iba a pasarle nada. Para él esas armas eran un adorno, mientras que para nosotros podían ser de gran ayuda. Me hice a la idea de que los intereses de la revolución estaban primero y supuse que a Juan no le harían demasiada falta, pero no me arriesgué a preguntárselo. Me advirtieron de la importancia del secreto como parte de la seguridad.

Elaboré un primer plano de la casa acudiendo a mi memoria, con las convenciones que Iván Marino me enseñó. Representaba las puertas dejando un espacio entre dos liniecitas verticales, las ventanas con rectángulos delgadísimos y las escaleras con rayas horizontales. Cuando volví a la casa, retuve detalles para corregir el dibujo inicial. Luego describí

con minucia las rutinas internas, los sitios de mayor circulación de personas, los horarios familiares... Hice cuanto era necesario. Los otros compañeros levantaron los planos exteriores y confirmaron rutinas de vigilancia, porque la zona y la casa tenían celadores.

Un hecho precipitó el operativo. Los padres de Juan se fueron de viaje y sólo quedaron con él las dos señoras del servicio doméstico y el celador. Nos reunimos para hacer el plan general con todos los detalles. Se necesitarían más compañeros de la organización. Todo estuvo listo, sólo faltaba ver cómo entrábamos a la casa. Si garantizábamos que estuviera Juan, podíamos llegar como estudiantes amigos y preguntar por él para penetrar hasta el estudio donde estaba la colección de armas. Eso me dio una idea. Si nos reuníamos para estudiar, sabríamos con anticipación cuántas personas habría en la casa, y contaríamos con una persona más –yo–, para cualquier emergencia. La verdad es que me habría reventado si no me dejan estar cerca. Me sentía responsable de mi amigo. Tenía que estar con él.

Contábamos con dos semanas para actuar. El operativo fracasó una vez. El día acordado, cuando llegaba a casa de Juan, vi que Lucho Otero y otro hombre venían empujando un jeep. Se les había varado una cuadra antes. Me hicieron señas de que se suspendía la acción. Respiré aliviada. El siguiente intento dio resultado. Había un examen de antropología y decidimos reunirnos para estudiar,

Juan, su novia, el Negro Yepes y yo. Cuando llegué ya estaba El Negro, y la novia había llamado para excusarse, cosa que me alegró mucho porque era una menos.

El asalto estaba previsto para las tres de la tarde. A esa hora, Iván Marino entró en el estudio con un arma en la mano y diciendo en voz alta:

—¡Quietos, todos! Somos guerrilla urbana... Nos hemos tomado la casa.

Detrás de él un hombre altísimo de gabardina tres cuartos, gafas negras y pistola en mano, dijo con voz más suave:

—Nada les va a pasar... Tranquilos, que sólo venimos por las armas.

También entró Ana María. Casi no la reconozco, una cachucha guardaba su pelo castaño y la visera le ocultaba la mitad del rostro. Llegó saludando con amabilidad, sonriente.

En mi cerebro, la frase de Iván Marino sonaba como un eco, me involucraba en el plural. Yo también era guerrillera urbana. Su voz firme había impuesto seriedad al asalto, pero el otro hombre le daba un toque de irrealidad a la escena, hablando sin parar, con desparpajo.

Mi atención se fijó en él. Un hombre alto, narizón, de gafas oscurísimas, con una gabardina descolorida

que lo cubría a medias porque las mangas no le llegaban a la muñeca. En su mano una pistola Walter lista para el disparo iba y venía acompañando sus gestos. Como si no supiera que se le podía salir un tiro. “¿De dónde sacaría Iván Marino a este novato?”, fue lo primero que se me ocurrió pensar; llevar montada la pistola me pareció una insensatez. Como juez y parte de la acción, yo sentía hacia el nuevo una mezcla de rabia y frustración.

De pronto caí en cuenta de que la puerta de acceso al jardín estaba abierta. Si se alertaba el perro pastor alemán de Juan, nos ponía en aprietos. Tomando en serio mi papel de apoyo, me lancé hacia la puerta para cerrarla, tan rápido como el miedo me lo permitió, pero oí un grito...

—¡No se mueva... o la mato!

Quedé paralizada. El alto me apuntaba con su Walter. Miré a Iván Marino con angustia y él hizo una seña al otro, que dejó de amenazarme. Por fin pude mascullar señalando el patio.

—El perro... se entra el perro...

Iván Marino cerró la puerta. Yo descansé, y sentí una rabia espantosa con el narizón. Claro, como no me conoce es capaz de matarme, pensé. En ese momento el hombre le preguntaba a Juan si apreciaba algún arma en especial, para dejársela. El señaló un revólver Colt usado por los vaqueros norteamericanos. Ana María bajó el resto de fierros

y los guardó en su bolso. Eran unas cuarenta y cinco armas antiguas, de colección.

Iván Marino nos ató las manos a la espalda a cada uno. Luego, sacó del bolsillo de su chaqueta un rollo de esparadrapo y nos puso un trozo en la boca como mordaza. Al Negro Yepes no le sirvió, porque se le pegó al bigote.

De allí en adelante cualquiera diría que los señores de la guerrilla estaban de visita. Con la información que yo había dado de mi amigo, el alto se dirigía a él como si lo conociera. Preguntó por la familia con nombres propios, por la universidad y la situación del estudiantado y por el hermano que estudiaba en Estados Unidos. Por último pidió prestado un libro que encontró en la biblioteca y prometió devolverlo en corto tiempo. Yo no salía de mi asombro. Tanta amabilidad y tanta elocuencia con un anfitrión amarrado que sin reponerse de la sorpresa respondía con balbuceos.

Terminaron de empacar y se despidieron, advirtiéndome que no nos moviéramos en diez minutos, porque toda la casa estaba copada y podían presentarse problemas. Apenas salieron, yo me eché a llorar inconsolable. No fingía, estaba realmente conmovida. No atino a definir si era miedo o alegría porque todo había salido bien o si sentía vergüenza con Juano.

Como pudimos nos quitamos los amarres y bajamos a pedir auxilio, pensando que encontraríamos a los

demás en la misma circunstancia, pero ni siquiera se habían dado cuenta. Las señoras de la cocina estaban en sus quehaceres y el celador en su puesto. Les contamos lo ocurrido. Nos miraban con cara de incredulidad. Para ellos nada raro había sucedido. Llegaron unos señores diciendo que venían a estudiar con Juan Manuel y que los otros compañeros habían llegado primero. Les indicaron el camino como era costumbre. El estudio estaba separado del resto de la casa para mayor privacidad. No se demoraron mucho y volvieron a salir despidiéndose con cortesía.

Nosotros no sabíamos qué hacer: si poner el denuncia, si avisar a la policía. Juan y el Negro Yepes estaban preocupados, yo aterrada. Finalmente creo que esperamos unos días hasta la llegada de los padres de Juan para poner el denuncia. Don Guillermo Ponce de León sólo pensó en proteger a la hija de su amigo Danielvásquez de cualquier situación molesta con las autoridades. Pero no fue del todo así.

Rendimos declaraciones a un capitán de la Brigada de Institutos Militares. Mi descripción de los asaltantes nada tuvo que ver con la realidad. Dije que todos eran como de 1,65 metros de estatura, que uno de ellos tenía gafas de miope y el otro era gordo; de la tercera persona, no sabía si era hombre o mujer.

A Juan, al Negro y a mí nos pusieron vigilancia por un tiempo. Tuve que dejar mis reuniones con el grupo y aproveché para practicar lo que decían las novelas de espionaje sobre cómo comportarse cuando

hay seguimiento. En el día asistía a clases como siempre y hablaba con más gente que de costumbre. En la tarde, a eso de las cinco, salía al centro de Bogotá con El Mono a ver vitrinas y a tomar avena con almojábanas en la Sultana, una cafetería en la carrera séptima. Fue una buena práctica para todos. Yo salía acompañada por El Mono con el objetivo de cansar al *tira*, y Pebles con Ana María practicaban siguiéndonos a los tres.

Cada cierto tiempo, el Mono y yo verificábamos el seguimiento haciendo un recorrido circular o un desvío absurdo, para que se evidenciara quién nos seguía. Al entrar en la cafetería nos situábamos al fondo, de manera que pudiéramos observar la entrada y la salida de personas, para confirmar la presencia de nuestro *tira*. De todas maneras, cuando constatábamos que un señor con traje oscuro de paño caminaba a prudente distancia y se sentaba en una mesa cercana estirando el cuello para escuchar lo que conversábamos, el ruido de mi corazón palpitando lo abarcaba todo y una sensación entre fría y dolorosa me llenaba el estómago. Sin la seguridad que me daba estar con El Mono, habría salido corriendo.

Mucho tiempo después, cuando Ana María y Pebbles se cercioraron de que nadie me seguía, tuve mi primera reunión con el grupo. Entonces, conocí la versión completa del asalto. Un compañero más, se ubicó en las escaleras de acceso al estudio con una simple navaja por arma; no entró porque Juan y el Negro podían reconocerlo. Su misión era detener a quien subiera, pero nadie lo vio ni lo mencionó

en las declaraciones. A Ana María se le rompió la correa del bolso por el peso, y poco faltó para que las armas rodaran por el suelo en las mismas narices del celador. Un carro de apoyo los esperó un poco más abajo de la casa.

Ese día, me pidieron un informe escrito sobre el interrogatorio y la descripción del capitán que hizo la diligencia. Iván Marino aseguró que era una investigación de rutina y resultaba mejor que hubieran puesto el denuncia formal ante las autoridades. Con esa acción y la frase de Iván Marino que nos identificó como guerrilla urbana, sentí que entraba en serio en la vida guerrillera. Cuando la investigación pasó al olvido, pude continuar con las rutinas de aprendizaje.

Iván Marino me felicitó en nombre de la Dirección porque el éxito del trabajo se debía en buena parte a la inteligencia que yo había levantado. Como estímulo, me asignaron un arma de dotación, un revólver de la U. Debía responsabilizarme de mantenerlo limpio y en sitio seguro. Si había operativos, ésa era mi defensa.

Yo me sentía feliz. No sólo por el reconocimiento a mi trabajo, sino porque un arma de dotación significaba pasar la primera etapa, de premilitante a militante, con ella se adquiría un mayor estatus. Arma y pseudónimo se constituían en dos elementos simbólicos claves en la iniciación.

Tomé el arma, la puse en mi bolso y me dirigí al cuarto donde residía en la universidad. No había

nadie. Comencé a limpiarla con verdadero cariño. Cuando terminé, puse las balas en el tambor y monté el gatillo. Sabía que esa era la posición inmediatamente anterior al disparo. Aún me causaba cierto temor montar un arma cargada. De pronto, alguien tocó a la puerta. Se me heló la sangre. Me atortolé y no supe cómo bajar la aguja que estaba montada, sin que se produjera el disparo. Continuaron tocando. No se me ocurrió nada distinto a meter mi dedo índice entre la aguja y la bala para amortiguar la percusión. Cerré los ojos y oprimí el gatillo. La aguja del arma me rompió la uña. El dolor del machucón dejó la sensación de un corazón palpitante en el dedo. Escondí el revólver en un cajón bajo la ropa. Abrí la puerta. Era una compañera para invitarme a almorzar. Yo tenía ganas de vomitar.

Al amor nada lo ataja

Pebles, que estaba terminando sus estudios, ya casi no salía con nosotros; hacer la tesis requería de tiempo. El Mono y yo nos íbamos haciendo inseparables. En la universidad era común vernos a los dos. Como residentes pertenecíamos a los mismos círculos sociales de izquierda. Después de la toma de la Rectoría, El Mono se trasladó de carrera, pasó de Geología a Antropología, y tomábamos algunas materias comunes. Además era muy amigo de Ramiro, mi novio. Aparte de eso, Iván Marino nos juntaba en las tareas. Acariciaba la idea de que nos enamorásemos y formáramos pareja. A veces acudió a engaños, como hacerse pasar por mensajero de supuestas declaraciones de amor del Mono, o

viceversa, pero como éramos tan amigos nunca funcionaron sus tretas de casamentero.

Con El Mono me sentía a gusto, no porque me llevara ventaja en experiencia sino porque lo parecía. Con un semestre de universidad cursado salía de la clasificación de primíparo; a eso hay que agregar que su participación en las marchas estudiantiles le había proporcionado cierto estatus entre la izquierda y, como leía mucho, contaba con información suficiente para dar peso a sus opiniones. Sabía de todo un poco sin ser petulante, más bien hacía las veces de consultor.

El Mono podía tener mi edad, pero parecía más maduro, incluso porque se vestía como un viejo. Pero no sólo eso, él era un muchacho distinto por dentro y por fuera. Usaba los bluyines dos tallas más amplios para sentirse bien, los zapatos Grulla un número mayor para que no le salieran callos y la ruana doblada a lo largo sobre el hombro izquierdo. Con el pelo hacia atrás al estilo Gardel, se afeitaba con barbera y se cortaba las uñas con navaja. Nunca le faltaron ni el radio transistor para escuchar tangos ni su navaja en la correa. Se lo veía con frecuencia tallando madera o haciendo cualquier cosa con paciencia de artesano, mientras silbaba o cantaba. No era hombre de carcajadas, pero cuando soltaba una comprometía el cuerpo entero y tenía unos apuntes de humor plagados de irreverencia con los que noqueaba a más de uno. Recuerdo que hasta cuando mentaba la madre se lo veía tranquilo. Conmigo fue tierno sin sobreprotegerme. Un verdadero compañero como lo

pintaban en las novelas de la épica revolucionaria. Con él hacía todas las prácticas, desde las marchas a los cerros hasta la búsqueda de información para operativos. Y no tenía ese afán, tan común entre los otros muchachos, de competir, de mostrarse superior, de presionar y mucho menos de impresionar. Sólo le importaba hacer las cosas lo mejor posible y era bastante creativo, como si esa vocación de artesano se contagiara a todo lo que hacía. Siempre se le ocurrían variantes para los operativos o sugería nuevas ideas.

En dos o tres ocasiones, a él y a mí nos traicionó la piel y los adolescentes que teníamos dentro de las botas saltaron sensuales para jugar explorando sensaciones; pero se nos quedó en las manos el deseo, nos amamos con las puntas de los dedos y apenas rozamos los labios despertó el soldado de la causa, nos poseyó la razón y abandonamos la posibilidad de enamorarnos por ese rompimiento que hacíamos entre lo político y lo personal. Yo lo admiraba, pero, sobre todo, lo quería a tal punto que si me ponían a escoger entre él y mi compañero, a quien amaba con la fuerza de la primera vez, no dudaba en decir que era más importante El Mono que Ramiro. Al fin y al cabo, yo creía que primero estaban las cosas de la revolución que las del corazón. Un corazón que se abría paso entre la maraña ideológica tratando de justificar con teorías su ritmo, su sentir.

Desde que llegué a la Universidad tuve pretendientes entre los compañeros de causa. Primero fue Jairo Corredor, el encargado de mi

célula en la JUPA. Cuando me declaró su amor comprometido, yo hubiera querido decirle que él no me gustaba, pero pensé que debía buscar argumentos menos superficiales. Se lo conté a la Negra Puyana, quien no hizo más que reforzar las virtudes del compañero para ser mi consorte. Busqué como pude, entre la teoría leninista sobre organización, la incompatibilidad de la militancia con el amor, y el compañero aceptó mis argumentos: yo no quería mezclarle sentimentalismos al deber revolucionario.

Luego fue Sergio Pulgarín. Durante una tertulia, mientras estrujaba mi mano me dedicó una canción de moda que decía:

*He seguido tus pasos, tu caminar
como un lobo en celo desde mi hogar
con la puerta abierta de par en par,
de par en par...*

Yo lo zafé prometiéndole que hablaríamos cuando estuviera sobrio y me refugié en El Mono para que no me molestara nadie más.

Claro que el susto mayor lo pasé con Alfonso Molano, un estudiante que ya casi terminaba Antropología. Un día me invitó a comer dulce de guayaba a su apartamento en residencias de la misma universidad y sin mediar cortejo de ningún tipo me

propuso que pasara la noche con él. Debí poner cara de terror porque Alfonso soltó una carcajada y dijo:

—Tranquila, que no la voy a violar. Sólo le estoy haciendo una propuesta...

Yo respondí como pude, que no estaba enamorada de él. Me sorprendía esa propuesta de quien no tenía relaciones afectivas conmigo, pero, según su explicación, la mía era una posición idealista sobre el amor; lo realmente materialista era ir a la cama y luego esperar a que apareciera el sentimiento, si acaso aparecía. Salí de allí a llorar donde el Negro Valdés. Le conté lo sucedido y recibí a cambio el mejor consejo:

—No dejes ver la novatada. Recházalos como si fueras veterana.

Ya estaba por creer que tenía un corazón pequeño—burgués e idealista y que no había príncipes azules en esto de la revolución, cuando apareció Ramiro, como Don Quijote, con un ladrillo en la mano dispuesto a derrotar a un carabinero que me perseguía de cerca en plena pedrea estudiantil, y sucumbí a su heroísmo.

Ante un hombre así, el sentimiento podía sustentarse en la teoría. Ramiro estudiaba economía, cosa de marxistas, sin apoyo familiar y así se situaba más de lado del proletariado que de la pequeña burguesía; tenía un discurso marxista radical sin pertenecer a ningún grupo político estudiantil, que lo hacía sospechoso de militar en algo serio. Y, por si

fuera poco, escribía poemas de amor. Pero cuando él tomaba mi mano por debajo de la mesa, yo olvidaba la argumentación y la razón cedía paso a mi corazoncito enloquecido. Ese muchacho me encantaba. No sé si era su pelo o sus manos grandes y mullidas, no sé si lo amé por flaco o por misterioso. Lo cierto es que me enamoré de una manera deliciosa.

En corto tiempo pasamos de las charlas a los suspiros, los silencios y los besos. Estaba convencida de que sólo el amor abriría las puertas de mi sexualidad y entré gozosa en ella. Más que perder la virginidad, gané en sensaciones repletas de ternura. Cuando se conoce el amor nadie lo ataja.

Nos amamos a la luz de la luna en los prados de la Nacional, en el Hotel Italia del centro de la ciudad cuando teníamos ochenta pesos o en residencias de Chapinero cuando sólo teníamos cincuenta.

Cuando cerraron la Universidad a finales del año setenta y dos, Ramiro vivía con El Mono y con otro compañero de economía en el cuarto de una casa de inquilinato en el barrio Santa Sofía. Nuestro amor estaba en subienda y en lugar de viajar a mi casa, como antes, me fui a vivir con él.

Idealicé el amor entre compañeros y asumí la pareja en una extraña confusión entre la mujer tradicional que me habitaba hacía tres generaciones y la que demandaba igualdad de compromiso en lo político y en lo privado. Amor no faltaba, yo me sentía transportada al paraíso a pesar de los apuros

económicos, porque estaba segura de que con Ramiro era posible superarlo todo. Por eso, cuando a los pocos meses resulté embarazada y él ahuyentó mi miedo con un abrazo, me pareció tan fácil eso de formar familia, estudiar y militar. Bien pronto comprendí que cada una de esas opciones por sí sola acapara la vida. Tener veinte años me ayudó por un tiempo.

Rutina casera

En enero de 1973, nuestro comando recibió la tarea de preparar las condiciones para una reunión de carácter nacional. Dividimos las responsabilidades y recuerdo que Lucho Otero —a quien también conocía porque estudiaba Antropología—, El Mono y yo nos ocupamos de la seguridad. Viajamos a una finca, cercana a Sasaima, que pertenecía a la familia de una compañera, para preparar las condiciones.

Primero hicimos un reconocimiento del terreno, que para mí no era nada distinto a un paseo con atenta observación. Luego elaboramos un mapa del lugar y ubicamos las vías de acceso, las otras fincas y la vía férrea. De los tres, Lucho tenía mayor experiencia, El Mono y yo aprendíamos de él. Después, se sentó y dibujó sobre el croquis los puntos de observación desde donde podíamos ver cualquier carro que se acercara a la finca y luego marcó los sitios para hacer la guardia. Al anochecer, ya había diseñado un plan de seguridad con posibles salidas en caso de emergencia.

Pasamos esa noche en la finca; teníamos un revólver y nos turnamos para vigilar, creo que más como entrenamiento que por necesidad. Al día siguiente, llegaron los otros compañeros en grupos.

Compartimentar u ocultar era una obsesión, así que los invitados al singular paseo venían con toda clase de gorros, pasamontañas, anteojos y bufandas para ocultar sus rostros. Parecía una fiesta de disfraces, los únicos que aparecieron con la cara al aire fueron El Flaco Bateman, Iván Marino y Boris.

El trabajo de aseo y mantenimiento de la casa, seguridad y elaboración de alimentos se distribuyó entre los presentes, con un responsable de cada tarea. Los últimos arribaron entrada la noche, cuando se servía la comida preparada por los encargados del rancho: unos espaguetis con salsa densa de sabor incierto. Luego nos reunimos en una habitación para hacer la presentación de cada uno, con su seudónimo, y llevar a cabo los cinco minutos de conspiración, que consistían en inventar un cuento verosímil de por qué estábamos juntos. Enseguida, pasamos a conocer el plan de emergencia, donde cada quien supo qué hacer si descubrían nuestra reunión. Solo éramos tres mujeres, Ana María, Slendy y yo, entre unos dieciséis hombres.

Al día siguiente, madrugamos para hacer la rutina de ejercicios utilizada en artes marciales. Boris dirigía el grupo y yo hacía con entusiasmo cada movimiento, cuando se percató de mi presencia y preguntó:

—¿Compañera, usted no está embarazada?

—Sí.

—¿Cuántos meses tiene?

—Tres, ¿por qué?

—Porque estos ejercicios no convienen en su estado. Puede retirarse.

Sentí, por primera vez, el limitante de mi preñez. Durante esos meses subía como de costumbre a los cerros y me cansaba un poco más, pero me hallaba en perfectas condiciones físicas. No puedo negar que me molestó la exclusión, porque ni siquiera se me notaba la barriga.

Tres días duró la reunión. Asistieron representantes de Cali, Pereira y Bogotá, como parte del proyecto liderado por Jaime Bateman para organizar una guerrilla urbana que acercara la guerra revolucionaria a las ciudades y sirviera como puntal para la unidad. En ésa, la Primera Conferencia Nacional, nació la propuesta política de un nuevo grupo armado. Decidimos llamarnos Comuneros, elegir una dirección y trabajar por la unidad de acción de las organizaciones guerrilleras del momento: ELN, EPL y FARC. Nuestra política se regía por tres *antis*: anti-imperialista, anti-oligárquica y anti-sectaria. El Flaco Bateman, el hombre de gabardina y gafas oscurísimas que conocí cuando el asalto a la casa de Juan Manuel, era uno de los promotores de

la propuesta política que interpelaba la acción desarrollada hasta entonces por una izquierda sectaria.

Después de la Primera Conferencia continuamos el trabajo que traíamos y además publicamos tres números de una revista. En ella se hablaba del nuevo proyecto político y se daban instrucciones sobre manejo de algunas armas. El hecho de llamarnos Comuneros, introducía un elemento que en adelante caracterizaría al movimiento, su reivindicación de lo nacional, en una época en que todavía la izquierda se refería más y conocía mejor la situación de la China, de la URSS o de Cuba que nuestros propios procesos.

Tendría unos seis meses de embarazo, porque ya se me notaba la barriga, cuando decidimos asaltar la estación de policía de la calle cuarenta en Bogotá. Yo formaba parte del grupo que iba a facilitar la entrada, porque los policías no desconfiarían de una mujer embarazada. Me desplazé de un extremo de la ciudad al otro, con los fierros, y cuando llegué a la cita convenida llovía torrencialmente y no había dónde escampar. Pensé que si me ubicaba en otra parte para guarecerme se perdería el contacto, así que me mantuve bajo el aguacero. La gente me miraba y yo me hacía la loca, pero transcurrió el tiempo y nadie apareció. Estuve allí como cuarenta y cinco minutos pese a las advertencias de no esperar más de quince, porque sabía que sin mí no habría operativo.

Ya me iba, mojada hasta el alma y preocupada, cuando llegó un hombrón medio calvo y me abordó con la frase de contraseña a la que respondí entre

desconfiada y contenta. No lo conocía. Me condujo, pasando la calle, a una cafetería donde estaba un muchacho alto y flaco al que había conocido en la Primera Conferencia. Manuel, el que me contactó, me miró con ternura y me pasó su pañuelo para secar mi cara y mi cabello, que chorreaban agua. Ellos se habían protegido de la lluvia en ese sitio y esperaban que yo hiciera lo mismo, nunca imaginaron que me aguantaría el chaparrón.

—¿Cuántos meses tiene de embarazo? —preguntó Manuel.

—Seis.

—¿Y así piensa participar?

—Sí, ¿por qué?

—Yo con usted no voy... Entienda, uno se va a preocupar más por usted que por los policías, en su estado hay que cuidarla.

Todo esto lo decía con afecto, mientras me ayudaba a secarme. El otro miraba la pipa que fumaba, cuando llegó Boris para decirnos que el operativo se había aplazado. Manuel soltó una carcajada y suspiró.

—Camine la llevamos a su casa. Mejor dicho... cerca. Pobrecita, cómo está de mojada.

Nos subimos al carro, el muchacho flaco manejaba, pero como el carro era prestado no encontró dónde prender las luces y los limpiabrisas;

tuvo que conducir así. Todo de allí en adelante fue risa y mamadera de gallo.

No volvieron a llevarme a los operativos, a duras penas me pedían que trasladara propaganda y guardara armas. Por ese entonces, la universidad estuvo cerrada casi un año y yo trabajaba como cajera en una papelería para poder pagar mi parto. A pesar de ese receso involuntario, Ana María, Iván Marino y el Flaco Bateman iban a visitarme con alguna frecuencia, lo mismo que El Mono, quien ayudaba a Ramiro con los preparativos de carpintería para la llegada del bebé.

Mi hijo nació un minuto antes de la medianoche del 13 de agosto de 1973, tras un larguísimo y complicado trabajo de parto sobre el cual nadie me daba una explicación. Pasé desamparada aquella noche, olvidada por médicos y enfermeras, en la habitación de una clínica. Sólo prestaron atención cuando el dolor rompió la barrera del aguante y empecé a putearlos a gritos. Entonces me aplicaron anestesia, y el parto fue más una sorpresa que un proceso consciente.

Supe que era varón sin que nadie me lo dijera. Ramiro y yo teníamos un listado de nombres; entre ellos nos decidimos por Juan Diego. Con el bebé sentí que construía mi propia familia. Mi madre había viajado para acompañarme en el parto y estuvo conmigo una semana más. Alcanzó a darme algunas indicaciones para que lo atendiera, pero realmente fue ella quien se hizo cargo de él durante

los primeros días. Ramiro estaba encantado con el niño, le cambiaba los pañales y me lo acercaba para que le diera de mamar a cualquier hora de la noche. Como Ramiro trabajaba, cuando mi mamá partió, yo quedé frente a mi hijo sin saber qué hacer.

La lactancia era un tormento, tenía leche como para alimentar a una salacuna completa, pero no sabía administrarla y terminé con mastitis. El primer día que bañé a mi chiquito, no supe como maniobrar y casi lo ahogo. Luego, me senté a llorar con el niño en los brazos.

Tenía que atenderlo, lavar pañales, cocinar y arreglar la casa como cualquier otra vecina del pequeño barrio popular. Logré hacerme a una rutina práctica que no aceptaba variación. Juan Diego se despertaba a las seis, lo cambiaba, alimentaba y jugaba con él más o menos hasta las siete, la radio transmitía noticias. Ramiro hacía el desayuno y se iba a trabajar, yo estaba en licencia de maternidad. Seguía el arreglo de casa. Mientras tanto el niño dormía y la radio transmitía novelas. A las diez, le daba un jugo, lo bañaba y le daba de mamar otra vez. Cuando se dormía, yo corría a hacer el almuerzo y a lavar pañales. A las doce y media, otra vez las noticias de radio, llegaba Ramiro y almorzábamos. A veces Juan almorzaba primero. En las tardes, seguía oyendo novelas para sentirme acompañada y planchaba o arreglaba las cosas del chico, dábamos un paseo por los alrededores y aprovechaba para hacer algunas compras de comida. A las siete de la noche,

cuando empiyamaha al niño, quería acostarme y no levantarme más.

Esta cotidianidad sólo la alteraban las salidas con Juan al médico o una que otra visita de fin de semana a la abuela paterna. Yo me sumergí en un letargo que confundí con la felicidad del matrimonio, pero que me dejaba una terrible desazón. Mi relación con Ramiro era cada vez más lejana, el peso de los quehaceres recayó en mí. El era el intelectual, el que trabajaba, el que hacía política y yo su mujer, la que criaba el hijo y lo atendía a él. La división del trabajo no se diferenciaba de la que tuvo que asumir mi abuela a comienzos de siglo.

Se reabrió la universidad y Juan tenía dos meses. Decidí cancelar un semestre, hasta que estuviera un poco más grandecito; era incapaz de dejarlo en una salacuna todavía.

Seguía aislada de todo. Vivíamos en un barrio de la Caja de Vivienda Militar al noroccidente de la ciudad, bastante lejos. El vecindario estaba compuesto por familias de agentes y suboficiales de la policía. Yo trataba a todo el mundo, pero amigas no tenía. Los compañeros de la organización me visitaban de vez en cuando, pero no mencionaban nada que se relacionara con mi regreso al trabajo, sólo dejaban armas, dinero y propaganda para que los guardara. Ana María e Iván eran como de la familia. Él se entretenía jugando con el bebé mientras nosotras hablábamos de cosas referidas a nuestra calidad de amas de casa, porque Ana María, además

de trabajar como secretaria en el Ministerio de Salud y participar en los grupos operativos, se encargaba de los quehaceres del hogar como toda mujer paisa, así tuviera que madrugar desde las cuatro de mañana. Le alcanzaba el tiempo para cocinar, lavar y planchar, arreglar las matas y atender a su compañero. Pero no parecía enfadarse por eso, siempre estaba sonriente y cantaba mientras hacía oficio. Yo, en cambio, cada vez estaba más neurótica. Tanto, que cuando alguien iba a visitarme me molestaba la huella que dejaban sus zapatos en el piso siempre brillante de mi casa.

Esa realidad comenzaba asfixiarme. Un día le pregunté a Iván Marino por qué me habían aislado del trabajo.

—No está aislada, dijo. Es que usted está criando un hijo.

—Pero yo quiero actuar de nuevo.

Aceptó. Ahora las reuniones se hacían en mi casa. Para ese entonces, El Mono se había ido para Medellín y Pebbles para Cali. Por eso me vincularon con otro comando coordinado por una mujer, la primera feminista que conocí.

Finalizaba el año de 1973 y nosotros discutíamos sobre la idea de concentrar nuestro trabajo en las masas anapistas indignadas ante el robo de las elecciones del 19 de abril de 1970 y dar un nuevo giro a la organización como brazo armado de la Anapo.

Nos robamos la espada de Bolívar

Un domingo me citaron como a las siete y media de la mañana en el reloj del Parque Nacional. Alguien me recogería identificándose con una contraseña. Yo tenía que llevar una revista *Cromos* en la mano.

—¿Usted va para el Tolima? —preguntaría él.

—No, yo viajo para la costa —respondería yo.

Estuve muy puntual y me tocó esperar como media hora. Al rato vi que se acercaba un hombre con maxi-ruana, de peinado afro, de pómulos salientes y con cara de marica, según me pareció. No podía ser un compañero. Pero el hombre se acercó y preguntó:

—¿Viaja para el Tolima?

—No, para la costa —respondí con desconfianza.

—Venga por aquí —me dijo el personaje. Su voz era segura y grave. Me reí de la primera impresión que me causó.

Más arriba estaban otros hombres y mujeres. Cuando llegué dieron comienzo a la reunión.

—Éste será un operativo de propaganda armada con alto contenido simbólico —nos explicó un muchacho delgado, de ojos vivaces, al que llamaban El Turco o David. Luego, el que me había recogido nos describió el sitio sobre un plano. Inmediatamente pasaron a los pormenores operativos. Se trataba de producir un

hecho que causara impacto en la opinión pública y sirviera de lanzamiento a nuestra organización. Un comunicado difundiría quiénes éramos y qué nos proponíamos. Sacaríamos la espada del Libertador de la urna en que reposaba en la Quinta de Bolívar, para convertirla en símbolo de nuestra lucha. En nuestras manos, la espada estaría lista para nuevos combates por la libertad y la democracia. Descansaría sólo cuando se cumpliera el sueño bolivariano.

Yo ya había participado en intentos anteriores, así que la idea no me era extraña; además, conocía la quinta. Esperé pacientemente a que me dijeran cuál era mi papel. Las instrucciones puntuales se hicieron por grupos. A mí me tocó con una pelada muy callada y un muchacho alto, fornido, que habían traído de Pereira para el operativo. Un novato, me di cuenta por su nerviosismo. Pensé que era mejor transmitirle seguridad, así yo me sintiera desamparada. Por primera vez iba a actuar sin mis compinches de siempre.

—¿En cuántos operativos ha estado? —preguntó ansioso el muchacho.

—Uuh... En varios...

—Qué bueno, porque para mí es el primero. Es que la vi tan jovencita...

Sonreí, ahora era yo, con toda mi inseguridad, la responsable de este primíparo.

Nos asignaron la contención externa. Los tres estaríamos en la puerta de entrada para asegurar que los del interior no tuvieran contratiempos. Seríamos los primeros en llegar y los últimos en retirarnos. Nos dieron unas granadas y como nunca las había usado, me sentí como desnuda. Le tenía confianza a las armas cortas. Sin embargo, nada dije.

El 17 de enero de 1974 llegamos a la Quinta de Bolívar a las 17:30. Dos grupos de compañeros habían entrado una media hora antes. Cuando los celadores apuraron la salida de visitantes, ellos se quedaron rezagados y, una vez despejado el sitio de turistas, redujeron al mismo tiempo a las guías y al celador de la puerta. Ver al hombre queriendo gritar sin que saliera la voz y tratando de defenderse me produjo mucho pesar, pero me concentré en lo que tocaba.

Un grupo de turistas paisas se acercaba. La otra compañera y yo salimos a su paso diciéndoles que ya habían cerrado y tenían que volver al siguiente día, antes de las cinco. Alegaron un poco y se retiraron. Estuvimos un rato en silencio, no se oía nada...

De pronto apareció El Turco, lo vi meter la espada por el cuello de su maxi-ruana. Caminó hacia el carro que lo esperaba. Los otros, abandonaron el sitio detrás de él, unos a pie y otros en un segundo carro. Un grupo nos entregó las armas cortas. Esperamos a que todos se retiraran y emprendimos el descenso con gran alivio. Una radiopatrulla subía, y el compañero que venía a mi lado se sobresaltó.

—Tranquilo. No es con nosotros.

Las dos mujeres lo tomamos del brazo y continuamos caminando despacio, haciéndonos los que conversábamos animadamente. Mi corazón latía desde la garganta queriéndose salir por la boca. Ya me imaginaba arrancando la argolla de la granada con los dientes, como en las películas, y corriendo calle abajo... La radiopatrulla siguió de largo.

Tomé un bus en Germania. Las armas que llevaba en el bolso sonaban con el vaivén del bus, por fortuna el chofer escuchaba rancheras a buen volumen. Eran como las seis y media, el tráfico estaba pesado. A eso de las siete, a mitad de camino, la radio interrumpió su emisión musical para informar que un grupo autodenominado Movimiento 19 de Abril, M-19, acababa de robarse la espada del Libertador Simón Bolívar y de tomarse simultáneamente el Concejo de Bogotá. En el comunicado decía...

¡Miércoles! ¿Y si no alcanzaba a llegar? El viaje me pareció eterno.

Cuando entré en la casa ya había caído la noche. Saludé en voz alta, guardé los fierros en el closet y cargué a mi hijo, lo apreté fuerte contra mi pecho. Cerré los ojos, la emoción me daba ganas de llorar. Se oían las noticias, Ramiro estaba pegado a la radio.

—¿Vos estuviste en eso?

—¿Yo? No, que va. Vengo de la universidad —él ni me miró. Yo estaba feliz.

Nuestro amor se agotaba en la cotidianidad y naufragaba en sus contradicciones. Una cosa era el discurso sobre las relaciones de pareja entre compañeros y otra bien distinta la realidad. Si bien ambos teníamos una actividad militante desde antes de vivir juntos, ahora la que se priorizaba era la suya. Él disponía del tiempo a su amañó, yo tenía las obligaciones domésticas y de crianza; a lo sumo Ramiro me “ayudaba” en algunas tareas y, según muchos compañeros y compañeras, yo debía agradecer su colaboración. Yo misma pensaba que su trabajo justificaba muchas ausencias. Cuando no aparecía a dormir, yo pasaba la noche en vela pensando que algo malo le había sucedido y esperando un allanamiento. Al amanecer, tomaba a mi hijo, toda la propaganda, las armas y empezaba a buscar amigos dónde ocultarlas. Sucedió varias veces, pero como yo no sabía de celos siempre creí que el trabajo revolucionario lo excusaba y ni siquiera pedía explicaciones.

Mi hijo tenía ocho meses cuando descubrí casualmente que mi compañero tenía una novia gringa. No me dolió tanto lo de la novia, sino que fuera gringa. Y, más aún, que no hubiera sido capaz de decírmelo él mismo. Me perdí dos días de la casa para llorar a solas y cuando llegué le ayudé a empacar sus cosas para que se fuera.

Me deprimí al extremo, enfermé de tristeza. Era mi primer dolor de amor. Lloraba todo el tiempo, me sentía el ser más desgraciado de la tierra, una mujer que no pudo mantener su proyecto amoroso. El niño también se enfermó, tal vez contagiado de mi pena. En vez de disminuir, mi desánimo aumentaba. Al principio trataba de mantenerme ocupada para no pensar, pero la tristeza como un remolino me arrastraba hacia el fondo y acabó por agotar mis fuerzas. Pasaba los días esperando oír unos pasos que se detuvieran en mi puerta. Alguien, cualquier persona que me hiciera compañía. El silencio me estaba enloqueciendo. Necesitaba comunicar mi dolor y nadie aparecía. Un día llegó el encargado del grupo de estudio de Ramiro, a quien llamaban el Prócer, y para consolarme propuso que hiciéramos el amor. Su oferta me produjo desolación.

Decidí buscar apoyo en mis compañeros y, cuando les conté lo sucedido, sin grandes debates ni cuestionamientos me rodearon de manera solidaria. Iván Marino llegaba casi todas las tardes para jugar con el niño, Ana María venía después del trabajo y preparábamos la comida para todos. Se iban a eso de la diez de la noche. El Flaco Bateman llevó a mi casa a su compañera, sicóloga, para ayudarme a enfrentar esa tristeza que me apagaba la vida. Esmeralda es de las mujeres más dulces que he conocido. Hablábamos horas y horas, con ella no me daba pena llorar, y lograba disipar esa estúpida sensación de culpa que nos invade a las mujeres cuando fracasa la relación de pareja, como si hubiéramos fallado. Nos abandonan y además nos sentimos responsables.

Cuando ella se iba, una sensación de menta se metía en mi corazón, allí donde quedaba el vacío del amor.

Mi madre vivía lejos, pero siempre sentí su apoyo, aun con su silencio, porque nunca habló sobre la separación para aprobarla o desaprobala, simplemente me ayudaba con dinero pese a la precariedad de su sueldo y me llamaba con frecuencia o escribía cartas llenas de amor. El afecto es la mejor medicina. Al lado de los míos se fueron curando las penas poco a poco.

Regresé a la universidad pero me tocaba trabajar el doble. Realizaba el oficio de la casa en las mañanas y dejaba preparado lo necesario, teteros, compotas, pañales limpios, para que en la tarde, mientras yo asistía a clases, una vecina adolescente que estudiaba bachillerato se quedara con el niño. Además, conseguí un empleo en el DANE para hacer encuestas y ganarme unos pesos. A veces sentía que me reventaba en medio de tanta actividad, pero agradecía que la tristeza quedara arrinconada.

Ramiro volvió como a los cuatro meses, ofreció disculpas, juró amor e insistió en que el niño necesitaba una familia. Lo cierto era que su novia había regresado a Estados Unidos. Acepté la oferta, porque todavía creía en el argumento de la familia como soporte en la vida, pero nunca pude perdonar del todo.

En ese tiempo Ramiro había nucleado a un grupo de amigos suyos en torno a propuestas de estudio y

trabajo político. Siempre estaban sus compañeros en nuestra casa estudiando y discutiendo, aun los fines de semana. A veces me acercaba para oír u opinar, pero ellos ni me miraban. Yo les servía el tinto y preparaba la comida. Jamás escuché el más mínimo reconocimiento por mis atenciones. Al fin y al cabo, yo sólo era la mujer de Ramiro. Sabían de mi militancia pero despreciaban la actividad de nuestra organización, la consideraban una banda de aventureros irresponsables.

Nuestro trabajo continuaba. Después del robo de la espada me asignaron a un nuevo grupo, éramos tres mujeres y un hombre; no volví a ver a la compañera feminista. Estudiábamos y discutíamos algunos materiales de autores colombianos como Mario Arrubla, Gerardo Molina y Estanislao Zuleta, sobre la realidad nacional, pero no actuábamos como comando operativo. Yo ya tenía un poco más de experiencia y me buscaban cuando había operativos, participaba con Iván Marino y Ana María o con Élmer Marín, y algunas veces con Pizarro, que acababa de salir de las FARC.

Entre operativo y operativo, Élmer buscaba mi proximidad, me galanteaba, era tierno y se le notaba cierta picardía cuando me miraba. Me hacía sentir tan bien que me provocaba darle las gracias por fijarse en mí. Cuando supe que Ramiro tenía una novia, me sentí fea, tonta, y pensé que ningún hombre me volvería a mirar. Con el coqueteo de Élmer me volvía el alma al cuerpo, su cercanía, su manera liviana de seducir, la risa suelta con que celebraba

cada cosa, me fue metiendo en un plano de relación desconocida: el juego de amantes.

Tenía mucho miedo el día en que me llevó a su apartamento con el pretexto de ver un partido de fútbol. Me pidió que mantuviera los ojos cerrados durante el recorrido para compartimentarme y tomó mi mano como lazarillo que conduce a una ciega. Los dos estábamos casados, aunque lo mío fuera una formalidad. Vimos el partido, pero yo no aflojaba la tensión. Él, en cambio, era tan fresco, tan poco convencional...

Comenzó a jugar despacio con mi pelo, yo sentía su risa en mi oído, me besaba poco a poco... Con la misma suavidad fue despojándome de la ropa. Yo cerré los ojos, como cuando me compartimentaba. Sentía el calor de su cuerpo junto al mío y sus manos recorriéndome lentamente. Me abandoné, asustada, pero me abandoné... Cuando abrí los ojos, ante mí estaba su piel color de chocolate y me sumergí en ella hambrienta de gozo.

Élmer Marín, el primer amante, recuperó mi cuerpo. Supe que hacer el amor con alguien que no fuera Ramiro era posible e igualmente delicioso. Además, con él aprendí a quitarle trascendencia a ese acto placentero. No nos poníamos citas, nos encontrábamos en los operativos y luego con cualquier pretexto nos perdíamos para saborearnos a escondidas. No hicimos promesas de amor, disfrutábamos el tiempo que nos regalaba la vida. Había una complicidad que nos unía de una manera

alegre y liviana. Era una relación más clandestina que nuestra militancia.

Ramiro era un buen hombre, pero yo ya me había desencantado, llegó el desamor. La convivencia se hizo cada vez más difícil, y aun así duramos un año tratando de mantener la familia. Un buen día, por el detalle más mínimo de la cotidianidad, decidí separarme, romper. Y lo hice de una vez.

En la mañana, localicé a un compañero que necesitaba casa, para subarrendarle la nuestra. Hablé con mi mamá, que vivía en Cali, y aceptó encantada que le dejara el niño. En la tarde llevé mis pocas pertenencias a casa de una prima y en la noche, cuando llegó Ramiro, ya entraba el trasteo de los nuevos inquilinos. Viajé esa misma noche a Cali. Mi muchacho vivió allí un tiempo con la abuelita y el bisabuelo. Regresé a Bogotá y me quedé con mi prima y su esposo.

A comienzos de 1975, me tropecé con El Flaco Bateman en un operativo, le dije que yo quería conocer las masas que constituían la razón de ser de nuestra acción armada. Me mandó a hablar con Andrés Almarales, director del periódico Mayorías de la Anapo, para comentarle mi interés por el trabajo de masas, pero me advirtió que no podía actuar en ambos campos, el legal y el militar. Debía optar por uno u otro.

En febrero de ese mismo año, cambié del frente operativo al legal, donde me pagaban un exiguo

salario que enviaba a mi familia en Cali. Abandoné mi condición de ama de casa y sentí como si hubiera salido de una crisálida. Tenía veintitrés años.

Durante los cuatro años anteriores aprendí a desempeñarme con solvencia en las tareas conspirativas. Del primer grupo, similar a un núcleo familiar, en que Iván Marino hacía las veces de padre y maestro, recibí la mística y bases de conocimientos sobre seguridad, observación selectiva, alerta permanente y técnicas operativas. Con ellos también desarrollé la capacidad de simulación que me aportaron las prácticas de teatro y el saber sobre armamento heredado de mi padrastro. Los instructores eran personas que poseían experiencia y nos transmitían las enseñanzas en la práctica diaria. Aprendíamos haciendo. El respeto, el afecto y la confianza por nuestros jefes desempeñaban un papel fundamental para el aprendizaje. El ejemplo enseñaba y el cariño fijaba el conocimiento. La lúdica, el juego, la mamadera de gallo y el goce que encontrábamos en las tareas hacían del entrenamiento una práctica vital e incentivaba nuestra creatividad. Conformábamos un grupo de amigos, cómplices de un sueño común, con lazos de solidaridad y afecto muy sólidos. En posteriores comandos, con otros jefes, aumenté mi disciplina, maduré mi decisión militante y asumí responsabilidades. Después de esos primeros años tal vez adquirí conocimientos técnicos, pero en la primera fase mi cuerpo y mi corazón se forjaron para el empeño de conspirar. No como un pesado deber, sino como una opción personal. Creo que nuestros jefes desacralizaron la

actividad revolucionaria. La acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio. No nos exigieron sacrificios, nos ofrecieron alternativas de vida. ¿Peligrosas? Sí. Pero explorar nuevos caminos siempre trae su riesgo.

Cuatro

La Anapo,
el pueblo que le faltaba al
Eme

Mientras Los Comuneros tomábamos cuerpo como grupo, la Anapo⁶ rompía el bipartidismo y se consolidaba como un tercer partido con gran apoyo popular. En su interior coexistían todas las tendencias, desde las más conservadoras hasta la que lideraba Antonio García, de clara inspiración socialista.

En las elecciones del 19 de abril de 1970, hasta la medianoche la votación daba un claro margen de triunfo al general Rojas Pinilla, pero al amanecer del día siguiente el ganador era Misael Pastrana Borrero, conservador que figuraba como candidato del Frente Nacional⁷. Las masas anapistas salieron

⁶ Alianza Nacional Popular, nombre que tomó el partido liderado por el general (r) Gustavo Rojas Pinilla. El general asumió el poder mediante un golpe apoyado por los partidos tradicionales en junio de 1953 para “pacificar al país” y desactivar las guerrillas liberales, luego de la violencia desatada por el asesinato del dirigente popular Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Desde la presidencia, intentó organizar un movimiento populista basado en el binomio “pueblo–fuerzas armadas”, con protagonismo de esos dos actores sociales, lo cual le granjeó la oposición del bipartidismo. La misma dirigencia de los partidos liberal y conservador, que lo había llevado al poder, fraguó el golpe que lo destituyó en mayo de 1957 y lo condenó al destierro. Convertido en víctima de la oligarquía, el ex–dictador aglutinó en torno suyo a los excluidos de ambos partidos y a una gran masa de sectores populares. En las elecciones presidenciales de 1970 se expresó masivamente el apoyo a la candidatura del General.

⁷ Se llamó así al sistema de gobierno que rigió en el país por veinte años –de 1957 a 1977–, cuyas características fundamentales fueron la alternación y la paridad. La presidencia de la República se turnaba obligatoriamente para cada uno de los partidos conservador y liberal, que tradicionalmente se disputaron el poder. La paridad significaba repartir, por mitad, los cargos de la administración pública entre los dos partidos. El régimen del Frente Nacional tuvo

a la calle para denunciar el fraude, pero la dirigencia del partido no se hizo presente. Tal vez los tomó por sorpresa la detención domiciliaria que ordenó el gobierno a la familia del General o, a lo mejor, hubo arreglos para evitar el derramamiento de sangre, como opinan algunos.

Lo cierto es que, con el desconocimiento de la voluntad popular quedó preparado el camino para la conformación de grupos armados. Amparada en la inconformidad, se gestaba una tendencia a defender el próximo triunfo electoral con las armas. De allí nació la idea de fusión con Los Comuneros para conformar un movimiento amplio con carácter político-militar que garantizara el respeto a la voluntad de las masas y, de otra parte, para dar al aparato armado que habíamos consolidado un sentido real de unidad con el pueblo. Esa fue la razón de ser del M-19, que surgió como brazo armado de la Anapo con la consigna “¡Con el pueblo, con las armas, al poder!”, el 17 de enero de 1974, cuando nos robamos la espada de Bolívar.

Entré a la Anapo en febrero de 1975. El General acababa de morir y su hija María Eugenia, a quien apodaban La Capitana, había asumido la jefatura del partido. La pugna por el poder se hizo evidente. Samuel Moreno, esposo de María Eugenia, quería un

su origen en el pacto de Benidorm suscrito por conservadores y liberales, en julio de 1956, con el fin de derrocar al general Rojas Pinilla y nombrar una Junta Militar que garantizara la transición hacia el sistema del Frente Nacional. Laureano Gómez y Alberto LLeras Camargo firmaron a nombre de sus partidos el acuerdo.

mayor acercamiento con el partido conservador; el ala radical no lo iba a permitir. Carlos Toledo, Andrés Almarales, Israel Santamaría, Jaime Jaramillo Panesso, Julio César Pernía, José Roberto Vélez, Everth Bustamante, José Cortés, Fabio Hincapié e Iván Jaramillo integraban la junta directiva del periódico *Mayorías*. Ellos se declararon en rebeldía contra las determinaciones de Samuel Moreno y utilizaron el periódico para organizar a las bases, proclamar una ideología socialista inspirada en la lucha de clases y promover la participación popular en los destinos del país.

Con algunos compañeros del Eme nos encargamos del Centro de Estudios Socioeconómicos, CISE. Participábamos en las giras políticas, en las reuniones de comandos anapistas y en las escuelas de líderes. Aprendimos a gritar, haciendo caso omiso de nuestro pudor izquierdista: “¡Viva la Anapo!”, “¡Viva mi general!”, “¡Viva la capitana!”. Terminamos por creer que el general Rojas Pinilla se había convertido en víctima de las oligarquías cuando su dictadura tomó una opción populista.

Hicimos parte activa de la Juventud Anapista, JUAN, conformada mayoritariamente por muchachos de barrios populares. El más famoso comando juvenil era el Salvador Allende, que convocaba a cientos de jóvenes. Había en ellos una mezcla de izquierdismo y de nacionalismo beligerante. Nosotros reclutábamos a los mejores, para que continuaran en ese frente, pero con las orientaciones de la estructura clandestina.

Nos dedicamos a constituir los grupos de base, con principios de organización leninista para un partido populista, pensando que dentro del espectro anapista era posible un cambio ideológico que diera un viraje revolucionario al partido.

El encuentro nacional de Grupos de Base realizado en Bogotá en 1975 fue un gran desafío al estilo clientelista con el cual se manejaba la Anapo. Una vez fallecido el general, se reunieron aproximadamente novecientas personas para deliberar sobre la suerte del partido. Todos reconocían el liderazgo heredado de María Eugenia, pero no estaban conformes con las alianzas que planteaba el resto de la dirección, con los partidos tradicionales, porque era como dar marcha atrás.

María Eugenia desconoció la legitimidad del encuentro y expulsó a Andrés Almarales, a Carlos Toledo y a Israel Santamaría. En ese momento se conformó la Anapo Socialista, una tendencia que intentaba recoger las bases del partido para crear un nuevo movimiento amplio. Sólo algunos de sus dirigentes pertenecían al M-19, pero la relación entre los frentes legal y clandestino de nuestro movimiento se hacía cada vez más evidente en la línea política y menos diferenciado en la estructura organizativa, lo cual era peligroso.

El M-19, que se posicionó como brazo armado de la Anapo, en realidad era una organización político-militar que actuaba en el seno del partido a través de una dirección denominada Buró, que tomaba las

decisiones en consenso y actuaba dividida en dos grupos: uno político, al que pertenecían dirigentes anapistas como Toledo, Almarales, Santamaría y Bustamante, y otro operativo, en el que estaban el Flaco Bateman, Iván Marino, Élmer, El Turco Fayad y Boris. Las acciones armadas de este grupo que actuaba desde la clandestinidad estaban encaminadas a financiar el periódico y a apoyar el trabajo de base.

En el año 1976, el M-19 en un intento por atraer la simpatía de sectores obreros, secuestró al líder sindical José Raquel Mercado y le hizo un juicio de responsabilidades por su posición entreguista del movimiento obrero en las huelgas que se realizaban. En ese momento los organismos de seguridad estaban convencidos de que la investigación para dar con los responsables del hecho debía empezar por los dirigentes de la Anapo Socialista y más concretamente, por los del periódico *Mayorías*.

Comenzaron las detenciones y los interrogatorios en las instalaciones del DAS, algunos de ellos realizados personalmente por el General José Joaquín Matallana, su director. Estar en la legalidad y pertenecer a un grupo armado era en verdad temerario. Todos los días los hombres del DAS se llevaban a uno o dos de los compañeros dirigentes así tuvieran inmunidad parlamentaria.

La hora de nuestra detención se acercaba irremediablemente. Ni a Toledo, ni a Almarales, ni a Santamaría los habían torturado, pero temíamos que con nosotros no tuvieran la misma consideración.

Me aterraba la idea de que allanaran la casa cuando estuviera mi hijo. Yo podía asumir cualquier riesgo, pero el niño no tenía por qué. Decidimos escondernos un tiempo y viajamos a una finca en la sabana, aprovechando la Semana Santa.

La organización había dispuesto un plebiscito nacional en torno a la pena de muerte que pesaba sobre Mercado por la acusación de traidor a la clase obrera y agente del imperialismo norteamericano. En paredes, en puertas de baños, en las universidades, en billetes y buses, aparecían un SÍ o un NO, como respuesta. El Eme propuso suspender la sentencia del sindicalista si el gobierno de López Michelsen arreglaba favorablemente la huelga del ingenio Riopaila antes del 19 de abril, día de elecciones. El gobierno respondió que no podía ceder a presiones armadas y José Raquel Mercado apareció muerto el 20 de abril de 1976 en una glorieta cercana al parque El Salitre.

Oímos las noticias de radio y ninguno quería volver a la capital. Imaginábamos que se intensificaría la represión. Nos quedamos una semana más, pero no podíamos permanecer en la finca y nos vimos obligados a regresar.

Comenzó la cacería de brujas. Muchos de los dirigentes populares fueron interrogados, y los organismos de seguridad enfilaron baterías contra los comandos de la Anapo Socialista. Hubo una racha de infiltración, aparecieron docenas de nuevos militantes que se hacían pasar por universitarios y

querían meterse en todas nuestras actividades. Ni cortos ni perezosos, los vinculamos a las más duras tareas: distribución del periódico, visitas a barrios populares a pie, todo lo que significara bastante trabajo. El DAS participó del activismo político durante unos dos meses. Los muchachos de la Anapo detectaron a varias mujeres *tiras* y decidieron seducirlas para darles una lección a quienes jugaban a ser Matahari.

La avalancha de espías estaba estimulada por los tres millones de pesos que ofrecieron los dirigentes de dos centrales obreras, la CTC y la UTC, a quien suministrara información que permitiera identificar a los autores de la muerte de Mercado.

La Anapo Socialista sobrevivió a esta etapa, cada vez menos vinculada con el resto del partido y más cercana a sectores obreros y estudiantiles radicales. Del equipo que se aglutinaba en torno al periódico hacían parte no solo militantes del Eme, sino gente que había pertenecido a otros grupos de izquierda, incluidos algunos de los fundadores de la revista *Alternativa*, que acababa de dividirse.

Muchos de nosotros, anapistas, izquierdistas, socialistas o marxistas de los años setenta, alguna vez soñamos con replicar la guerrilla triunfante de la Sierra Maestra en América Latina. En nuestro imaginario se mezclaban las lecciones aprendidas de la muerte del Che, la lucha del pueblo vietnamita, el golpe militar de Pinochet contra el gobierno de Allende, la muerte del cura Camilo Torres en la

guerrilla, el fraude electoral a la Anapo y nos llevaban a pensar que sólo un ejército popular garantizaba el cambio revolucionario. Pero, al mismo tiempo, era indispensable desarrollar organizaciones de masas para asegurar el triunfo. El debate estaba en el carácter, tanto del ejército como de la organización de masas y en la articulación de los dos: si era ejército como vanguardia o ejército popular; si se organizaba como un partido o más bien como un movimiento. El peso de lo político o lo militar lo definía la concepción sobre la revolución.

El Eme, construía con poca ortodoxia una alternativa político-militar. El trabajo en la Anapo nos enseñó mucho. *Mayorías* no fue el *Rude Pravda* del que nos hablaba Lenin en el *¿Qué hacer?* y la estructura leninista de células no funcionó en el interior de un partido de corte populista. Desde el radicalismo de izquierda no se podía convocar a amplios sectores de la población. Los debates en el seno del equipo que trabajaba en el frente legal nos polarizaron en dos bandos: los que creíamos en la necesidad de mantener el periódico como instrumento de educación política y quienes deseaban liquidarlo y fortalecer la acción militar. La presión era múltiple, los organismos de seguridad estaban sobre nosotros para dar con el M-19; la derecha de la Anapo nos amenazaba y las fuerzas de izquierda desconfiaban de nosotros.

A mediados del año 1977 se acabó *Mayorías*. Mi matrimonio con Sebitas sucumbió con la crisis del periódico. Perdimos la batalla y la relación.

Conocí a Sebastián Arias cuando entré a trabajar en *Mayorías*. Era el jefe de redacción. Sebas, como le decíamos, un hombre de izquierda formado en la Universidad del Valle, extrovertido, sin poses, fue uno de los fundadores de la revista *Alternativa*. Antes de cumplir un mes en el trabajo, ya Sebas me trataba con galantería especial. Eso me halagaba, pero mi reciente separación me hacía desconfiar. Él supo aproximarse. Casi sin sentirlo se convirtió en parte de mi cotidianidad, me ganó el corazón sin grandes sobresaltos, el suyo era un cariñito sabroso.

Tuvimos unos cuatro meses de romance al cabo de los cuales decidimos armar nido. Vivir juntos no fue una decisión difícil, al fin y al cabo la actividad laboral nos unía por más de doce horas, y desde que inauguramos las delicias de dormir también juntos, nos pareció mejor hacerlo formalmente. Contábamos con el visto bueno de todos.

En poco tiempo, con Juan Diego de nuevo a mi lado, conformamos una familia a carta cabal. Nos queríamos bien. En el trabajo funcionábamos como equipo, en la cotidianidad él asumía con gusto las mismas tareas que yo. Sebastián cocinaba rico, atendía al niño con amor, estaba pendiente del mercado y además me consentía. Pero lo mejor de todo fue sentirme valorada.

La situación económica se ponía cada vez más difícil, porque yo ganaba muy poco y a Sebas ya no le pagaban como profesional contratado sino como militante. En el último tiempo, ni siquiera había

dinero para la nómina y tuvimos que trasladarnos a vivir a la oficina, con el peligro que eso significaba. En una ocasión se armó una balacera en la puerta, porque el celador creyó que nos iba a asaltar la derecha del partido. Vivíamos una completa guerra de nervios en medio de fuegos cruzados. Pero hasta allí el amor pudo con todo.

Se acabó el periódico y el desencanto de Sebas lo llevó a beber. Eso a mí no me gustaba. En torno al trago y la parranda vinieron los celos y las discusiones que no habían tenido lugar en dos años de convivencia casi perfecta. La reubicación del trabajo definió el resto. Yo quería volver al grupo operativo y Sebitas no tenía nada qué hacer allí. Era un periodista, un hombre legal, necesario en tareas públicas. Nos separamos. Me dolió, pero no tanto como la primera vez. Quien más sufrió la disolución de la familia fue mi hijo Juan Diego, que adoraba a Sebitas.

Durante el tiempo que permanecí en el frente legal pude acercarme al trabajo popular, que era, al fin y al cabo, la motivación de nuestro accionar militar. El marxismo destacaba el papel del proletariado en el proceso revolucionario, nosotros sosteníamos que, en el país, los sectores populares tenían un rol principal. Por eso nos vinculamos a la Anapo y a través de ella a los barrios y a las juventudes. Esa práctica nos dio otra visión de la realidad, nos ayudó a romper algunos esquemas propios de la ortodoxia teórica. No idealizamos al pueblo, más bien tratamos de comprenderlo. Ese pueblo era concreto, estaba en los

barrios, asistía a las reuniones políticas, hacía parte de las redes clientelistas y reforzaba el caudillismo. Con ellos trabajamos, nos impacientamos, discutimos, quisimos convertirlos en cuadros revolucionarios, ellos nos transformaron en personas más realistas, tuvimos momentos de luna de miel y de hastío.

El Eme aprendió de esa experiencia, todos aprendimos. Creo que a partir de ese momento nuestra concepción de clandestinidad cambió, para el trabajo de masas teníamos rostro propio. Comenzamos a movernos entre la gente como pez en el agua, con mayor solvencia y menos desconfianza. Encontramos que podíamos sumergirnos, pasar desapercibidos, si contábamos con la simpatía de quienes nos rodeaban. Y la simpatía se ganaba si participábamos en su cotidianidad, si nos sentían cercanos a sus costumbres. Bateman habló de ganarse el corazón de la gente, de despertar pasión por la política, nosotros acudimos al afecto como base de la confianza. Muchas personas nos apoyaron porque creían en nuestro proyecto, pero sobre todo porque confiaban en las personas que conducían la propuesta política.

Aquí entre nos

Un paro cívico conmocionaba al país. Corría el mes de septiembre de 1977. Oleadas de gente manifestaban su descontento con las políticas del gobierno. Toda la fuerza pública estaba en las calles con un miedo que desbordaba el uniforme. Los enfrentamientos eran de esperarse, pero fueron fruto más de la imprudencia de

los uniformados que de la organización de las masas. El gobierno de López Michelsen quedó marcado por los múltiples asesinatos que las fuerzas militares perpetraron ese día en las calles.

Los militantes del Eme nos quedamos esperando directrices sobre nuestra participación, pero la organización había dispuesto, para el mismo día del paro, la entrega de Hugo Ferreira Neira, gerente de Indupalma, a quien había secuestrado para forzar, a favor de los trabajadores, la negociación de una huelga. Se temía que ante el éxito de la presión armada sobre el arreglo laboral, el mismo ejército matara a Ferreira para restarnos credibilidad. Por eso fue necesario entregarlo a periodistas que habían sido citados con anticipación, en una iglesia, sin saber a qué iban. En esos preparativos se centró la atención del Eme. Así que, quienes participamos en el paro, actuamos de manera independiente, desde los barrios, en apoyo a los pobladores. Yo estuve en una zona al sur de la capital, donde fueron especialmente duros los enfrentamientos.

Mi vida comenzaba a tomar otra dinámica. Hubo un pequeño receso en el trabajo orgánico. Mi madre acababa de regresar de Panamá y estaba conmigo cuando me separé de Sebastián. Le propuse que se quedara un tiempo y aceptó. Hacía unos siete años no vivíamos juntas y su presencia era un soporte afectivo fundamental para mí y para Juan Diego.

Entonces tuve un tiempo suelto, de *locha*, no me llamaron para ninguna tarea. Había conocido al

Indio en la primera reunión de Comuneros y volví a verlo en la última fase de *Mayorías*. Se había retirado del Eme y estudiaba economía en la Nacional. Lo invitamos a participar en el periódico y se quedó de fotógrafo por un tiempo. A veces dormía en nuestra casa y, como no había mucho espacio, lo metíamos en la alcoba matrimonial. El maldito tomaba del pelo a Sebas diciendo que sobre la pareja no podía existir la propiedad y que era necesario compartir los amores. Cuando ya estábamos dormidos, estiraba su mano hasta mi cama para acariciarme el rostro. Yo me moría de susto y de risa. Me parecía un osado impertinente y así se lo decía, pero a él le importaba un comino.

El Indio era un muchacho muy inteligente, de los preferidos del Flaco Bateman, pero había sido imposible mantenerlo en la estructura organizativa por su concepción anarquista y el gusto por la *bareta*. Eso al Flaco eso no le preocupaba mucho, pero en la medida en que chocaba con la disciplina cotidiana y las concepciones del resto de la militancia, no se podía conciliar. Ya Bateman había intentado mantener al Indio con nosotros, sin resultado. Cuando yo le dije que estaba trabajando en el periódico y llevaba una semana sin fumar *bareta*, el Flaco se rió y me dijo:

—Hermana, intente a ver si con usted funciona...

Tampoco funcionó; como a los diez días, el Indio se perdió y no volvió al trabajo.

Después de casi un año, cuando me separé de Sebas, el Indio residía en una casa de campo, en Chía, y yo lo visitaba ocasionalmente. Se vivía una cotidianidad campesina: recoger verduras frescas de la huerta, sacar el agua del aljibe y cocinar en la estufa de leña. Su oferta de amor sin exclusividad me atrajo. Yo tenía unas ganas locas de conocer otras formas de querer distintas del matrimonio. Contaba con veintiséis años, seis de los cuales los había pasado en pareja. Con él mantuve una relación de amistad tranquila, pero cuando me reintegré al trabajo operativo no pude volver a verlo.

No tenía amigos fuera del Eme y quise alternar con gente nueva. Me volví asidua visitante del teatro La Mama, conocí a su director en uno de los primeros operativos de la organización. Los otros eran gente chévere sin militancia. Con ellos, volví a las interminables noches de baile y asistí a todas las funciones de teatro que había en la ciudad. Aquellos fueron momentos gratos pero tampoco encontré lo que buscaba.

¿Qué buscaba? No sé, sólo estaba completamente a gusto con los compañeros. Al fin y al cabo, con ellos compartía la razón de mi vida: la política. Además me sentía segura entre iguales. El mundo de la clandestinidad despertaba desconfianza ante los desconocidos. Cualquiera podía ser un enemigo en potencia o, por lo menos, un peligro. Así lo habíamos aprendido de clásicos como el libro de Serge escrito en 1921, *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*: “la imprudencia de los revolucionarios

es siempre el mejor auxiliar de la policía”. Y más adelante señala:

[...] los buenos policías saben adaptarse a la variedad de sus tareas. El transeúnte más corriente, el obrero en mangas de camisa, el vendedor ambulante, el chofer, pueden ser policías. Tenemos que prever la utilización de mujeres, de jóvenes y de niños entre ellos. Sabemos de una circular de la policía rusa recomendando emplear escolares en misiones que los agentes no podrían cumplir sin hacerse notar.

Con una mentalidad de guerra, es preciso proteger las fuerzas propias; por eso son tan cerrados los círculos de personas confiables.

Y para amar es preciso confiar. El Flaco Bateman me había arrastrado el ala aun antes de separarme de Ramiro, pero yo lo había evitado, argumentando que los dos teníamos una pareja y que, además, yo estimaba mucho a su mujer. Recuerdo que soltó una carcajada y respondió que mucho más la quería él. Nunca insistió.

Al principio, con Bateman nos encontrábamos en los operativos y yo lo veía como uno más de nosotros; para mí Iván Marino era el jefe, pero con el tiempo fui conociendo la calidad humana y política de ese hombre altísimo y jovial. Era un amigazo que, a pesar de sus ocupaciones, estaba cerca si uno lo necesitaba. Cuando *Mayorías* agonizaba en medio

del debate de los dos bandos, él buscó la manera de vernos a Sebas y a mí para escuchar nuestra posición. Estuvo toda una noche en la casa conversando. Fue rico para mí tenerlo cerca otra vez, yo extrañaba a los compañeros de antes, con ellos no había tanta polémica, se hacían cosas. Ya en la puerta, le di un abrazo y dije que quería verlo con mayor frecuencia. Volvió varias veces, tarde en la noche, cuando terminaban sus actividades. Se tomaba un té y charlábamos de todo. La relación con Sebas llegaba a su fin, pero el Flaco, mientras estuve con pareja, nunca insistió en el cortejo.

Fue un tiempo después. Yo lo quería mucho y disfrutaba de su compañía más que de su cuerpo. Nos encontrábamos de vez en cuando para ir al cine y luego a una de esas residencias ubicadas en la vía al aeropuerto. El Flaco Bateman hacía el amor como si le faltara tiempo, pero luego se entregaba al placer del descanso. Nos metíamos en el sauna, hablábamos de su vida, recordaba episodios que lo hacían reír a carcajadas, amores perdidos en el tiempo, etapas difíciles de su militancia y, sobre todo, tejía sueños sobre un futuro movimiento amplio que conquistara el corazón de los colombianos. Terminábamos cantando baladas o boleros que los dos sabíamos a medias.

Conmigo el Flaco se relajaba como si no existiera otro momento de reposo más que ése, después de hacer el amor. Me encantaba verlo así, le daba masajes o acariciaba con ternura la longitud enorme de su cuerpo húmedo. Mi felicidad estaba en

proporcionarle ese tiempo para pensar en sí mismo, para el disfrute que tanto merecía. Con ese hombre me sentía segura, desaparecía toda amenaza bajo su abrazo. Tanto, que con él me creía capaz de cualquier hazaña.

Entre los dos no se habló de amor, ni se hicieron promesas de nada. Meternos en la cama era simplemente un acto placentero, un ritual comunicativo, como si el acercamiento sexual abriera las puertas del alma. Sin embargo, nada trascendía más allá de la puerta de la habitación, un pacto de silencio protegía estos encuentros. Constituía un secreto cómplice.

Para nosotros, el amor hizo parte de la gran apuesta política, no fue un proyecto de vida en sí mismo. Amamos a los nuestros, de allí que hable de endogamia. Nos enamoramos de los compañeros de lucha, de quienes arriesgaban la vida a nuestro lado, nos quisimos con la intensidad que proporciona la incertidumbre frente al mañana y con la confianza de estar entre iguales. Nos juntamos transitoriamente, vivimos por momentos, nos unimos y separamos sin dramatismos, porque el amor jugaba dentro de una razón más fuerte: nuestra misión de cambio. Por esa razón también lo transformamos; perdió, de cierta manera, su sentido de posesión. Y tal vez nos comprometimos poco con las responsabilidades de construir parejas estables en el tiempo. Nuestras lealtades estaban ceñidas a otros parámetros, los del compañerismo. Concebido así el amor, las relaciones sexuales perdían la trascendencia que les confiere

esta sociedad y pasaban a ser una expresión de la proximidad entre personas identificadas con los mismos ideales. Lo que se califica de promiscuidad, aplicado casi exclusivamente a nosotras, las mujeres, no es más que una manera de concebir las relaciones entre hombres y mujeres del mismo grupo, con una libertad que contradice la normatividad social. Eso chocaba al moralismo de izquierda, de centro y de derecha.

Para muchas de nosotras, aceptar el reto de las transformaciones sociales significó también asumir roles más activos y participativos en nuestras organizaciones y en la vida privada. Por ejemplo, ser capaces de tomar decisiones de tipo político que comprometían la vida misma nos llevó, pese a las contradicciones, a hacernos cargo del control de nuestros cuerpos frente a la sexualidad y a la maternidad. Estos cambios nos hicieron blanco de la censura social, dentro y fuera de la organización.

Cinco

Cara oculta

A fines del año setenta y siete volví a los grupos operativos. Me preguntaron con quién quería trabajar, podía escoger entre el equipo de Pizarro o el de Afranio. La verdad es que un hombre tan bien parecido como Pizarro me daba miedo, temía enamorarme de él. Afranio me simpatizaba, era un compañero tranquilo. Comencé a trabajar con él en una estructura directamente vinculada con la dirección. Nada teníamos que ver con el resto de la militancia y cumplíamos medidas especiales de seguridad. Me advirtieron que no podía frecuentar a la gente de izquierda ni volver a sitios donde me conocieran. Mi único contacto sería Afranio. El Flaco Bateman me entregó un revólver Magnum nuevecito con munición blindada⁸. Casi como un cañón manual, es un arma potentísima a corta distancia.

—Es tu dotación personal —me dijo—. ¡Cuídala!

Le estampé un sonoro beso en la mejilla, estaba dichosa. Era un regalo estupendo para mi nuevo trabajo. En adelante sólo volví a ver al Flaco ocasionalmente.

Iván también tenía un regalo para mí: un radio de banda ciudadana para captar comunicaciones locales.

Todo estaba listo. Sólo faltaba consultar a mi madre, que entonces vivía conmigo. Se había acostumbrado al ir y venir de los compañeros, a las

⁸ Tipo de proyectiles que poseen un recubrimiento metálico para potenciar su capacidad de penetración.

reuniones en la casa, a mis salidas. Nada preguntaba, aceptaba con gusto a los muchachos porque eran amorosos con ella. Por supuesto, ya sabía de qué organización se trataba, pero callaba. Mi decisión no la tomó por sorpresa. Quería estar cerca de Juan Diego para garantizarle compañía y aceptó los riesgos. ¡Firme mi vieja! Eso me asustaba un poco; al fin y al cabo, la mía era una opción, lo suyo era puro amor y solidaridad. No quise pensar más para no arrepentirme.

Veía a Afranio casi todos los días, y establecimos *automáticos* para no perder contacto. Los automáticos se utilizaban para restablecer la comunicación y consistían en una cita repetida regularmente hasta encontrarse.

Recibí instrucciones para ir a una oficina de Finca Raíz, llenar la solicitud para arrendar una casa cuya dirección me dieron con antelación. Luego, visitar al dueño del inmueble; tenía que convencerlo de alquilarme esa casa ofreciéndole pago adelantado de tres meses.

Tuve éxito. Vestida de señora, actuando como señora, hice gala de mi poder de persuasión. Le hablé al propietario de la vivienda de un esposo viajero – me advirtieron que las mujeres solas no son de fiar–, le conté que prefería los espacios cómodos pues tenía tantos muebles que no sabía dónde meterlos, le comenté mi sueño de aumentar la familia y mi concepción del hogar como espacio confortable. Todo ello para justificar mi interés por una casa inmensa,

de tres pisos, con dos salas, seis habitaciones, tres baños, dos cocinas, jardín interior, terraza y garaje. El señor quedó encantado y prometió avisarme su decisión. Cuando pidió mis datos para confirmar el negocio, le respondí que mi teléfono estaba dañado hacía cosa de quince días y me extendí en quejas contra la Empresa de Teléfonos de Bogotá. Mejor, yo lo llamaba en dos días. La respuesta fue positiva, firmé papeles, pagué los tres meses y me entregaron la casa. Ahora el problema era ¿cómo llenarla?

La casona tenía una ubicación estratégica y buena visibilidad desde la azotea y los ventanales sobre calle y carrera. Constaba de dos apartamentos independientes. En el segundo piso instalé a mi madre con el niño. A pesar de los pocos muebles, pronto lució confortable y bonito. Mi vieja lo llenó de matas, puso cortinas; en fin, ella es una maga para eso.

Entre los dos pisos no había comunicación, cada uno de ellos tenía su propia entrada. El de abajo quedó desocupado. Instalé cortinas pesadas para que pareciera habitado y esperé instrucciones. Sólo Afranio y yo sabíamos que esa era una casa-cárcel del pueblo, pero no conocíamos el sitio donde se ubicaba la tapa de la *caleta*. Un día nos pusimos a buscarlo como quién juega a encontrar un tesoro. Concluimos que debía estar en una de las habitaciones del primer piso, en el baño bajo la escalera, pero ese baño únicamente tenía *bidet*. Algo absurdo. Sin embargo, no descubrimos mecanismo alguno para mover la

tapa, a pesar de haber leído todos los libros sobre los Tupamaros que hablaban de esos y otros recursos.

Días después, Afranio me dio un plano que explicaba cómo abrirla. Era necesario limpiarla y ver en qué condiciones se encontraba después de un año de abandono. También me presentó al muchacho que ocuparía el primer piso; faltaba encontrarle esposa. A mí, ya me tenía marido. Me dio la dirección de una oficina y un nombre; cuando estuviera frente a él, debía decirle que yo era la persona interesada en el negocio de una finca en Santander; con esa contraseña conocería a mi esposo.

El día en que conduje al Flaquito, el nuevo inquilino, él se *compartimentó* por pura costumbre, es decir, no se fijó en qué ruta seguíamos. Pero cuando llegamos le dije:

—Hermano, fíjese bien dónde está, porque usted hace parte de la cobertura y tiene que entrar y salir de la casa.

El muchacho salió a la puerta, miró alrededor... y palideció.

—¡No puede ser! —exclamó.

—No puede ser... ¿qué? —respondí asustada.

—Compañera, yo me crié en este barrio. Aquí a la vuelta...

¡Carajo! Sólo eso nos faltaba... que el Flaquito perdiera la clandestinidad en la cobertura. Al día siguiente acudí a la cita con Afranio, preocupada.

—Que se quede —dijo—. Al fin y al cabo, ya conoció la casa y sabe lo que tiene, es mejor que no esté suelto.

Así se hizo. Y comenzamos la tarea de adaptar la *caleta*. Abrimos la puerta del baño, giramos el bidet un poco hacia la derecha y empujamos el piso desde afuera. Al correr la tapa, quedó a la vista una escalera de hierro. Fue como entrar en la cueva de Aladino. Yo estaba emocionada, una cosa era leerlo y otra verlo con mis propios ojos: un subterráneo, con luz eléctrica, agua, dos celdas con un planchón por cama y un baño cada una; un espacio con estantería donde había libros, linternas, un ventilador y un termo para el café. Olía a humedad y había agua unos centímetros sobre el piso. Limpiamos, sacamos el agua y dejamos varios días abierta la puerta para que se aireara, porque los conductos de ventilación no eran suficientes.

Tras ese hallazgo conocí a mi “esposo”. Acudí a la dirección que me dieron y pregunté por el doctor Aguilar, un abogado. Mientras esperaba me entretuvo pensar en su apariencia. Lo imaginaba calvo y barrigón o alto y apuesto con canas en las sienes...

—Pase —dijo una voz.

Entré en su oficina. Me tendió la mano un hombre de unos treinta y dos años, de cabello oscuro, ondulado, estatura mediana, vestido de saco y corbata. Agradable.

—Mucho gusto, compañera. Ya me habían hablado de usted. Espéreme un momento y salimos.

Tenía un carro Simca del tamaño de una nuez. Fuimos a un *cream* de servicio al carro, ubicado en el parque de la calle 32, y hablamos de las tareas que nos correspondía hacer juntos. Como él no podía abandonar su profesión ni volverse clandestino como yo, jugaríamos a ser una pareja separada. Visitaría a su hijo a menudo para hacer la cobertura, pero no tendría nada que ver con el trabajo interno de la casa ni se enteraría de lo que allí sucediera.

Lo llevé a conocer la casa y expliqué a mi madre y al niño que ese señor haría las veces de papá, por si alguno preguntaba.

—¿Se va a quedar con nosotros? —preguntó mi hijo.

—No, pero vendrá a vernos —le dije.

Comimos juntos y esa noche entre todos construimos las reglas del juego: organizamos la nueva familia. El padre sería conocido como Pi, nombre que escogió Juan Diego por su afición a los autos; a mi mamá la llamaríamos abuela, a Juan le diríamos Panchito, yo era Mami. Para los vecinos,

mi mamá y yo nos llamaríamos Marujas, que era mitad cierto. El Flaquito figuraba como pariente e inquilino del primer piso.

—Si alguien te pregunta cómo nos llamamos, le respondes con los nombres que acabamos de acordar, ¿entendido? —le advertí al niño, que no tenía más de seis años—. Si insisten, les dices que nos pregunten a nosotras... Vamos a fingir, a representar una familia. Nadie debe enterarse de lo que somos realmente. Tú ya sabes que es peligroso —seguí diciéndole.

Aclaramos que mi madre no tenía ninguna relación con el trabajo nuestro y, por tanto, de nada se enteraría para su propia seguridad. Ni ella ni el niño bajarían al primer piso —ellos nunca supieron de la *caleta*—. Si algo pasaba, yo asumía toda la responsabilidad.

Con la casa, me entregaron un carro. Yo necesitaba aprender a manejar lo más pronto posible, así que esa misma noche Pi me dio la primera lección: aprendí a utilizar los cambios de velocidad.

Dos días después, Afranio me presentó a La Gorda con su hijita de ocho meses. Su equipaje era escaso. Una mujer de unos veinticuatro años, blanca, de mejillas sonrosadas, cabello castaño claro, sonriente a pesar de la ausencia de los dientes delanteros, de origen campesino, pero vivía hacía años en la ciudad. Acababa de separarse. No militaba, pero había colaborado con Afranio en otros trabajos y era mujer de fiar.

El equipo de cobertura estaba completo. Lo primero que hicimos fue mandar a la Gorda al odontólogo para que le pusiera dientes. Quedó chusquísima. Con ella realizamos las compras necesarias para la dotación completa de la vivienda, y los muebles nos llegaban como aporte de quién sabe quién de la organización. Al mes, todo estaba listo. Además a esas alturas funcionábamos como en familia. El Flaquito y la Gorda que hacían de pareja, pasaban el día discutiendo como marido y mujer por pendejadas, y la niña pequeña se había encariñado con mi hijo.

Decidimos tener a los niños en el segundo piso. El esposo de la Gorda salía a trabajar todos los días, era maestro en un colegio. Yo dictaba clases en las noches, dos veces por semana, en la universidad Indesco. La casa no podía quedarse sola nunca. Nos turnábamos para salir.

Tratábamos de que los niños y mi madre vivieran una vida normal. Puse a mi hijo en el Jardín Infantil que dirigía una amiga sicóloga de la Nacional. Una camioneta escolar lo recogía todas las mañanas y lo traía de regreso a las dos de la tarde. Tuvimos hasta mascotas, una gata y una perra pequeñas que completaban la imagen de un hogar armónico. Hacíamos el mercado y las compras de la casa en diferentes almacenes de cadena. Mi madre me ayudaba a llevar un libro de contabilidad con los gastos de todo. No preguntaba nada.

Llegó el primer compañero del equipo operativo. Lo trajo Pi, tendido en el piso de un jeep que entró hasta el garaje. Era Raúl, yo ya lo conocía. Tenía que ocuparse de solucionar la humedad y dejar el sótano en condiciones de ser utilizado. Se alojó en la alcoba que hacía de antesala al hueco, sólo podía salir hasta el baño, el resto de la casa estaba prohibido para los huéspedes. De esa manera no tenían la posibilidad de ubicarse.

Las medidas de *compartimentación* eran severas. Utilizábamos capuchas con orificios para los ojos y la boca, en tela de color claro, por si los niños llegaban a vernos no se aterrorizaran. Raúl y yo, como nos conocíamos, podíamos prescindir de ellas, pero la Gorda y el Flaquito no podían mostrar el rostro. Era un juego de locos. Las capuchas tenían un uso individual, debíamos mantenerlas a mano pero concentradas, por si resultaba necesario desaparecerlas, y para ello había un perchero en el corredor a la entrada de la habitación. No se podían sacar del primer piso. Al poco tiempo aprendimos a manejarlas, las usábamos al entrar en el cuarto y las retirábamos al salir de él, casi automáticamente. Pese a eso, una noche salí con tanta prisa que olvidé quitármela al abandonar la habitación y cuando abrí la puerta de la calle un golpe de aire pegó la capucha a mi rostro. Me quedé paralizada, con un pie fuera de la casa y la cara cubierta. Por fortuna nadie pasó por la calle mientras me quitaba el trapo de la cabeza.

El recién llegado trabajó incansablemente como un mes y no sólo arregló lo de la humedad, sino que

se dio a la tarea de pintar un mural en sus paredes. Raúl era un compañero especial, de trato muy agradable. Decía que el mural estaba inspirado en un sueño, yo acostumbraba a pasar horas conversando con él mientras pintaba las figuras y le ayudaba con el color de fondo. En una ocasión duramos unas dos horas en esa labor, y como utilizábamos esmaltes diluidos con *thinner* comencé a ver que las figuras de la pared cobraban volumen. Miré asombrada a Raúl y lo vi embobado, contemplando también los dibujos. Le pregunté qué pasaba.

—Salgamos rápido... Pero rápido —me dijo.

Yo subí la escalera, aún mareada. Ya afuera, nos sentamos en la cama.

—Respire profundo, compañera... Así, y bote el aire despacio... El thinner nos trabó...

Soltamos una carcajada juntos. Luego la Gorda nos trajo leche, que dizque servía para pasar la traba.

Raúl era muy creativo, instaló un timbre que comunicaba al primero y segundo pisos, un ascensor manual para intercambiar por el patio interior pequeñas cargas entre los dos niveles, sin que se notara desde afuera tanto ir y venir; un sistema de alarma mediante luces que daban al puesto de guardia en el sótano; un seguro para activar desde adentro y sellar la entrada, un nuevo sistema de ventilación y amplificadores para llevar música a las

celdas. Cambiamos el *bidet* por un guardaescobas menos llamativo.

Terminados los trabajos y el mural, Raúl se fue tan *compartimentado* como había llegado. Vinieron otras visitas a inspeccionar las instalaciones, nunca supe de quiénes se trataba, los traía Pi en el jeep.

Un día me dijeron que Pi no volvía; era mejor que se mantuviera alejado por el tipo de trabajo que cumplía. Me quedé sin marido y con un automóvil que no sabía manejar. Tomé la decisión de aprender a mover ese carro a toda costa. Lo prendía en el garaje todas las mañanas. En la casa de enfrente, un niño como de doce años se paraba en la puerta a mirar mi maniobra.

—¿No lo mueve? —me dijo un día.

—No, no sé manejar...

—Es fácil.

—¿Vos sabés manejar?

—Yo veo a mi papá que maneja un camión y ya sé.

Así empezamos. El niño me daba las instrucciones:

—Embrague. Ponga primera, vaya soltando el cloch y acelere. Despacio...

Yo sacaba el carro y daba vueltas a la manzana. Luego, como contraparte del trato, dejaba manejar al

muchacho. Practicábamos hasta cuatro veces en un día. Conseguí una licencia de conducción antes de saber hacerlo bien. No podía arriesgarme a cometer una infracción. Mi madre me acompañaba. Ella alguna vez había manejado y cada vez me animaba a salir más lejos.

A las dos semanas me convencí de que conducía bien y me movía por toda la ciudad. Cuando Afranio subía al carro, se aferraba a la barra que tienen los Willys encima de la guantera y no se soltaba sino para bajarse. Se moría de miedo, pero me felicitaba por el progreso. Era divertido, a veces nos quedábamos en una glorieta dando vueltas porque yo no me atrevía a lanzarme para tomar la vía de salida.

Mientras pude, me escapaba para hacer algunas cosas que contravenían las normas de seguridad, pero yo confiaba en lo esporádico y sorpresivo de mis actos para no arriesgar la tarea encomendada. Esas escapadas atendían a mi vida personal. Iba hasta la Universidad para enterarme cómo marchaba la academia y hablaba con el profesor Vasco y con William. Visitaba a amigas como la Nana o Cloro. Y salía con un amante clandestino, un agitador anarquista de la Nacional. Él era un tipo de palabra seductora y sonrisa de Colgate. Cuando me pidió el teléfono, le dije que vivía con un viejo muy celoso. No me creyó, pero tampoco averiguó más.

En una de las citas, Afranio me indicó una ruta que debía seguir para trasladar hasta la casa a los nuevos huéspedes. El día acordado, madrugué con el

Flaquito a recogerlos. Estaba nerviosísima, sobre todo por mi falta de seguridad al conducir. Pensaba en lo que podría ocurrir si había una emergencia conmigo al volante. Quería disimular, pero mis piernas temblaban cuando presionaba alguno de los pedales. Hice despacio el recorrido que me indicaron, para ser contrachequeada por los compañeros y descartar cualquier seguimiento. Paré a la hora prevista en el lugar señalado. El Flaquito abrió la puerta trasera del carro y sentí que entraron varias personas, percibía sus respiraciones agitadas. Se tendieron en el piso, la puerta se cerró y alguien me dijo:

—¡Arranquemos!

Cuando puse el jeep en marcha desapareció el miedo. Entré en un estado distinto, como si estuviera actuando. Comencé a tararear una canción. Nadie habló en el trayecto. Seguí la ruta y llegamos a la casa. Pitó media cuadra antes de llegar, con la contraseña acordada, y la Gorda abrió el garaje para que el carro no se detuviera ni un instante en la puerta. Ya adentro, los huéspedes se bajaron y el Flaquito les entregó sus capuchas.

Las reservas del Hotel habían sido copadas. Ellos se instalaron y un rato después bajé para ponerlos al tanto de las condiciones del sitio. Me encontré con dos hombres altos y acuerpados; por los vellos de los brazos, uno rubio y otro moreno: Juan y José. Los acompañaba una mujer menuda, de cabello largo que sobresalía de la capucha; le decían René. Nos saludamos, noté su acento extranjero y eso me

emocionó. ¡Ya éramos internacionalistas! Aquél era un secuestro hecho por los Tupamaros que llegaron al país por efectos de la represión durante la dictadura uruguaya. Por alguna razón, el operativo casi se cae y pidieron apoyo a la organización. La coordinación para el trabajo interno la haríamos el jefe de ellos y yo. Nos pondríamos de acuerdo en las necesidades logísticas. Del hueco para adentro ellos eran los dueños, pero de la puerta de la alcoba hacia afuera mandaba yo. De la negociación económica se encargaba otro comando sin nexos con nosotros.

Los puse al tanto de las medidas de seguridad. Luego tomamos café y conversamos. Me sentía muy contenta de conocer a miembros de una organización como los Tupamaros, un mito de la época.

La rutina externa de la casa no varió, pero el gasto en comida se duplicó porque los gigantones consumían más carne que un león. Como al mes se presentó el primer problema.

Uno de los *tupas* se quejó de que estaba cansado del encierro. Ellos vigilaban por turnos, seis horas, y descansaban doce. Les habían dicho que al mes los relevaban, pero no lo hicieron. Le prometí a Juan que consultaría el problema, no podía hacer nada más. La respuesta tardó y Juan se tornó excesivamente irritable, llegó a amenazar con escaparse. Entonces sí conocí mi temple. Le dije que como responsable de la seguridad en ese trabajo, si daba un paso fuera del área permitida, le pegaba un tiro. Y salí furiosa de la habitación.

Andrés, un compañero del Eme que llegó con un maletín lleno de cassetes de música, sustituyó a Juan. René y José duraron casi otro mes, pero con ellos se convivía fácilmente. René tejía todo el tiempo. En una de nuestras charlas me enteré de que tenía un hijo desaparecido en Argentina. Ella debía tener unos cuarenta y tres años y habría podido resistir toda la vida en el encierro; parecía de una paciencia inagotable. José era muy callado y cuando hablaba lo hacía tan pasito que no se le entendía muy bien, le decían Murmullo.

Ver a los otros siempre encapuchados es muy divertido, porque uno empieza a inventarles facciones para imaginar el rostro que corresponde a cada cuerpo. Fuimos muy disciplinados y nunca nos vimos. La curiosidad no tiene cabida, por la propia seguridad se evita información innecesaria.

Se fueron René y José, llegaron Simón y Carlos. Para entonces, ya Andrés estaba neurótico y a cada rato tenía encontrones con la Gorda y el Flaquito. Yo lo lidiaba. Durante los descansos de trabajo me contó que convalecía de una pena de amor, porque su compañera sorprendentemente dio por terminada la relación. A mí me dolía su tristeza y lo acompañaba en su llanto mientras oíamos boleros. Cuando estaba malgeniado, bajaba a comer con él, le daba masajes para calmar la tensión del cuello, una pastilla para el dolor de cabeza que lo aquejaba con frecuencia, y oíamos música hasta que volvía a hacer chistes. Entonces sabía que estaba curado.

Los problemas con los compas se solucionaban con rapidez, quizá por pura disciplina, lo más difícil fue complacer los gustos del *paciente*. Quería sólo música de Bach, clásicos de literatura, lomo de res, frutas frescas, nueces y yogurth. Yo pasaba horas buscando en las librerías, en tiendas de música y en supermercados lo que pedía, tratando de complacerlo, al fin y al cabo era una manera de hacer menos duro su cautiverio. Como si eso fuera posible.

Un día quise despejar toda duda de los vecinos sobre nuestra casa y advertí que haría funcionar la alarma y todo debería responder a la situación de emergencia. Era una prueba de seguridad. Cuando entré con la pareja de vecinos, con el pretexto de mostrarles las plantas sembradas en el patio, la Gorda accionó la alarma de luz y todos se metieron en el hueco, la puerta se cerró mientras recorriamos el garaje y cuando llegamos a la alcoba ya no había nadie. Abajo, apagaron las luces y se ocuparon de que el paciente estuviera calmado y en completo silencio. Los vecinos no demoraron mucho, recorrieron toda la planta baja sin reservas. Todo salió perfecto, pero olvidé avisar que el estado de emergencia había pasado y tuve a los pobres compañeros y al *paciente* casi una hora en esa horrible tensión. Cuando me acordé y accioné la clave de luz para que abrieran la tapa del sótano, asegurada desde abajo, ellos salieron con el rostro descompuesto.

Andrés me explicó que el aire se tornaba muy pesado sin el ventilador y empezaron a sentir la

presión del encierro y el peso de la oscuridad. Eso parecía una tumba.

El encierro es como una pesadilla. Con el paciente no valían los cuidados, pasaba por momentos de intensa depresión. El pobre hombre perdía peso aceleradamente y ya casi no quería ni jugar ajedrez, una de sus aficiones. No dormía y no deseaba levantarse ni para hacer calistenia. Se enfermaba y teníamos que traer a un médico para que lo evaluara, pero, más que los calmantes suaves que éste le recetaba, necesitaba que lo trataran con afecto sus guardianes. Son muy contradictorios, aunque reales, los lazos que se crean entre la víctima y los victimarios. A los compañeros la tensión también los afectaba, la convivencia forzada dificultaba las relaciones cotidianas. Muchas veces me asombraba ante la pequeñez que motivaba una discusión.

El secuestro duró más de lo previsto pero fue exitoso. Cuando terminó, todos respiramos tranquilos. No se sabía quién estaba más contento, si la persona liberada o nosotros.

Después tuve unas cortas vacaciones, un tiempo sin responsabilidades operativas. Entonces, iba a cine y salíamos de paseo con la abuela, nuestros niños y los de Afranio. Durante ese tiempo floreció una amistad interminable con él. Nos gustaban los paisajes, la gente y los colores; conservábamos la capacidad de asombrarnos con las pequeñas cosas que nos regala la naturaleza. Él escribía cuentos y poemas que leíamos juntos, hacía collares y pintaba

acuarelas para regalarme. Como en la infancia, corríamos persiguiendo la niebla o escalábamos rocas para coger una flor. Cuando no podíamos pasear juntos, pintaba lo que le parecía más bello para compartirlo conmigo. También entonábamos rancheras, su música preferida, cuando incursionábamos en los cerros cerca de Bogotá para probar armas. Nunca tuve reparos para acompañar a Afranio en cualquier ocurrencia, porque sentía que con él no había peligro sin salida.

Esta nueva etapa en mi trabajo operativo significó un salto cualitativo porque puse en práctica con éxito el aprendizaje de los primeros años. Logré cumplir sin contratiempos las misiones encomendadas y salir de la estructura sin que el enemigo conociera mi identidad. Esta vez seguí mi intuición para actuar y tuve en cuenta las señales de peligro, lo cual evitó que cayéramos presos en la cárcel del pueblo. Tomé decisiones rápidas en el momento oportuno e improvisé una actuación teatral mejor que la de Adela en *La casa de Bernarda Alba*, potencié mis habilidades histriónicas para sostener una cobertura libre de sospechas. Mi creatividad se desarrolló para sacar adelante la tarea. Aquella fue una prueba de fuego felizmente superada.

A finales de 1978 trabajé con el Comando Superior, pero de manera extraoficial cultivaba mi amistad con Afranio. Continuábamos encontrándonos para charlar e ir al cine. Un día, al despedirnos, sentí un vacío en el pecho, caminé unos pasos y, cuando volví la cabeza para mirarlo, me sorprendió un presen-

timiento y me eché a llorar. Días después, la prensa publicó la noticia de su detención. Comenzaba el año de 1979.

Seis

Operación Colombia: armas para la guerra

En 1978 se llevó a cabo nuestra Sexta Conferencia Nacional. En las conferencias se trazaban las estrategias y las líneas de acción fundamentales para el siguiente período. En ésta, adoptamos una estructura organizativa jerarquizada, para abordar las nuevas tareas de conformación de ejército, e iniciamos el trabajo rural en torno de las llamadas Móviles.

Las Móviles fueron concebidas como estructuras para la acción político-militar en zonas rurales y semirrurales, se montaron aprovechando el trabajo de las organizaciones campesinas y, según nosotros, funcionarían como embrión del Ejército Popular. En las ciudades, la tarea era fortalecer el Frente, una estructura amplia y legal cuyo propósito era aglutinar diversos sectores de la población, otras organizaciones sociales y grupos o partidos políticos.

Después de la Sexta Conferencia, Bateman me encargó una nueva misión: apoyar el montaje de las Móviles. Por esa razón, viajaba hacia diferentes departamentos donde comenzaban a formarse los grupos. Me encantaba ese trabajo. Utilizaba el mismo jeep en que aprendí a manejar; tenía *caleta* y eso lo hacía especialmente útil. Lo quise como a un compañero, lo llamaba Jacobo, aprendí algo de mecánica para atenderlo adecuadamente y nos llevamos de maravilla mientras estuvimos juntos.

Llegó diciembre de 1978. Mi madre y Juan estaban en Cali, pasando vacaciones. El Flaco Bateman me puso una cita para el día 31 en la mañana. Ese día

nos encontramos en una cafetería de Chapinero y me presentó a José, un muchacho que viajaría conmigo como chofer de relevo. El Flaco insistía en que prefería a una mujer al volante, no sólo porque éramos más prudentes, sino porque despertábamos menos sospechas. Me pidió que recogiera el carro a eso de las siete de la noche en el mismo punto.

Cuando nos entregó el jeep, advirtió que la caleta estaba llena de armas. Debíamos llegar a Ibagué esa misma noche y quedarnos en un hotel. Al día siguiente, viajar hasta Cajamarca para hacer entrega de la carga a las seis de la mañana. Un compañero, al que reconocería por llevar una revista de Condorito, recibiría el carro. Yo debía abordarlo y preguntar si era familiar del señor Tabares; él respondería que su apellido era Meneses.

Salimos de Bogotá, manejaba José. Sorpresivamente, un muchacho se bajó de un bus en mitad de la calle y corrió hacia el andén, el semáforo acababa de darnos la vía y atropellamos al chico. Por fortuna, no llevábamos velocidad. Sin embargo, el pelado cayó al piso. Me bajé a ver qué sucedía. Le dije a José que mientras yo llevaba al muchacho al hospital él debía volarse. El carro no podía caer. Por fortuna, el chico sólo sufrió un golpe leve en una pierna, así que lo llevamos hasta su casa y continuamos el viaje. Yo tomé el volante.

Ni una requisa en el camino. A las doce de la noche pasamos por el retén de policía a la entrada

de Ibagué. Pitamos repetidamente y saludamos a los agentes de guardia.

—¡Feliz año, señooores...! ¡Feliz año...!

No intentaron siquiera detener el carro, respondieron al saludo agitando la mano. Así coronamos la primera etapa.

En Ibagué, buscamos un hotel con garaje, pero todos estaban llenos. Llegamos hasta un motel, de esos que se usan para citas de amor. Guardamos el carro y tomamos una habitación. Yo quería celebrar el Año Nuevo y propuse ir a una discoteca para bailar un poco y tomar un trago, pero el compañero no quería perder de vista el vehículo. Lo convencí de que nada sucedería, el baile actuaba como terapia, y me acompañó sin mucho entusiasmo.

Nos metimos en el primer chuzo de donde salía músicaailable. Sonaban los ritmos de moda y los clásicos del año viejo: *La mula rucia*, *El palo de caimito*, *Feliz año pa' ti...* Pedí un brandy y brindé por el éxito del trabajo, bailamos una pieza y, como el compa era pésimo parejo, nos retiramos temprano.

Acostarme al lado de un compañero no era problema. Me quité el bluyín y me metí en la cama; el compañero hizo lo mismo. Los murmullos y los quejidos de amor de los vecinos se escuchaban como si estuvieran en la misma habitación nuestra, porque las paredes, en el tramo superior, tenían bloques perforados para permitir la ventilación. Me dormí

enseguida, pero al rato me despertó la volteadera del compañero en la cama.

—Hermano, ¿es que no puede dormir?

—No... qué va. Con la bulla de los vecinos y usted en la misma cama...

Pasó su brazo sobre mí, como para ver si obtenía respuesta.

—Mire, hermano... mejor vaya a tomar un baño para que pueda dormir —le dije, calmada pero firme.

El compa se duchó a las tres de la madrugada. No supe si durmió o no, pero dejó de moverse.

A las cinco de la mañana ya estábamos en camino. Llegamos muy puntuales al lugar de la cita. Me bajé del carro, pedí un tinto y ocupé un sitio en una de las mesas desde donde podía observar la puerta. No habían pasado cinco minutos cuando apareció una moto; de ella descendió un muchacho con una revista en la mano. Cuando se dirigió al mostrador alcancé a distinguir el título de *Condorito*. Reparé en el hombre, no había visto aún su rostro y ya sabía que era Andrés, mi *llavería* en el trabajo anterior. A él debió pasarle lo mismo. Mientras se quitaba el casco de motociclista, reía a carcajadas.

Aquél fue un abrazote de viejos conocidos. Nunca nos vimos cara a cara durante el trabajo, pero conocíamos la estatura, la contextura, la ropa, los

brazos, el caminado y hasta el olor del otro. ¡Qué alegría volver a verlo!

Se llevó el carro y lo devolvió como a las dos horas. Entre tanto, José y yo desayunamos. Cuando volvió Andrés, no tuvimos mucho tiempo para hablar, pero me dio un apartado para escribirle y no perdernos ahora que nos habíamos reencontrado.

José y yo regresamos inmediatamente. Estuvimos en Bogotá a eso del mediodía. En la casa-cárcel sólo quedábamos la Gorda, el Flaquito y yo. Decidimos salir a la función vespertina del cine para ver *New York, New York*, con Liza Minelli. Bogotá estaba como para caminarla: vacía y silenciosa. Así que dejamos el jeep en un parqueadero y recorrimos Chapinero disfrutando la ciudad abandonada el primer día del año.

El 3 de enero, apareció en toda la prensa nacional la noticia del robo que hizo el M-19 al Ejército en Bogotá. Sustrajo cinco mil armas de un depósito ubicado en el Cantón Norte, a través de un túnel. Sin disparar un tiro y sin que se dieran cuenta hasta veinticuatro horas después. Ésa fue la Operación Colombia, que hirió tan hondamente el corazón del ejército.

Casi nos da un soponcio por la emoción. ¡Cinco mil armas! ¿Qué haría con ellas la organización? ¿Ahora sí estaba cerca la guerra? El 4 de enero cayeron presos los primeros compañeros. Allanaron residencias en todo el país. La mazorca comenzó

a desgranarse. Encontraron una *caleta* con gran cantidad de armas. Torturaron a los detenidos. Se llenaron las instalaciones militares de personas acusadas de ser miembros del Eme. Se violaron los derechos civiles y políticos de los acusados. El presidente Turbay se hizo el de la vista gorda y el ministro de Defensa, Camacho Leyva, el de la oreja mocha.

Todos los días los titulares de prensa hablaban de nuevas detenciones. En la organización vivíamos momentos de inseguridad. Ya sabían los nombres de los miembros del Comando Superior: Jaime Bateman Cayón, Iván Marino Ospina y Carlos Toledo Plata, quienes firmaron el comunicado donde se reconocía la autoría del robo de armas.

Empecé a sentir la necesidad de abandonar la casa-cárcel, no puedo explicar por qué. Olfateaba el peligro. Pero no había quién autorizara nuestro traslado, la dirección estaba ocupada en otras cosas más urgentes. Entonces, hice caso a mi intuición y conseguí un camión para sacar el trasteo de la casa. Como no tenía dónde llevarlo, contraté una bodega donde unos amigos. La Gorda, el Flaquito y yo nos abrimos cada cual por su lado y pusimos *automáticos* para encontrarnos cada semana en un sitio y a una hora distintos; era necesario actuar con máxima cautela, dadas las condiciones. En todo el país, y en especial en la capital, capturaban gente de la más diversa condición.

Antes de diez días había caído la casa—cárcel. Comencé a temer por mi seguridad. No sabía qué pistas podían tener los organismos de inteligencia del Estado. Pero en ese momento me contactó el compañero Manuel para un nuevo trabajo. Empezó el frenesí por salvar las armas restantes del robo al Cantón y ponerlas en sitios seguros. Íbamos y veníamos transportando *fierros* en dos carros. Como las *caletas* tenían poca capacidad, nos arriesgamos a llevar las armas en costales, sin camuflarlas siquiera. El peligro era el mismo si trasladábamos una pistola o cien fusiles.

Una de esas noches, con el carro cargado hasta el tope, nos encontramos a boca de jarro con un retén móvil del ejército, en la Autopista Sur. Sólo nos percatamos de su presencia a unos ochenta metros de distancia. Mi corazón se bajó al estómago y sonaba como un tambor. Manuel soltó un madrazo. Rápido, giró el volante y se devolvió con las luces apagadas. Quedé muda, pero de inmediato busqué a tientas en el bolsillo mi cápsula con cianuro. Comenzó la carrera.

Influida por las novelas de espionaje, defendí siempre la posibilidad de suicidio ante una captura, para asegurar que el enemigo no obtendría información. La mayoría de compañeros no estaba de acuerdo conmigo, por considerarla más bien una debilidad frente a la tortura. Pero yo había tomado la decisión sin discutir mucho. Al fin y al cabo, mi pellejo era el que estaba en peligro. Lo cierto es que el cianuro me daba seguridad. Había conseguido la

sustancia con mi mejor amigo, muy efectiva según él, porque la había probado en un perro.

Para evitar la policía, nos metimos por calles laterales con rumbo al norte. Pasada la medianoche la ciudad estaba en silencio. Un enorme corazón llenaba de sonidos mi interior.

Sorpresivamente Manuel soltó su carcajada. Me relajé.

—¡Nos salvamos de ésta! —dijo.

No era tan cierto. No tuvimos la precaución de dejar un arma afuera para defendernos en una emergencia. Nos encontrábamos con las manos vacías y más de cincuenta fierros desarmados y empacados en costales. Así debíamos atravesar la ciudad. En mi mano, la cápsula de cianuro se derretía con el sudor. Demoramos más de tres horas, porque en cada cruce era preciso confirmar si había retén y continuar evitando las avenidas y calles principales. Varias veces nos extraviábamos y duramos un buen rato hasta encontrar de nuevo el rumbo. Por fin llegamos al otro extremo de la ciudad.

—Bueno, compañera... bájese aquí, que yo llevo el carro hasta la caleta. Ya no hay peligro.

Manuel partió y yo quedé en la Autopista Norte, a las cuatro de la mañana, sola y sin una aguja para defenderme. Me sentí como Caperucita perdida en el bosque. Estaba agotada. Pasó un bus intermunicipal

y le hice señas. Me acomodé en el asiento, todo el cuerpo me dolía como si hubiera recorrido la ciudad a pie. Recordé que no tenía adónde ir a esas horas. Hubiera deseado descansar en un sitio amigo y que alguien me recibiera con un poco de afecto para darle la bienvenida a la vida. Pero me tocó alojarme en un hotelucho. Ni siquiera pude dormir, estaba demasiado cansada y exaltada con los acontecimientos.

Desde que desarmamos la casa, mi familia también se había disuelto. En casa del padre dejé a mi hijo, con su gata. Mi mamá se quedó con la perrita en casa de una de sus sobrinas. Una vida de gitana empezó para mí. Rodaba pidiendo posada a los amigos, sin pasar más de dos noches en el mismo sitio.

Una mujer libre de sospecha

Ésa era la verdadera clandestinidad. Andaba con una cédula falsa a nombre de Blanca Reina, una mujer de veinticinco años nacida en Girardot. Me esmeraba en destacar mi condición femenina para no despertar sospechas, porque se esperaba que una guerrillera fuera algo así como un marimacho. Y cargaba mi pistola Walter 7.65 en la cintura, con un tiro en la recámara lista para disparar. En la cartera llevaba unos calzones y un cepillo de dientes. Nada de agendas, ni direcciones, ni anotaciones. Me valía de la memoria. Cumplía citas y *automáticos* cuidándome de chequear el sitio antes de entrar y nunca esperaba más de diez minutos. Mi radar natural era el sentido de alerta. La presión del

peligro aguzaba la percepción. Todo el organismo se preparaba en función de la defensa. Sentía un leve hormigueo cuando alguien me observaba y un rostro visto por segunda vez me ponía sobre aviso de un posible seguimiento. También percibía la alteración o el nerviosismo en otros cuerpos, veía las situaciones de riesgo en cámara lenta, y por eso podía tomar las decisiones justo a tiempo.

Adquirí una especial destreza para captar toda anormalidad en el ambiente, la más insignificante señal cruzada entre agentes de la inteligencia estatal, un vendedor inusual o un carro con observadores. Creo que en esa época aprendí a mirar como las moscas, con visión periférica. Se mantiene la vista al frente y se observa simultáneamente, de reojo, para captar sin volver la cabeza cuanto pasa alrededor. Incluso, creo que durante ese tiempo me acostumbré a dormir con el oído activado, de manera que el sueño es especialmente liviano.

Se hacía difícil conspirar. Muchos de los detenidos, presionados por la tortura, terminaban por entregar las citas de contacto con el enlace de la organización y los del B-2, F-2, DAS o cualquier otro organismo de seguridad del Estado echaban mano de la primera persona que les pareciera sospechosa por la pinta o porque evidenciara nerviosismo. Capturaban, torturaban y luego investigaban. Cientos de personas inocentes sufrieron la arbitrariedad de los interrogatorios y Consejos de Guerra.

Trabajando en esas circunstancias, Manuel y yo nos convertimos en un dúo efectivo. El peligro era como un lazo que nos ataba cada vez de manera más fuerte. Nos entendíamos con una simple mirada, bastaba una señal casi imperceptible para saber lo que el otro deseaba comunicar, actuábamos como en coreografía.

Él era un bacán. Nació en Girardot cuando el Partido Comunista florecía silvestre en ese puerto sobre el río Magdalena, armando sindicatos de braceros y artesanos. Se enroló en la Juventud Comunista, porque allí había espacio para su rebeldía. En la misma jugada política andaban sus amigos y, además, Ester Morón, que era la más alta, bonita y revolucionaria de las muchachas del pueblo. Ella, con su sola presencia, reclutó más militantes que el secretario de organización de la JUCO.

Manuel no heredó el apellido francés del padre por ser el hijo natural del *mesié*, pero sí el empaque: grande y fornido. Recordaba con más disgusto que nostalgia los domingos, cuando le tocaba ir a la tienda del francés por el dinero de la semana para él y sus hermanos y salía con unas monedas que tintineaban en el fondo del bolsillo. A su madre tal vez le debía la terquedad de no dejarse abatir por la vida. Manuel poseía un optimismo inatajable, hasta irresponsable. Supo lo que fueron las privaciones en la infancia, porque a su mamá no le alcanzaba la paga como cocinera en los hoteles del pueblo. Desde muy pequeño, él realizaba oficios diversos para ganarse unos pesos y ayudar en la casa. No le sacó el cuerpo

a nada, cocinaba para sus hermanos, hacía mandados y aún le quedaba tiempo para andar matando pájaros con los amigos. Se educó en la escuela pública como casi todos los muchachos, cuando allí coincidían los mejores profesores. Aprendió de la calle la astucia del trueque, la pequeña ventaja del negocio, y eso le sirvió para comerciar en pequeño.

Desde el año sesenta y dos Manuel conoció a El Flaco, pero fue en las FARC cuando se hicieron *llavería*. Bateman sabía que podía confiarle a Manuel cualquier cosa y que éste la sacaría adelante. Nada le quedaba grande, y sobre todo, era efectivamente práctico, no se enredaba en retórica. Con él la demanda de adrenalina del organismo subía permanentemente, porque su creatividad operativa no consultaba el instinto de conservación. Yo trataba de mantener el equilibrio en el equipo y me ocupaba de las medidas de seguridad, lo atajaba un poco en su delirio de acción con razonamientos de conveniencia política. Hacía las veces de polo a tierra.

En medio de esa situación de emergencia conocí a Estela, una compañera de Zipaquirá que se escapaba de su casa por una ventana para asistir a las citas con nosotros. Me parecía graciosa la historia de la salida furtiva, nadie sospechaba de su actividad subversiva y todavía la consideraban hija de familia, a pesar de ser una profesional con trabajo en el sector público.

A esa pequeña mujer de cara seria se le notaba su dedicación a la causa en la manera de conducirse. Era como una revolucionaria de catálogo. Sólo

dejaba oír, por momentos, una risita breve, en medio de nuestra habitual mamadera de gallo. Para Manuel y yo reírnos de todo era una manera de restarles importancia a las cosas de la vida y de la muerte, para así hacer liviana la carga.

Una noche fuimos con Estela a sacar armas de una caleta y a empacarlas para su traslado. En sus manos estaba la responsabilidad de hallarles sitio. Eran tantas que las repartimos en dos carros. No recuerdo por qué terminamos solas y perdidas en una vereda buscando a medianoche la finca donde esperaba la *caleta*. Ya despuntaba el sol cuando dimos con ella.

La gente que prestaba su casa como escondite y frenteaba la situación, afrontaba un riesgo enorme. Al fin y al cabo, nosotros vivíamos clandestinos. Casi todos los colaboradores que conocí durante ese tiempo eran personas muy chéveres. Lástima que nuestra relación fuera tan pasajera.

Manuel y yo nos mantuvimos como equipo durante el año setenta y nueve. Puedo decir que no tuve conciencia de los golpes a la estructura de la organización, gracias a la febril actividad de salvamento desarrollada y al ánimo de mi coequipero. Todo se derrumbaba a nuestro lado y los dos seguíamos rescatando gente y armas. En momentos así, el deber se asume con amor y urgencia. No hay tiempo para la desesperanza. La suerte y la intuición me salvaron más de una vez. Esperar los contactos era peligroso, pues nunca se sabía quién había caído y entregado el dato. A veces, cuando me aproximaba

a un lugar de encuentro, sentía la presión del peligro y hacía gala de mi mayor serenidad para comprobar si había vigilancia. Llegaba hasta un teléfono público y fingía llamar para echar con disimulo una ojeada sobre el entorno, o me detenía para comprar en el puesto de dulces alguna golosina, de manera que pudiera observar los movimientos de la gente. Si notaba algo raro, hacía caso a mi intuición y pasaba de largo. En algunas ocasiones me siguieron, pero la duda estaba a mi favor, y yo me escapaba cogiendo varios buses o un taxi o metiéndome por un pasaje peatonal. La inspiración de mis tácticas operativas la extraje de novelas y textos como *Tania la guerrillera*, *La orquesta roja* o *La casa de la calle Garibaldi*. El resto lo debo al ingenio criollo.

En marzo de 1979 se realizó el Primer Foro por los Derechos Humanos. Con ese evento la gente empezaba a perder el miedo, pero la represión no disminuía. A mediados del año, el país todavía estaba conmocionado. En la prensa, las noticias sobre operativos de propaganda armada y detenciones competían en número. Osuna caricaturizaba en *El Espectador* lo que sucedía en las caballerizas del ejército con los detenidos. El presidente Turbay desmentía en cada viaje al exterior las acusaciones de las organizaciones de derechos humanos sobre torturas y consejos de guerra arbitrarios durante su gobierno. Los intelectuales de izquierda eran perseguidos, familias enteras se asilaban en las embajadas. Y los cuatro gatos que permanecíamos en libertad seguíamos moviéndonos para probar que no nos habían liquidado.

“El M-19 ni se asila ni se rinde”, escribíamos en las paredes para darnos ánimo. El Flaco Bateman sostenía que, mientras uno de nosotros estuviera vivo, la organización se mantendría activa.

¿Cuál de todas soy yo?

Bateman siempre habló de El Turco Fayad con admiración. Decía que era quien redondeaba las ideas y quien desarrollaba la teoría política. Yo sólo recordaba la imagen borrosa de un hombre menudo con la espada del Libertador en las manos. Por eso, cuando volví a verlo, a mediados del 1978, escudriñé en él las afirmaciones de Bateman.

A finales de 1979 Manuel y yo tuvimos una cita con El Turco, como el oficial superior que remplazaba a El Flaco mientras éste se encontraba en el exterior dedicado a abrir espacios para la organización. Centroamérica ardía en fervor revolucionario con el triunfo de dos movimientos insurgentes: Nueva Joya en Granada y los sandinistas en Nicaragua.

Viajamos fuera de la ciudad para el encuentro. Fayad nos pidió que hiciéramos de enlace entre el Comando Superior y las Móviles o los regionales. Necesitaba gente de absoluta confianza, con capacidad para transmitir las orientaciones políticas e interpretarlas en la práctica y, además, con criterio para tomar decisiones rápidas. Con nosotros dos se inauguraba el aparato de logística y comunicaciones.

Me sentí halagada pero con una responsabilidad aplastante. Los compañeros del Comando Superior que permanecían en libertad eran los hombres más buscados del país y nosotros quedamos como único contacto entre ellos y la estructura organizativa regional. Tamaña cautela con la que deberíamos movernos. Por si acaso, estaba mi cianuro... Pero ¿para qué pensar en los riesgos, si ahora podía estar cerca de Fayad, verlo con alguna frecuencia, sentir su presencia en mi trabajo? A ese hombre lo amaba por encima de cualquier inconveniencia. Recordaba que en aquella cita del año setenta y ocho hallamos un punto de convergencia indisoluble: cumplíamos años justo en la misma fecha.

—Yo cumplo el mismo día en que nació Bolívar...
—dijo.

—Yo también —le respondí.

Nos miramos incrédulos y luego reímos con ganas. Acordamos encontrarnos para celebrar juntos nuestro cumpleaños, aunque hubiera pasado un mes. Era una cita robada a la clandestinidad y al trabajo.

Comimos en un buen restaurante, tomamos vino y conversamos durante horas. El Turco manejaba el verbo como un ilusionista, la pasión y la exactitud se mezclaban para crear realidades. Era imposible despegarme un segundo de sus palabras, porque las tejía de tal manera que lograba atraparme en su relato. El sentimiento que deseaba transmitir, no importaba cuál, llegaba hasta mí usando el tono de su voz como

vehículo para penetrar en mis emociones. Me poseía, vibraba con él, levantaba vuelo y retornaba a rozar la realidad. Empezó contándome un viaje, y desde allí paseamos por todos los temas, hablamos hasta del amor. No sentí el tiempo, no reparé en nadie más, no estuve pendiente de la puerta, no me acordé de la clandestinidad de los dos. Me entregué.

Cuando cerraron el restaurante, fuimos a una discoteca a escuchar música. Permanecía seducida por su palabra, por sus gestos vehementes, por la profundidad de su mirada. Ese hombre tenía magia, pero había algo más fuerte: su pasión. Desde aquel amanecer supe que lo amaría siempre con un amor distinto que parecía pertenecerle como una marca genética, como si hubiera nacido con él.

Fayad se constituyó en la fuerza, la razón, una imagen de referencia en mi interior. Sabía, aún descansando mi amor sobre su cuerpo, que no lo quería para mí. El estaba más allá del deseo, del tiempo y de su misma presencia. Encarnaba “el ser ideal” de la política y la vida.

Por eso, podía verlo o no y lo quería igual. Podía amar a otros sin que se afectara mi sentir. Podíamos hacer el amor o no, eso era maravilloso, pero irrelevante con respecto al sentimiento total que él inauguró. Trabajar con el Turco, así fuera lo más peligroso, era lo mejor que me podía suceder.

Después de la cita en que nos encomendó a Manuel y a mí la misión de enlace, viajamos a

Melgar los tres. Me instalé en una casa de veraneo y me quedé sola. Mi único contacto serían ellos dos.

Vivir en Melgar me situaba en la boca del lobo. Un pueblo que se desarrolló alrededor del turismo y de dos instalaciones militares: la Base Aérea de la FAC y la X Brigada del Ejército, sede de la escuela de lanceros, un cuerpo de contraguerrilla. Las mujeres de la localidad también se repartían entre las dos armas, eran novias o amigas de los hombres del ejército o de los de la aviación. Cuando me percaté de eso, como no me convenía despertar la curiosidad del ejército, me relacioné con los muchachos de la Fuerza Aérea a través de mi vecina.

Inventé una historia de vida. Mi cédula estaba a nombre de Maricela López, tolimense. A partir de esos datos, le di atributos: recién separada, y muy traumatizada por ello, deseaba descansar de todo y rehacer mi vida. Había estudiado comunicación social y escribía uno que otro artículo como *freelance*. Viajaba a Bogotá o a Ibagué, de vez en cuando, y pasaba unas semanas con mi familia. Manuel era mi tío, el más cercano, y por eso me visitaba con frecuencia.

También organicé mis actividades. Me levantaba temprano y salía a hacer ejercicio, desayunaba y leía hasta casi mediodía. Almorzaba y dormía la siesta. En la tarde paseaba por los alrededores, a veces con los muchachos de la FAC, que trabajaban en jornada continua hasta las tres. Luego, a la piscina hasta las siete. Una vida rutinaria, tranquila, con

tertulia después de la comida para hablar con las vecinas mientras recibíamos el fresco de la noche. Compartía animada los temas banales de las mujeres del pueblo, la novela de las ocho, las charlas de los muchachos de la FAC sobre motos y novias. Doña Carmenza, la viuda dueña de la casa en donde vivía, me acompañaba en las noches hasta la puerta, para que no hablaran mal de mí las chismosas. Así transcurría la vida de Maricela.

Emilia, como había escogido llamarme después del Cantón, hacía otras cosas por debajo de cuerda. Recogía toda la información posible sobre los movimientos de los militares. A través de los nuevos amigos, conocía palmo a palmo las instalaciones de la Fuerza Aérea y sus equipos, y conseguía amigos que fortalecieran la cobertura.

Cuando llegaba Manuel, emprendíamos el viaje hacia las Móviles, para abastecerlas de munición, armas o dinero. Antes de salir nos reuníamos con Fayad para recibir instrucciones. Los viajes duraban diez o quince días, a veces menos. Recorriamos desde la Costa Atlántica hasta el Caquetá. Las móviles se ubicaban en Córdoba, Santander, Quindío, Tolima, Cauca y Caquetá. Siempre hubo riesgos: los retenes sorpresivos, las requisas minuciosas, los papeles falsos, los carros quemados. Pero de todo salíamos airoso con las respuestas rápidas de Manuel y mi habilidad para entretener militares. Una sonrisa cautivadora, una fruta en la mano y la pistola Walter lista bajo mi pierna. O un *short* insinuante, una camisa suelta, y la pistola en la cintura mientras conversaba

con un soldado. Manuel y yo abrazados como pareja en amoríos, mientras ellos requisaban un carro lleno de mercado, con la caleta repleta de munición. Mi cianuro en el bolsillo, las armas listas, la decisión de no dejarnos coger vivos, el corazón desbocado, la boca seca y una aparente calma, una palabra amable, una sonrisa a tiempo. Así actuaba Emilia.

En mí coexistían dos mujeres diametralmente distintas. La fragilidad y la fuerza me habitaban. Cuando regresaba de los viajes y entraba en la casa se contraponían los personajes. Sentía mareo, como si todo fuera irreal. Sabía por algunas lecturas de Franz Fanon, en su libro *Los condenados de la tierra*, que el impacto de la clandestinidad afecta la personalidad de los combatientes y, por varias discusiones con William en clase de antropología, que la esquizofrenia es una posibilidad no lejana para quien debe llevar una doble vida. Tenía conciencia de que los cambios de conducta radicales podían afectar mi personalidad. A la vez, me sentía sola, me hacían falta los compañeros. Ellos constituían mi universo. Familia ya no tenía, a mi hijo lo había perdido de vista, porque su padre decidió ocultarlo por precaución. Me dolía tanto separarme tan abruptamente del niño que creía verlo en la calle y corría para verificar si era mi Juan, pero siempre quedaba con la sonrisa y la ansiedad en el rostro, ante una persona desconocida. Fue un desarraigo total. Salí de la ciudad donde estaban mis amigos y mis parientes, donde por lo menos los edificios eran conocidos, para vivir otra vida sin más contacto con lo mío que los viajes en compañía de Manuel.

Una entrevista con William me salvó. Nunca nos encontrábamos porque lo acordáramos sino porque la vida nos juntaba, pero esta vez lo busqué. Sólo alguien como él, que había penetrado los oscuros laberintos de la razón y la sinrazón, podía entender qué me sucedía e intentar una explicación.

Nos encontramos en un parque de diversiones, lejos de la ciudad, para remar, y en mitad de la laguna nos detuvimos para hablar sin que nadie nos espíara. Pude llorar y contarle mis temores, mis soledades, mi angustia. Me escuchó en silencio. Luego, con palabras precisas, explicó lo necesario para calmar mi desazón. Yo vivía con demasiada profundidad los personajes ficticios, me recomendó diferenciar muy bien entre la que era y la que fingía ser. No podía abordar las otras personalidades con tanto realismo. Debía construir los límites, crear una frontera y cuidarme de no traspasarla.

Ese día también hablamos del miedo a la muerte, de su cercanía y su inevitabilidad y me dejó el libro de Castañeda *Viaje a Ixtlan*, sobre las enseñanzas de Don Juan. Ese libro me acompaña desde entonces. “La muerte como una consejera” y “La última batalla sobre la tierra” conjuraron todo asomo de temor a la muerte y abrieron la posibilidad ilimitada de disfrute de las pequeñas cosas. Dos párrafos quedaron grabados, más que en la memoria, en mi vida:

La muerte es la única consejera sabia que tenemos. Cada vez que sientas [...] que todo te está saliendo mal y que estás a punto de

ser aniquilado, vuélvete hacia tu muerte y pregúntale si es cierto. Tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: Todavía no te he tocado.

Los actos tienen poder... Hay una extraña felicidad ardiente en actuar con pleno conocimiento de que lo que uno está haciendo puede muy bien ser su último acto sobre la tierra.

Me despedí del amigo sintiéndome aliviada. En una ocasión anterior, William me regaló con el cianuro un seguro contra la incertidumbre; en ésta, me obsequiaba un plan de contingencia para abordar la vida.

Regresé a Melgar, mi base de operaciones, no sólo más tranquila, sino eufórica. Unas semanas después, nos dieron la misión de ocultar en Melgar a Carlos Toledo, uno de los hombres más buscados del país. Venía desde Barrancabermeja. Lo transportaron los obreros del ferrocarril en medio de un gran operativo de seguridad dispuesto por ellos mismos. Pasó sin ser descubierto por más de siete retenes militares, en los cuales lo buscaban con foto en la mano, pero, a nadie se le ocurrió que aquel era el médico, exparlamentario y dirigente de la organización guerrillera que había robado miles de armas al ejército.

Viajamos a La Dorada. El tren llegó a la hora prevista. Se bajaron todos los pasajeros y no vimos a

Toledo. Eso nos preocupó mucho. ¿Y si había caído? ¿Cómo preguntar? ¿A quién? Volvimos a pasearnos por el andén mirando a cada una de las personas, y nada... Comenzábamos el tercer recorrido, cuando se acercó un anciano campesino que caminaba con dificultad apoyado en su bastón y del brazo de una muchachita.

—Buenas tardes... ¿me buscan?

No podíamos creerlo. Ese viejito encorvado, de traje raído, sombrero tan viejo como él y alpargatas, que venía de brazo de la nieta, era Carlos Toledo. La muchacha nos extendió un pequeño canasto con huevos.

—Allí vienen dos granadas, compañeros. Hasta luego, lo dejo en sus manos. Adiós, tío...

¡Carajo! Así había pasado los retenes, estaba en verdad irreconocible.

Manuel y yo habíamos montado un operativo igualmente extraño. Armamos un paseo familiar con la esposa de Manuel, los dos niños, de ocho y de diez años, y su perro. Nos dividimos en dos carros. En el primero iban Manuel, uno de los pelados y el perro, con un radio para comunicarse con nosotros. Un kilómetro atrás íbamos Toledo, la compañera de Manuel, el niño menor y yo. Los de adelante nos comunicaban si había retenes del ejército. Los niños fingían jugar con la radio para enviar mensajes. Nos

desplazamos por puras trochas, sin salir a la carretera principal. Al anochecer llegamos a Melgar.

Tuve que justificar la presencia del viejo ante mis vecinas. Les conté que me visitaba un tío solterón, en plan de descanso. Y casi no salía de la casa porque era un neurótico cascarrabias. Sin embargo, Doña Carmenza lo vio una vez en pantaloneta haciendo ejercicios en el patio de mi casa y quedó cautivada. Insistía en invitar al tío a comer en su casa. Yo le mamaba gallo a Toledo con los amores de la viuda. La convivencia con el viejo fue amable y tranquila. A él le gustaba cocinar y lo hacía muy bien. Cuando yo estaba en la casa, hablábamos muchísimo. De vez en cuando se ponía un sombrero de paja y, con su bastón en la mano, salíamos a caminar a la hora en que el sol se oculta. Nos acompañamos hasta la Séptima Conferencia Nacional. La reunión en que se impulsó la lucha por la democracia, enfatizando la necesidad de realizar un trabajo político-militar dirigido a las masas. Aquél era un nuevo discurso que nos distanciaba de la ideología de izquierda tradicional.

Manuel y yo estuvimos a cargo del traslado de los asistentes y su seguridad. Sólo yo quedé por fuera de la reunión, como enlace. Una gran responsabilidad. Creo que nunca me cuidé más, casi no salía de la casa. Cuando la reunión acabó, de nuevo nos correspondió dejar a cada uno a salvo. Me habían encargado los documentos de conclusiones de la Conferencia.

En uno de los viajes hubo un imprevisto. Manuel y yo conducíamos vehículos distintos pero nos manteníamos en caravana. Su jeep estaba fallando. De pronto, nos embocamos en un retén recién instalado y no pudimos sacarle el cuerpo. Los dos veníamos armados, con papeles falsos, y yo traía los documentos de la Conferencia. No resistíamos una requisa. Manuel me miró y me hizo señas para seguir de largo. Se colocó en la fila de carros y fue avanzando lentamente sin detenerse frente a la requisa. Traté de hacer lo mismo, pero la fila era más lenta y, cuando quise pasar de largo, un hombre de civil metió su *metra* por la ventana del carro y me dijo:

—¿Qué pasa que no se detiene?

Miré de reojo. Manuel iba saliendo sin que se dieran cuenta. Estaban pendientes de mí.

Confié en mi poder de seducción. Sonreí al hombre para tranquilizarlo.

—No me asuste con eso, ¿sí?

Paré el carro. El hombre se quedó apuntándome por la ventana y otro me pidió los papeles del carro e inspeccionó adentro. Un pequeño maletín de cuero cerca de mis pies en el puesto de adelante contenía los documentos. Yo vestía pantaloncitos cortos, con una camisa suelta. Mientras el hombre inspeccionaba, yo solté un botón más del escote y me puse coquetamente los aretes que traía en el bolsillo. Metí la mano en la cintura y desasegué la Walter. Si

me exigía una requisita, yo disparaba primero, aunque el otro me matara. Miré de nuevo hacia Manuel. Preciso, cuando pasaba de largo frente a los últimos policías, se dieron cuenta.

—¡Detéeeengase! —gritaron.

Pitos ensordecedores... Uno o dos disparos... Manuel aceleró un poco. El carro no respondió... Pero, tras varios intentos, por fin tomó velocidad. Un grupo de uniformados se subió a una patrulla, prendieron sirenas y arrancaron tras él, como alma que lleva el diablo.

—¡Abra el capó! —me ordenó el que requisaba el carro, mientras levantaba el maletín como sopesándolo y lo volvía a dejar en el piso; yo lo miré embobada, ya nada me importaba mucho, quería correr con Manuel—. ¡El capó!

Yo no sabía con qué mecanismo accionar la tapa, era la primera vez que manejaba un Renault cuatro.

—Es muy duro —le dije.

Él sonrió, se agachó y tiró de un botón cerca de los cambios. Su brazo rozó mi pierna y me miró a la cara. Se bajó del carro. El hombre de la metra se había quitado de mi lado y revisaba los papeles de propiedad, estaban en regla. Miraron el motor y compararon con los papeles.

—Puede seguir...

Yo ya no sonreí. Había quedado pasmada con el sonido de las sirenas en mi cabeza. Puse el carro en marcha y, cuando salí del retén, aceleré cuanto pude para alcanzar a Manuel y sus perseguidores. Las lágrimas nublaban mi visión. Me sentía una porquería por no estar con él en ese trance. ¡Lo había dejado sólo! Lloraba y corría, pero nada, ni la radiopatrulla, ni el jeep blanco de Manuel. Como a la media hora me devolví observando cuidadosamente. Imaginaba que se había volcado, que lo habían matado, mil cosas... Nada encontré, ni rastros... como si se los hubiera tragado la tierra. ¿Qué podía hacer? Paré el carro en el camino y sollocé un rato. Tenía que ganar el tiempo perdido y llegar a la cita con los compañeros del Comando Superior para avisarles de la captura de Manuel o de su muerte. Me dolía el alma, me sentía insolidaria, me sentía huérfana...

Nunca había corrido tanto en carretera y el llanto no me dejaba ver bien. Llegué con mínimo retraso al pueblo donde nos esperaban. No había nadie. ¿Me habría equivocado de automático? Me fui para el otro sitio de cita que quedaba como a media hora. Pero tampoco los encontré. Estaba muy confundida. Me bajé y tomé una cerveza helada. Tenía que pensar con calma.

Volví al primer sitio. ¡Nada! Decidí regresar a Melgar. Pasara lo que pasara, Manuel no me iba a delatar. Ese sitio era el único que tenían los de la dirección para encontrarme. Ellos no tenían vehículo. En el trayecto pensé.

—Espero veinticuatro horas. Si nadie me busca, dejo el carro guardado con un médico amigo de Bateman en Melgar y tomo un bus hasta Florencia. Allí hago contacto con Ana María y me voy con ella para la Móvil.

Llegué a casa y cerré la puerta con pasador. Tomé un baño de agua fría. Me recosté, de cara a la puerta con la pistola en la mano... por si acaso. Prendí la radio para escuchar noticias y me quedé quieta. Las lágrimas seguían saliendo sin querer. Como a las diez de la noche, la vecina llamó a la puerta.

—Maricela... Maricela.... al teléfono. Es Don Manuel...

El alma me volvió al cuerpo. Corrí a contestar. Gritábamos al tiempo:

—¿Cómo estás? ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Estás bien?

—¡Nunca pensé que lo quisiera tanto!

—Estoy con tu papá, ven mañana bien madrugada. Te espero en el primer pueblo a las siete.

Seguí llorando, ni sé por qué. Doña Carmenza me consolaba. Le dije que mi tío se había accidentado, pero que no había pasado nada grave.

A las siete estaba en el sitio acordado. Nos abrazamos fuerte con una emoción inmensa: yo, con

los ojos llenos de lágrimas; ellos, Manuel, Bateman, Toledo, Fayad y Almarales, se reían.

—Manuel nos contó que usted había caído y él se había tenido que volar —dijo Toledo—. Que seguramente la habían matado, porque usted no se iba a dejar requisar. Pero el Flaco le preguntó: “¿Usted vio cuando le dispararon?”. “¡No!”. “Entonces, seguro que la Negra sale de ésa... ¿Tiene dónde conseguirla?”.

Nos reímos todos. Y comenzamos a confrontar las versiones. Lo último que vio Manuel, fue cuando el tipo de civil metió su arma por mi ventana y, entonces, decidió acelerar. Logró sacar unas cuadras de ventaja en la huida y, después de la primera curva, se metió por un desecho que encontró para dar la vuelta y quedar de frente a ellos. La patrulla pasó a toda velocidad cuando él les salía al encuentro y no pensaron que aquel era el mismo carro al que perseguían. Así los despistó. Por eso llegó antes que yo a la cita y contó su versión. Cuando yo aparecí en el pueblo, ya no estaban. Cosas de la vida. Instantes que desordenan el mundo.

Celebramos el encuentro con cervezas frías. ¡Cuánto los amaba! De ese afecto sacaba fuerzas cuando la sensación de soledad e impotencia me cercaba, cuando el miedo me espiaba por la ventana, cuando tanta renuncia me entristecía. Entonces odiaba a ese enemigo abstracto del cual sólo conocía el color verde-oliva, ese monstruo que nos obligaba a vivir escondidos, a ocultar los amores, a alejarnos

de los amigos, a llamarnos de otra manera, a vestir con ropa prestada, a fingir siempre frente a los desconocidos. Entre el amor por mi gente y el odio por el enemigo encontré una fuerza pasional que me mantuvo en la militancia. La ideología... la ideología estaba más allá, como justificación de ese sentir, sosteniendo mi mundo racional. Pero la pasión era un motor de vida.

Un mar para lavar el alma

Un día me llamaron para que fuera a Bogotá. Tenía una cita con Fayad. Llegó muy tarde. Lo esperé como una hora por puro amor, rompiendo las normas de seguridad, pero cuando apareció olvidé todos los reproches. Nos tomamos un tinto y verificó el estado de mis papeles y los del carro. Me hizo dejar la pistola a pesar de mis protestas y emprendimos un viaje en el cual la seguridad dependía sólo de la astucia. Inventamos la coartada, escogimos la ruta y calculamos el tiempo que emplearíamos. Yo manejaba bajo la estricta supervisión de mi jefe.

Cuando salimos de la ciudad me relajé, disfrutaba tanto con los viajes... Aprendí a amar este pedazo de suelo recorriéndolo, grabándome sus paisajes lo hacía mío. Fayad me oía comentar exaltada la belleza del crepúsculo o el color de las montañas, mientras oíamos música de Piazzola, de Silvio Rodríguez, de Mercedes Sosa. Al rodar por la carretera me sentía libre, habría querido que esa cinta de asfalto condujera a la eternidad. Nos alejábamos de Bogotá y la tibieza del aire acariciaba la piel.

No todo fue fácil en el viaje. El Turco estaba con su úlcera alborotada, eso le producía un dolor permanente que lo tornaba irascible. No dejaba de fumar, perdía el apetito y todo le molestaba, dormía mal y se levantaba malhumorado. Parecía un muchacho malcriado. Lo traté con paciencia, consciente de su malestar. Pero una mañana mientras desayunábamos, ante una de sus frases mordaces, dejé caer dos lágrimas sobre el café. Él se quedó mirándome y preguntó con suavidad:

—¿Qué pasa?

—Que estoy cansada de tus respuestas agresivas, de tu malgenio... Yo nunca los veo a ustedes y, cuando puedo estar cerca de un compañero, desearía recibir afecto y no sólo órdenes, regaños y críticas.

Me sequé las lágrimas con rabia, ya había dicho suficiente. El Turco sonrió. Puso su mano sobre mi brazo.

—Tenés razón. De los compañeros se espera recibir lo mejor.

Desde ese momento lo sentí más sereno, su compañía se hizo grata, retornó el humor que acompañaba nuestros diálogos.

Cuando llegamos al mar, luego de cumplir con las citas de rigor, nos regalamos dos días de playa en el Tayrona. Por primera vez lo vi en reposo, miraba el mar durante horas sin siquiera moverse. Era tan

extraña en él la inmovilidad que pregunté por la razón de su pena.

—No, no es tristeza, es placidez. El mar lava el alma...

Regresamos a Bogotá tras diez días de viaje. No volví a verlo. Dos meses después, Manuel me informó que lo habían detenido. Sentí que el golpe de un gigantesco gong dejaba su eco en mi interior. No quise quedarme en Melgar, necesitaba trabajar más para no pensar. Volví a Bogotá y alquilamos un apartamento con Lucho Otero, haciéndonos pasar por una pareja.

Sentada en un tranquilo rincón del apartamento, miraba el noticiero de las siete de la noche, cuando pasaron las imágenes de la primera sesión del Consejo de Guerra a los compañeros que estaban en la cárcel de la Picota⁹. Los reconocí uno a uno. Entraban al salón con los brazos en alto, gritando consignas, haciendo con los dedos la v de la victoria. Se sentía la fuerza del colectivo. No presenciábamos una derrota sino un gesto de dignidad. Allí estaban los amigos, los amores, los compañeros, las compañeras... Y yo quería estar con ellos. Maldije mi libertad, esa libertad que se estrechaba día a día y me iba dejando inmóvil, me hacía pasar de largo por las casas de los conocidos. Libertad para encerrarme a pensar en ellos y no poderles llegar ni a través del pensamiento, para llorar mi soledad, para renegar

⁹ Cárcel situada al sur de la capital.

entre dientes con odio clandestino. Nunca pensé que la libertad pudiera dolerme y, sin los compañeros, me dolía.

La operación Colombia marcó de manera irreversible nuestra opción por la guerra. Nos colocó en la ruta de la confrontación armada a gran escala. Pero también, y a pesar de las detenciones, las torturas y los Consejos de Guerra, nos situó como un símbolo de fuerza opositora. El desborde del poder militar sobre los civiles desgastó el orden institucional y polarizó al país. Fueron muchos los colombianos injustamente acusados de colaborar con la guerrilla, que comenzaron a ver con simpatía las propuestas políticas respaldadas por las armas insurgentes. Era necesario hacer algo para denunciar al mundo las arbitrariedades de una falsa democracia que penalizó el porte ilegal de pensamiento.

Siete

Nos jugamos el todo
por el todo

La idea de rescatar a los presos se convirtió casi en una obsesión, como si deseáramos liberar parte de nuestro propio corazón enjaulado con ellos. Cada quien imaginaba una propuesta diferente para sacarlos de la cárcel.

Había pasado un año. En Navidad, Elvecio se inventó una fiesta para aquellos clandestinos de la organización que no podíamos celebrar con nuestras familias. Nos reunimos en una cafetería y decidimos fingirnos borrachos para facilitar que Elvecio y Jorge, nos condujeran hasta la casa de la fiesta tomados del brazo, mientras manteníamos con mucha disciplina, la mirada al piso para no ubicar el lugar, por exigencias de la *compartimentación*.

Cuando llegamos, nos esperaban, María, la compañera de Jorge, Alfredo y Omar, el Tupa. En seguida de conocernos fluyó la camaradería, siempre pasaba así. Pertenecer al mismo grupo allanaba el camino para la amistad. Por eso no me extrañó que Alfredo me saludara con un beso leve en la boca.

Bailamos, bebimos y comimos pollo asado. La charla era variada, se habló del ciclo de cine de Buñuel, del libro de Laclau sobre política, de Benedetti, de García Márquez, del gobierno de Turbay y, por supuesto, del Consejo de Guerra. Recordamos a los presos, brindamos por ellos, bailamos por ellos y cerrando los ojos... con ellos. Pasamos la noche en cama franca, cada quien se durmió cuando quiso. Desayunamos juntos y nos despedimos sin imaginar que nos veríamos pronto.

El fin de año realicé mi último trabajo con la estructura de logística y comunicaciones. Viajé hasta la Móvil que dirigía Raúl en la costa atlántica y el año nuevo de 1980 nos sorprendió en las calles de Montería, viendo a los empleados del municipio espantar las golondrinas de las cuerdas de la luz.

Me ordenaron dejar la actividad que realizaba y tomar un receso, salir de circulación por un tiempo. Mis contactos fueron Elvecio y Lucho Otero. Elvecio parecía tener el tiempo necesario para dedicarme. Trató de enseñarme a manejar una moto y, entre caída y caída, nos divertíamos como locos. Nada con él podía preverse, a su lado las aventuras se sucedían una tras otra. Con él se podía pasar abruptamente de una lectura de poemas a un enfrentamiento con la policía. Aquellos fueron momentos de distensión y, aunque no tuvimos tiempo para enamorarnos de verdad, inventamos un romance de fantasía para los dos.

Elvecio se quedó en mi memoria con su pipa y su carcajada de niño, con la dulzura de los anocheceres en compañía de un buen libro y un té caliente, con su espalda de nadador salpicada de estrellas. Entre juego y juego, me llevó a conocer aquella dimensión donde “los hombres beben el sol en cuencos de barro”, como describe el escritor turco Nazim Hikmet la marcha hacia el sol en uno de sus poemas. Todo él era sueño e imaginación como Peter Pan.

Con Lucho casi no coincidíamos en el apartamento donde simulábamos ser pareja, pero de vez en

cuando nos citábamos, para mantener la apariencia, y pasábamos horas y horas charlando. Me encantaba recorrer con él diversos temas de literatura, su gusto por el arte, sus conocimientos de cocina y, claro, nuestro interés compartido por la antropología. No sé dónde guardaba tanto conocimiento ese hombre sencillo y tímido que casi pasaba desapercibido. Conmigo fue especial, lo recuerdo como uno de los pocos hombres que me regalaba flores.

A mediados de enero, conocí a los compañeros con quienes trabajaría. Volví a encontrarme con Alfredo, el del beso en la boca, con María, con Jorge, y me presentaron a Vicky, una médica.

En torno a nuestra futura actividad operativa, todo era especulación. Elvecio se encargó de abonar tanto el terreno del suspenso, que cada quien imaginaba algo distinto, pero no nos atrevíamos a decir nada, ni a preguntar más. Lo único que se vislumbraba tras el misterio era que la acción estaba relacionada con la libertad de los presos políticos.

Las instrucciones fueron precisas: prepararnos físicamente como para correr la maratón de San Silvestre. Necesitábamos resistencia, agilidad y rapidez en la carrera. En la primera mañana de entrenamiento, el parque del Salitre nos quedó grande. María era fumadora empedernida, Vicky nunca había trotado, yo no tenía resistencia y Jorge era un sedentario irredento. Terminamos la primera vuelta caminando, pero el ánimo no decayó. Me costaba trabajo respirar, el aire frío se negaba a entrar

en mis pulmones y hacía dolorosa cada inspiración. Maldecía en silencio el cansancio, el entumecimiento de los músculos y pensaba en ellos. En los presos: Fayad, Afranio, Iván, Ana María, Pebles, Élmer, Vera y los demás. Entonces me esforzaba, me ponía metas cada vez más exigentes y las cumplía. Hoy dos vueltas, mañana tres, y así... Al mes, era una atleta.

Con Alfredo nos habíamos propuesto hacer más ejercicio. Los otros no podían. Jorge y María tenían un hijo, Vicky trabajaba. Pero nosotros dos caminábamos de norte a sur hasta entrada la tarde. Desayuno en el norte con pie de manzana y café, ensalada de frutas en la plaza de mercado del barrio Restrepo, almuerzo en las pescaderías del sur. La siesta en el bosque de Santa Clara. Nos gustaba estar juntos, encontrábamos entretenimiento en vagar sin prisa y sin rumbo por la ciudad, disfrutando de todo: el clima, la gente, las vitrinas, la agitación de unos sectores y la tranquilidad de otros, los estilos de casas y edificios, las vallas publicitarias; a veces, nos sentábamos en cualquier banca o al borde de un andén para leer algún poema de Hikmet o unas páginas de Castaneda. Al final del día, cuando llegaba a mi casa, me faltaba Alfredo.

Colados en la fiesta

A finales de febrero organizamos una reunión a la que asistimos Lucho, Elvecio, Rosemberg, El Tupa, Genaro, Alfredo, Otti, Manuel y yo. El Flaco Bateman apareció último, cuando ya temíamos por su seguridad, porque habían matado al jefe del PLA

y la descripción coincidía con la suya. Pero él llegó sonriente, al volante de un Renault. El hombre más codiciado por los organismos de seguridad andaba solo, con una pistola Browning bajo su pierna derecha.

En Melgar, en las narices de la escuela élite de contraguerrilla, se planeó la toma de la embajada de República Dominicana. La Operación Democracia y Libertad tenía como objetivos denunciar las violaciones a los Derechos Humanos por parte del ejército, rechazar la justicia penal militar para juzgar civiles y negociar la libertad para los presos políticos. El nombre escogido para la acción cuestionaba el sentido de la democracia colombiana.

Los antecedentes políticos del operativo se remiten a una movilización de las fuerzas democráticas del país alrededor del Primer Foro sobre Derechos Humanos, celebrado en un momento muy álgido, cuando las cárceles estaban llenas de detenidos por razones políticas. La gente venció el miedo y debatió públicamente un tema que contaba con un gran poder de convocatoria sobre diversos sectores de la población. La organización decidió potenciar las propuestas y recomendaciones del Foro a través de una acción político militar de envergadura.

Los asistentes a la reunión en Melgar discutieron durante horas enteras; ya entrada la noche, todo quedó listo. La propuesta operativa y el diseño del plan militar fueron una iniciativa de Lucho, pero entre todos los de la dirección ajustaron el plan. Con

Rosemberg, Genaro, el Tupa y Alfredo, se conformó un Estado Mayor para comandar la acción.

A la mañana siguiente, nos dispersamos tal como habíamos llegado. Cuando me despedí del Flaco, lo abracé fuerte, estaba muy emocionada con mi designación para participar en el operativo que liberaría a los compañeros detenidos. La sola idea de tenerlos de nuevo con nosotros era como para saltar de dicha. Hasta Lucho, tan sobrio en sus expresiones, se mostraba especialmente eufórico.

Lucho desempeñó un papel fundamental en este episodio, pero se mantuvo entre telones. No gustaba de protagonismos, siempre fue muy modesto. Él propuso mi nombre para el operativo. Por fin, yo sentía que podía transformar ese sentimiento de dolor por los amigos presos en fuerza, en coraje.

Nos jugamos todas las cartas, la apuesta era grande. Recogimos todos los *fierros* e invertimos en ese operativo hasta el último centavo de la organización. El apartamento que alquilamos con Lucho se convirtió en *caleta* de armamento, vestuario y demás implementos necesarios. Ambos nos movíamos frenéticos comprando sudaderas, tulas, balones, trasladando armas, municiones y granadas que nos entregaban en la calle envueltas en periódico. El tiempo alcanzó para todo, hasta para decirle adiós a mi hijo, escribir una carta a la vieja, visitar a los amigos y llamar a mi tía Myriam para que estuviera tranquila. Claro, le dije mentiras. Inventé una beca para estudiar en México.

Nos concentramos el veintiséis de febrero por la tarde en la misma casa donde hicimos la rumba navideña. Estábamos los dieciséis del operativo, más Lucho y Elvecio. Esa noche nos explicaron la misión y preguntaron si estábamos dispuestos a llevarla hasta el final. Advirtieron que, si alguien lo deseaba, podía retirarse; contábamos con suplentes. Nadie dijo nada.

Entonces, explicaron detalladamente el plan, con mapas y fotos del sitio. La cosa parecía militarmente fácil, contábamos con el factor sorpresa a nuestro favor. Solo se requerían decisión, rapidez para *copar* la casa y demostración de fuerza. El comando llevaba el nombre de Jorge Marcos Zambrano, un compañero asesinado en Cali. Nuestra consigna era Vencer o Morir. Por primera vez pensé en esa opción.

Más que emocionados, estábamos exaltados. Sin duda el objetivo político era claro y justo. La cercanía de las elecciones por realizarse el diecinueve de marzo presionaba para un arreglo rápido. Al gobierno de Turbay no le convenía llegar a elecciones de congreso con un problema internacional encima.

La reunión terminó con una sencilla ceremonia militar. Nos formaron con el Estado Mayor al frente, nos dieron las voces de mando acostumbradas en el orden cerrado y luego repetimos la consigna: “Vencer o morir”. Sentados en círculo, cada cual habló de su sentir frente a la tarea propuesta. Era un momento de importancia crucial para la organización, cuando el gobierno alardeaba de haber acabado con nuestras

estructuras operativas. Tal vez por eso aquella reunión tuvo un toque trascendental desacostumbrado para nosotros. El sentido de sacrificio o de inmolación era ajeno a nuestro discurso, no porque desecharíamos la posibilidad de morir, sino porque tal eventualidad no determinaba nuestra voluntad de combate.

Concluyó la reunión con una sensación de levedad para mí, la del desapego de la vida. Nada dejaba pendiente. Sólo quedaban dos grandes amores a los que había acostumbrado a mi ausencia: mi madre y mi hijo.

El 27 de febrero amaneció para nosotros antes de tiempo. Nadie delataba su ansiedad, pero sabíamos que estaba allí abrazándonos el cuello. Queríamos que se iniciara la acción rápido y, a la vez, muy secretamente, deseábamos que no llegara el momento. ¿Temor? Creo que sí. O quizás presentíamos que este suceso cambiaría definitivamente nuestras vidas.

La casa era un hervidero de actividad. Mientras los unos ensayaban en el patio cómo desenfundar rápido las pistolas y sacar de las tulas las armas largas, otros hacían costuras improvisadas a las sudaderas. Todas tenían las mismas tallas, 36–38, así que la mayoría de nosotros, pequeños y delgaduchos, quedábamos como muchachos de hospicio, nos sobraban mangas, botas, cintura.

Desayunamos poco, a las acciones se va con el estómago vacío, es lo mejor en la eventualidad de ser herido. A las doce del día dieron la señal de partida.

Nos trasladamos en taxis hasta la carrera 30, frente a la Universidad Nacional. Allí nos ubicamos por comandos —cada uno de cuatro— que parecían grupos de deportistas comentando el último partido. Quedé en el costado sur con Alfredo, Pedro y Estela, la muchacha de Zipaquirá. Observé con preocupación que la mayor concentración de escoltas y choferes estaba sobre ese mismo lado, en la puerta de la cigarrería Belalcázar. Nuestro comando se hallaba en su línea inmediata de fuego. En ese momento se acercó Carlos Arturo, el más sardino, chocó cariñosamente su frente con la mía y preguntó:

—¿Lista?

—¡Lista! —respondí.

Él se dirigió a su puesto.

Mientras simulábamos una animada conversación, nuestros ojos se paseaban por el espacio que constituía el campo de batalla: la cigarrería, la ubicación de los guardaespaldas, los carros parqueados, el césped y el andén. Llegar a la puerta de la embajada era el primer objetivo. Las instrucciones se repetían mentalmente: “¡Entren disparando!”, “¡Griten fuerte!”, “¡Ganen en segundos la puerta!”, “¡Quien se tienda o se parapete está muerto!”, “¡Rapidez y sorpresa!”, “¡SORPRESA Y RAPIDEZ!”.

Por el andén sur, se acercaban dos parejas elegantemente vestidas: Rosemberg y María, Jorge y Vicky. Nos parecía que no avanzaban. El operativo

debía comenzar cuando los cuatro pisaran el umbral de la puerta. Yo sólo escuchaba los latidos de mi corazón como un gran reloj interior. Acerqué mis manos a la pistola. Cuando los cuatro compañeros se acercaron a la escalinata, quité el seguro. Tan pronto los falsos embajadores llegaron a la puerta, se oyeron el primer disparo y los gritos de combate. Apreté el gatillo apuntando hacia adelante y corrí hacia la puerta. Fuimos los primeros en llegar. Desde adentro cerraron la puerta, Alfredo rompió el vidrio con la culata de su escopeta, yo me voltee para cubrirlo y sentí las balas que pasaban a mi lado zumbando, para estrellarse contra el vidrio de la puerta. Los escoltas habían reaccionado rápido y pude verlos tendidos en el piso mientras nos disparaban. Todo parecía en cámara lenta, percibía cada detalle. Mi pistola no disparó más, se *encasquilló*.

Entramos. Jorge mantenía la puerta abierta y los compañeros pasaban a ocupar sus puestos. Encontré a Estela en el baño, al lado de la puerta, maldiciendo su pistola trabada. Quité el proveedor de la mía y accioné para destrabarla. Hice lo mismo con la de Estela y corrimos hacia el segundo piso, el lugar que correspondía copar al comando nuestro. Cuando pasé hacia la escalera, vi a la gente tendida sobre el piso lleno de vidrios rotos y a los compañeros parapetados disparando por las ventanas.

Arriba ya estaban Alfredo y Pedro. Estela y yo nos repartimos las habitaciones, ella por la izquierda y yo por la derecha. Debíamos reunir a todo el mundo en el pasillo. En una de las habitaciones encontré a

una mujer muy elegante, con un vaso de licor en la mano, que repetía aterrorizada:

—¡No me mate!... ¡No me mate!

La tomé de la mano. Su miedo y el mío se encontraron, sentí un corrientazo. Me quedé paralizada, mirándola. De las dos, la que tomara la iniciativa ganaba.

—¡Tranquila, no le va a pasar nada! —le dije.

Respiré profundo y la llevé con los demás. Me tocó requisarlos. Nunca lo había hecho, no me gustó esculcar en los bolsillos de los embajadores de Egipto y Haití ni, mucho menos, pasar las manos sobre sus genitales, como hacían los policías en los retenes. Pero tocaba hacerlo, en esos momentos cualquier medida de seguridad se justificaba. Desde el pasillo del segundo piso podía ver a la médica atender dos heridos, un boliviano al que le entró un tiro en la pierna y Renata con una rodilla y la cabeza vendadas. Al compañero muerto no lo vi porque no bajé al primer piso en muchos días. Me contaron que una bala lo alcanzó cuando entraba en la embajada, era Carlos Arturo.

Al principio sólo se oyeron gritos y disparos. Ahora nadie hablaba, pero el silencio caía como una manta pesada sobre el escenario. Se escuchaban la respiración entrecortada de la gente y los disparos. Olía a pólvora, a sudor. A miedo.

Ocupé mi puesto en la defensa. Ya habían llegado francotiradores del ejército. Apenas uno se movía tras la ventana, sonaba un disparo que atravesaba vidrios y cuanto mueble se hallara en su trayectoria. Armamos parapetos con libros, asientos o sillones; desde allí disparábamos. Teníamos buena visibilidad y dominio de la casa. Se organizó un coro de embajadores que solicitaban al ejército cesar el fuego para garantizarles la vida.

El combate ya estaba más organizado cuando comenzaron a lanzarnos gases lacrimógenos. Las granadas entraban por las ventanas del segundo piso, alcanzábamos a sacar algunas y otras no. El gas lacrimógeno nos afectó mucho, ardía en ojos, nariz y garganta, impedía ver bien: asfixiaba. La gente sintió pánico, unos compañeros se descontrolaron. Los que conocíamos sus efectos desde las protestas estudiantiles dimos instrucciones: toallas mojadas sobre boca y nariz, agua en el rostro, grifos de agua abiertos, mantenerse lo más abajo posible y no perder la calma. Fueron momentos desesperantes, pero se superaron.

El tiempo no se siente. El tiroteo duró horas y no nos dimos cuenta. Entrar en acción es como ser espectador de los hechos, uno sale de sí mismo para mirar desde afuera. Estás en lo que estás, no hay lugar para consultas interiores, no hay que darle espacio al miedo porque paraliza.

Alguien abajo comenzó a nombrar a los diplomáticos presentes: Estados Unidos, Venezuela,

Brasil, Austria, Costa Rica, Haití, República Dominicana, Suiza, Guatemala, el Nuncio Apostólico, Uruguay, México, Israel, Egipto... En ese instante me sentí como Alí Babá ante la cueva del tesoro. Cada embajador tenía un valor específico en el canje por presos políticos.

Empezaba a oscurecer, cuando llegó Napo con una bandeja llena de pasabocas y un vaso de agua. No tenía hambre, sino mucha sed.

—Coma, compañera, lo necesita. Mastique despacio...

Obedecí. Sentí dolor, mi boca era como un desierto y la salivación intensamente dolorosa, como si me pincharan agujas en el paladar. Tomé el agua a sorbos, lentamente. La garganta me ardía. Volví en mí con el dolor. En ese momento se acercó Alfredo, estiró la mano y acarició mi mejilla. Sonrió...

—¿Cómo te sientes?

—Bien, bien...

El cariño de Alfredo me ubicó el corazón en el cuerpo. Apreté su mano y lo miré a los ojos, me parecieron más brillantes que nunca. Qué ojos tan bellos tenía Alfredo, tan limpios...

Cada cual a su sitio. Amainó un poco la plomacera. Nos reubicamos para pasar la noche. Todos al segundo piso, en la biblioteca. Las postas de vigilancia en las

ventanas y en la puerta. Con los colchones se armó cama general, también sirvieron sillones, cojines... Algunos de los rehenes se negaron a descansar. Había mucha gente: personal de servicio, meseros, invitados, embajadores y *lagartos*. Dejamos sólo dos colchones para nosotros y nos turnábamos para descansar durante una hora cada uno.

Llegó mi turno de descanso y me tendí en el colchón, me dolía todo el cuerpo, necesitaba un abrazo. Ése había sido mi primer combate. Cerré los ojos e imaginé que cuando los abriera estaría en mi cama recordando ese sueño. Tenía el rostro infantil de Carlos Arturo y su último juego pegados a los párpados. Alguien se tendió a mi lado. Era René; se apretó contra mí, me sentí más tranquila y permanecí quieta, sin dormir. Abajo, los compañeros que prestaban guardia velaban al muerto. Hizo mucho frío esa noche, pobre gente. No alcanzaron las cobijas que había en aquella sede diplomática, no era una embajada rica la de República Dominicana.

Al otro día liberamos a la gente de servicios y a todas las mujeres. Fue una lástima, porque ellas son el mejor apoyo en momentos de crisis, siempre dispuestas a ayudar a los demás. Pero debíamos dejar un grupo que pudiéramos controlar.

A pesar de las primeras salidas, quedaba mucha gente. Tuvimos que organizar la existencia diaria para sobrevivir. Casi todos colaboraron: los señores se remangaron y dejaron sus corbatas en los bolsillos, distribuyeron los turnos de aseo y cocina, definieron

los espacios de circulación y descanso. Nuestro papel era, sobre todo, supervisar que nada, afuera o adentro, pusiera en peligro el operativo. Incluso nos cuidábamos de la comida pensando que podían drogarnos. En los primeros días, uno de nosotros cocinaba para la guerrilla. Luego decidimos vigilar a los cocineros generales y comer de últimos.

Al comienzo nosotros fuimos los malos del paseo, pero el ejército pronto tomó ese puesto. Pasó a ser enemigo de todos. Desde el segundo día, a los embajadores les quedó claro que un intento de rescate sería fatal. Esto nos alineaba en el mismo bando, por eso, los embajadores rehenes no cesaron de presionar al gobierno colombiano para que negociara una salida incruenta.

La coyuntura era difícil para nosotros y el gobierno. Acciones semejantes a la nuestra se habían resuelto con violencia estatal y otras esperaban soluciones. La tensión internacional se mantenía entre actos de fuerza y alternativas diplomáticas de negociación. Una fracción radical de iraníes se había tomado la embajada de Estados Unidos en Irán y mantenía rehenes. En Guatemala el ejército asesinó a campesinos que se tomaron la embajada de España. Mientras tanto, en Colombia se preparaban las elecciones para el Congreso y al gobierno no le convenía una salida violenta. Diversos intereses entraban en juego: del gobierno, de la guerrilla y de los distintos países, que no siempre coincidían con la demanda de sus embajadores cautivos. Se propuso el diálogo en medio de presiones de todo tipo. Se

escogió como territorio neutral una camioneta de la Cruz Roja que ubicaron frente a la embajada. Participarían delegados del gobierno, la guerrilla y los embajadores.

Rosemberg acertó al escoger a la Chiqui como negociadora. Primero, porque él no debía abandonar la embajada; segundo, porque la presencia de esa pequeña mujer distensionaría los ánimos. Mostrarle al país una imagen femenina que rompía el estereotipo guerrillero y despertaba simpatía ayudó a crear un clima favorable a la negociación. Además, el vínculo afectivo entre los dos, como pareja, facilitaba el entendimiento.

Ella tenía dificultad con su temperamento. Llegaba cansada de las conversaciones con los delegados del Ministerio de Relaciones Exteriores, de tanto contenerse para no mandarlos al carajo cuando dilataban la búsqueda de posibles soluciones. Pero fue aprendiendo a negociar, a oír, a responder, a no dejarse llevar por la impaciencia. La Chiqui tenía una voluntad inquebrantable y una especial capacidad para comunicarse con la gente, siempre con una sonrisa, un detalle, una palabra amable; eso hizo de ella una persona apreciada por embajadores y negociadores.

Con el resto de compañeros la relación se deterioraba al paso de los días. A la Chiqui se le subieron los humos y comenzó a distanciarse del grupo, lo mismo pasó con Rosemberg. Ellos dos se aislaron, acapararon la información sobre la

negociación y se rodearon de ciertos privilegios como dormir juntos, mientras el resto de parejas no podíamos hacerlo, o tener mermelada y vino en su nochero, cuando la totalidad de nuestras raciones se repartían colectivamente. Pequeños detalles que en otro contexto no significaban nada, pero en un grupo tan cerrado, sometido a la presión operativa constante y a la disciplina para perros que nos aplicaba Genaro, se asociaban con prerrogativas que nuestros jefes nunca tuvieron. Rosenberg y la Chiqui fluctuaban entre nuestro amor y desamor, aceptábamos su jefatura, pero nos resintió su actitud.

Al Negro Genaro lo detestábamos casi todos. Era el encargado de la disciplina militar, como un sargentón, siempre listo al castigo, sin preguntar primero, sin admitir descargos, con la misma lógica del ejército común y corriente. Nos reventaba su actitud, dolía que un compañero se convirtiera en nuestro azote. Sin embargo, cuando no estaba como oficial de servicio, el Negro era un encanto. Definitivamente, el rango lo transformaba. Las jerarquías mal administradas traen consigo el distanciamiento de la gente.

Hubo un momento en que la mayoría se sintió al margen de las decisiones políticas; nuestra tarea se limitaba a la guardia y a conservar el orden interno de los rehenes. La vida tenía como única referencia tres horas de vigilancia y seis de descanso. De las negociaciones no sabíamos nada. Nos enterábamos porque los embajadores comentaban. Eso redujo

nuestra participación a la actividad militar como nunca había pasado en el Eme.

En ese operativo, por primera vez, me tocó un orden militar estricto y tuve problemas con el ejercicio del mando concebido de manera meramente vertical y punitiva. Debíamos marchar como relojos, eso era claro. La diferencia que sostenía con mis jefes estaba en mi concepción de la disciplina como fruto de la consciencia y el autocontrol y no de las órdenes arbitrarias de Genaro. La estructura militar me parecía como un chaleco de yeso.

—¡Fooormarr!

—¡A la iz... quier!

—¡A la de... fri!

—¡Trotando!... Un, dos, un, dos... más alto las rodillas...

—¡Aalto!

Si uno se retrasaba o se equivocaba, diez sentadillas. Si había un intento de protesta, veinte. Si no cumplía rápidamente la sanción, treinta... Hablar durante la guardia nos obligaba a repetirla. Por cantarles la tabla a Genaro, o no tener limpia el arma, porque sí y porque no, por todo había sanciones. Eso me rebelaba. Obedecer callada castiga el espíritu. Nuestro grupo, como todos, sufría altibajos, pero, si

cada uno de nosotros contaba con un alto nivel de conciencia y decisión, ¿para qué tanto castigo?

Vivíamos como en una isla. Alrededor, quietud y silencio. El ejército desalojó los edificios y las casas aledañas para ubicar a sus hombres e interrumpió el tráfico varias manzanas a la redonda. Nos rodearon para poder acechar día y noche.

Los periodistas nacionales e internacionales desafiaron durante semanas las órdenes militares y lograron permanecer junto a la embajada. Allí formaron un campamento de observación al que llamaron “Villa Chiva”. Eran los únicos civiles en la zona militarizada. Su presencia, de cierto modo, nos tranquilizaba, aunque en el país se había decretado censura para las informaciones de prensa y únicamente teníamos acceso a las noticias internacionales a través de un Sony de seis bandas que nos entregó Bateman para el operativo.

En la función de guardia, observar se convirtió en nuestra especialidad. Conocimos milimétricamente el campo de visión correspondiente a cada puesto de guardia, un telón obligatorio desplegado ante nuestros ojos durante las tres horas reglamentarias. Cualquier elemento nuevo o el más mínimo cambio activaba las alertas. La vista y el oído funcionaban como radares y el cerebro procesaba la información. El resultado tomaba la forma de un *parte*, comunicado al oficial de servicio, cuando pasaba de ronda. Él mantenía una visión de conjunto con los informes de cada puesto de vigilancia.

Advertimos que, en una casa del costado sur-oriental, cinco hombres fornidos, vestidos de overol, con el pelo rubio al rape, discutían en torno de una mesa llena de pliegos de papel enrollados. Debían ser asesores gringos o comandos de asalto. También descubrimos que alguien nos observaba de noche desde un edificio lateral con equipos para visión nocturna. De la misma manera, ubicamos la ametralladora que instalaron en la Facultad de Economía de la universidad y cada uno de los soldaditos cuyos puestos de guardia se ocultaban tras los árboles. Asimismo, supimos que los vigilantes del patio trasero se resfriaron en abril. Y, además, que se adelantaban trabajos de excavación desde la casa de al lado.

Hicimos consciencia de que la toma calculada para una semana o, a lo sumo, quince días, se prolongaría indefinidamente, cuando las elecciones se llevaron a cabo sin haber resuelto el conflicto. Los más afectados, obviamente, fueron los rehenes, a quienes interesaba una solución negociada y ágil. Con tal perspectiva, reorganizaron las tareas cotidianas para mantener una convivencia sin problemas. Lo mismo debimos hacer nosotros. Necesitábamos mantenernos en buenas condiciones físicas y mentales, y esforzarnos en lograr el menor grado de tensión con el grupo de rehenes, no radicalizar, sin razón, las situaciones de conflicto con ellos. Si bien no podíamos olvidar nuestras diferencias internas, los más irreverentes decidimos aplazar el debate con Rosemberg, la Chiqui y Genaro para cuando se resolviera lo fundamental.

Entre los rehenes y nosotros, en razón del deseo de sobrevivir, se gestaron varios tipos de comportamientos. Algunos, buscaban granjearse nuestra consideración contándonos todo cuanto sucedía entre los embajadores. En cambio, hubo otros de una dignidad inquebrantable. Por otra parte, ellos decidieron nombrar un grupo de representantes para entenderse con nosotros, los embajadores de Estados Unidos, Brasil, México y Venezuela, los mismos que lideraban el conjunto de la negociación. ¿Por qué estos y no otros? Era cuestión de los rehenes. Incluso, para abordar la vida cotidiana, se habían organizado con criterios propios que no controvertimos. En una sala convivían los embajadores importantes: Estados Unidos, Brasil, Suiza, Austria, México, Venezuela, el Nuncio, Egipto e Israel. En otra, los de República Dominicana, Uruguay, Paraguay, Haití, Jamaica, los cónsules y algunos funcionarios de la cancillería colombiana. En la tercera, estaban el resto de invitados.

En general, las relaciones dentro de la embajada fueron cordiales. El Tupa y Genaro eran los únicos guerrilleros hoscos con los rehenes. Con el paso del tiempo y la convivencia, nacieron afectos especiales. El cónsul de Venezuela cortejaba, en secreto, a Estela. La invitaba a jugar parqués o ajedrez en tiempo de descanso, le hablaba en tono dulce, la buscaba o preguntaba por ella si no la veía aparecer. Ella no lo rechazaba, creo que le gustaba ese trato galante, porque con nosotros hablaba poco. Con quien más conversaba era con Pedro, su paisano.

Los embajadores de Venezuela y México querían mucho a la Chiqui, y ella era especial con los dos. El embajador Barak, de Egipto, trataba a Jorge como a un hijo. Do Nascimento, el de Brasil, y yo, cimentamos una cordialísima relación en torno al té, porque no nos gustaba desayunar con chocolate como todo el mundo. Con el gringo, resultaba entretenido hablar de ciencia ficción, pero él sabía de cierto que era el menos apreciado entre los rehenes, por razones ideológicas.

Lo que sucedía a una persona afectaba al colectivo; si alguien se deprimía nos poníamos por tarea, rehenes y guerrilleros, reanimarlo. Lo hacíamos con afecto. Al embajador Lovera, de Venezuela, la Chiqui y Vicky lo sacaron de una tristeza profunda que lo aquejó al final del cautiverio. Incluso, le daban de comer como a un niño.

Entre nosotros, no había espacio para la desesperanza porque actúa como un enemigo interno, así que cuando intentaba filtrarse, la desterrábamos. A ratos, nos perseguían las pequeñas nostalgias por los seres queridos y entonces Napo, un obrero paísa, escribía poemas dedicados a su mujer y a sus hijas, o Estela, amanecía con los ojos hinchados de llorar entre las cobijas. Yo tenía a Alfredo para conjurar la nostalgia, abrazados en el colchón donde reivindicamos dormir juntos, acomodando el amor e incomodando el cuerpo, con la complicidad permanente de René. María fumaba más cuando estaba preocupada o extrañaba a su hijo, pero nadie expresaba abiertamente sus sentimientos de

tristeza. Creo que la vida colectiva ocultaba muchas manifestaciones de malestar individual. Cuando me entraba la añoranza o me reventaba la rabia, pensaba en los presos, en la razón por la cual estaba en ese lugar, y me tragaba las lágrimas.

Una embajada para la luna de miel

“Nos tomamos una embajada para pasar la luna de miel”, decíamos con Alfredo. No hubo un amor más intenso que ése, fraguado en el presente absoluto, entre la vida y la muerte.

Todo empezó unos días antes del operativo. Sonaba *Yesterday* en el viejo tocadiscos de una casa vacía, donde me refugié con Alfredo luego de la rutina de ejercicios. La luz ocre de un atardecer bogotano y aquella canción removieron en mi corazón la alegría adolescente de los años setenta. En la pared, un enorme afiche disimulaba la humedad y traía un otoño desconocido hasta nosotros. El olor a hierba estaba en nuestros cuerpos pero parecía salir del paisaje. Conversábamos aún, cuando el dorado del ambiente se metió en los ojos de Alfredo y me dejó alelada. El gusto de estar juntos se confundió con el deseo y me entraron unas ganas locas de conocer el goce que guardaba su cuerpo. No hubo contención para ese amor que llegaba despacito, sin anuncios grandiosos, y se iba tomando el corazón. Su cuerpo, tenso por la emoción, contrastaba con la ternura de sus besos. En el vértigo del placer, color de piel y otoño eran lo mismo, hasta que sus ojos

se tragarón del todo la luz de la tarde y la hicieron penumbra sin que acabáramos de amarnos.

Así, conocí el amor más lindo. Con él, aun en medio de la muerte, encontraba siempre la vida. Con él, mi cuerpo tuvo consciencia de existir a partir de sensaciones. Luego, en medio de la toma, las prohibiciones del Negro y las camas separadas nada pudieron contra la necesidad de estar cerca. René hacía de celestino porque compartía habitación con nosotros. Tanto insistimos para que nos dejaran amarnos en paz, que se aburrieron de sancionarnos y echarnos cantaleta. Nuestro amor se salía de la ropa.

El único límite lo ponía el intervalo de guardia; de resto le robábamos tiempo al tiempo para querernos en los rincones abandonados de la casa, detrás de las puertas y en los baños. Sin quitarnos la ropa, con las granadas colgando de la cintura y sin soltar el arma. Sólo en contacto con la epidermis del otro se sentía la vida, sólo con la cabeza en el regazo del otro aparecía la ternura. Sólo abrazados desaparecía la tristeza. El afecto generaba fuerza en ambos. En circunstancias como ésta, cuando la única seguridad de existencia estaba en el minuto siguiente, aprendimos a disfrutar plenamente estar en este territorio, así el amor contuviera iguales dosis de goce y angustia. Amarnos era una realidad grata, lo demás pertenecía al ámbito del olvido o de la utopía. Repito, nunca antes, ni después, el presente fue tan descomunal ni el amor tan intenso.

Victoria a medias

La vida se abre camino aún en medio de condiciones adversas. Rehenes y guerrilleros acudíamos a la imaginación para pasar el tiempo. Inventábamos fiestas y cantábamos juntos las mismas canciones siempre. Celebramos comilonas con muestras de platos típicos de cada país. María y yo montamos un desfile de modas con los vestidos de la dueña de casa. También celebramos la pascua judía con un rabino que llegó de visita.

El encierro había develado extraños y minúsculos goces a los rehenes, como recibir paquetes y cartas de familia o espiar a la muchacha que se bañaba temprano con la luz prendida y cuya silueta sensual recortada en los cristales alimentó los sueños eróticos del personal diplomático.

Igualmente, hubo momentos tensos para todos. La fuga del embajador de Uruguay, el disparo accidental de Jorge, que casi le quita una mano a su compañera; la pelea de Napo y Pedro por Renata, la pérdida de un cuchillo de cocina que nos obligó a requisar a todo el mundo, las noticias sobre un posible asalto de comandos israelíes a la embajada, o los sobrevuelos de aviones y helicópteros militares. También influyeron, causando nerviosismo general, coyunturas internacionales como el frustrado rescate de los rehenes gringos en Irán, cuando les tumbaron dos helicópteros de asalto a los norteamericanos, y la presión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA para que agilizáramos una

solución definitiva con los acuerdos logrados hasta el momento.

A pesar de las presiones, lo difícil de la negociación y el cansancio, teníamos confianza en que, si no salíamos con los trescientos presos políticos, por lo menos nos llevaríamos a los compañeros de dirección.

Nuestra fuerza descansaba en la decisión. El resto fue un cañazo. No había explosivos ni para hacer una velita romana, mucho menos para volar la sede en caso de asalto. Nuestro armamento resultaba ridículo para detener un asalto de comandos gringos o israelíes. Con pistolas Browning, escopetas recortadas, unas granadas y munición escasa, no garantizábamos un combate. Tampoco éramos capaces de fusilar rehenes y tirarlos por las ventanas, como muchos esperaban.

Mientras tanto, en una entrevista, Bateman propuso una reunión el 1° de mayo a la cual citaba al gobierno, a sectores políticos y gremiales del país, a las organizaciones sindicales, indígenas, populares y a la iglesia, para buscar soluciones no solamente a la situación de la embajada, sino para iniciar un diálogo que evitara un mayor desangre a Colombia. Aplazar una solución definitiva hasta esa fecha, para presionar al diálogo con las fuerzas vivas del país, nos convenía políticamente. Pero la comisión de la OEA quería un acuerdo inmediato. La negociación entró en la recta final. Los embajadores cumplían un papel importante en la asesoría y Rosemberg

se encontraba solo frente a la decisión. Se vino la avalancha.

Ninguno de nosotros pensaba en que podíamos abandonar la sede de la embajada vivos y sin los compañeros. La consigna de “vencer o morir” condicionaba nuestra existencia, la interiorizamos realmente; asumimos la posibilidad de morir sabiendo que la cosa más real y bella era vivir.

Por eso, cuando Jorge, en una charla informal, mencionó la alternativa de concluir el operativo sin un canje, valorando los logros políticos alcanzados hasta el momento, todos lo rebatimos. La discusión subió de tono. Una cosa era negociar y otra renunciar al canje... Podíamos tener divergencias con el monopolio de la negociación por parte del Comandante Uno, pero estábamos dispuestos a aguantar el tiempo que fuese necesario para conseguir la salida de los presos. Lo lograron los sandinistas con Somoza, ¿por qué no lo íbamos a conseguir con Turbay?

Esa noche, lloré de rabia en la guardia. Había llegado hasta allí para salir con los compañeros presos. Sola, no valía la pena. Pero esa posibilidad se abría camino.

Rosemberg citó a una reunión para explicarnos su decisión. Hizo un recuento del proceso de negociación, los avances y las imposibilidades. Esperar más era arriesgarse a perder, por desgaste, el apoyo de la gente. Los objetivos cambiaban con

las circunstancias, la política debía ser flexible. Los logros mayores se ubicaban en el campo político:

—El gobierno aceptó dialogar con la guerrilla como alternativa para solucionar un conflicto.

—El operativo evidenció las violaciones a los Derechos Humanos por parte de las Fuerzas Militares.

—El gobierno admitió una veeduría internacional en torno al respeto por las garantías procedimentales en los Consejos de Guerra realizados a civiles.

—El gobierno aceptó firmar acuerdos con organismos internacionales para supervisar el cumplimiento de las normas internacionales sobre Derechos Humanos en Colombia.

Sus argumentos eran válidos, pero al corazón no le bastaban las razones políticas. La vida comenzó a sobarme. Había asumido cada día en presente y, de pronto, avistaba un futuro con el cual no contaba. Se iniciaron los preparativos para la salida. Los rehenes felices, nosotros no tanto. Se hicieron los arreglos necesarios. Cuando se dio la noticia, lo tomamos con calma, como si fuera mentira. La prensa sacó titulares, tomó las últimas fotos. Los hombres que nos vigilaron los sesenta y un días, en la víspera del veintisiete de abril, corrieron las cortinas desde su puesto de observación y se dejaron ver, con una copa de licor en la mano a manera de brindis.

Una mañana, estrenando boinas y pañuelos sobre el rostro, con nombres falsos y salvoconductos igualmente falsos, expedidos por la Cancillería colombiana, conduciendo un grupo de rehenes, abandonamos la embajada dominicana quince guerrilleros y guerrilleras que llevábamos la sensación de una victoria a medias.

Durante el recorrido hasta el aeropuerto, la gente se agrupaba a lado y lado de la vía para saludar con pañuelos blancos. También algunos soldados que custodiaban el trayecto se despidieron formando con los dedos la V de la victoria. El triunfo fue del país, como lo reconoció el presidente. Pero yo hubiera querido obtener la libertad de mis amigos.

Cuando subimos las escalerillas del avión cubano entramos en territorio amigo. Ahora eran otros los responsables; apenas tomamos altura nos recibieron las armas una a una. No sé si sentí alivio o inseguridad cuando dejé en manos de los cubanos mi Browning y la granada. Miré a través de la ventanilla del avión el territorio que abandonábamos y pensé en Fayad, en Iván Marino, en Ana María, en Afranio... ¿Qué sentirían mientras su posibilidad de libertad se alejaba? Quise quedarme junto a ellos, con mi madre y con Juan Diego... Los imaginaba allá abajo, empequeñecidos. Me dolían...

Mucho rato después, de un momento a otro, en el mar azul se recortó un pedazo de tierra que se desvanecía en colores sobre la superficie marina. Alguien gritó que era Cuba y callaron las

conversaciones. El avión sobrevolaba la isla y mi cabeza flotaba dentro del avión. En mis sueños de revolución, Cuba era la primera. Por el Che, por Fidel, por ser caribe y musical, por socialista, por Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. La miraba como si fuera mentira... los ojos inundados de lágrimas. ¡Cuba!

Cuando ordenaron descender por la escalerilla, no sabíamos qué hacer con la multitud de cámaras, flashes, lentes; gentes de prensa nos acosaron con preguntas en varios idiomas. Estábamos asustados, únicamente el Comandante Uno y la Chiqui saludaban y sonreían, los demás seguíamos paralizados. Nos llevaron y trajeron sin salir del asombro.

Cuando Fidel nos visitó, todavía me parecía un sueño. Lo vi más grande, más barbudo y mucho, mucho más asequible de lo que imaginaba. Mientras se fumaba un tabaco, yo pensé que aquél era un doble de los que, dicen, utiliza para evitar los atentados de la CIA. Para mí, era imposible que un personaje tan importante estuviera sentado en nuestro comedor, tomando un café. El Comandante en Jefe preguntaba, con la curiosidad de cualquier vecino, por detalles simples de la toma. Pero lo que más me impactó fue su opinión sobre el desenlace.

—Temía que no supieran negociar. Han dado un ejemplo de lo que significa dialogar.

Partió como a las siete y media de la noche y el cielo seguía iluminado de arreboles. En la isla las

tardes de verano se prolongan como sucedió con nuestras vidas a partir de ese día.

Juegos de guerra

Durante un año aprendí a ser un buen soldado. Ejercité la táctica militar en maquetas de arena, con montañas enanas y armas de juguete. Endurecí mi cuerpo con una disciplina espartana y preparé mi espíritu para las contingencias de la guerra. Volví al mundo infantil y masculino de aceptar todos los desafíos, como cuando quería juntarme con el combo de mis primos. Me programé para obedecer una orden superior y me ejercité en la defensa o en el ataque, que a veces se confunden en el combate. Aprendí a decir con firmeza:

—¡Como ordene!

—¡A la orden!

—¡Enseguida!

—¡Con permiso!

—¡Lista!

Memoricé que un soldado tiene delimitados en la batalla, su campo de tiro, sus funciones, su misión y su acción. No puede quedarse corto, pero tampoco tomar iniciativas. La iniciativa la toma el jefe. También aprendí a ser jefe, que es bien distinto: el jefe responde por su gente, piensa, dispone, prevé, delega y ordena.

Todo eso me costó mucho. No soportaba la invasión a la privacidad que implicaba convivir en una estructura militar de manera permanente, ni la renuncia a mi ser individual; tras el uniforme se agazapa la homogenización. Obedecer no era propio de mi signo zodiacal. Cientos de veces, durante el tiempo de instrucción, quise salir corriendo o pegarme un tiro con un cañón para borrar me del planeta.

Fui una alumna excelente según los puntajes, pero descubrí que no tenía vocación para la milicia, a pesar de llevar el uniforme con gracia.

El juego de la guerra consiste en planificar, dominar la estrategia y la táctica, diseñar sobre maquetas y cartas topográficas cada movimiento de las tropas, asignar los medios de combate y prever los desenlaces. La guerra sobre el terreno es otra cosa: dolor y muerte.

La escuela militar nos adiestró para el combate. Templó la voluntad, nos acostumbró a la presión psicológica, desarrolló habilidades tácticas sobre el terreno, nos dotó de herramientas para calcular dimensiones a simple vista, ordenó los procedimientos operativos para el cumplimiento de una misión, nos capacitó para el análisis de la situación antes de la toma de decisiones, nos enseñó las técnicas de planeación operativa y el manejo de los instrumentos necesarios. Pero, además de eso, afianzó nuestra moral combativa con argumentos ideológicos. Teníamos claro el por qué

de nuestra lucha, el empleo de las armas al servicio de la política. Cultivó valores indispensables en la batalla, como la solidaridad entre compañeros, el heroísmo, la dignidad, la generosidad en la victoria y la compasión en la derrota. También, discutimos asuntos éticos con respecto al ejército. Pero nadie nos dijo qué hacer con los sentimientos de asombro y de dolor frente a la destrucción causada por uno mismo, nadie nos contó que la maquinaria de la guerra avería el alma y que en algunos momentos es preferible morir a sobrevivir con una carga tan pesada. Nadie dijo nada...

Ocho

Un ejército en apuros

El cinco de marzo de 1981, los habitantes de la ribera del río Mira, desde el cabo Manglares hacia el interior, despertaron antes de lo acostumbrado, con la curiosidad de ver qué les había traído el río. Un ronquido de motores había invadido su sueño la noche anterior y eso era indicio de bonanza en aquel territorio abierto al contrabando. Los habitantes de un caserío de nombre desconocido pudieron atisbar desde lejos las cuatro lanchas que se detuvieron en su atracadero. Los bogas eran de la región y los pasajeros, seis a diez por lancha, todos jóvenes, iban acompañados por un señor de pelo blanco que parecía el papá y cuyo gesto amable estaba en contravía de las armas que portaba.

Una discusión mantuvo ocupado a Carlos Toledo por largo rato. Los bogas no querían seguir, seguramente *cabreados* porque el remolque de contrabando para el cual los contrataron no era usual: pesaba mucho y traía demasiada gente armada para custodiarlo. Poco faltó para que nos abandonaran allí mismo, pero un sobreprecio transó la diferencia y las cuatro lanchas reemprendieron la marcha tras las otras siete.

Llevábamos cinco días de viaje encerrados en la bodega de un barco, seis horas a bordo de las canoas y comenzaba a clarear cuando llegamos hasta La Honda, una especie de playa donde desembarcamos con la misma avidez de tierra firme que debió sentir la tripulación de Colón al llegar a América.

Las cajas de “mercancía” quedaron regadas en la playa y los lancheros recibieron como paga veinte mil pesos, suficientes para rumbear un mes entero. Los vimos partir como alma que lleva el diablo, a emborracharse y contar historias con visos de leyenda.

Ya solos, desplegamos la estructura militar y comenzamos una actividad febril a ritmo de órdenes, para organizar la columna Antonio Nariño con ochenta y seis hombres y mujeres. Nuestra misión era iniciar la ofensiva por el sur para prender la insurrección desde el territorio que fue el último bastión del realismo en la Nueva Granada. Soñábamos con días de gloriosos combates en la campaña políticomilitar que enterraría la amnistía condicionada, o “rendición incondicional”, como llamábamos la oferta de paz que hizo el gobierno de Turbay.

Jaime Bateman nos esperaba en el Putumayo con la fuerza militar que se desplazó desde el Caquetá para formar un solo ejército. Iván Marino y Toledo habían decidido en Panamá que era mejor conservar en secreto nuestra entrada y evitar los combates, porque desconocíamos la zona y no contábamos con apoyo local.

Nuestro contingente hacía parte de un plan de acción nacional del Eme tendiente a elevar el nivel de los operativos militares guerrilleros en distintos puntos geográficos. Esperábamos ejercer presión sobre el gobierno para lograr una negociación de paz menos onerosa que la ofrecida por el presidente.

Dos columnas –casi ciento cincuenta personas, entre hombres y mujeres– habíamos entrado en menos de un mes por el Chocó y Nariño. Nos envalentonaba el resurgir de la vía armada como opción de cambio, con los sandinistas en el poder y los avances de las guerrillas salvadoreña y guatemalteca. Era el momento de las guerras por la paz.

Contra la naturaleza inhóspita libramos nuestra primera batalla. La ribera del Mira es una zona de manglares casi deshabitada donde la manigua crece invasiva. Uno que otro aserradero y trampas para cazar animales son los vestigios de presencia humana. Una trocha parece milagro en ese pedazo de selva tropical húmeda. Tal era el escenario del desembarco.

Todos recibimos dotación completa: uniforme y botas, morral con una muda de ropa, hamaca, cobija, plástico y cuerdas para acampar, linterna, navaja, comida, algunas medicinas, el arma asignada por especialidad y por rango, las municiones correspondientes y otra cantidad como reserva para el grupo. Un peso aproximado de cuarenta a cuarenta y cinco kilos por morral, según la capacidad física de cada cual. Cuando uno a duras penas pasa de metro y medio y pesa cincuenta kilos, colocarse el morral es como vestirse de tortuga pese al entrenamiento.

A la orilla del río escogimos una zona despejada para acampar. Nos distribuimos en el terreno en posición de defensa, cada pelotón y escuadra ocupó su puesto. Ubicamos las postas de vigilancia y nos

dispusimos a armar los *cambuches*. Llovía todo el tiempo. El cielo parecía roto, dejaba pasar chorros de agua. Cuando logramos guindar las hamacas ya había oscurecido y la comida caliente estaba a punto. Me puse ropa seca con la intención de dormir inmediatamente después de tomar la sopa y me cubrí con un plástico para no mojarme mientras pasaba al rancho. Hice cola y recibí mi ración humeante.

No hay momentos más gratos en la jornada guerrillera que cuando se toma el alimento caliente o se descansa. Creo que sonreía por primera vez en todo el día, mientras hacía equilibrio con la gacha en una mano, el fusil terciado al hombro y sosteniendo el plástico con la mano libre para que no se mojara mi comida. Alcé la vista para orientarme y divisé el cambuche a escasos pasos. De pronto me sentí atrapada en un lodazal que parecía colada, resbalé y aterricé acostada con el plato de sopa encima y la lluvia burlándose de mí en la cara. La dignidad sólo me alcanzó para llegar a la hamaca y sentarme a llorar de rabia hasta quedarme dormida.

Nunca más estuve seca. En la noche hacía frío, un frío pegajoso y durante el día calor, pegajoso también. Pegajoso era el barro, pegajosos nosotros. No había cómo parar ni evitar la maldita lluvia. Desperté cuando Alfredo me llamó apurado.

—¡Negra, levántate que nos lleva el río!

En mitad de la noche, los que estaban de guardia advirtieron un ruido extraño a sus oídos de gente de

ciudad: “como un motor”, dijeron luego. Nada se veía, seguía lloviendo. La alerta se dio cuando las cajas de munición y comida flotaban, porque sólo entonces entendieron que habíamos acampado en un brazo seco del río que reclamaba su cauce en temporada lluviosa.

Fue una pesadilla. Daba lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados, nos movíamos con la angustia y torpeza de recién enceguecidos. Salvábamos de la corriente del río lo que se podía, pero el agua se encarnizaba en disputarnos cada cosa. Se escaparon río abajo, uniformes, cantimploras, hamacas, linternas, cajas de cartón, huellas de nuestra presencia en la zona.

Los jefes organizaron el desplazamiento. Mi capacidad de razonar parecía desconectada. Reptaba sobre el barro para subir una pendiente, pero no podía comprender qué sucedía con el agua y el terreno. En ese estado se activan mecanismos de sobrevivencia que dependen del movimiento más que del pensamiento. Como no veía, mi noción de espacio se borró, no me percataba de la cercanía o lejanía, todo era negro y viscoso, movía las piernas como autómatas tras el ruido de otro que se desplazaba. El tiempo se diluyó con el agua; si estuvimos en esa misma mecánica una hora o diez, no podría saberlo. Sentía que mi interior era de barro también, porque estaba allí sin entusiasmo, ni miedo, ni esperanza, simplemente puesta en el mundo. El futuro inmediato era sobrevivir y en eso se concentraba la actividad

fundamental de los músculos, el entendimiento dormitaba. Alguien me dijo:

—Compañera... puede quedarse aquí...

Me senté, encogí las rodillas, metí la cabeza entre ellas y permanecí quieta, cancelé mis pensamientos para conservar energía. Acababa de vivir la pesadilla de un mundo oscuro en el cual mi imaginación creó extrañas realidades sin tiempo ni espacio, un mundo que no podía manejar, en el cual actuaba como autómatas. Me abandoné al cansancio. Allá, fuera de mí, oía la actividad de los compañeros que continuaban con el salvamento. El agua seguía cayendo a chorros.

Con la luz del día comencé a distinguir formas. El mundo se fue dibujando de nuevo en mi cerebro y hasta el cuerpo pareció despertarse poco a poco, como si el sentido de realidad estuviera conectado a la visión. Me puse de pie con dificultad, entumecida. Observé el camino por donde llegamos: una pared de unos cien metros de altura. Con razón ascendimos a gatas... Me quedé atontada mirando hacia abajo, sentí la desolación que no tuve tiempo de admitir en la noche, quise que alguien me socorriera, que aparecieran mi mamá o Supermán.

De repente recordé lo que hacía allí y me acerqué a un grupo que preparaba la marcha. Teníamos cara de damnificados, éramos una masa de barro con vetas verde oliva, donde se perdían los rasgos individuales. Si hubiera tenido alientos habría soltado una

carcajada. Al momento apareció Alfredo, lo reconocí por el caminado. Nos abrazamos. Sentí el calor de su cuerpo atravesar el barro y penetrar mi frío, junto a él todo parecía tan sencillo... Cerré los ojos un instante para retener esa sensación cálida de acogida y deseé que la realidad no existiera. En su amor reencontré mi fuerza.

Cuando la escuadra de exploración escogió un sitio propicio para acampar, de nuevo el tren se puso en marcha con sus vagones en orden: el grupo de exploración, la vanguardia, el grueso y la retaguardia con su grupo de seguridad. Yo iba en el grueso, porque hacía parte del Estado Mayor. Delante de mí, Susana; detrás Estela; cerca marchaban el Gordo Arteaga y Rosenberg.

El morral pesaba más que el día anterior, quizás por la mojada o el hambre o el cansancio, o por todo aquello junto. Por fortuna no caminamos mucho. De nuevo a armar campamento. Saqué la hamaca, las cuerdas, los plásticos y la cobija. Escogí dos árboles y guindé la hamaca; en ella puse el morral. De pronto sentí un dolor agudo atravesar mi dedo meñique, sacudí la mano y vi aferrada a mi dedito una hormiga del tamaño de un cucarrón; me la quité como pude. Otras del mismo tipo caminaban lentamente desde el árbol por la cuerda de la hamaca hasta mi morral. Parecía mentira, ni en los cuentos de Tarzán había visto aquellos monstruos. Llamé al compañero más cercano, y éste a otro, hasta que se formó un corrillo y alguien dijo que eran las temibles hormigas tambochas que podían comerse un bosque entero.

Recogí mis cosas y me instalé en un sitio sin hormigas. El dolor del dedo se extendió en poco tiempo al brazo; la mano se hinchó como si la inflaran y se afiebró hasta el codo. La encargada de sanidad en el pelotón me aplicó una pomada antialérgica y me dio algo para el dolor.

Como pude tomé mi fusil G-3 y me dirigí a la reunión de Estado Mayor que había citado Toledo, el comandante de columna. Seis de nosotros conformábamos el Estado Mayor: cuatro hombres y dos mujeres. A la reunión asistieron también los tres jefes de pelotón. Nos sentamos en círculo Toledo, Rosenberg, el Gordo Arteaga, Susana, Pedro, Ismael, Alberto, Luis Alfredo¹⁰ y yo.

Se analizó la situación en la cual nos encontrábamos y cómo cumplir con el objetivo de llegar hasta el Putumayo. En el centro del círculo colocamos nuestro único mapa de Colombia, un mapa fluvial que nos regalaron los tripulantes del barco. Toledo consultó la opinión de cada uno de nosotros. Rosenberg, Arteaga y yo coincidimos en recomendar el traslado de lugar por varias razones: el secreto del operativo estaba roto desde Panamá, era imposible embarcar clandestinamente a setenta y siete personas por el puerto; además, nuestro desplazamiento por el río Mira se hizo demasiado evidente en una zona tan escasamente poblada; y aún

¹⁰ Es el seudónimo de un compañero que había luchado en Nicaragua hasta el triunfo sandinista y se desempeñaba como miembro de la policía revolucionaria. Se unió al M-19 en el año de 1980.

quedaba la posibilidad de que los lancheros guiaran al ejército hasta el sitio de desembarco cercano a nuestra posición actual. A mi parecer, las tropas no tardarían más de una semana en llegar.

El Gordo Arteaga nos mostró en el mapa cómo estábamos atrapados en una franja triangular de tierra entre las montañas del Macizo Colombiano, el mar y dos ríos: el Mira y el Mataje —en la frontera con Ecuador—. Evaluamos las posibilidades de movernos hacia el Putumayo. Hubo varias iniciativas al respecto: pasar a la orilla norte del río Mira y buscar cómo trasladar la columna en camiones hasta Mocoa o atravesar el minifundio nariñense a pie en dirección al Putumayo, o bien continuar por el río Mira arriba, hasta donde se pudiera, y pasar al Putumayo por donde fuera posible.

Ismael y Alberto hicieron un inventario. Sólo dos personas conocían la ribera del Mira hasta el punto donde desembarcamos; y yo conocía las poblaciones del Alto Putumayo y Nariño, pero por carretera, así que no habría podido servir de guía a campo traviesa. Del Macizo Colombiano sabíamos lo que enseña la geografía en primaria y lo recordábamos por sus alturas y porque allí nacen la mayoría de los ríos del país. Nadie había soñado siquiera con cruzarlo.

A nuestra desinformación topográfica se sumaban otros factores. Al no contar con apoyo en la región, la Columna soportaba un sobrepeso de armas, munición y comida que dificultaba cualquier desplazamiento. Además, estábamos debilitados por las condiciones

del viaje y el consumo del medicamento contra el paludismo; muchos sufrían de diarrea y mareo.

En la reunión, la mayoría pensaba que pese al balance debíamos hacer un esfuerzo por movernos de inmediato. Toledo no estuvo de acuerdo, primaron los criterios del médico humanista sobre los del jefe militar. Decidió que recuperásemos las fuerzas para luego desplazarnos. Convino con unos campesinos vecinos al campamento que nos garantizaran la comida por cinco días. Tenía previsto enviar armamento en un camión para aligerar la carga y, unos seis días después, la columna iniciaría la marcha utilizando guías de la región para llegar hasta el piedemonte del macizo. Mientras tanto, trataríamos de mantener en secreto nuestra presencia. Acostumbrados a obedecer las órdenes del jefe, no discutimos, la palabra de Toledo fue la última.

Un camión cargado de cocos y chontaduros que camuflaban las cajas repletas de armamento partió el mismo seis de marzo con destino a Mocoa en el Putumayo. Pasó sin problema los retenes más difíciles de Ipiales y Pasto, pero faltando seis horas para llegar al destino final, en un retén móvil del Resguardo General de Aduanas, en la localidad de San Francisco, los guardias descubrieron las armas. Casualidad o no, la punta de la madeja quedó en sus manos.

Mientras tanto, en el campamento se vivía una rutina cotidiana contraria a las indicaciones de seguridad. No parecía importar que el ruido delatara

nuestra presencia, tampoco evitamos el humo del fogón ni exigimos hablar en voz baja; tal vez confiamos demasiado en lo inhóspito del sitio.

Al atardecer del día siete, las postas de vigilancia guerrillera informaron haber escuchado ruidos y silbos en la playa del desembarco. Dispuse una escuadra de exploración para verificar la información. El parte presentado hablaba de huellas en la playa, que Toledo interpretó como de nativos curiosos, mientras toda su atención la dedicaba, infructuosamente, a parar el sangrado de un compañero herido con el machete de cortar leña. Lo que no logró el médico lo hizo un muchacho del Putumayo con un emplasto de tres hierbas que detuvo la sangre.

Mientras nos adaptábamos al terreno y aplazábamos la decisión de continuar la marcha, el ejército tomó la iniciativa militar y comenzó las operaciones de combate. El ocho de marzo quisimos celebrar el Día de la Mujer y se encargó un cerdo para la ocasión. Ya olía a chicharrón y la comida estaba a punto, cuando sonaron los primeros disparos. La escuadra de seguridad del pelotón de retaguardia hizo frente, pero los soldados emboscados con anticipación ya tenían ubicados a los compañeros. Sólo un hombre y una mujer herida sobrevivieron. Al resto los dieron de baja.

Todo fue confusión al principio. Se creía que un grupo de contrabandistas había tropezado con nuestra columna, pero los que llegaron del primer combate habían identificado claramente al ejército.

Nos organizamos con rapidez para la defensa. Y mientras Toledo quedaba a la cabeza de la gente de vanguardia para hacer frente a la tropa, la retirada se inició bajo el mando de Rosenberg Pabón.

Ismael pidió voluntarios para rescatar a los compañeros de la escuadra afectada. Vi que Alfredo daba un paso al frente y quise gritarle que se quedara conmigo, pero no pude articular palabra. Recibí las instrucciones y vino a despedirse; me abrazó y, cuando partió al mando del grupo de voluntarios, me quedé parada por un largo rato en el mismo lugar, sintiéndome tan vacía como un cascarón de cigarra. Las voces de mando me volvieron a la realidad, tenía que partir con Rosenberg.

La columna Antonio Nariño se dividió en dos. El primer combate duró cinco horas. Rosenberg nos alejó del sitio, y la presión sobre nosotros disminuyó un poco. Ya en la noche, nos detuvimos. No comíamos desde la mañana; el delicioso cerdo del almuerzo había quedado en el campamento que abandonamos. Repartimos una lata de sardinas por escuadra. No se hicieron *cambuches*, redoblamos la guardia y no dormimos.

El día nueve, la gente de Toledo volvió a tropezar con el ejército y combatió durante horas. Desde ese momento perdimos contacto entre las dos partes de la columna. El grupo nuestro se adelantó y minó las trochas de acceso para dificultar el avance enemigo. Gracias a diversas exploraciones nos enteramos del cerco: tropa en lanchas artilladas patrullaba el Mira,

y el resto de la fuerza nos presionaba hacia el monte. Era de esperar que nos condujeran hacia un sitio en donde nos aguardaba otro grupo de aniquilamiento, la táctica conocida como “el yunque y el martillo”.

Caminábamos día y noche. El último acuerdo entre los dos grupos fue tomar rumbo al sur para pasar al Ecuador, nuestra única alternativa viable. El Gordo Arteaga se encargó de orientar la marcha valiéndose de una brújula y el famoso mapa fluvial. Trazaba el rumbo, asignaba un punto de referencia al compañero campesino que nos acompañaba y él nos conducía hasta el sitio indicado. Luego se repetía la operación.

Quienes soportaron todo el tiempo la presión del ejército que les pisaba los talones fueron los del grupo de Toledo. Combatieron dos o tres veces al día. Nosotros, en cambio, apretamos la marcha para salir de la zona rompiendo el cerco.

Con el paso de los días, el cansancio y el hambre aumentaban. La ración diaria consistía en una lata de sardinas para compartir entre seis personas, un tarro pequeño de leche condensada para dos y trocitos de panela. Cada vez que ponía un pedazo de panela en mi boca sentía ganas de vomitar y tomaba agua para pasarla, consciente de la necesidad de consumir calorías para seguir caminando. Al segundo día de marcha reparé en que mi menstruación se había detenido. Al parecer mis funciones vitales se concentraban en no perder fuerzas.

Caminábamos como única alternativa para mantenernos vivos, pero, aún en esas circunstancias, confiaba en el poder del grupo para salir de esa encerrona y espantaba la idea de que estábamos perdidos. A veces encontrábamos una trocha o un aserradero abandonado y podíamos ver el sol. Con la luz se develaba el bosque en su plenitud de colores. Durante esos instantes repuntaba la alegría dentro de mí, era tan bello el entorno de árboles gigantescos y hojas de mil formas rodeando los troncos, las flores, los helechos, los musgos y las orejas de palo. Donde entraban los rayos del sol había una explosión de vida con las melodías de pájaros e insectos. En medio del sopor de la sobrevivencia, respirar profundo ese olor a monte mojado y dejar que mis sentidos se llenaran de color y sonidos me devolvía momentáneamente consciencia de la existencia plena.

Cada vez estábamos más silenciosos. Nadie se quejaba, ni la compañera herida. Cuando me faltaban las fuerzas miraba a las otras mujeres; si ellas podían, yo también. Al principio, Susana mamaba gallo cuando se caía. Era bien difícil incorporarse con el peso del morral, parecíamos cucarrones buscando voltearse. Pero nos caímos tantas veces que Susana se cansó de reírse.

Más o menos al tercer día, durante un descanso, tomamos concentrado de caldo disuelto en agua fría y me supo a gloria luego de tanta panela. Los pies me ardían como si estuvieran quemados y cuando retiré las medias para examinarlos hallé que la piel de la planta, por efecto de la humedad permanente, parecía

una esponja, gruesa, blanca y porosa, con surcos sangrantes que dejaban ver la carne viva. Creo que, de demorarnos unos días más en esas circunstancias, nuestros pies se hubieran convertido en raíces.

En las marchas nocturnas teníamos que permanecer muy alertas, no tanto por temor de que nos sorprendiera el enemigo como por el peligro de perdersnos. Nada se veía, como ciegos teníamos que tantear siempre en busca del contacto con el compañero de adelante y el cansancio era tal que, si nos deteníamos un instante, nos dormíamos parados.

Una de esas noches nos avisaron, pasando la voz al oído, que íbamos a deslizarnos por una pendiente hasta el río y debíamos esperar la indicación para sentarnos en el borde. Cuando me dieron la señal quise hacerme a la idea de lo que venía, pero alguien me lanzó hacia abajo con fuerza. Lo único que recuerdo es como una lanza que me ensartó por la boca del estómago y la sensación vertiginosa de rodar cuesta abajo en una caída interminable, con la presión de un grito que luchaba por quedarse adentro. El golpe del agua me hizo reaccionar con más miedo todavía. Pensé que la muerte era así, como un vértigo helado que produce terror. El brazo de Ismael me rescató hacia la orilla.

En algún momento nos adentramos en una zona pantanosa de vegetación cerrada. Abrimos paso a golpes de machete. Cada vez se hacía más difícil avanzar y el agua nos llegaba a la cintura. Una niebla suave se pegaba a nuestros cuerpos, solamente

veíamos medio metro alrededor, nada más allá. Ese día creí que nos había tragado la manigua y no quise mirar a nadie a los ojos para no encontrarme con la misma desesperanza.

Por fin llegamos a una parte más despejada de la selva, con árboles gigantes cuyos frutos se desprendían ya maduros. Supe que eran madroños por el aroma, pero en el suelo sólo quedaba papilla. Durante el trayecto me agaché varias veces a recoger las cáscaras para saborearlas.

En esta travesía yo iba medio ciega, había perdido en los tropiezos los dos pares de lentes de contacto y en la primera balacera, cuando saqué mis gafas para ubicarme mejor, también se cayó el cristal derecho y se perdió en la hojarasca.

En el descanso nocturno, la compañera encargada de salud me pidió ayuda para limpiar la herida de Lucia, que se había infectado. Cuando vi el estado de su brazo, reconocí lo valiente que era la chiquita. Comenzamos por quitar la venda de emergencia, retiramos la sangre seca y la piel sobrante y descubrimos que aún tenía la *ojiva* de la bala en el orificio. La extrajimos con un gancho nodriza y quedó un hueco que traspasaba el antebrazo de lado a lado sin tocar el hueso. ¡Suerte la de esa muchacha! Metimos una gasa con desinfectante a través de la herida y la *baqueteamos* como se hace con el cañón de un arma, hasta que sangró de nuevo.

Otro día, localizamos un cultivo de plátanos y mandamos una exploración de tres compañeros, Luis Alfredo, Gustavo y Blas, en busca de la casa cercana para que estudiaran las condiciones a ver si podíamos aproximarnos. Les dimos dos horas para ir y volver. Al rato, oímos un tiroteo. Rosenberg ordenó seguir la marcha de inmediato y dejó una posta con dos compañeros para recogerlos, en caso de que volvieran. Me pareció que seguir era abandonarlos, pero Rosenberg argumentó la necesidad de preservar al grupo. Nadie dijo más. Al atardecer llegó la posta con Blas, a quien Luis Alfredo había dejado en un punto mientras él y Gustavo se acercaban a la casa. Tampoco él vio nada, oyó los disparos y esperó. Como no volvieron, decidió dar marcha atrás. El ejército nos seguía de cerca.

Luego de estos sucesos, tuvimos que enterrar parte del equipo para aliviar el peso y agilizar el desplazamiento; cargamos lo indispensable de comida, medicina y munición. Los primeros síntomas de fatiga insuperable se evidenciaron cuando dos de los panameños se negaron a continuar caminando. De nada sirvieron los intentos de influir en su ánimo, ni las órdenes. Preferían la muerte. Estos muchachos, miembros de la Juventud del Partido Democrático Revolucionario torrijista, se sumaron a nuestras fuerzas en busca de experiencia militar. No contaban con ningún entrenamiento, ello explicaba que se sintieran desfallecer, pero, además, tampoco aquella era su causa. Al cabo de una hora interminable, no se con qué argumentos, el jefe de su grupo logró convencerlos de seguir adelante.

Ese suceso hizo mella en los demás compañeros; el desánimo amenazaba con invadirnos. Llegamos a otro claro en el monte y divisamos un rancho de guaduas. Había gente en él. Rosenberg nos envió a Mariano y a mí a hacer contacto con la gente en busca de un guía. Cambiamos el uniforme por ropa de civil y dejamos las armas largas. Mariano llevaba una pistola; yo, mi pastilla de cianuro.

Nos aproximamos lentamente para que pudieran observarnos y no desconfiaran. Saludamos sonrientes. Dos mujeres negras que se hallaban en el corredor contestaron muy nerviosas; enseguida, salieron un anciano y un muchacho. El anciano sostenía una escopeta de caza en las manos y nos apuntaba todo el tiempo. La tensión era extrema. Mariano y yo, tomados de la mano, comentamos que nos habíamos perdido y necesitábamos información para llegar a un pueblo. La mano del compañero me daba confianza, pero estábamos en el límite del miedo. Ellos nos rodearon para inspeccionarnos a su antojo, sin acercarse demasiado, se sentía la respiración agitada de todos. Preguntamos si nos podían guiar y contestaron que no. Preguntamos de qué tenían miedo y miraron con ojos asustados al monte. Dimos las gracias y no esperamos un segundo más. Llegar sin un tiro hasta donde nos esperaban los compañeros sería un milagro. Y lo logramos.

Por la actitud de la gente dedujimos que el ejército debía estar cerca. Era necesario salir de allí cuanto antes. Se dio la orden de inmediato y, al ponerme el uniforme precipitadamente, perdí el cianuro. Nos

adentramos en el monte a toda prisa, evitando las trochas, pisando sobre la huella del compañero que nos precedía para no dejar tanto rastro. La escuadra de retaguardia borraba con ramas las pisadas.

En esos días de acoso, se me abría un hueco en mitad del pecho cuando recordaba a Alfredo, porque pensaba que podía estar muerto. Algunas veces me topaba con los ojos de Ivana, la costarricense compañera de Luis Alfredo, a quien habían matado, y nuestras tristezas parecían abrazarse desesperadamente, pero no hubo un momento para expresar el sentimiento. Las dos guardábamos silencio.

Oíamos los helicópteros sobrevolar encima de nosotros y, aunque sabíamos que nos ocultaban el follaje y el color del uniforme, no podíamos evitar el miedo que produce el ruido del aparato suspendido en el aire como si nos hubiera descubierto. Tuvimos que recordarle al grupo la fragilidad del helicóptero como arma de combate en el monte, la necesidad de no dejarse atemorizar por su ronquido y de permanecer quietos para no ser detectados.

Seguimos la marcha, pero cuando los sentíamos lanzar ráfagas de ametralladora en algún lugar sabíamos que realizaban una acción de limpieza sobre la zona para preparar desembarcos de tropa, una táctica que denominan “la gota de aceite”.

— ¡Están perdidos! —decían los compañeros para tranquilizarse.

Llegamos a un paraje con árboles inmensos no muy tupidos y vegetación de hojas anchas por el que caminamos sin dificultad. En el trayecto encontramos varias trampas para animales pequeños, dispuestas en los troncos caídos. De pronto, el grupo de exploración halló a un indígena medio escondido tras un matorral. Dieron la orden de detenerse y todos nos quedamos como estatuas hasta que recibimos instrucciones de Rosenberg para aproximarnos a él.

El indígena fue un hallazgo providencial. Nos acercamos con cuidado, hablándole, para que no tuviera temor, pero era evidente que él nos había hallado a nosotros y no al contrario, como pensaba la mayoría. Si hubiera querido ocultarse, no lo encuentra ni un brujo, estaba en su territorio. Cuando le solicitamos ayuda, dijo que él nos podía guiar hacia el río Mataje, para *vadearlo*. El río era correntoso y tenía saltos, pero él conocía un sitio fácil para pasar. Rosenberg le ofreció cinco mil pesos y la navaja que yo cargaba en el cinturón, porque el indio no le había quitado el ojo de encima mientras hablábamos.

Seguramente aquella era una ruta de contrabando y el indio actuaba como guía, pero aun así debíamos cuidarnos de una emboscada. Tomamos todas las medidas de seguridad para evitar sorpresas: ya no caminábamos uno detrás de otro, sino en formación de cuña. Ese día no nos detuvimos ni un momento. En el camino descubrimos plátanos caídos y comimos algunos, contrariando las normas de seguridad que alertan sobre los alimentos hallados en terreno desconocido, por la posibilidad de que

oculten dispositivos de minas explosivas o de que estén envenenados. El hambre venció la prudencia.

Llegamos hasta un terreno de chagras de cultivo y pasamos por un rancho vacío. El indio sabía más trucos que nosotros para no dejar huellas. Nos metió quebrada abajo para evitar un puente y no nos condujo por trochas sino paralelamente a ellas. Por fin nos aproximamos al río Mataje, al otro lado estaba el Ecuador. Me provocó coger al indio a besos. Casi no pronunciaba palabra, pero se hacía entender con los gestos. Nos señaló el paso, recibió su paga y se fue. Quedamos con la sensación de duda. ¿Y si nos había entregado y al pasar el río nos atacaban como a la columna del Che en Bolivia? ¿Sería ése el Mataje?

No teníamos muchas alternativas y debíamos tomar una decisión. Se dispusieron todas las medidas de seguridad para el paso del río, uno de los momentos más peligrosos en las marchas guerrilleras. Una escuadra ocupó posiciones de defensa desde la orilla donde nos encontrábamos. Luego vadeó el río la escuadra de exploración y cubrió la otra orilla, mientras dos de ellos revisaban el terreno aledaño. Cuando estuvieron seguros de que no había ninguna emboscada, dieron la señal para que el grupo pasara con mucho cuidado. El agua nos llegaba a la cintura y se percibía la corriente. Una vez en la otra orilla, sentí que la vida volvía a ser posible.

Me impresionó nuestra idea de frontera, como si de pronto una línea imaginaria pudiera protegernos y todo se redujera a pasar el río y quedar a salvo.

Pero, bueno, eso decían las normas internacionales. Cuando estuvimos al otro lado, buscamos dónde descansar como a dos kilómetros de la orilla. Rosemberg partió con dos compañeros en busca de un pueblo llamado San Lorenzo que, según el indio, no estaba lejos.

Aunque parezca paradójico, en el análisis que precedió a la decisión final, primó el respeto por la legislación internacional y decidimos evitar cualquier enfrentamiento con las fuerzas ecuatorianas. De esa manera, nuestra presencia no sería interpretada como agresión y podríamos acogernos al derecho de amparo en el vecino país.

Tal vez el desenlace reciente de la toma de la embajada influyó en la propuesta del Comandante Uno. En la lógica de la guerra, romper un cerco como el que nos tendió el ejército, con doce mil hombres según sus propios datos, era una acción que, si se acompañaba de un hecho político con efectos sobre el gobierno colombiano, nos permitiría retomar la iniciativa perdida en el terreno militar.

Tras la partida de Rosemberg quedamos bajo el mando del Gordo Arteaga. Nos disponíamos a comer algo cuando sonaron disparos. No respondimos. Entonces nos rodearon soldados que creímos ecuatorianos. Pero se trataba de un pelotón de contraguerrilla colombiana al mando del capitán Morales, cuyas tropas se habían adentrado en territorio ecuatoriano y nos sorprendieron. Contó a su favor nuestra confusión sobre su nacionalidad

y la decisión de no combatirlos. Por fortuna, Morales respetó el derecho de guerra y nos dio el trato estipulado para los prisioneros, caso poco común en estas lides.

La nuestra fue una equivocación imperdonable en los terrenos político y militar. Nos confiamos cuando todavía no habíamos superado el peligro y caímos de manera estúpida. Ese día conocimos la derrota. Cuando nos percatamos, estábamos cercados por tres anillos de fuerzas del ejército, dispuestos a matarnos al menor intento de respuesta.

En ese momento, estar viva me pesaba una vez más. Pero veía a los muchachos y las muchachas, tan jóvenes... ¿No era mejor que tuvieran otra oportunidad?... La muerte no la daba.

Los ejércitos colombiano y ecuatoriano pactaron, sin consultar a nadie más, la entrega de los dos grupos, el nuestro y el comandado por Toledo, que había llegado a la población de San Lorenzo para solicitar asilo. El traslado de los grupos hacia territorio colombiano se hizo en helicópteros. A partir de ese momento, a duras penas poseíamos el control sobre nosotros mismos, nada de allí en adelante estaba en nuestras manos. Ésa es la primera aproximación a la derrota.

Después de evadir el cerco, perder once compañeros y más de cincuenta horas de combates, las dos partes de la columna Antonio Nariño nos juntamos de nuevo, esta vez como prisioneros, en

un campo de concentración improvisado por los militares. ¿Cuánto tiempo estuvimos? No logro precisarlo ni con calendario en la mano.

Pesadilla

Había contemplado la posibilidad de muerte muchas veces y ya no me inquietaba, pero el horror de una detención en la época de Turbay y Camacho Leyva estaba fresco en la memoria por las torturas a las que sometieron a tantos colombianos y colombianas y lo atroz de sus técnicas. No, yo no pensaba en caer prisionera; para evitarlo cargaba una porción de cianuro. Y, por cosas de la vida, la perdí durante nuestra travesía por el Mira. El azar me obligó a aceptar la realidad de mi detención.

Una vez atadas las manos a la espalda y vendados los ojos, comprendí que la dignidad era lo único que me mantendría en pie contra el miedo y la impotencia. Con ella como asidero, afronté por segunda vez una vida con la que no contaba.

La pesadilla de los interminables días siguientes es mejor dejarla en un compartimento de la memoria donde no husmeo para mantener controlados los sentimientos de desasosiego. La tortura, sin importar su grado de sofisticación ni la intensidad de dolor o de terror que produzca, es una práctica orientada a quebrar la dignidad de los seres humanos. Nada hay más aberrante que someter por la fuerza a una persona, la impotencia lastima lo más profundo del ser. Quiero olvidar esas sensaciones que asocio con

el paso por un túnel estrecho, sin tiempo y sin otra noción de vida que el sufrimiento del propio cuerpo.

Los militares nos mantuvieron –contra cualquier procedimiento legal– en un sitio de la selva donde los días y las noches se adivinaban por el efecto del sol ecuatorial sobre los cuerpos agotados. En ese campo de concentración aprendí que la diferencia entre resistir y sobrevivir está determinada por la dosis de dignidad que se posea.

Entonces hice acopio de fuerzas para mantenerme sin una queja, sin claudicaciones y sin traicionarme ni traicionar mis grandes afectos. Tenía claro que no podría vivir conmigo misma ni volver a mirar de frente a los míos, si aceptaba colaborar con los interrogadores.

Creo que asumir las consecuencias de mis actos me dispuso para aceptar la realidad. Es más, me abandonaba de una manera liviana a lo que pudiera sucederme, sin aferrarme a la vida ni renunciar a ella. No es fácil describir esa sensación; quizás se trata de no desgastarse en vanos esfuerzos sino, más bien, de mantenerse al acecho.

Pasó el tiempo y aparecieron las rutinas. Durante lo que debía ser el día, permanecíamos vendados, amarrados y aislados en un área extensa a pleno sol. Durante lo que debía ser la noche, nos conducían a un corral de cerdos y nos colocaban en montonera. Los guardias tenían por misión no dejarnos dormir. Nos llamaban para interrogarnos y lo hacían en otro lugar, a solas. Yo temblaba, no sólo por lo frío de las

noches, sino porque con la oscuridad viene el miedo; lo sentía amenazante desde el croar de los sapos y el chillido de los grillos. Es extraño y no puedo explicarlo con precisión, pero en el contacto directo con los militares sucedieron dos cosas contradictorias: el enemigo se concretó y a la vez se humanizó. Eso quiere decir que, aun con la conciencia de que harían con nosotros lo que quisieran, los percibimos de carne y hueso.

Una mañana, muy temprano, los soldados cavaron un hoyo del cual brotó al instante agua fangosa. Sobre una piedra pusieron jabón, y nos obligaron a todos a lavarnos la cara y las manos. Tan sucios estábamos que, así el agua oliera a podrido, el contacto con el jabón nos proporcionó sensación de limpieza. Fue agradable volver a vernos las facciones libres de barro. Luego nos dieron nuestro primer plato de comida caliente, mientras un oficial filmaba las dos actividades para que no hubiera dudas sobre el buen trato del ejército a sus prisioneros. Nos empacaron en camiones y, tras un viaje interminable, nos dejaron en el Grupo Mecanizado Cabal de Ipiales.

Allí el frío era espantoso. Al llegar nos cambiaron las ataduras de las muñecas por esposas y nos instalaron en un galpón, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda. Los catres de hierro se alineaban contra la pared, cada uno cubierto de una cobija gris con la bandera de Colombia en el centro. En los extremos del galpón dispusieron los baños para hombres y para mujeres. Mejoraban nuestras condiciones materiales, pero quedaba la sensación de impotencia absoluta... Estábamos en sus manos.

Nueve

Rejas en el alma

Recorro desbocadamente recuerdos

como sombras perfiladas

en la blanca pared.

*Cada centímetro de celda tiene un
nombre,*

una voz, un color, una palabra...

Mi cuerpo lleva a nombre de otros

una esperanza.

*Escondo un atado de sueños en
cualquier rincón*

como única forma de sobrevivir

en este corral blanqueado.

Buen Pastor, Medellín, enero de 1982

Tres meses después de nuestra captura, ocho de los sesenta y seis condenados en el consejo de guerra de Ipiales fuimos conducidos hasta la cárcel.

Nuestro juicio estaba plagado, desde el comienzo, de irregularidades: la entrega de prisioneros fruto de un pacto entre los ejércitos ecuatoriano y colombiano, que desconoció las instancias legislativas del vecino país y nuestro derecho de asilo. Las torturas, los interrogatorios bajo presión y la incomunicación

que nos impidió defender el derecho de ser asistidos por abogados en las diligencias de indagatoria. La detención y la permanencia en instalaciones militares sin garantías procesales. El juzgamiento en un consejo de guerra en que nuestros captores eran juez y parte. Para concluir, condenas hasta de nueve años, por rebelión sin delitos conexos.

A partir de la sentencia, la ejecución de la pena quedaba en manos de instituciones jurídicas civiles. Teníamos posibilidades de apelar, pero en esa época, a pesar de los esfuerzos de abogados defensores y organizaciones de derechos humanos, era poco lo que se podía hacer contra el aparato de la justicia penal militar. La mayoría de sus irregularidades o sus excesos quedaba en la impunidad.

En el furgón penitenciario íbamos Silvia, la compañera embarazada, y César, su marido, junto a Susana, Marta, Marcos, Wilson, Guásimo y yo. Nos habían recogido en el aeropuerto de Medellín y nos trasladaban a las cárceles de Bellavista y El Buen Pastor. A unos nos esperaban nueve años a la sombra; a otros, cuatro.

El golpe seco de la puerta al cerrarse y la penumbra dentro del furgón acrecentaron la incertidumbre. Una rejilla en la cubierta dejaba entrar un poco de aire. Silvia y César estaban muy juntos en un rincón, ambos retenían las lágrimas. Nadie hablaba. Todos teníamos miedo.

Los muchachos se quedaron en la Cárcel de Bellavista.

“¡Suerte!” es lo poco que se atina a decir, con el deseo intenso por que todo resulte de la mejor manera.

Imaginar el punto de llegada despertaba ansiedad. Había aprendido a conocer el miedo en todos sus matices y estados; sin embargo, allí, en un ámbito desconocido, estaba por experimentar novedades. Cuando quedamos solas, nuestros custodios iniciaron una animada charla en que detallaban la violencia en las cárceles de mujeres. Los robos de cualquier artículo considerado de valor, los abusos de las lesbianas, el morbo de las guardianas en las requisas, las riñas con arma blanca y los fieros alcances de la agresividad femenina.

Pensé que no podía haber nada peor que estar en manos de los militares, pero las palabras de los guardias me erizaban, a pesar de saber que las cárceles, por lo menos, contaban con supervisión del poder judicial, en contraste con la impunidad de la justicia castrense. Miré a Silvia, que tenía los ojos aguados. Le tomé la mano un instante. Susana intentaba sacudirle la tristeza con comentarios graciosos. Su estado anímico era lo más importante para todas, no sólo por su preñez, sino por su juventud: apenas llegaba a los dieciocho años. Es extraño, pero el dolor ajeno ayuda a espantar el propio miedo.

Cuando el furgón se detuvo no tuvimos tiempo de pensar en nada más. Los soldados nos empujaron a un recinto impecable con un mostrador de madera. Los guardianes uniformados de azul parecían fichas de ajedrez, erguidos sobre la baldosa negra y blanca. Los militares chocaron tacones, rindieron el informe con voz impostada, pusieron cara de misión cumplida y se retiraron. Respiré aliviada.

Unas mujeres muy serias, también con uniforme azul, llegaron por nosotras. Esperé la empelotada y la manoseada de bienvenida que los desgraciados del furgón habían descrito con lujo de detalles. Contrario a lo que pensábamos, las guardianas ni nos tocaron. Nos reseñaron con rapidez. Para tomarnos las huellas, nos quitaron las esposas. Durante casi todo el consejo de guerra nos habían mantenido con las manos esposadas a la espalda. Cuando nos visitó el representante del Comité Internacional de la Cruz Roja, señor Erik Kobel, y recibió nuestra queja, opinó que la postura de manos atrás era benéfica para la columna; el dolor que nos desgarraba los músculos parecía secundario.

No observé rejas en el trayecto al patio. La pulcritud de los pasillos y las paredes me recordó el internado donde estudié. Nunca antes había visitado una cárcel, pero tenía la idea de un sitio sucio y maloliente. Allí todo relucía, y en lugar de barrotes vi puertas de madera con los nombres de los patios. Me tranquilicé. No sospechaba que las monjas ponen las rejas en el alma.

Llegamos a una puerta ante el jardín, con un letrero: “Recepción”. Las guardianas timbraron y se abrió. Las mujeres de adentro se quedaron quietas con los ojos fijos en las que llegábamos. Nosotras nos mantuvimos muy juntas; sobre todo pensábamos en Silvia y en su embarazo. No sabíamos qué podía suceder... Las guardianas nos hicieron pasar y varias mujeres se acercaron. Tardamos un poco en darnos cuenta de que se dirigían a nosotras con cordialidad.

—Aquí no se pasa tan mal.

—No se preocupen, entre todas nos ayudamos.

—Me llamo Nubia y estoy a la orden, si necesitan algo...

—¿De dónde vienen?

Su calidez nos desarmó y nos relajamos un poco. Llovieron preguntas y las respondimos con calma. Se extrañaron que, de entrada, nos identificáramos como guerrilleras del M-19 condenadas por rebelión. Asumirnos como detenidas políticas de un régimen contra el cual nos alzamos en armas nos anotó el primer punto con las muchachas. Reconocer el delito no es usual; allí la que llega se muestra inocente y cuenta cómo fue víctima de las circunstancias y la ceguera de la justicia. Sólo después de hacer amistad, en algún momento, confiesan entre risas y valentía los delitos que configuran su causa.

Abriéndose paso llegó una de las monjas encargadas del patio, la hermana Irene, una mujer menuda de ceño adusto. Nos recibió muy formal y nos enteró de las normas: horarios, turnos para el aseo y reglamento. Nada nos pareció excesivo; nuestra cotidianidad era similar desde hacía más de un año, desde la escuela militar. Luego dos religiosas nos hicieron una entrevista que comenzaron indagando sobre datos personales, familia, educación y, por último, las causas que nos llevaron a la cárcel. Al igual que a las muchachas, les sorprendía que no alegáramos inocencia. Entonces nos preguntaron:

—¿No se arrepienten de lo que hicieron?

Nuestras respuestas fueron similares:

—La rebelión es un derecho, según san Agustín.

—Rebelarse contra un régimen injusto es una necesidad.

—No podemos arrepentirnos de querer un cambio en el país.

En realidad, las condiciones de nuestra detención y el escándalo de los medios hacían imposible alegar inocencia. Nos cogieron con las manos en la masa y en masa: un montón de guerrilleros y guerrilleras, uniformados, armados, entrenados y organizados para luchar contra el establecimiento. ¿Cómo negarlo? Éste no era un caso para guardar en secreto la militancia, como sucedía con la mayoría de

detenidas políticas a quienes se les seguía juicio. Para nosotras, era fácil reivindicar la condición de prisioneras políticas y eso desconcertaba a nuestras interlocutoras.

Al final, las monjas nos acribillaron con preguntas sobre si éramos comunistas y ateas, si odiábamos la religión o si nos gustaba matar. Tuvimos que responder con paciencia que profesábamos la fe católica, que no éramos comunistas ni nos gustaba matar, que preferíamos la paz a la guerra y que algunas nos habíamos educado con religiosas. No, no éramos monstruos. Nos miraban entre sorprendidas y desconfiadas. Llevó tiempo convencerlas de que no mentíamos. Desde ese día nos vigilaron de cerca, nos espiaban, nos buscaban charla. Con el paso del tiempo se descomplicaron un poco, sin bajar la guardia, porque nos consideraban peligrosas.

“Recepción” era el patio al cual arribaban las sindicadas y donde permanecían hasta que se definía su situación judicial y, también, donde se aclimataban las condenadas, como nosotras, antes de pasar a otros lugares. Era un sitio de tránsito: algunas entraban el lunes, salían el viernes y regresaban en quince días. En general, el patio estaba ocupado por escaperas – las que entre sus piernas sacaban la mercancía robada en grandes almacenes–, *caimaneras* –especialistas en meter la mano a los bolsillos o a la cartera moviendo ágilmente sus dedos como mandíbulas de caimán– o *raponeras* –las que aprovechaban en el robo la velocidad de la carrera, la suerte y el ojo para distinguir la joya fina–. En estas modalidades de

hurto es difícil probar los cargos, por la cadena que opera: cuando les echan mano ya no llevan nada, lo han pasado a los socios o socias.

En la misma tarde en que llegamos, las presas políticas de otros patios se enteraron de nuestra presencia y de inmediato se comunicaron a través de una detenida que trabajaba en los talleres, para hacernos llegar una notica y los primeros implementos de aseo. Así nos enteramos de sus nombres, de la organización a la cual pertenecían y del patio donde permanecían. Nos emocionó mucho su saludo, nos sentimos acompañadas. Entre ellas había una compañera del Eme, María, a quien conocíamos por referencias.

Dos guardianas custodiaban el patio en el día y otras dos en la noche. Sofía, una señora mayor, corpulenta, con pinta de abuela paisa, era la guardiana a quien más querían las presas. A ella se le podía encargar ciertos elementos básicos, como ropa interior, algunos comestibles o agujas y lanas para tejer. En la cárcel es indispensable mantenerse ocupada; de lo contrario se meten en el alma la depresión o la agresividad.

La actividad era escasa, pero conocer un mundo tan alejado de mi realidad atrapaba toda mi atención sin dar cabida al aburrimiento. Hablaba mucho con las otras detenidas; conocí historias no imaginadas, encontré un universo femenino muy particular y duro, con vidas tan distintas de las nuestras...

El primer sábado de visita, se colaron unos poetas de Medellín acompañados por Juan Manuel Roca, cuñado de Susana. Nosotras estábamos felices de verlos aunque no los conocíamos. Nos llevaron un pastel gloria exquisito. Por primera vez en cuatro meses probamos una golosina. Animadísimas, hablábamos como loras, averiguando qué tal estaba el mundo sin nosotras, cuando entró la directora, nos miró y se vino en picada. A cada uno le preguntó su grado de parentesco con nosotras y, cuando respondieron que eran amigos, les dijo muy sonriente que para nosotras sólo eran permitidas las visitas de parientes en primer grado o de los esposos legítimos –para ella, los casados por la iglesia–. Y los sacó.

El penal tenía sus propias disposiciones sobre correspondencia, visitas y entrada de libros: un reglamento elaborado por la directora, a su leal saber y entender. En materia de lecturas, por ejemplo, se prohibía la entrada de textos considerados negativos en los procesos de rehabilitación. Lo curioso era que en ese índice podían encontrarse desde historiadores como Indalecio Liévano o poetas como Pablo Neruda hasta escritores como García Márquez y, por supuesto, Marx y sus discípulos. Eran reducidas las opciones. Además, la biblioteca de la cárcel tenía muy pocos ejemplares: en su mayoría, libros escolares viejos, biografías de santos y revistas, entre ellas muchas *Selecciones del Reader's Digest* de los años cuarenta y cincuenta, entre las cuales descubrí una mina de novelas de espionaje.

La rutina entrelazaba los días en un tren interminable:

5:45 a.m. Levantada con rezo.

6:30 a.m. Baño obligatorio con agua fría y sin demora por la cantidad de mujeres en turno para cinco baños.

7:00 a.m. Misa voluntaria, a la que asistíamos sin falta por ver a las demás compañeras.

7:30 a.m. Desayuno: chocolate o café con leche y pan.

8:00 a.m. Aseo a las instalaciones, según turnos establecidos para que todas participáramos.

8:30 a.m. Salida hacia los talleres de trabajo.

10:00 a.m. Algo: agua de panela y pan o bocadillo y pan.

12:00 m. Almuerzo: sopa, arroz, papa o plátano, verdura y carne o huevo; agua de panela como sobremesa.

2:00 p.m. Regreso a los talleres.

3:30 p.m. Algo: agua de panela y pan o bocadillo y pan.

5:00 p.m. Salida de talleres.

6:30 p.m. Comida: similar al almuerzo.

7:30 p.m. Rezo del rosario o lectura de la Biblia con reflexiones dirigidas por la encargada del patio.

8:00 p.m. Acostada y silencio general.

Sentía que se me iba a enmohecer el alma con una rutina tan estrecha. En la escuela militar, al menos habíamos logrado los domingos sin programación.

Permanecíamos de treinta a treinta y cinco mujeres en el patio. Había dos dormitorios colectivos. Uno grande con unas veinticinco camas, cada una con su nochero, y otro más pequeño. Susana y yo quedamos en el grande; ubicaron a Marta y Silvia en el otro. Al comienzo dormía como un lirón, cansada del duermevela que practicaba en las instalaciones militares, donde no podía desconectarme del todo. Pasado un tiempo recuperé el sueño liviano, lo que me permitió descubrir que en el dormitorio se vivía una agitada actividad en las noches: unas se levantaban a robar, otras a buscar satisfacción a su deseo de afecto o placer o de ambos al tiempo. Primero se sentían las carreritas de pies descalzos y la respiración agitada. Luego, bajo las colchas o las camas, se llevaba a cabo una fiesta bien extraña de cuerpos envueltos en frazadas, cuchicheos, risitas y jadeos que cesaban como por encanto cuando la guardiana pasaba en su ronda y se reanudaban un instante después. También había quien se levantara a fumar un cigarrillo con la guardiana y conversar, no sé bien si para distraerse o para distraerla.

Cuando nos dijeron que debíamos estudiar o trabajar para obtener la rebaja de penas, nos ofrecimos para desempeñarnos como profesoras, pero la monja lo consideró imposible. Entonces nos propusimos como alumnas, y tampoco quiso. Temía que contagiáramos ideológicamente la escuela. Sin embargo, Mercedes, una compañera del Partido Comunista –no confesa–, se había colado como maestra de sociales.

Nos anotamos en la lista para trabajar en el taller de Fatelares, dedicado a la confección de colchas de algodón. Marta y yo cortábamos las piezas de tela, mientras Silvia y Susana aprendieron a coser. Nos pagaban por el trabajo, pero el monto era de unos diez centavos por corte y quince por confección de cada colcha, pago más simbólico que real. Las monjas manejaban los salarios mediante una cuenta de ahorros en que captaban dos terceras partes de lo que correspondía a cada trabajadora, como una base para cuando saliera en libertad. El tercio restante lo entregaban a cada una y alcanzaba, a duras penas, para comprar elementos de aseo en la tienda del penal. Ninguno de esos artículos podían llevarlo los familiares, para evitar, al decir de las monjas, la entrada de droga en la pasta dental o las toallas higiénicas.

Dolly tenía el récord en confección de colchas. Cosía cinco docenas en un día y parecía parte de la frenética máquina. Llevaba quince años en la cárcel y le faltaban otros tantos para salir. Era una mujer menudita, como una de esas bailarinas que

cuelgan en el espejo de los buses, con su minifalda de pliegues. La condenaron por matar a su esposo y enterrar el cadáver dentro de una caneca en el patio de su casa. Jamás se arrepintió de haberlo asesinado.

—No me cobraron el muerto, sino el uniforme. Porque era policía... —nos contaba, riendo a carcajadas.

Había otros talleres, como el de Tejicóndor, donde se remallaban paños, y el de bordados de la Madre Eufrasia, una octogenaria que tomaba a unas cuatro alumnas para enseñarles a coser y hablarles de pasajes bíblicos. Todas se peleaban por estar allí, porque la monjita se había quedado casi ciega y las muchachas aprovechaban la situación para dejarla hablando sola, mientras daban la vuelta por los demás talleres e intercambiaban mensajes con amigas y amores. En otros patios se trabajaba empacando pasas o armando cajas de cartón.

Soñar no cuesta nada... fugarse, sí

Durante los dos meses que pasamos en “Recepción” volví a caer en cuenta de que mis manos podían trabajar con independencia la una de la otra. Por ejemplo, podía rascarme la cabeza y llevar la otra mano a la rodilla a la vez. La costumbre de estar esposada había hecho que por un buen tiempo siguiera enlazando las manos tras la espalda o manejándolas juntas como si permanecieran amarradas.

Luego de asimilar la rutina del patio, me dediqué a dar cuerda a mi imaginación inventando planes de fuga. Así mantuve activo el espíritu. Si hubiera pensado, por una sola vez, que permanecería en prisión durante nueve años, me habría muerto de tedio o angustia. A diario soltaba a volar la fantasía por una minuciosa observación. Cada detalle —un techo, una cornisa, una puerta, una ventana— o cualquier movimiento del personal de guardianas y monjas podía servir para armar un plan. Siempre al acecho, con los músculos y el cerebro en función del escape. De esa manera, llegué a conocer cada centímetro de la cárcel, la medida justa de sus muros, sus áreas, sus espacios, su espesor, su altura. Mi adiestramiento en la escuela militar me capacitó para medir al ojo, calcular distancias y observar cada palmo de terreno sistemáticamente.

Mis planes variaban según el estado de ánimo. A veces estaban basados en la astucia y el engaño con ayuda de disfraces. Otras veces, los sueños rebosaban de fuerza y audacia. No faltaban las ensoñaciones en las cuales una fuerza de rescate al mando de un compañero nos liberaba, sin descartar el romance como parte del juego de la imaginación.

Para mí, el sueño se volvió posible cuando supe que Elvecio Ruiz estaba en Medellín. A él no le faltaban ni la valentía ni el toque romántico para convertirse en el príncipe al rescate. Entonces le hicimos llegar los planos de la cárcel y un minucioso plan de fuga que concebía el escape desde la iglesia del penal, durante la misa. Nos cercioramos de que

hubiera recibido todo y empezamos a alistarnos para la fecha que los de afuera consideraran más favorable. Todos los días estábamos preparadas. Cada detalle fue previsto. La única preocupación era Silvia, que para ese entonces ya tenía una barriga de seis meses, así que siempre permanecíamos a su lado para garantizar que saliera con nosotras.

El mensaje con la fecha elegida nos llegaría a través de las compañeras del patio “Cultural”, que tenían menos vigilancia. Habíamos acordado como señal que María se pusiera una blusa verde oscura para asistir a misa. Entonces el plan echaría a andar: a la hora de la comunión nos acercaríamos a una de las puertas de salida para encontrarnos con el comando de rescate. Todos los días íbamos a misa y esperábamos ansiosas, hasta que aparecía María, vestida de cualquier color distinto del verde. Pasó el tiempo... la barriga de Silvia crecía... y nada...

Un día María se puso la blusa verde, sin recordar la señal. Cuando iba entrando a la iglesia cayó en cuenta del lío que se armaría y tuvo que simular un desmayo para que le permitieran regresar a su patio.

Mientras soñábamos con la fuga, Elvecio estaba metido en problemas más urgentes. A raíz del secuestro de Marta Nieves Ochoa, llevado a cabo por un comando del M-19, los narcos organizaron el grupo Muerte a Secuestradores-MAS, y decidieron capturar a Elvecio para presionar la liberación de la hija de Fabio Ochoa, hacendado paisa cuyos hijos estaban ligados al narcotráfico. Luego de jugar al

gato y al ratón, Elvecio fue tomado como rehén por la mafia y entregado al ejército.

Con él cayó nuestro plan. El cuento de hadas no tuvo un final feliz, el príncipe quedó atrapado en las mazmorras y las doncellas seguimos sacando el pañuelo por la ventana de la torre para pedir auxilio, como en las historias de caballería.

Mientras yo pensaba en cómo volarme, Marta rumiaba un crimen imaginario. Le tenía tal bronca a sor Irene que pasaba el tiempo concibiendo la manera de matarla: por ejemplo, mientras regaba las matas del segundo piso, podía dejar caer una matera sobre la cabeza de la monja, de modo que pareciera accidental. Su fantasía lograba sublimar el deseo de acabar con nuestra carcelera.

Imaginar escapes ponía a circular por mi cuerpo la adrenalina necesaria para sacudirme del marasmo de las rutinas. Un día llegó al patio una mujer acusada de ser mafiosa, Marta Muñetón. Su marido la había iniciado en el negocio y, cuando lo mataron, ella asumió el manejo del grupo. Su manera de ser y de relacionarse con la gente, su extracción popular y el orgullo con que hablaba de ello, así como su forma de concebir la vida y el afecto por su madre, me gustaron. Era poco ostentosa y muy prudente, así que decidí hacerme amiga suya pese a las reservas de las compañeras de grupo por su condición de narcotraficante. Mientras ella me contaba algo de su vida, le exponía en voz baja mis observaciones sobre las posibilidades de fuga. Cierta mañana me

comentó, preocupada, que su juicio terminaría pronto y yo le advertí que, cuando dictaran la sentencia condenatoria, la cambiarían de patio. Así que tenía un tiempo limitado para pensar en escaparse, porque allí resultaba menos difícil hacerlo.

En esa misma semana nos trasladaron a las cuatro del Mira al patio “Progreso”, con lo que se frustraron mis primeros planes de fuga. Pasados tres días, recibí de mi amiga Muñetón su radio Sony de siete bandas, como regalo. Cuando quise mandarle una notica de agradecimiento, al día siguiente, me contaron que se había fugado en la madrugada. Me alegré por ella. Luego, comparando versiones, pude reconocer algunas de mis maravillosas ideas incorporadas a su plan de evasión. Claro que le sumó algo en lo que yo no había pensado: tres millones de pesos. Bueno, eso pudo restarle audacia, pero le aseguró la salida. Feliz ella, ¡carajo!

“Clase” le decían a los patios en un intento por cambiar el lenguaje canero. Cada uno de ellos tenía cierto estatus. El más prestigioso, al cual se enviaba a las detenidas de mejor familia y sin antecedentes, se llamaba “Cultural”, y en él las muchachas cocinaban y encargaban de la calle lo que les apetecía comer. Los uniformes que se ponían el día de visita eran de mejor tela y mejor confección. El “Cultural” se localizaba cerca de una de las salidas de la cárcel, su decoración estaba en manos de las muchachas, tenían matas, flores y cortinas de colores. El resto de las detenidas les mostraba animadversión por sus privilegios.

“Progreso” era el patio con las instalaciones más seguras en mitad del penal. Quienes compartían la suerte de las presas políticas eran en su mayoría mujeres de provincia con altas condenas por asesinato pero sin antecedentes judiciales. También había otras –como una mujer policía– acusadas de extorsión y otras más recluidas por fraude a la nación o secuestro.

“Laboral” era uno de los patios más espaciosos –incluso con una mesa para jugar ping-pong– y de los que albergaban un mayor número de detenidas. Todas trabajaban en los talleres y pertenecían a sectores populares.

En “Superación”, cuyas instalaciones deslucidas contaban con una cancha de básquet, se ubicaban las ladronzuelas reincidentes jóvenes, en su mayoría homosexuales por conveniencia mientras estaban encarceladas. A quienes recurrían a esa práctica oportunista, el resto de las detenidas las llamaban pirobas, muy despectivamente.

“Familiar”, también espacioso y muy limpio, era el patio de los casos difíciles. Allí llegaban reincidentes con delitos como robo agravado por lesiones personales o asesinatos, secuestros y crímenes atroces. Albergaba un sector muy deprimido socialmente, con las lesbianas más reconocidas y las mujeres más agresivas.

Si cambiaban a alguien de patio, en general no era por mejorar sus condiciones sino como castigo

por malas conductas. En casos complicados, como de pelea con lesiones o altercado con monjas y guardianas, o cuando pillaban a alguna drogada o en prácticas de lesbianismo, la confinaban al calabozo, lejos de los patios, donde a duras penas cabía un colchón, con puerta de hierro y una ventanita en la parte más alta. El aislamiento era lo más duro, decían las muchachas.

Punto, cadeneta, punto...

Los años entre 1978 y 1983 fueron pródigos en detenciones por razones políticas. Por El Buen Pastor pasaron militantes o colaboradoras de todas las organizaciones guerrilleras pero debido al frenesí en la actividad del Eme constituíamos el grupo más numeroso. Cuando llegamos sólo estaban Merceditas y Eunice, militantes del Partido Comunista, ambas acusadas de colaborar con las FARC; Jannet, una campesina de Urabá en iguales circunstancias; Marta Inés, del pla; Fabiola, de las Brigadas Rojas, grupo anarquista; Mercedes y Beatriz, del ELN, y María, del M-19. Todas negaban su militancia, porque esperaban sentencias absolutorias. Las recluían en diferentes patios, sin considerar para nada su carácter de detenidas políticas.

Al llegar el grupo nuestro, la cosa cambió. Reivindicábamos la condición de políticas, como lo habían hecho los compañeros de La Picota. Y, aunque las monjas negaran de plano la diferencia entre el delito común y el político, todo el país estaba debatiendo el tema, sobre todo tras la toma

de la Embajada de República Dominicana y la movilización de fuerzas democráticas en torno de los Foros sobre Derechos Humanos que comenzaron a realizarse a partir del año ochenta.

En El Buen Pastor tomaron medidas, nos fueron agrupando en el patio “Progreso”. El cambio tuvo aspectos favorables, como poder actuar como grupo, pero al mismo tiempo nos impusieron otras restricciones: mayor vigilancia, doble revisión de la correspondencia, ni prensa ni entrevistas especiales, visitas sólo de familiares en primer grado (a veces, aunque la Brigada Militar confiriera el permiso, si a la directora no le parecía, no podían vernos, y de nada valía el alegato). Las disposiciones internas del Buen Pastor excedían a las de la Dirección General de Prisiones.

En una ocasión le retuvieron a Silvia una carta enviada por su compañero preso en Bellavista, luego de pasar la censura de la directora, porque a la hermana Margarita, la encargada de nuestro patio, le pareció que la palabra “preñez” sólo era aplicable a animales. Otro día, un sacerdote amigo de mi tía monja logró que la Brigada le permitiera visitarme. Para su sorpresa, sor Blanca Inés Velásquez, la directora, le impidió la entrada porque era muy joven, y no parecía cura. Estábamos aisladas en verdad.

Que fuese lunes o jueves no importaba. Los días eran como rayas horizontales de cuaderno. En ese reducido espacio que adornaban treinta y nueve rejas, permanecíamos veintiún mujeres, casi todas

presas políticas. En un comienzo todas asistíamos a los talleres, pero nuestras apreciaciones sobre el pago del trabajo y las cuentas hechas en voz alta, comparando lo recibido con los precios de venta de la empresa, produjeron cierto malestar sólo evidente en murmullos y miradas de reproche a la monja que cuidaba el taller. Prohibieron hablar durante el trabajo pero incluso así no cesaron las miradas. Un día, Dolly se sintió indispuesta y pidió permiso para retirarse a su celda. Sor Margarita no se lo concedió y la mujer se regó a decir cosas calladas durante mucho tiempo. Entre la retahíla se oían expresiones como “monjas explotadoras”, “las ladronas no somos nosotras”, “miserables”, “ganan intereses a costa nuestra”, “yo *no como de ésa*”... El final era previsible: ella fue a parar al calabozo y nunca más nos permitieron volver a los talleres.

Desde ese día, nuestra actividad fundamental fue tejer. Las que sabían enseñaron a las otras las bases del crochet: punto, cadeneta, punto... En corto tiempo, hacíamos mochilas con diseños propios. Yo inventé unos monstruos redonditos de pies grandes, a los que dábamos diversas expresiones, y eso era divertido. Con el tiempo la tejedera se volvió compulsiva: andábamos con la costura en el bolso y no abandonábamos el punto, cadeneta, punto, como si al dejar las manos en reposo se suspendiera la vida. Sentadas en grupo, mientras tejíamos se enredaban interminables anécdotas personales. Mucho se habló de las actividades de las FARC, del EPL, del ELN, del PLA y del M-19, recreadas y compartimentadas a voluntad de cada cual. Las

divergencias ideológicas y políticas sólo aparecían a la hora de redactar secretamente algún comunicado que saldría en la calza de la muela o en el dobladillo de algún visitante. Más que de fondo, nuestras diferencias eran de términos: quizás con un buen diccionario se habrían solucionado con facilidad.

Hermanas de circunstancias, las presas políticas nos uníamos cuando se trataba de enfrentar a las monjas. La verdad es que la encargada de nuestro patio *nos la tenía montada*. Parecía un cuervo: bastaba la carcajada de alguna de nosotras para que la hermana Margarita se precipitara a sentarse, ceñuda, entre el grupo. El silencio caía como un telón hasta que ella se levantaba de nuevo.

Para afrontar los gastos cotidianos creamos un fondo común con el producto de la venta de nuestros tejidos y lo que llegaba de solidaridad para las políticas. Se daba a cada una 70% de lo que vendía; el 30% restante se destinaba a reponer materiales. Lo que nos donaban se repartía equitativamente. El dinero proveniente de las familias era de cada quien, pero las del Eme lo distribuíamos entre todas, para que nadie quedara sin cinco.

Deborah, una de las guardianas, le hacía la segunda a sor Margarita en el patio. Era una mujer soltera, de unos cincuenta y tantos años, con una rigidez poco común. La recuerdo con uniforme azul, pelo gris corto, las manos atrás, caminando muy erguida, siempre en plan de supervisión con las detenidas. Se le notaba por encima que le gustaban

las mujeres. Cuando Sara o Marta Lucía pasaban al lado, Deborah miraba al cielo, suspiraba y tarareaba con vocecita infantil la tonada: “Aquellos ojos verdes / de mirada serena / dejaron en mi alma...”, porque verdes y almendrados tenían los ojos ambas muchachas. Frente a ellas, su rigidez se volvía contoneo meloso y la voz de mando se hacía un susurro. La otra guardiana, mucho más joven, estaba allí porque no la admitieron en la policía. Ambas hacían turnos de veinticuatro horas y tenían su dormitorio en nuestro patio. La monja dormía en un cuarto al extremo de un corredor. La guardia nocturna era fundamentalmente externa y siempre a cargo de hombres, que no tenían contacto con las presas sino para trasladar un caso difícil al calabozo.

Las veintiún celdas del patio “Progreso” se alineaban en dos corredores, cada una con el espacio apenas suficiente para un tablón de cemento con un colchón sencillo, una mesa de noche y un asiento de madera. Un balde plástico bajo la cama servía como vaso de noche. La reja cerraba con un gran candado. En un patio descubierto había tres baños, tres duchas y dos lavaderos. En el segundo piso, la sala de visitas y la de televisión, una cocineta y el comedor. La comida venía de la cocina general o *bongo*. En la cocineta calentábamos la comida que enviaban los familiares de vez en cuando.

Ellas

La población de nuestro patio era más bien estable, pues sólo salían una o dos por mes; la mayoría tenía condenas largas y las restantes eran casos sin solución jurídica previsible. Recuerdo a Ofelia y Lucrecia, acusadas de secuestro hacía cinco años y convocadas a juicio cada cierto tiempo, sin que éste se llevara a cabo, porque los jueces aceptaban sobornos millonarios de la familia de las víctimas.

Lucrecia tenía tres hijos y algo más de treinta años, el menor de los cuales nació en la cárcel sin que la cobijara el beneficio de excarcelación por maternidad. Se la sentía tan buena como el pan que amasaba en la panadería del penal: se levantaba a las cuatro de la mañana y regresaba al patio a eso de las seis y media de la tarde, enharinada y rendida. Lucrecia hablaba con amor de su marido preso en Bellavista, con quien sostenía una correspondencia clandestina porque las monjas se habían enterado de que no estaban casados por la iglesia; lo apoyaba en las buenas y las malas empresas. Un día de cada mes se acicalaba con esmero para recibir la visita de sus hijos. Ese día la veíamos sin harina en las mejillas rosadas, con una sonrisa radiante, pero cuando terminaba la visita se encerraba en su celda a llorar. Hasta muy tarde se escuchaban los sollozos.

Entre tanto, Ofelia, una joven llena de vitalidad, no se resignaba a su suerte. Apenas había probado las delicias de una vida cómoda junto a un abogado quince años mayor que decidió dedicarse a un oficio

más productivo: el secuestro. Montó la empresa y empezó a actuar con éxito: reivindicaba como políticos los *secos*, con el objeto de despistar. Todo iba bien, hasta que un día cantó un *sapo* y la suerte lo abandonó: la policía entró matando y luego preguntó quién era. A Ofelia la detuvieron, aunque no había cumplido los dieciocho años, y su hija quedó como única heredera de una fortuna que otros disfrutaron. Además Ofelia sabía que su juicio sería aplazado hasta que el comerciante judío al que secuestraron se cansara de sobornar al juez.

Sara, como una gata brava, con temple para soportarlo todo, llevaba cuatro años en prisión y le faltaban otros tantos. Era una muchacha de faenas de campo que nunca había salido de Segovia, en Antioquia, tan buena para el trabajo como apasionada por los hombres, hasta que un día se enamoró de uno y se largó a vivir con él. Cuando contaba esta historia, sus ojos verdes rasgados todavía brillaban de rabia. Un domingo en que bajó al pueblo, alguien le avisó que él tenía moza. Pensó en el hijo que esperaban, sopesó su amor y decidió disputárselo a la otra. Se animó con unos *guaros*, entró en la cantina, miró a la mujer que le indicaron y se dirigió desafiante hacia ella. La otra, como si hubiera estado esperándola, descogotó una botella y se le echó encima. El puñal de Sara la aventajó, pero ambas penetraron la entraña de la enemiga. Ella vio caer a su rival en medio de las luces rojas. Sólo entonces se dio cuenta de que la otra también estaba preñada y se desmayó porque la sangre de su herida le restó fuerzas. En la cárcel de Segovia abortó. A su hombre no lo vio más. Luego, el

juicio y la condena fueron puro formulismo. Nunca se arrepintió, aún siente que “la paga con gusto”.

Beatriz Villa cumplió los dieciocho años en pleno juicio. Menuda pero con una fuerza que no le cabía en la ropa, la Beatra era la segunda de los seis hijos vivos de Don Nino, un gordo monumental, paísa de *raca mandaca* y pendenciero, que vivía del comercio de cualquier cosa que le diera plata para mantener la familia y tomar guaro. Ella lo acompañaba a todo, decía de sus hermanos que uno no servía para nada, que otro se había dedicado al estudio y que los demás estaban pequeños, así que ella respondía por el viejo cuando se emparrandaba. Cierto día, en la gallera, un tipo se la montó a Don Nino y lo provocó todo el rato. Cuando salieron, Beatriz estaba segura de que el grupo del tipo iba a agredir a su padre, así que les madrugó y cuando uno de ellos amagó ella ya tenía el cuchillo en la mano y lo atacó por detrás, directo al cuello... Cuando lo contaba, parecía narrando un cuento ajeno. La condenaron a diez años y no hubo sábado en que Nino faltara a la visita, ni jueves sin comiso. Beatra, rebelde y frentera, no sabía de reverencias a monjas ni guardianas, pero conocía la solidaridad y la lealtad. Tenía tres grandes afectos en la vida: su padre, su hermano el sano que, según ella, se parecía a nosotras en la manía de escuchar noticias, y su feíto, como llamaba a un moreno cumbambón de mirada oblicua, el novio que se mantuvo firme con ella durante todo el tiempo de *cana*. Su familia se convirtió en la nuestra. Nino decidió mandarnos a llamar los sábados, porque le daba pesar que

fuéramos *gringas* y nadie nos pidiera para salir de la celda el día de visita.

Uno de los personajes más divertidos de “Progreso” era la Viuda Gaviria: Alba se llamaba, una rubia alta de rostro bello y eso que las señoras llaman porte elegante. Ocultaba con sonrisa de Monalisa el portillo de un diente ausente que no le restaba encanto. Simulaba timidez, humildad o inocencia, y por temperamento tendía a estallar en carcajadas, gritos e improperios. Pocas tuvimos la oportunidad de conocer el descaro de sus anécdotas sexuales y su debilidad por el dinero. Era de esas mujeres que pueden estar con Dios y el Diablo, pero con nosotras fue buena gente.

Criada en un hogar de tradición antioqueña, de misa el domingo y lectura colectiva de *El Colombiano* durante el desayuno, Alba estudió con monjas en el colegio de La Presentación y, a la sombra de las novelas de Corín Tellado, tuvo los sueños de cualquier adolescente: casarse con un hombre rico y salir de la estrechez económica en que las perpetuaba el sueldo de celador bancario que recibía su papá. La madre nunca dejó de pedir a san Antonio buenos maridos para sus cuatro hijas.

Por ese entonces Medellín conoció riquezas instantáneas y uno que otro muchacho del barrio apareció en carro nuevo, con cadena de oro y reloj de lujo, convertido en apoyo y orgullo para la familia y el barrio. Por eso Doña Susana mandó celebrar una misa al santo de su devoción cuando supo que

Alba estaba saliendo con Pacho, un mecánico que ensamblaba motores para enviar al exterior y a quien se le veía el progreso económico por encima. La señora se hizo la loca ante las llegadas de su hija cada vez más tarde, y el día en que no amaneció en la casa impidió que su marido le hiciera cualquier reclamo. Por los regalos del muchacho a la novia y a toda la familia, la buena señora concluyó que tenía sanas intenciones. Cuando Alba se fue a vivir con él, la madre olvidó el mandato de la Iglesia sobre el matrimonio y en la casa no se permitió una sola crítica. Al sacar la última maleta, su mamá le dijo:

—Para casarse, a veces, un hombre necesita un hijo... —Alba le dio un beso a la vieja y se marchó.

Al principio todo iba bien. El primer embarazo no se hizo esperar. Mientras tanto, ella fue enterándose del oficio de su marido y, como no tenía un pelo de boba, le colaboró poco a poco hasta hacerse indispensable. Al segundo embarazo, bastó un lagrimeo para convencerlo de la necesidad de casarse.

Por ayudar generosamente a su familia paterna, Alba echaba mano de algunas tretas.

—A él yo lo manejaba en la cama, porque tengo una ventaja de la naturaleza que pocas mujeres poseen. Es la capacidad de contraer la vagina, y yo sabía que a él eso lo enloquecía. Así que, mientras me hacía el amor, yo metía la mano bajo la almohada, donde guardaba la billetera, y sacaba unos dolaritos

para mi mamá... Nunca se dio por enterado –contaba y soltaba una risita menuda, mientras se tapaba la boca con la mano.

Sobre las razones de su detención, había varias versiones: que trabajaba con la Cuarta Brigada del ejército en la sección de libretas militares y le pillaron algún cruce con la mafia; que cuando declaró renta sobre una finca encontraron diferencias entre el valor real y el declarado en el catastro o que no pudo explicar el origen de una considerable cantidad de dólares en su cuenta bancaria. Pacho quedó a salvo y jamás se dejó ver en la cárcel. Todas las semanas, Alba recibía visitas de su madre o sus hermanas, y se morían de risa comentando que, cuando alguien preguntaba por ella, respondían que estaba de vacaciones en Miami.

Una mujer policía compartía el patio con nosotras. Pertenecía al cuerpo de control y vigilancia de la Policía Metropolitana. Su sueño era ser como las protagonistas de la serie “Los ángeles de Charlie”. Un día se tiñó el pelo de rubio platinado, por parecerse a la detective de la televisión, y presentó papeles para que la admitieran en la policía. Ejerció por años y aprendió los trucos que le permitían ganar dinero extra, hasta que cayó extorsionando a otro más vivo o, como decía ella, “con relaciones por lo alto”. Era la *sapa* del patio, siempre espiando lo que podía interesar a las monjas. No tenía amigas entre las caneras viejas y aprovechaba a las que llegaban para ganar su amistad, hasta que la conocían y la *zafaban*.

Con todas ellas compartimos la cotidianidad del encierro, con ellas conocimos otros mundos diferentes a los nuestros y de ellas aprendimos. Pero, desde luego, los nexos más fuertes se construyeron entre las presas políticas.

Nosotras

La identidad del grupo de detenidas políticas pasaba por encima de las diferencias a la hora de confrontarnos con el resto de presas o contra las monjas. Ese “nosotras” nos fortalecía y generaba afectos y solidaridades características entre quienes nos enfrentábamos como grupo a un entorno hostil. A todas las recuerdo con especial cariño, pero voy a hablar de las más cercanas, las que estuvieron conmigo en el mismo corral, en el patio “Progreso”.

Susana parecía salida de un almanaque de los años treinta, toda ella tenía el color sepia de las fotos antiguas. Espigada, con ojos inmensos, cabello hasta los hombros y gestos a lo Greta Garbo, había causado revuelo entre los militares, pero ella, inflexible en sus convicciones, pocas veces les dirigió la palabra. Su propio interrogador le profesaba cierta reverencia. Ni en los peores momentos se le oyó una queja. Al contrario, en el Mira, durante el aislamiento, cuando el miedo y la soledad se juntaron para hacernos creer que estábamos perdidos, yo supe de su existencia porque ella cantaba boleros para darse ánimo y me transmitía una insólita calma.

Susana había estudiado sociología en la Nacional, pero su vocación la llevó al teatro; allí la conocí por uno de esos cruces de la clandestinidad. Mantuvo en la cárcel su capacidad histriónica y podía hacer que nos riéramos hasta reventar o asustarnos con sus neuras, porque enfurecida era una tempestad que parecía devorar el mundo. Su rostro podía ser el más expresivo o petrificarse: sin duda sus dotes de actriz la llevaban a ser implacable o imperturbable. Verla cuando se paseaba por el patio era como repetir escenas de la película *Juana de Arco*, protagonizada por Ingrid Bergman. Su belleza gustaba a las lesbianas y varias se enamoraron silenciosa y discretamente.

A Marta le decíamos también Cabellos de Ángel, porque su pelo negrísimo y grueso no podía mantenerse en forma sin secador. Acomodarlo sin que pareciera un erizo se convirtió en una de las tareas que ella asumió con el mismo rigor con que abordaba todo. Estudió ingeniería química en la Universidad Nacional de Bogotá y durante el curso militar mantuvo su fama de juiciosa. Caminaba lento y el peso de su cuerpo nos dejaba reconocer sus pasos por la vibración que producía. Cuando bajaba la cabeza y parpadeaba despacio, sabíamos que estaba a punto de emitir una opinión equilibrada e imparcial propia de su disciplina académica, pero tampoco era difícil sorprenderla riéndose en voz baja para luego levantar la cabeza y soltar una carcajada.

Marta era sobria, su apasionamiento sólo salía a relucir en los enfrentamientos con las sores y las guardianas. Para controlar la bronca que les tenía, realizaba prolongadas jornadas de

gimnasia, ejercicios de respiración de yoga y dietas vegetarianas. Vestía de sudadera y tenis y usaba falda los días de visita, porque tocaba ponerse uniforme.

Silvia estuvo con nosotras hasta que nació su hija, Libertad. Aunque no era una muchacha frágil, su estado de preñez hacía que todas la protegiéramos, pero tras su juventud y su dulzura se escondía una personalidad recia. Hija de un mediano caficultor, había estudiado en la Universidad Externado de Colombia su primer semestre de derecho y todavía vivía en casa con sus hermanos cuando le propusieron el curso de preparación guerrillera. Los militares la interrogaron con especial insistencia, tal vez tratando de sacar partido de su edad, pero se toparon con la fortaleza de sus convicciones.

Susana, Marta, Silvia y yo éramos las cuatro del Mira, pero junto a nosotras estuvieron temporalmente otras compañeras del Eme vinculadas con el secuestro de Martha Nieves Ochoa, la misma que quisieron canjear por Elvecio los del MAS. Entre ellas, quien más tiempo permaneció con nosotras fue Beatriz Rivera. Tenía veintiún años, cara de colegiala y vocabulario de arriero. Todo en ella era bullicio, actividad y risa. Su trenza oscura la seguía bailando a donde fuera.

La habían detenido en un allanamiento a su casa que hicieron el MAS y los militares en busca de Marta Nieves Ochoa. Quienes estaban dentro, el Mono Candelo —su compañero—, un sardino y ella, respondieron a bala. A Beatriz le correspondió

defender la posible retirada desde el patio; cuando agotó la munición, la rodearon los soldados. No supo que a los demás los habían matado y más tarde aguantó la tortura sin decir palabra. Sólo a los diez días, en la indagatoria, el juez le confirmó la verdad. Beatriz pensó en morirse pero abrió los ojos y no tuvo más opción que mantenerse firme, como si tuviera la necesidad de vivir por el Mono y por ella. Los militares interpretaron su fortaleza durante los interrogatorios como dureza y sed de venganza, pero nada más lejano que ese sentimiento para ella, formada con esperanza en la vida. Un dolor sin lágrimas se le quedó adentro, junto al luto de su primer amor. Cuando oía canciones de Alberto Cortés su mirada se oscurecía como si toda ella se eclipsara. Su dolor me penetraba el alma. La quise de manera especial, quería aprender, se convirtió en mi alumna y yo sentía que mi experiencia operativa quedaba en las mejores manos.

Otra Beatriz, de apellido Betancur, estudiante de la Universidad de Antioquia, fue nuestra anfitriona cuando llegamos al patio “Progreso”, donde llevaba un año. La acusaban de ser del ELN. Paisa a carta cabal, todo en ella era desbordado: su risa, su alegría, su enojo, su voz. Un chorro de voz que, cuando cantaba, hacía las delicias de todas. De su vida contaba cosas y más cosas, unas ciertas y otras no tanto, sólo por mantener ocupada la cabeza, porque de lo contrario la invadía la melancolía del amor. Los días en que recibía clandestinamente una nota de su compañero, preso en Bellavista, las campanas tañían a rebato. Durante el tiempo que permanecimos juntas

nos apoyó generosamente con toda su infraestructura organizativa y los contactos que mantenía desde la cárcel con la universidad. Beatriz contaba con una solidaridad sin límites.

Fabiola, que estudiaba química en la Universidad de Antioquia, fue trasladada a nuestro patio en castigo por insultar a la monja de “Laboral”, donde estuvo más de un año. La habían detenido porque en un allanamiento a su casa encontraron dinamita. Pertenecía a un grupo anarquista llamado Brigadas Rojas y, por aquello del oficio, daba especial importancia a los explosivos en la lucha contra el sistema. Esta anarca era temperamental y las monjas la sacaban de quicio. Le bastaba sentir su cercanía para preparar el ataque: no las dejaba pasar sin decirles alguna impertinencia, cosa que a todas nos hacía gracia. Pero ella no reía, su rabia anidaba muy adentro. De allí provenía su úlcera. Con nosotras, en cambio, liberaba su alboroto vital que disparaba alegría y ternura. Su amor, el Juancho, compañero de vida y andanzas, asomaba a sus ojos en las tardes de nostalgia.

Tínez, como llamaba Fabiola al padre, la respaldó de modo incondicional cuando supo de las torturas que había soportado sin soltar palabra. No importaba si tenía razón o no, pues había sido consecuente con lo que creía, y eso bastaba. Ella y la hermana, nacidas de la unión libre de su padre con una mujer que a veces se escabullía de la realidad por los trastornos del desvarío, fueron criadas por la legítima esposa de Tínez con más amor que si procedieran de su entraña.

Fabiola aprendió a tocar guitarra en la cárcel y equivocaba el rumbo de las notas en todas las canciones, pero no paraba de ensayar nuevos ritmos. La menuda y constante asfixia de espíritu a que nos sometían las monjas era para ella intolerable. Cuando llegaba al límite, lloraba sacudiendo su cabeza crespada, mientras decía todas las palabrotas que se le ocurrían; la rabia no le cabía en el cuerpo.

Soeli llegó acusada de pertenecer al EPL y, aunque nunca lo negó, mantuvo cierto hermetismo sobre sí misma. Hablaba poco pero respaldaba cualquier cosa que hiciéramos, así le llegara el agua al cuello. Se relacionaba apenas lo indispensable con monjas y guardianas, prefería ignorarlas.

Marta Lucía y Ángela, las primas adolescentes recién salidas del colegio, decidieron afrontar la militancia también en familia. Ambas, con sus novios, pertenecían al mismo comando del EPL. Las pillaron días antes del paro cívico del ochenta y uno, con bombas molotov y *niples*. Marta Lucía tenía pinta de *yo no fui* y belleza exótica. Ángela mostraba una seriedad precoz y una inteligencia clara. Por ser la mayor, en ella descansaba, de alguna manera, la responsabilidad de la otra. Las sardinas del grupo traían la alegría de la mano y cumplieron el año de condena sin mayor congoja. Esta experiencia, incluso, les daba cierto halo de heroísmo.

En aquel patio otras pasaron temporadas cortas: Denisse, una morenita con pinta de secretaria a la que acusaban de ser de las FARC; Olga, Marta Correa y

Clara, del M-19, vinculadas al secuestro de Marta Nieves Ochoa.

Nosotras éramos las políticas del patio “Progreso”, las hermanas, las compañeras, las amigas.

Las otras

Las diferentes a nosotras y a ellas: las monjas. Sor Blanca Inés Velásquez personificaba al ángel vengador; a través de su mano Dios y la sociedad castigaban a las infractoras. Grande e imponente, caminaba con una altivez poco usual en una religiosa. Había llegado ser directora del penal no sólo por su capacidad profesional y su firme principio de autoridad, sino porque pertenecía a una de las familias adineradas de Medellín. Tenía unos treinta y seis años y cumplía cabalmente su misión como azote de pecadoras, convencida de que castigando el cuerpo y las pasiones se purificaba el alma. Las presas le decían “La Paloma” por su hábito blanquísimo y sus movimientos de cabeza entre sobresaltados y atentos. La gente le temía, y eso le gustaba.

Los guardianes y las guardianas no se atrevían a comerciar con las necesidades de las detenidas, como en las otras cárceles donde todo tenía un precio, el cambio de patio o de celda, el paseo a otros lugares del penal o las visitas extraordinarias, y donde todo se conseguía: droga, licor, armas, revistas pornográficas, naipes, dados o lo que fuera. Tampoco podían recibir sobornos; en eso las monjas eran muy estrictas y, así como nos vigilaban a nosotras, los

vigilaban a ellos. El guardián o la guardiana que llegara al Buen Pastor tenía que vivir estrictamente de su salario.

Blanca Inés era, en cierta forma, una figura sagrada, porque tenía la autoridad legal y la religiosa. En esas relaciones terreno-celestiales, se manejaba un doble poder: el que confería la ley y el que venía de Dios. Por tanto, el castigo inferido por las monjas tenía también doble fuerza para cumplir con la sanción social y expiar el pecado. Ejecutada la condena, se suponía que habíamos saldado la deuda con la sociedad y enderezado los pasos hacia la salvación del alma. Tal exceso no encontraba mayor resistencia en un medio tan católico como el de Antioquia.

Sólo a nosotras nos parecía cruel la cárcel de las monjas. Las políticas no aceptábamos su poder religioso, no les rendíamos pleitesía, nunca dejábamos que nuestra impotencia resultara evidente. Sin perder de vista que estábamos frente a la directora del penal, peleábamos cara a cara.

Después de nuestras primeras denuncias en la visita de jueces que se realizaba una vez por mes, sor Blanca Inés decidió que era mejor evitar confrontaciones desgastadoras. No soportó nuestros cuestionamientos públicos a la arbitrariedad de su re-glamento interno, ni que pusiéramos en duda su respeto por los derechos humanos ni, menos aún, su práctica cristiana en la cotidianidad. Varias veces perdió los estribos ante nuestros reclamos, pero

finalmente aprendimos a convivir, si no en paz, por lo menos con reglas claras.

A partir de ese momento comenzamos a negociar algunas cosas como la entrada de prensa, aceptando la censura que hacía la propia directora sobre noticias políticas, violencia y sexo. El periódico llegaba al patio y lo leíamos por turnos, echando madrazos cuando lo abríamos y encontrábamos una ventana del tamaño de nuestra cabeza. También logramos convencerla del prestigio que daría a la institución la vinculación de un grupo de detenidas con el programa de Universidad a Distancia en la Universidad de Antioquia. Como sólo nos matriculamos las políticas, ella inscribió a dos guardianas para mantenerse informada de cuanto sucedía.

Cuando cayó Elvecio y quedó al descubierto nuestro plan de fugarnos por la iglesia, la directora nos prohibió asistir a misa, pero la amenazamos con escribir al obispo y al Papa acusándola de negarnos el consuelo espiritual al que teníamos derecho como cristianas. Después de algunos días, nos permitió volver. Para las negociaciones, el conjunto de políticas de todos los patios habíamos organizado una comisión. Merceditas, Elizabeth, Susana y yo hacíamos parte de la delegación diplomática que hablaba con la directora. Poco a poco, accedió a autorizarnos cosas elementales a las cuales teníamos derecho, como las citas con el psiquiatra del penal, aceptó estudiar las solicitudes de exámenes médicos especializados por fuera de la cárcel y entregarnos la correspondencia que nos llegaba.

Sor María Margarita, dueña del patio “Progreso”, era una mujer pequeña y seca, de rostro invariablemente adusto, con una gran ignorancia sobre todas las cosas. Tampoco le hacía falta mucha ilustración para ejercer su tarea: a sus cincuenta y tantos años seguía convencida de que una guerrillera era el diablo sin cola. Para colmo de nuestros males, en esos días, a la sombra de alguna protesta por el alza del transporte, un grupo de encapuchados incendió un vehículo dentro del cual dos monjas murieron quemadas. El macabro incidente, atribuido por los medios de comunicación al ELN, motivó la prédica de sor Margarita. Todas las mañanas nos despertaba ofreciendo el día al Señor Jesucristo para que, por intermedio del dolor de su Santísima Madre, ablandara esas almas ateas e impías que llenaban de sangre y violencia la patria, matando soldados y religiosas... Padre nuestro que estás en los cielos... Sabíamos que, si por ella fuera, sor Margarita terminaría acusando a las guerrillas de la muerte de Cristo. La monja actuaba según una lógica elemental, conforme con la cual ella tenía la misión de salvar nuestras almas a toda costa. La cárcel era el instrumento idóneo para infligir el castigo salvador.

Nosotras no mostrábamos arrepentimiento; al contrario, afirmábamos nuestra condición de rebeldes y eso la desconcertaba muchísimo, nos consideraba elementos demoníacos. Por eso era tan agresiva: si estábamos contentas y silbábamos, nos mandaba callar, si cantábamos en el baño, nos llamaba al orden. Prohibió la canción que dice:

*Como un pájaro libre,
de libre vuelo,
como un pájaro libre
así te quiero.*

Si oíamos radio con audífonos, nos perseguía para averiguar qué escuchábamos, nos arrebatava en cualquier momento los cuadernos de notas personales para revisarlos, no nos dejaba tomar tinto ni reír a carcajadas ni correr por los corredores, ni, ni, ni...

De todo nos culpaba. Un día, el niño Jesús que cargaba san Antonio amaneció con una venda en los ojos. Sor Margarita nos mandó llamar y, enfurecida, nos acusó de realizar actos de brujería, de ser ateas, de burlarnos de la religión y de mil cosas más. Nosotras la mirábamos atónitas, sin entender qué sucedía. Cuando terminó la diatriba, una de las reclusas del patio explicó con verdadera angustia que le había vendado los ojos al niño porque así san Antonio le ayudaba a encontrar algo que había perdido. La monja no supo qué decir y se retiró rezongando. Margarita, en su inmensa ignorancia y con su simpleza de espíritu, se convirtió en verduga. Pobrecita, en lugar de consagrar su soltería a la oración.

Las más notorias eran las monjas encargadas de patio: Irene en "Recepción", Raquel en "Cultural", Carmen en "Laboral", Inés en "Familiar" y Teresa en "Superación". Otras, las de servicios, no se sentían; vivían en la cocina, en la panadería o en la administración. Si una mujer opta por el convento

tiene varias alternativas: ser maestra o enfermera, cuidar ancianos y huérfanos o permanecer en clausura orando, cultivando, cosiendo. Pero la labor de enderezar caminos, látigo en mano y encerrada en una cárcel, es la peor de todas. Para ello hace falta una buena dosis de perversión.

El rigor de las monjas en el manejo del presupuesto y la concentración de toda autoridad en la directora, de cuyo ojo vigilante no se escapaba nada, hacían del Buen Pastor en Medellín una cárcel libre de la rapiña por la supervivencia, tan común en otros sitios. Con las monjas la comida era buena y el aseo permanente, había espacio para matas y flores, la droga estaba muy controlada, el lesbianismo se disimulaba. En apariencia, todo marchaba bien: las presas se llamaban *internas*; la prisión, *internado*; los patios, *clases*, como si por un conjuro nos encontráramos de pronto en un instituto educativo, recibiendo conocimientos útiles... Cosas de monjas.

El agua turbia corría bajo el puente. Su método para dominar la voluntad de las detenidas era sutil. Con ellas no había violaciones a los derechos humanos tan evidentes como con los militares; su violencia era menudita, soterrada, dirigida al espíritu, para vencer la rebeldía, someternos de a pocos, desgastar nuestra fuerza. Así negaban nuestra condición esencial: el delito político. Prohibieron mencionar el nombre de nuestras organizaciones, sus siglas y sus símbolos, las canciones a la libertad. Limitaron la lectura, supervisaron toda actividad de estudio, revisaron las notas personales, prohibieron

ciertos programas radiales, limitaron las visitas, retuvieron las cartas. Nos aislaron. También nos violentaron constantemente, cuando nos castigaban sin causa justa o nos negaban derechos elementales, como las idas al baño, la excarcelación por maternidad, la entrada de los abogados y la visita al médico.

No hubo peleas graves, ninguna de nosotras estuvo en el calabozo. Las monjas concentraban baterías en entorpecer los pequeños goces de la cotidianidad, en recordarnos que estábamos sometidas, en no dejarnos ser nosotras mismas, en domesticarnos paulatinamente. Eso nos reventaba por dentro.

De tarde en tarde se oían desde nuestro patio los monólogos a gritos de las mujeres que estaban en celdas de castigo:

—¡Sáquenme de aquí, para matar a esa sapa hijueputa que me aventó!

—Me las van a pagar todas, ya verán cómo me las pagan esta mano de *gonorreas*... las pago a todas con gusto... me las llevo por delante.

—Me tienen hace un mes, me quieren matar en este hueco.

—No les tengo miedo... ¡cobardes! Déjenme salir... Quiero ver a esa hijueputa Paloma. No le tengo miedo.

—¡Sáquenme que el encierro me está matando, sáquenme!

Golpeaban hasta el cansancio la puerta de hierro. Luego se oían sollozos. Yo quedaba pendiente de ellas hasta que su voz enronquecía y sentía sus gritos como expresión de lo mismo que me ardía por dentro: rabia e impotencia. Pero la dignidad no me permitía desbordamientos. A veces me preguntaba si valía la pena aguantar. La explosión de palabras debía ser un alivio. Entonces cerraba los ojos y les decía de corazón:

—Griten, griten más fuerte, que ustedes pueden... ¡Griten por mí!

Hay un momento en el que se rompe el límite del aguante y entonces el ser humano se lanza con toda la rabia contenida contra lo que se atravesase en su camino. Así sepa que es un suicidio, es su último acto de libertad. Eso lo entendí en la cárcel.

Resistencia

La manía de conspirar nos permitió compartir poemas, entre ellos algunos de Nazim Hikmet, o libros como *Al pie del patíbulo*, de Julius Fucik, y otros de los prohibidos, empastados con carátulas de textos inofensivos. Y también las cartas de los compañeros de La Picota o del amigo-amante, ocultas en sitios insólitos, como un tarro de avena Quaker, o pegados y envueltos en plástico dentro del tanque del inodoro o bajo el balde de orinar, en

la celda. En más de una ocasión, se destiñeron los escritos, pero como los conocíamos de memoria los restaurábamos para seguir leyéndolos.

Entre todas, trazábamos estrategias para sobrevivir y lograr mínimos espacios de libertad. Cuando pudimos asistir a las citas con el psiquiatra de la cárcel, habíamos elaborado un plan que incluía los temas de los cuales hablaría cada una de nosotras para lograr el objetivo. Nos ofrecimos tres: Fabiola, Marta y yo. Fabiola insistiría en la agresividad que le despertaban la monja Margarita y sus rezos contra nosotras, como si fuéramos el diablo. Marta, en las ganas de matar que le suscitaba tanto aislamiento, nos tenían como a leprosas. Yo contaría una y otra vez que no soportaba las treinta y nueve rejas del patio, estaba a punto de enloquecer viendo paredes y rejas. Pero el psiquiatra nos resultó un esquemático freudiano: a Fabiola y a mí nos habló de Edipo y a Marta del complejo de castración.

Nuestra estrategia la combinamos con un acercamiento al párroco del Buen Pastor, un cura vasco. Y en esto me dejaron sola: las compañeras no sabían cómo convertir la confesión en herramienta de desbloqueo con las monjas. Yo creo que en el fondo era temor de lo sacro, porque el sacerdote lo único que nos pedía era confesión y arrepentimiento. Para mí no fue fácil, pero era la que más conocía de curas y monjas. No en vano había estudiado desde segundo de primaria con las franciscanas. Así que me fui a confesar y lo tomé como si fuera un interrogatorio. Le pedí al sacerdote que me preguntara,

porque yo había olvidado los procedimientos. Traté de no mentir, y sólo dije verdades a medias que no perjudicaban a nadie, ni a mí. Lo extraño es que no sentí remordimiento, porque ésa era la llave que permitía un acercamiento. De allí en adelante se hizo fácil conversar con el capellán, incluso para mis compañeras.

Me confesaba cada cierto tiempo, sobre todo cuando quería que el padre se enterara de los hostigamientos de sor Margarita. Mis pecados eran de ella, que provocaba. Y esto surtió efecto. Margarita se suavizó un poco, por influencia del capellán. En esa etapa tuve un acercamiento espiritual, no con el cura sino con la idea de Dios. Me gustaba sentir que alguien velaba por mí.

Poco a poco, la convivencia se hizo menos tensa: nos permitieron tomar una hora diaria de sol en la cancha de básquet, bañarnos en la pileta, pasar dos horas semanales en la biblioteca y asistir a cuanto curso dictaran, de primeros auxilios, de costura, de panadería, generalmente los dictaba el SENA.

En la cancha hacía ejercicio hasta el agotamiento. El cansancio físico era una gratificación al movimiento muscular que significaba vida. Me aferraba a cualquier sensación que confirmara eso: la vida. Tendida de cara al sol, el horizonte abierto con el cielo azul al fondo o la rama del árbol que ganaba espacio al muro bastaban para salir de allí con las alas de la imaginación, volar sobre las rejas hacia otros espacios en compañía de la gente a la que

amaba, buscar ese mundo en movimiento que estaba más allá del encierro.

Entre muros inventé muchas cosas para resistir sin *encausarme*, como le decíamos al hecho de derrumbarse cuando *la causa* se viene encima. Oír música era una de ellas: cerraba los ojos y me imaginaba danzando en el aire, la danza es libertad. Desde la celda o en el patio, con un poco de esfuerzo, también se veía la luna, y entonces sentía que la vida estaba nueva. Los barrotes no me impidieron soñar ni respirar ni mucho menos recordar. Éstas son actividades inembargables.

En las noches o en las tardes de domingo, durante la siesta obligatoria, empezaba la reconstrucción de los más bellos momentos, los sitios y las personas que se habían quedado en la memoria. Quieta en un rincón, unía fragmentos hasta lograr la nitidez del recuerdo, y en ese pequeño espacio cuadrado se reproducía un ayer con sus voces, sus palabras, la tibieza desatada por las sensaciones. Eran pedazos de mundo atrapados de nuevo. Todo mi cuerpo poseía memoria de huellas amorosas y guardaba en el tacto imágenes como si fuera ciega, delicias que devuelven la alegría por instantes, mientras se revive el pasado. Luego venía la soledad. Allí donde ubiqué la tibieza de una mano, donde se adentró un olor, donde estaba la huella de la ternura, se colaba el frío de la ausencia, un frío doloroso... Pero el dolor de la añoranza también es sensación de vida. Muchas veces me encontré sin saber qué hacer, con el amor añejo y el cuerpo maduro de deseos, hasta sentir

que la rabia estallaba entre la piel y los huesos con sollozos interminables. ¡Sentir, sentir era estar viva!

*Feliz este cuerpo que se extraña
de sentir la vida todavía
recorriendo lentamente
las minúsculas cavernas de mis venas*

(Buen Pastor, Medellín, marzo de 1982).

El peor castigo para todas era que nos suspendieran la visita, porque la sanción afectaba a los familiares que debían pasar horas y horas haciendo cola para encontrarse con la noticia que, por mala conducta, su pariente no tenía derecho a la visita.

En las cárceles del país, hombres y mujeres podían entrar de visita en jornadas diferentes: los hombres el sábado, durante medio día, y las mujeres el domingo, todo el día, de modo que alcanzaran a “atender” a sus compañeros. Este reglamento favorece claramente a los varones. En las cárceles de mujeres se tenía menos tiempo el sábado para estar con el novio o el marido; no existía tampoco la posibilidad de intimidad, de entrar aquél en la celda de la detenida, por prevenir embarazos que podían ganarle el beneficio de excarcelación. Las monjas hicieron ajustes al reglamento penitenciario: el sábado daban entrada a hombres y mujeres para visitar a las detenidas de una a cinco de la tarde. Nosotras no recibíamos a los visitantes en los patios sino en salones especiales, vigilados por monjas y guardianas.

El sábado se rompía la rutina, era un descanso incluso para quienes no teníamos visitas. En la mañana trabajábamos normalmente y el almuerzo, como de costumbre, se servía a las doce en punto, pero en adelante las muchachas se arreglaban para recibir sus visitas. El patio parecía estrecharse por el continuo correteo de mujeres que se prestaban la pestañina o el lápiz labial, se turnaban las sombras de los ojos, se deshacían los marrones entre ayes de dolor y manos apuradas. Ese día, el uniforme era obligatorio y diferente para cada patio, pero cada una se esforzaba por lucir un accesorio que la embelleciera.

—¿Me queda bien de cintura?

—¿Salen estos aretes con el color de la blusa?

—Ayúdame a peinarme.

—Préstame tus zapatos.

Era una hora de ajetreo por unas tres de retozo con la familia. La puerta del penal se abría a la una, pero mientras pasaban la requisa y llegaban al patio podían gastarse una hora. A las cinco sonaba la sirena que anunciaba el final de la visita.

Nuestras madres y alguna que otra hermana hacían el esfuerzo de viajar desde Bogotá, Pasto, Armenia o Ibagué, para acompañarnos tres horas cada dos o tres meses. Tenerlas con nosotras era maravilloso, pero nunca imaginamos cuán difícil

les resultaba someterse a los rigores de la requisita. Les hacían bajarse los calzones y exponer el sexo a la curiosidad de la guardiana, quien con un pañuelo esculcaba sus partes íntimas en busca de droga y luego les manoseaba los senos. Eso, más aún para mujeres mayores, es un escarnio espantoso. A veces llegaban llorosas a la visita por la rudeza de la requisita. Sólo el amor permitía que se arriesgaran a visitarnos de nuevo.

El abrazo del encuentro borraba cualquier mal recuerdo. Ellas eran un puente hacia el mundo externo con el que soñábamos y al que ya empezábamos a olvidar. Las madres venían con el amor represado, con noticias frescas, encargos, saludos de todos, y una creciente solidaridad con nuestra situación. Se convertían a partir de la primera visita en madres de todas, en hermanas entre sí, en visitantes asiduas de las cárceles ubicadas cerca de donde vivían para saludar a los compañeros. Con ellas se inventó la cadena de afectos y floreció la suerte que nos acompañó de allí en adelante.

Después de la visita, quedaba una doble sensación: la reconfortante del afecto y el dolor por su angustia. Sabíamos que ellas no tenían más opciones que aprovechar el consuelo temporal de vernos en prisión y rogar por que no menguara nuestra fortaleza, o sabernos en libertad, perdersen de vista y esperar la noticia de nuestra muerte. De ese dolor común, de esa compenetración de madre a madre, nacieron asociaciones de familiares y grupos

de solidaridad que nos acompañaron durante todo ese tiempo de mierda.

Cuando nadie nos solicitaba para la visita, permanecíamos encerradas en nuestras celdas. Por eso pensamos en alguna actividad para ver a la gente. Decidimos ayudar a “Las Misiones”, vendiendo empanadas que hacía Lucrecia en la panadería: nosotras pagábamos los ingredientes y el dinero de los ingresos iba a la monja. Así podíamos charlar con alguna que otra persona. Margarita y Deborah no nos quitaban los ojos de encima y, como a las tres semanas, acordaron vender ellas mismas las empanadas. Entonces volvimos a pasar los sábados encerradas, leyendo o escribiendo cartas que nunca alcanzaban su destino.

En las visitas primaba la euforia, aunque bien poco se podía intimar durante aquellas entrevistas públicas. Cuando un novio o un marido informal lograba colarse, aduciendo cualquier otro grado de parentesco, su expresión de afecto tenía que reducirse a miradas y medias palabras que se enredaban en las conversaciones con otros familiares, bajo la vigilancia celosa de la solterona y de sor Margarita. Con suerte y un poco de ingenio, lograban un apretado abrazo en el recodo de las escaleras o un beso rápido al cruzar la puerta.

No siempre las visitas traían buenas noticias de parientes, amores y amigos. A veces se olvidaban de la mentira de siempre: “El abogado dice que todo va bien en el caso, saldrás en libertad pronto...”. En

ocasiones los mensajes daban cuenta del desinterés de novios y maridos por la suerte de la detenida o de problemas de los que nunca faltan en las familias, incluida la muerte de algún ser querido. Entonces, las muchachas se encerraban en la celda a solas con su torrente de lágrimas.

No puedo olvidar el día en que Ramiro llevó a mi hijo Juan, que tenía ocho años, a visitarme. Necesitaba mi permiso para salir del país y quería que el niño se despidiera. El chico se quedó una hora y me esforcé por mostrarle que la situación no era difícil y yo estaba mejor de lo pudiera pensarse. Al despedirlo, lo abracé consciente de que no lo vería por años, le sonreí y le dije adiós con la mano hasta perderlo de vista. Giré sobre mis talones y mi fortaleza se derrumbó. Sentí el pasillo de regreso como un tobogán sin fin por el que resbalaba hacia el centro de la tierra. Sor Blanca Inés me alcanzó y puso su mano en mi hombro; en ese instante agradecí su contacto, era tanto mi dolor... Llegué al patio y me senté con la cabeza entre las piernas. Las compañeras me rodearon en silencio y permanecieron a mi lado hasta que agoté las lágrimas. Ese llanto fue como una inundación.

La vida es un balancín en busca de equilibrio: de un lado la tristeza y del otro la risa. Para el veintiocho de diciembre de 1981 propusimos un desfile de disfraces confeccionados con lo que teníamos a mano. La idea fue acogida por todas con entusiasmo y entró a funcionar la creatividad. Echamos mano de ropa, papel, sábanas, maquillaje, y tratamos de mantener

en secreto el personaje que cada una representaría. En tres horas todas estábamos disfrazadas y empezé el desfile: Alba se vistió de negro riguroso, puso la foto de Pacho en la solapa y, cubierta la cabeza con un chal negro, sollozaba su viudez por los pasillos. La llamábamos “La Viuda Gaviria”, seguras de que Pacho, el mafioso, había desaparecido de su vida. Marta se disfrazó de Bateman, tal como apareció en la primera entrevista que concedió luego del robo de armas del Cantón, con afro y secador en la mano.

Beatriz Betancur se vistió de prostituta, con falda estrecha abierta hasta bien arriba, medias negras y rosa roja en una oreja. Las primas, de nenas, con pijama y chupo. Sara, de llanera. La mujer policía, de pirata. Beatriz Rivera, de arriera. Susana, de vampira, y yo de mujer árabe, cubierta por una sábana que no dejaba ver más que los ojos. Hubo gatas, abuelitas tejedoras, bichos raros y otras curiosidades. Luego bailamos hasta la hora de la cena.

Para festejar el Año Nuevo nos vestimos de gala, con la idea de estar como queríamos que fuera 1982. Las políticas tuvimos la oscura ocurrencia de jugar con los cambios de aspecto a los cuales recurrimos tantas veces en la clandestinidad. Entonces lucí un afro apretado, un traje largo y tacones altos. Susana se recogió el pelo en una moña, se puso falda estrecha y tacones altos. Marta se maquilló y también vistió falda. Las primas se asemejaban a un par de princesas y Beatriz Rivera parecía una doctora, con sus gafas y su vestido sastre. Lo cierto es que en la cárcel sobra ropa: la que dejan quienes salen en libertad y

la que regalan las damas grises o las voluntarias de todos los pelambres que ejercitan su caridad entre las detenidas.

Asistimos a la misa nocturna y el efecto fue el que esperábamos. Sor Blanca Inés, la directora, no podía quitarnos los ojos de encima, no prestó atención al rito litúrgico y cuando salimos vino directamente al patio sin ocultar su inquietud. Nos hicimos las locas y empezamos la fiesta con música, empanadas y Coca Cola. Ella salió un momento y volvió para pasar con nosotras el resto de la noche. A las doce nos deseamos un feliz año y nos mandaron a dormir. La monja suspiró aliviada apenas vio a cada una en su celda, encerrada bajo candado. Al día siguiente nos contaron que había declarado el penal en emergencia y que le mandaron una patrulla de policía. Pensó que íbamos a fugarnos.

Se volvió costumbre celebrar los cumpleaños con una serenata en la víspera. Un veintitrés de julio en la noche, cuando estaba en la celda y las luces se apagaron, oí que en el segundo piso se afinaban guitarras. En ese momento no estaba para celebraciones, y decidí sorprenderlas con una broma. Me inspiró la novela de Agatha Christie que leía y decidí hacerme la muerta: un camisón blanco, la cara cubierta de talcos para simular palidez y unas ojeras de lápiz negro me dieron el toque macabro. Coloqué en el suelo una sábana, bajo la cabeza una almohada, y encendí dos velas a lado y lado de la cabecera. En los barrotes de la celda puse un letrero que pedía dejar en paz a los muertos.

Las sentí bajar las gradas para sorprenderme en la oscuridad con la serenata. Las acompañaba Deborah, la guardiana. Llegaron a la reja. Se oyó un grito de terror que recorrió los pasillos. Contuve la risa. Deborah era la más asustada, me echaba bendiciones y se santiguaba transfigurada de miedo. La Viuda Gaviria no dejaba de gritar; las primas decían que me dejara de pendejadas. Quien me volvió a la realidad fue Beatriz Rivera. Estaba pegada a la reja llorando y decía:

—No me hagas esto, Juana. No te mueras...

Tardé un instante en comprender por qué tanto patetismo. Beatra había perdido a su compañero durante el allanamiento en que la detuvieron y nunca tuvo tiempo para hacer su duelo. Para ella no se trataba de una broma, la alusión a la muerte era como poner el dedo en la llaga. Me levanté de un salto e intenté hacerla reír, pero siguió llorando. Luego me miró y se limpió las lágrimas con la mano; por fin sonrió, todavía llorosa, y empezó a insultarme. La serenata había comenzado.

Hacíamos cualquier cosa para sacudir la monotonía. En la televisión pasaban los domingos en la tarde “El capitán Poldark”, una serie inglesa que narraba la historia de un apuesto capitán con ideas de cambio en la pacata sociedad agraria de finales del siglo pasado. El dichoso inglés nos llegaba al alma: ganó tan fanática audiencia que hubo un conato de insubordinación el día en que se averió el televisor de nuestro patio y estuvimos por perdernos el

capítulo correspondiente. Amenazamos con destruir las instalaciones si no nos trasladaban a otro patio para ver el episodio de ese domingo. Sor Margarita accedió, aunque a regañadientes. Con el capitán Poldark sublimábamos nuestra libido reprimida; cada quien imaginaba el desenlace de su aventura semanal, sintiéndose coprotagonista de la historia.

En las tertulias frente al televisor, aprendí a piropear a los hombres. Los domingos en la tarde nos reuníamos todas y no faltaban los comentarios picantes sobre cada hombre que aparecía en pantalla. No estaba acostumbrada a escuchar que una mujer manifestara de forma directa y descarnada su deseo por un varón; al principio me daba un poco de pena, pero luego encontré muy divertido decir lo que pensaba. Pese al alcanfor en el agua de panela, la producción hormonal no se suspende. ¿Por qué no evidenciar tales emociones? Era un ejercicio lúdico, saludable y muy entretenido, una cadena de humor erótico a varias voces.

También entramos en la onda espiritual. Leimos a Lobsang Rampa, el lama tibetano, y quedamos muy impresionadas por sus experiencias. Se me ocurrió practicar algunos de los ejercicios de concentración que el Maestro describía para hacer viajes astrales. Una noche, mientras me relajaba para empezar, oí en la celda contigua, donde estaba Susana, algo como un quejido. Agucé el oído y escuché otro.

—Susana... Susana... ¿Qué pasa?

Asombrada, me respondió:

—Nada. Estoy repitiendo un mantra para entrar en el viaje astral —y soltó una carcajada, que acabó con la concentración de quienes tratábamos de hacer lo mismo.

En ese intento de evasión fracasamos: Marta temía irse y no poder volver a su cuerpo, Susana pasaba fácilmente del ejercicio respiratorio al ronquido y yo me quedaba dormida. Las demás se burlaban de nuestras prácticas tibetanas.

También nos dio por jugar a la *ouija*. Una noche, durante la hora de estudio, alistamos una tabla donde pintamos el abecedario y pusimos un vaso liviano para colocar los dedos mientras invocábamos a los espíritus que, según pensábamos, se comunicarían moviendo el vaso hasta las letras para responder a las preguntas. Marta y yo hicimos de médiums e iniciamos la sesión muy concentradas. Cuando el vaso se movió, consideramos que el espíritu había llegado y le solicitamos presentarse.

—¿Quién está con nosotras esta noche? Identifíquese.

—Díganos quién es...

De pronto oímos una voz gruesa que nos puso los pelos de punta:

—Soy yo, Pedro Rodríguez, cédula dos millones ochocientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y nueve, de Medellín.

Susana no pudo aguantarse las ganas de sabotear nuestra sesión y se había ocultado para mamarnos gallo.

Esas aficiones, los cursos de cuanto se les ocurría a las monjas y las visitas de los catequistas que nos hacían tomarnos de las manos para jugar a la ronda, nos distraían. Nunca antes llevé a cabo tantas actividades inútiles. No obstante, constituían una posibilidad de entrar en contacto con gente de afuera, para no perder la dimensión del mundo. Fueron instantes gratos, pese a todo; los momentos amargos estaban dispersos en las minucias de las prohibiciones y los impedimentos.

Agüeros y devociones

En la *cana* se buscan buenos presagios por todas partes. Si aparece un alacrán, se lo guarda en un frasco hasta que muera para obtener la libertad de alguien. Si un pájaro entra en sitios cerrados es también augurio de libertad. Para contar con buena suerte en los juzgados, las muchachas se untan saliva detrás de las orejas. La ropa que se usa en la cárcel no debe llevarse después de quedar en libertad: está salada.

También se huye de las señales de mala suerte, como cuando en un recinto entra una mariposa negra, porque es anuncio de muerte, o cuando se rompe un espejo, porque trae desgracia.

En la cárcel se profesaban devociones bien curiosas, como la del Señor de la Buena Esperanza o Justo Juez, protector de los perseguidos por la justicia. Su oración dice así:

Alabad al Justo Juez. Mi buen Jesús, ten misericordia de mí. El Juez Justo me guarde y me defienda de todos mis enemigos y contrarios; ya es tiempo, acudid a mi defensa: permitid, Señor, que mis enemigos tengan ojos y no me vean, tengan boca y no me hablen, tengan manos y no me agarren, tengan pies y no me sigan.

Permitid, Señor, que mi valor me haga un Juan y un san Pablo y que por mis hazañas vaya libre adonde quiera que fuese. Sea tigre, sea león, sea hombre, sea mujer, todos vendrán humillados como llegó mi buen Jesús a la cruz el Viernes Santo. Pídate que no sea preso, ni herido, ni perseguido por la justicia.

La imagen del Justo Juez se encuentra en la pared de las celdas. Vestido de blanco y de verde, aparece sentado en un trono y sus manos sostienen una cruz y una caña. A sus pies, un hombre encadenado suplica. En una esquina, una mano sostiene la balanza de la justicia.

Con san Judas Tadeo hay que tener cuidado; es muy efectivo para lograr la libertad, pero cobra honorarios altísimos. Hace el trabajo y luego inflige una pena moral profunda, casi siempre la pérdida de

un ser querido. Por eso es mejor pensar dos veces antes de pedirle milagros.

Muchas eran devotas del siervo José Gregorio y del beato Domingo, un hermano del capellán de la cárcel. Ambos, en su camino hacia la posible canonización, otorgaban beneficios a manos llenas. En sus celdas, las muchachas –aún con peligro de incendio– dejaban veladoras para alumbrar a los santos. Sin embargo, a la misa diaria no iban muchas; sólo los domingos asistían todas.

La Virgen de Las Mercedes es la patrona de los presos y se celebra su fiesta como un gran acontecimiento cada veinticuatro de septiembre. La víspera nos dieron una serenata que despertó añoranzas y lágrimas en casi todas las celdas. Al otro día, un ambiente de recreo acompañó el menú del desayuno. Nos concentramos en el sala de actos para disfrutar de una interminable chorrera de representaciones improvisadas por nuestras artistas locales. Más tarde amenizaron la fiesta músicos aficionados que nos regalaron su arte en un arranque de generosidad. La calidad de la función dejaba mucho que desear, y el repertorio invariablemente contenía las canciones “El preso”, “La hija del penal” y “La cama vacía”, que arrancaban exclamaciones de júbilo. Al final del día llegaron troveros que improvisaron con gracia sobre prisiones y amores, pero después pisaron terreno minado con sus críticas a las guardianas y las monjas. Se armó el barullo: todas aplaudíamos frenéticas, así que la directora los echó a empujones.

Luego hicieron su entrada los mariachis, interpretando una de las canciones preferidas por la audiencia, “La cuchilla”:

*Si no me querés
te corto la cara
con una cuchilla
de ésas de afeitar.*

Por último, pusieron música para bailar con los mariachis. Se armaron parejas hasta cuando alcanzaron los hombres; las demás mujeres se balanceaban una frente a otra siguiendo el ritmo, estaba prohibido el contacto físico entre nosotras. Sentí una gran satisfacción cuando me sacó a bailar uno de los mariachis. Sin embargo, pocos minutos más tarde comprendí que de los quince músicos vestidos de charros machotes ¡a mí me había tocado el marica!

Luego se realizaron rifas, amenizadas por las señoras del voluntariado, limpias y perfumadas, con sonrisa forzada y ternura postiza. “La feria del éxito” le decíamos nosotras al evento, porque las rebajas iban a parar a las celdas: chucherías ordinarias que nos producían la misma alegría de las pescas milagrosas. Todo el día nos llevaban y traían de sorpresa en sorpresa, formaditas y uniformadas, bajo vigilancia para que no alternáramos mucho con la gente de la calle.

La noche nos recibía cansadas, con el estómago pesado y el cerebro revuelto por una fiesta ajena, una

alegría programada y la presencia de extraños que pasaban sin detenerse frente a la vida de las presas. En cambio, las amorosas señoras del voluntariado, las damas de la sociedad paísa, seguro dormían bajo la mirada sonriente de su Ángel de la Guarda, después de lavarse las manos con alcohol, por si acaso...

Una pequeña libertad en prisión

Una noche de noviembre, Silvia comenzó con los dolores del parto y me lo comunicó desde su celda. La tranquilicé diciéndole que el trabajo de parto demoraba bastante y que nos daba tiempo hasta el día siguiente. Le recomendé caminar, entre tanto, y respirar profundo. Pero ella estaba nerviosa, el encierro la angustiaba y decidió pedir a la guardiana de turno que le permitiera pasearse por el corredor frente a nuestras celdas, para que pudiéramos hablar y acompañarla. La guardiana se negó a abrir el candado y Silvia empezó a llorar, hasta que se detuvo el trabajo de parto. Ella, que soportó valientemente los interrogatorios de los militares, que contuvo el horror ante los cadáveres de los compañeros muertos, se aterrorizó ante el hecho de parir encerrada en una celda.

Desde el amanecer iniciamos una insistente demanda de atención para la compañera. A eso de las ocho, la trasladaron a la enfermería de la Cuarta Brigada. Los militares no permitieron su hospitalización por razones de seguridad. Episodios como éste alimentan la rabia y la impotencia, dos

sentimientos que lesionan profundamente y dejan huella.

A los ocho días regresó Silvia: no le habían vuelto a dar las contracciones. Esa misma tarde, mientras conversaba con nosotras, reinició el trabajo de parto. Las presas políticas cerramos filas y no permitimos su encierro. Casi a punto de dar a luz, la trasladaron nuevamente a la enfermería de la Brigada y estuvo de regreso como a las seis horas, ya con su hijita.

La llamamos Libertad. El patio se convirtió en guardería para una sola usuaria, todas funcionábamos coordinadamente como un ejército, con la misión de atender a la madre y a la nena. La una lavaba pañales, la otra cocinaba para la madre, yo hacía las veces de enfermera, curando el ombligo, supervisando la amamantada y aconsejando a la primeriza. La vida se abría paso entre los barrotes y la nueva tarea nos llenaba de entusiasmo. Y se rompió la rutina muy a pesar de la monja: cuando intentaba prohibirnos algo, todas le gruñíamos como fieras recién paridas.

Un mes más tarde le concedieron a Silvia una suspensión de la pena por sesenta días, con la casa por cárcel. Nos dolió mucho su partida, pero sabíamos que todo estaba listo para su asilo en la embajada de México: Libertad arribó al mundo con una boleta de libertad para su mamá.

Volvimos a la rutina, felices de saber que al menos una de nosotras estaba afuera y a salvo. Pensamos en César, el compañero de Silvia, y decidimos escribirle

con mayor frecuencia. La correspondencia entre nosotros era un ejercicio vital. Nos comunicábamos semanalmente con los compañeros del Mira; desde La Picota recibíamos cartas de la dirección del Eme bajo otros nombres. Fayad me escribía como Orlando Sánchez, un compañero del Valle. Con Alfredo eran muchos los mensajes de amor que iban y venían. Pero Afranio Parra fue el más ingenioso y el más constante de los amigos; incluso durante el consejo de guerra recibí sus notas y dibujos: los traían personas sin vínculos con nuestra organización. Enviaba cuadros, collares, cuentos, poemas, canciones. Afra regalaba palabras y colores; sus cartas eran pájaros, al igual que su imaginación.

Dicen que los amigos se conocen en los momentos difíciles; lo cierto es que el afecto nos ayuda a vivir. Cualquier gesto solidario, cualquier detalle era una fiesta, pero el desapego de quienes esperábamos que estuvieran cerca nos defraudaba profundamente. Muchos amores se marchitaron entonces, porque me cansé de esperar una señal. Entendía que la gente tuviera miedo de acercarse por no resultar comprometida con la insurrección, pero existían formas clandestinas, indirectas, para recordar que allá afuera quedaba un amigo o amiga.

A veces, gente desconocida desempeñaba un papel fundamental. Fernando Rendón, uno de los poetas que se colaron para visitarnos cuando recién llegamos, me envió un poema que escribió para mí, junto con una selección de los de Nazim Hikmet. Fue uno de mis tesoros. El rostro de Fernando no puedo

recordarlo, pero su palabra se quedó con el poema en mi memoria.

Otra persona a quien recuerdo especialmente es Eduardo Umaña Mendoza. Un día cualquiera, me llamaron al recibidor: sor Blanca Inés me esperaba. Incluso sin gafas, conocía el tamaño de su silueta blanca.

—María Eugenia, aquí está su abogado.

Hice como si lo conociera. Nunca se sabe, alguien puede llegar con razones importantes. Me pareció muy alto y cuando sonrió se le formaron dos hoyuelos en sus mejillas. No lo había visto antes, pero su abrazo me transmitió confianza.

—Soy Eduardo Umaña Mendoza.

Conocía su nombre: estaba vinculado con los más famosos casos de defensa de presos políticos. Él me explicó que Vasco lo había buscado para que asumiera mi defensa en segunda instancia. La referencia me hizo sonreír. El Maestro, un viejo cascarrabias para los alumnos, era para mí el formador, mi profesor en el primer semestre de antropología, un referente ético y humano importante. Nunca supe si me consideraba una buena alumna, pero siempre estaba presente.

Se aproximaba el juicio por la toma de la Embajada de República Dominicana y, aunque no fui solicitada por el juzgado, los militares podían pedir mi presencia.

—Ya leí tu expediente —me dijo el abogado—. La indagatoria es buena. No da pie para acusaciones como las formuladas posteriormente. A partir de ahora, cualquier ampliación de indagatoria, cualquier requerimiento jurídico lo hacemos juntos.

Le respondí que con los militares no valían abogados. Ya en Ipiales había vivido la farsa de un defensor de oficio: un teniente de la FAC que ni me defendió ni tuvo oficio, porque lo único que hizo fue firmar unos papeles en los que constaba su asistencia a mi indagatoria. Y luego tuve la experiencia de un abogado defensor que optó por la vía de impugnar el consejo de guerra y debutó con un fogoso discurso político en el cual terminó pidiendo a gritos que asumiéramos la condena por rebelión como el máximo honor concedido a un grupo de patriotas. Este personaje era el loco Bedoya, nadie menos, uno de los compañeros de teatro durante mi adolescencia.

—Yo estaré pendiente —se rio Eduardo—. Te veré con alguna frecuencia, éstos son mis teléfonos en Bogotá.

Después se sentó y comenzó a hablar de todo: de la ley de amnistía, de la gente de La Picota, del caso del Mira y de cómo había estructurado su apelación. Tras cuatro horas de visita, se marchó, no sin antes despedirse de la directora. La monja quedó derretida con la caballerosidad de mi abogado.

Salí de la entrevista hacia la enfermería. Me dio *la pálida*, quizás porque fumé con Eduardo paquete y

medio de Marlboro, después de un año sin probarlo, o acaso porque me alteró el choque emocional.

Volví a verlo cada mes: en su portafolios de abogado parecía traer ofertas de vida a plazos fijos. Entraba en el penal con la última brisa de la calle en su cabello despeinado y tendía la mano mientras acercaba la mejilla para recibir un beso. Las visitas de Eduardo eran un acontecimiento estremecedor, por su calidez, por la fuerza de su presencia y, sobre todo, porque hablaba de los compañeros presos. No sé si enfatizaba o si inventaba los saludos, pero lo cierto es que conocía la necesidad exacta que uno tenía de la palabra amiga.

Con él, el Turco me llegaba entero en su afecto; podía contarme del amor de Miguel, hablarme de la Mona, de Afranio o del gordo Pebles. A través de él se podía aprisionar ese mundo que se percibe borroso desde el encierro, mediado por rejas y barrotes: él describía el mundo de afuera con lujo de detalles. Las noticias políticas, los debates en torno de la amnistía, las posiciones de diversos sectores y lo que decía la dirección del Eme en La Picota. Hablar con Eduardo Umaña era como salir de paseo.

En el fondo del recibidor, el inatajable minuterero del reloj imponía las normas. A las cinco se acababa la visita: ¡cuánto quedaba por averiguar, por decir, por expresar! Eduardo se iba y yo quedaba allí, parada ante la última puerta, rogando que volviera con un poco de aire puro a ese cementerio de almas, donde nosotras nos negábamos a sepultar los sueños.

Hoy me pregunto cuál de sus defendidas no lo amó alguna vez o para siempre, como yo.

La ley de la selva

En julio de 1982, el rezo de la monja nos despertó como todos los días. Pero no abrió los candados, como era su costumbre. Les habló a Susana y Marta para que se alistaran porque las necesitaban en la guardia. Algo raro pasaba. ¿Otra vez los militares?

Los ojos de Susana estaban todavía más grandes cuando se acercó a mi celda, que permanecía cerrada.

—Hermana, debe ser requisa, tome esto —y me pasó los escritos con la recopilación de nuestras lecciones de táctica y algunas cartas de Carlos Pizarro desde La Picota.

Las guardé en el bolsillo de mi bata levantadora. Luego Marta hizo lo mismo con otro rollo de papeles. Los palpé, eran bastantes, aunque los escribíamos con letra pequeñísima. Busqué el resumen que tenía y lo junté con los otros. Allí estaban las fórmulas de los explosivos, capítulos enteros sobre los movimientos tácticos, los tipos de emboscada, principios de topografía, dibujos de refugios y cuanta cosa se nos había ocurrido sistematizar como ejercicio de memoria.

—¿Qué hacer? ¿Y si me llaman a mí?

Tenía una jarra con refresco de naranja sobre la mesa de noche y decidí tragarme los secretos militares, antes que cayeran en las manos del enemigo, como en las novelas de espías. Cuando las compañeras se acercaron para despedirse, yo masticaba y engullía trabajosamente papeles. El jugo no lograba mejorar el sabor amargo de la tinta y del miedo.

Se las llevaron para Bogotá. Un traslado solicitado por la directora cuando descubrieron los planes de fuga en manos de Elvecio.

Fue un mal día, pero no lloré hasta que me encerraron en mi celda al anochecer. Me sentía huérfana en un mundo hostil, más sola que nunca sin ellas dos. Conformábamos un buen equipo: Susana era el ala radical; yo, la conciliadora, y Marta mantenía el equilibrio a punta de yoga y zumos de frutas. Al malestar de espíritu se sumaba una espantosa pesadez de estómago, no sé si por la mezcla de fórmulas explosivas y ejercicios tácticos o por el papel bond y la tinta con refresco de naranja.

Una semana después recibí la primera carta: me contaban que en El Buen Pastor de Bogotá, lugar de reclusión manejado por civiles, se sentían como en Miami. Las presas políticas constituían una fuerza considerable y tenían muy bien organizadas las actividades cotidianas, con biblioteca, cocina colectiva, ejercicios diarios, películas, turnos para llevar el televisor a la celda y otros beneficios, como visitas sin restricciones todo el domingo.

Suspiré aliviada por ellas. Sin embargo, en esos momentos, mi responsabilidad jerárquica frente al grupo del Eme me había puesto en una situación difícil. Trasladaron desde Bogotá a tres de las acusadas por el secuestro de Marta Nieves Ochoa. Entre ellas había conflictos por las delaciones de algunas y porque coincidieron la esposa y la amante del mismo hombre. Sin embargo, era necesario entender las circunstancias humanas de mujeres como Marta Correa, secuestrada con su hijita de dos años por el MAS: en el interrogatorio, rociaron a la niña con gasolina y le acercaron un fósforo encendido. ¿Podíamos reprochar a Marta alguna delación? ¿La aislábamos del grupo como pedían las otras?

Insistí en la posición que había defendido desde el consejo de guerra. No era el momento de divisiones ni de discriminaciones, la cárcel no podía convertirse en un tribunal más. Allí, en circunstancias desventajosas, debíamos enfrentar unidas las dificultades. Una amenaza externa contribuyó a la cohesión del grupo: nos contaron que pagaban un millón de pesos por matar a Beatriz Rivera en prisión. No sabíamos si era del todo cierto, pero tuvimos que tomar medidas de protección, como la prioridad del momento. En el año ochenta y uno, todo era posible, ya no había un claro deslinde entre el narcotráfico y los militares en cuanto a la acción contrainsurgente.

Todas las detenidas políticas nos apoyaban, pero no podíamos esperar ninguna otra ayuda, ni la pedimos; no confiábamos en nadie. No volvimos a recibir comida de la calle, antes de salir a las visitas

solicitábamos los nombres de los visitantes, no andábamos solas dentro del patio y, en los eventos comunes, nos manteníamos en grupo cerrado con Beatriz en el centro. Yo me convertí en su guardaespaldas.

Fueron tiempos duros. La represión generalizada del gobierno de Turbay y la instrumentalización de la tortura como método de interrogatorio hicieron que muchos militantes detenidos perdieran la moral. Algunos se dejaron acorralar por el temor y se aislaron, otros mantenían su calidad de rebeldes por pertenecer a un colectivo que los defendía, pero no eran activos. Pocos mantuvieron intacto el deseo de ponerle el hombro al cambio y a la política al precio que fuera, desde donde tocara.

Resultaba necesario hacer esfuerzos colectivos para sostener el ánimo positivo en el encierro, salvaguardar la cohesión del grupo y evitar las confrontaciones internas. En esa tarea yo contaba con Beatriz; era la más madura pese a su juventud.

El consejo de guerra que juzgaba el caso del secuestro de Marta Nieves Ochoa profirió un fallo absolutorio para Beatriz y una condena de dieciocho meses, ya cumplida, para las otras tres. Comenzaba agosto y pasó casi un mes hasta su excarcelación. La ansiedad rompió las rutinas de todas, pero Beatriz no podía quedarse un minuto quieta. Hacía ejercicio todo el día, no volvió a tejer, me preguntaba constantemente por las cosas que le había enseñado, como queriendo recordar la lección.

El aviso de su salida produjo los efectos de un ciclón en el patio, porque casi nunca salen cuatro al tiempo, y en diez minutos estaban listas. Las despedimos emocionadas.

Cuando abracé a Beatriz, se cruzaron dos sentimientos con igual intensidad: la alegría por su libertad y la pena por su partida. Con ella, parte de mí se liberaba también... ¿Qué sería de ella? Temía por su vida. Se iba la alumna, la hermana, un poco la hija. Ella se echó a llorar primero; yo no quería hacerlo, pero los ojos se me aguaron.

—¡Cuídate! ¡Suerte!

Fue la última en salir. Parecía un patito feo, con la nariz colorada, la pestañina corrida por las lágrimas y la trenza deshecha en los abrazos. Cuando cerraron la puerta del patio, me senté a llorar. Otra vez sola.

A mediados de septiembre, se repitió el procedimiento: una mañana fuimos llamadas Fabiola Martínez y yo a la guardia. Allí estaba La Paloma, sonriente.

—Llegó su traslado —nos dijo.

Sentí frío en el estómago. Ése no era el paraíso, pero ¿qué me esperaba?

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—No puedo decirles, por solicitud de la brigada. Para seguridad del traslado —me pareció que entendía

mi temor frente a los uniformados que nos esperaban al otro lado de la puerta.

—No se preocupen, no van solas —miré a Fabiola, ella estaba tranquila.

—Va a ser duro para Tínez y la mamita —me dijo.

Por fortuna teníamos la manía de andar con todo lo indispensable en el bolso. Así nos fuimos, el resto de equipaje lo empacaron las guardianas.

Esperamos en la sala de recibo, hasta que apareció María, la otra compañera del Eme, y luego nueve muchachas más de patios diferentes.

Nos hicieron formar y llamaron a lista. Al abrir la puerta, tuvimos ante nosotras una masa verde y el sonido familiar de botas y armas moviéndose de prisa para cumplir una orden.

—¿Quién es María Eugenia Vásquez?

Me quedé callada. Haciendo eco interior, una pregunta estúpida: ¿por qué yo?

Nadie parecía haber oído. Un capitán requirió de nuevo:

—¿Está aquí María Eugenia Vásquez?

—Aquí estoy, soy yo —respondí con la voz más firme que pude.

Se acercó y me miró incrédulo. Dio vuelta sobre los talones al estilo militar y dijo:

—¡Bueno!

Indicaron que pasáramos al bus. El capitán nos ubicaba.

—Usted aquí —y me señaló un sitio en el costado derecho, casi en la mitad. A mi lado se sentó Fabiola; en la fila de enfrente, Elizabeth.

Nos pusieron esposas. Un teniente se situó en el puesto detrás de nosotras. Las muchachas hablaban a los gritos, estaban contentas. Sólo una lloraba sin parar.

—Tranquila que allá conseguís una mejor, tranquila —le decía su compañera de asiento.

—Las monjas cuidan a tu amor —anotaba otra.

Los amores de la cárcel son intensos, y la muchacha no se calmaba, sollozaba desconsolada. Las mujeres comenzaron a chancearse con el teniente.

—Siéntese aquí que yo no muerdo— le dijo una.

—No puedo moverme de aquí. ¿No ve que me la recomendaron a ella? —y me señaló con la cabeza.

—Oí, Juana, oí —dijeron entre risas.

Me ruboricé.

—Usted es peligrosa —me dijo el teniente, riendo.

Solté una carcajada con ganas.

—¿Yo peligrosa? Inventos de los militares que ven sombras por todas partes. ¿Peligrosa yo?

Me distensioné. Comenzamos a bromear. Fabiola estaba exaltada.

—Cualquier sitio es mejor que ese patio de brujas. Por fin me libro de Margarita y La Paloma. ¡Por fin! Si no, me enloquezco. ¡Partida de brujas, demonios, viejas solteronas!

—Mujeres sin hombre, nada más... —dije, recordando un parlamento de *La casa de Bernarda Alba*, la obra de Federico García Lorca que había representado en el colegio.

Las muchachas enviaban saludos a gritos con las guardianas. Blanca Inés iba y venía, hablaba con el capitán. Ya partía la caravana cuando llegó Deborah corriendo con una bolsa de frutas en la mano. Fabiola la recibió.

—Yo las había dejado para ellas, pero las mandaron porque aquí viene —metió la mano en la bolsa y le brillaron los ojos—, sí, aquí viene un coco —bajó la voz—, un coco cargado, que me mandaron los muchachos en el comiso.

Sentí un vacío en el estómago.

—Cargado... ¿de dinamita?

Pensé: “Claro, los *anarcos* deben haber metido dinamita”.

En eso, el motor del bus se puso en marcha. Adelante iba un jeep del ejército con un sargento y tres soldados, luego un camión de policía con diez hombres, el conductor y un cabo. Después, el bus con las doce presas y quince policías, entre hombres y mujeres, al mando de un teniente. El capitán del ejército cerraba la caravana en su jeep, con un chofer y un soldado.

Nosotras mirábamos por la ventana. Atrás quedaba sor Blanca Inés echándonos la bendición y diciendo adiós con la mano. Nos trasladaban por intento de fuga, como si no fuera legítimo intentarlo o, al menos, soñarlo obsesivamente. Resignarse a cumplir la condena entera es aceptar la muerte. Es rendirse, y quien se entrega se hunde.

Decidí tomarlo como un paseo. Salíamos de Medellín, una ciudad que no conocía a pesar de haber permanecido allí más de un año. Sólo una vez me llevaron al hospital San Vicente de Paúl, para una biopsia. Iba esposada, con quince soldados como custodia. Un espectáculo inverosímil. Pero la gente me expresaba su simpatía de mil maneras; me atendieron como a una reina. El médico se opuso a que un soldado presenciara mi examen y lo hizo salir del consultorio luego de soltarme las esposas. Era un examen ginecológico.

Miré a Fabi y recordé lo del coco. ¿Qué haríamos? ¿Se trataba de una fuga? ¿Ahora? ¿En la nueva cárcel?

—¿Qué hacemos con el coco?

—Vos verás... Aquí está —y me lo pasó.

Lo cogí con la mano libre. Escarbé con la uña la parte superior del fruto y quedó al descubierto la parafina con que sellaron luego de cargarlo. Lo moví un poco, había líquido. Hasta donde yo sabía, el explosivo podía ser como una gelatina, pero ¿líquido?

—¿Qué contiene?

—No sé, los locos pudieron llenarlo con ron o brandy.

Cerré los ojos y me acomodé en el asiento. Ni siquiera me reí. Yo creí que era explosivo. Brandy, había olvidado su gusto. Nunca pensamos en que nos enviaran licor a la cárcel.

En la primera parada del viaje, el calor apretaba y las muchachas aprovecharon para pedir a los policías el favor de comprarles una cerveza Clausen helada. Hicimos lo mismo, y los policías nada objetaron: a ellos les resultaba normal; para nosotras, una cerveza constituía un acontecimiento.

El primer trago nos supo a gloria: parecía mentira sentir el líquido helado, amargo, refrescando

la garganta. Brindamos por las compañeras que no podían saborear una cerveza en El Buen Pastor. Luego, mientras admirábamos el panorama y conversábamos como loras, las tres disfrutamos del agüita de coco que enviaron los amigos de la *anarca*.

Viajar siempre me gustó. El paisaje se estrenaba ese día con traje dominguero. Alrededor, todo parecía recién lavado, nuevo para la avidez de nuestros ojos y la ansiedad de nuestra alma por grabar los más bellos pedazos de paisaje y reconstruirlos en un rincón de la celda cuando el encierro y la tristeza volvieran a tomarnos por asalto.

En cada curva de la carretera los militares tomaban medidas tácticas para evitar una emboscada. Y, además, fueron dejando grupos de mujeres en las cárceles del camino, lo cual hizo que el viaje demorara tres veces más de lo usual. Pudimos volver a escuchar el canto de los grillos al caer la noche, mientras el vehículo rodaba por la cinta de asfalto. Por un rato, olvidamos nuestras manos esposadas a la silla y los años de condena que aún nos faltaban.

Llegamos a nuestro destino ya en la madrugada: la cárcel de Buga, en el Valle del Cauca, una penitenciaría nacional de alta seguridad, con anexo femenino para unas treinta reclusa. Las guardianas que nos recibieron no nos eximieron de la empelotada, aunque desde un comienzo reconocieron nuestro carácter de presas políticas.

Nos ubicaron de modo provisional, cada una en un cuarto donde dormían otras mujeres. Cuando cerraron la puerta sentí miedo: quedaba sola ante unas desconocidas. Pensé en no dormir para evitar abusos pero el cansancio del camino y el brandy de los anarcos pudieron más que la desconfianza.

A las cinco y media las guardianas nos despertaron con tres golpes en la puerta. Dos mujeres saltaron de la cama y mientras recogían los implementos de aseo empezaron a hablarme:

–Bienvenida. ¿De dónde viene?

–Trasladada de Medellín.

–¿Le falta mucho?

–Estoy condenada a nueve años; llevo uno y medio.

–¡Jueputa! ¿Y eso?

–Soy del M-19 –las dos sonrieron como si hubiera dicho alguna palabra mágica.

–Aquí va a estar bien. Ya verá... Con Eva, la guardiana gorda, encargan lo que quieran; claro, cobra de más, pero no es mala gente. La otra es más seria, pero no es brava... Aquí el *bongo* es una porquería, pero pueden pedir la comida al caspete con el ordenanza.

Les dije que había llegado con dos compañeras, que éramos *gringas* y no teníamos más opción que comer del *bongo*.

—Con Eva pueden encargar un reverbero, y algo se hace para mejorar *el golpe*.

Salimos juntas hacia el baño: había seis duchas colectivas donde se oían voces de las que se bañaban. Se me puso la piel de gallina.

—Los de aquí están desocupados —me dijo una de las compañeras de cuarto, señalando dos baños individuales.

En el pasillo encontré a Fabiola y María. Se veían descansadas.

—Bajen todo lo que necesitan para el día. Aquí no se vuelve hasta la hora de guardada —dijo la guardiana.

Ya en el patio, formamos hombro con hombro en fila. Un guardián, lista en mano, ordenó:

—¡Numerarse!

Una, dos... Recordaba las formaciones militares. Por eso, cuando llegó la numeración hasta mí, contesté:

—¡Dieciocho! ¡Última!

El guardián me miró y asintió.

—Tres nuevas —dijo y salió.

Inspeccionamos el sitio: sesenta metros cuadrados, la mitad en baldosín bajo cubierta, la mitad en piso de tierra al descubierto. Seis duchas individuales en pleno patio, sin techos, dos lavaderos, una cocina pequeña y tres baños. Como mobiliario, sólo dos bancas largas y un asiento para la guardiana. Pusimos las cosas en el suelo y nos sentamos a esperar el desayuno.

—¡Llegó el *bongooooo*!

En avalancha, las muchachas recibieron el café y un pan. La guardiana nos facilitó un jarro para recoger la ración de las tres. Por fortuna guardamos algo de dinero. Tuvimos que comprar platos, tazas, cucharas y una olla, a precios escandalosos. En Buga entramos en la dinámica de las cárceles nacionales, en las que todo tiene un precio. Las guardianas parecían alcancías sin fondo, hasta respirar costaba.

Los primeros días fueron duros: nos robaron un dinero que dejé en el bolsillo de la camisa, mientras me bañaba. Pero ese día también conocieron nuestra opinión sobre las *ratas* que robaban a las compañeras.

—¡Esto está bien como estreno! —grité en el patio—. Pero no vamos a permitir, ¡ójiganlo bien!, que entre nosotras nos faltoniemos. Y recuerden que no estamos aquí por bonitas ni por dulces... Si no, pregúntenle al ejército.

Todas guardaron silencio. Fue nuestra presentación.

Poco a poco, conocimos la ley de la *cana*, la misma de la selva. Guardianes y guardianas se hacen los locos con lo que no les representa dinero o puede traerles problemas. Cada cual hace lo que le viene en gana, si puede imponerlo o negociarlo con quienes detentan el control, y no siempre son los de la guardia. Existen poderes muy fuertes dentro de la cárcel.

En dos días ya sabíamos quiénes eran presos políticos. Así que pagamos para entrevistarnos con el compañero Hermes Rodríguez, quien estaba allí desde el consejo de guerra. A este muchacho el ejército lo capturó herido y lo obligó a hacer declaraciones sobre una escuela en Cuba, las que luego sirvieron como pretexto para el rompimiento de relaciones entre los dos países. Sabíamos que había colaborado con el ejército, pero entendíamos su soledad y el drama interno luego de su delación.

Además había un campesino manco de casi cincuenta años, encargado de cuidar los cerdos en el penal. Llevaba tres años sin llamado a juicio, sindicado de secuestro y de pertenecer a las FARC. Con ellos integramos un grupo de cinco presos políticos y empezamos a hacer contactos con el exterior para lograr solidaridad. Entre tanto negociamos a bajo precio una habitación para nosotras tres: era un paraíso el *cambuche*, podíamos mirar desde la litera

alta, a través de los bloques calados que hacían de ventanas, las montañas y los cañaverales.

A diferencia del Buen Pastor, aquí sólo había horas fijas para la levantada, las comidas y la guardada. El resto del día era nuestro y lo disfrutamos sin prisa. En las mañanas, luego de hacer gimnasia, emprendíamos una parsimoniosa sesión de belleza mientras escuchábamos radio, tomábamos el sol o leíamos. Nadie nos obligaba a nada, y pronto el ocio se volvió creativo, porque la única actividad válida para obtener descuentos en el tiempo de las condenas era el lavado de ropa para los otros detenidos, y la idea no nos gustó. Así que pusimos a funcionar la inventiva para generar otros trabajos.

La cárcel de Buga estaba diseñada para hombres; las mujeres constituíamos un agregado de última hora. No contábamos con talleres, ni enfermería, ni canchas de juego ni caspete. Sólo las habitaciones, el patio y dos enormes lavaderos.

Pedimos hablar con el director. Nos recibió un señor con pinta de burócrata, al que le encantaron nuestras ideas para mejorar las condiciones de las detenidas. Dejó en nuestras manos conseguir apoyo de la sociedad bugueña.

Al mes, todos en Buga sabían que había unas muchachas del M-19 detenidas y todos querían visitarnos. Grupos de derechos humanos, sindicatos, abogados y maestros buscaban charlar con nosotras. Nos convertimos en el programa del sábado para

mucha gente que se aburría en casa. Empezamos a trabajar desde la cárcel. Conseguimos abogado defensor para el campesino de las FARC, logramos una entrevista en la radio local y hablamos sobre la amnistía que se discutía una vez levantado el Estado de Sitio, al finalizar el período de gobierno de Turbay. El Eme había logrado un protagonismo innegable en ese proceso.

Aprovechando nuestras relaciones, conseguimos que las Damas Rosadas donaran una máquina de coser y materiales para hacer muñecas y tejer mochilas, con el fin de formar un fondo de ahorro para las detenidas. En su mayoría eran *gringas* como nosotras y permanecían en condiciones económicas precarias, porque su única fuente de recursos era el lavado de ropa, un mercado de trabajo competido con algunos varones.

En poco tiempo convertimos el tierrero del patio en una huerta con sembrados de variadas legumbres y verduras que completaban nuestra deficiente alimentación, generalmente compuesta de una sopa y arroz. Todas podíamos usufructuar la huerta. Al principio el cuidado y el riego nos correspondió a nosotras, pero apenas vieron los primeros frutos ayudaron todas.

También logramos que nos llevaran, dos veces en la semana, a las canchas de deportes ubicadas en los patios de varones. Ellos se agolpaban tras la reja, y cuando pasaba la fila de mujeres nos llovían piropos bonitos, groseros, vulgares y tiernos. Mientras

jugábamos, se oían gritos de todo tipo. Al regreso, ellos sacaban las manos a través de los barrotes para saludar y a veces hasta exhibían su sexo. Pero también se hacían amistades por una simple sonrisa o una frase galante.

En ese intercambio se iniciaron noviazgos que sólo tenían la oportunidad de un roce de manos dos veces por semana y se mantuvieron durante meses a punta de notas y detalles transmitidos a través del ordenanza. Bastaba como muestra de amor un paquete de cigarrillos, un jabón de olor o un plato de comida del caspete.

Un mafioso de lo más pispo se enamoró de Fabiola. Primero le envió notas de amor. Ella guardó silencio. Luego, regalitos para las tres: libros, discos, chocolates e incluso flores. Fabi no le decía ni que sí ni que no; le agradecía los obsequios y alimentaba un gusto a medias que alegraba sus ratos.

A María le decíamos “María de los guardias” porque todos los guardianes la miraban con ojos golositos. Tenía suerte para los uniformados, pero mantuvo su seriedad siempre. El único a quien le aceptaba galanteos era Henry, uno de los abogados defensores de presos políticos en Buga. María amaba a su negro Genaro, el mismo de la embajada, un mecánico de arrabal y cuero duro, al que ella le había descubierto un corazón que la ató por años como el amor de su vida.

Yo me enamoré de Guillermo Bolívar, profesor de la Universidad del Valle y defensor de los Derechos Humanos. Esos amores platónicos tenían una inspiración más cercana que el dichoso capitán Poldark de la serie de televisión, y nos permitían soñar o entusiasrnarnos con la visita siguiente e imaginar un romance que nunca tenía tiempo de iniciarse.

Mi compañero, Alfredo, salió de cárcel Modelo porque se vencieron los términos de su detención sin que se realizara el juicio por la toma de la embajada. Entonces me anunció su visita. La noticia me dejó fuera de base por varios días. Llevaba un año y medio sin verlo, alimentando el recuerdo. Pero tenía miedo de confirmar si el amor había aguantado el *canazo*.

Cuando lo tuve junto a mí, lo abracé y cerré los ojos para sentirlo, procurando ahuyentar el tiempo. Sin embargo, no supe de qué hablarle durante las tres horas de visita. El sitio, el entorno, los demás, contenían lo que habría podido ser un desborde amoroso. Era como volver a empezar, reconocerse, tratar entre los dos de soldar la grieta de ausencia, sin saber si lo lograríamos. Cuando partió, me retiré a la habitación, me tiré en la cama y permanecí callada. Se cruzaban muchas sensaciones: él volvía a adentrarse en mí con su olor, su estatura, su abrazo cálido. Recuperaba su lugar en mi memoria corporal para dejarme otra vez vacía. Sentía ardor en la piel como si se hubiera desprendido mi envoltura protectora. Lloré su cercanía como había llorado su ausencia.

También el Juancho pasó por Buga, y a Fabi le sucedió lo mismo que a mí. Esa noche la oímos cantar con mucho sentimiento la “Zamba para olvidar”:

No sé para qué volviste
si ya empezaba a olvidar.
Te fuiste, mi amor, te fuiste,
qué mal me hace recordar.

La cárcel civil era otra cosa, no menos dura sino menos esquizofrénica. En Buga adelgazamos por la mala comida, pero el espíritu desplegó sus alas. Antes, en El Buen Pastor, estuvimos como mariposas en una caja de fósforos. En cambio, en la cárcel civil recobramos la identidad, volvimos a ser nosotras, a decir lo que pensábamos sin que nadie nos lo impidiera, a leer lo que deseábamos, a cantar a la libertad, a hacer pereza, a pasar la noche trabajando si era necesario, con la luz prendida y sin correr el riesgo de que la guardiana nos apagara la vela, como en Medellín, o de chamuscarnos en la celda si nos quedábamos dormidas.

En El Buen Pastor el aislamiento impidió un contacto más estrecho con el resto de las mujeres en prisión. La mediación de las monjas tampoco lo permitía. En Buga, todas, políticas y comunes, nos movíamos en el mismo espacio, nos conocimos y aprendimos a convivir.

Pocas mujeres eran de Buga y Tuluá; en su mayoría habían sido trasladadas, por mala conducta, desde las cárceles de otras ciudades. Los delitos más frecuentes eran el robo y las lesiones personales.

Nuestra primera amiga fue la negra Mery, una chocoana muy bella, apodada “Muñeca”, a quien conocíamos como reincidente en El Buen Pastor. Los celos de una amante le dejaron la huella de una cicatriz que cruzaba su cara de la mejilla al cuello. Ella cantaba casi todo el tiempo. Entonaba vallenatos y le sacaba ritmo a cualquier cosa, una cuchara, una tapa, una banca de madera. Cuando nos encerraban, hacia las cinco de la tarde, iniciaba una canción a la que se iban sumando otras muchachas en una serenata melancólica que casi siempre terminaba con el mismo tema de Daniel Santos:

*Preso estoy,
estoy cumpliendo la condena,
la condena que me da la sociedad,
me arrepiento, me avergüenzo y me da pena.*

Luego venía el silencio. El encierro alimenta las nostalgias por el mundo de afuera.

Mery se relacionaba con todas sin intimar con nadie, tenía cierta altivez. Se acercó a nuestro grupo poco a poco en busca del respaldo de un combo, fundamental para la supervivencia en la cárcel. A cambio, como es usual, se ofrecía a servirnos. Quien tiene la fuerza protege, quien recibe protección se somete. Mery nos gustaba, así que la aceptamos, pero en un plano de igualdad. Hacíamos las mismas labores: si ella nos lavaba la ropa un día, nosotras lavábamos la de ella al otro. Todas compartíamos la comida, y ella nunca tomó ni una parte más de lo que le correspondía.

Nuestra amistad fluyó sin complicaciones. Le contamos de nosotras y nos contó de su vida. Salió de Tadó siendo muy joven en procura de un mundo más amplio donde vivir como se le antojara. A los once años se dejaba “tumbar” de un señor mayor, que le daba plata, pero nunca gustó de las caricias de los hombres. Ya en Medellín se empleó en casas de familia, y no aguantó. Comenzó a rodar entre paisanos o conocidos y en esas vueltas se adentró en el mundo de la droga y del robo. Se dedicaba sobre todo al raponeo, porque sabía correr y, como conocía el oro desde chiquita, no se equivocaba al echar mano de cadenas, aretes o relojes.

—Es que, vean, iba por la calle sin ninguna idea en la cabeza, cuando vi venir hacia mí las bambas y el corazón se aceleró. El oro me llamaba. Hice esfuerzos, pero no pude resistir la tentación. Vean, pues.

La detuvieron, porque estaba muy drogada y perdió reflejos. La llevaron, como siempre, al Buen Pastor, pero cada vez se ponía más alzada, *no comía de la monja*, ni de nada. Por eso la trasladaron a Buga con una condena de dos años, porque en su última *destripada* hubo lesiones a la víctima. Nos comentó que fue por culpa del *suco*, estaba *embalada*.

Los amoríos de la Muñeca eran muchos e intensos. Nos encantaba la fluidez de sus relatos y ese ritmo cadencioso con el que danzaban sus palabras. A través de ella empezamos a comprender la dulce y triste complejidad del amor entre mujeres: un pedazo

del sentir humano rodeado de tabú, del cual no se habla, ni se pregunta; se lo rechaza nada más.

En el patio, las heterosexuales éramos cuatro, las tres políticas y una prostituta muy *bacana* llamada Nubia. Nuestra diferencia no impidió que nos convirtiéramos en confidentes de sus penas de amor e incluso en conciliadoras de sus rencillas.

Casi todas tenían una historia personal de relaciones afectivas y sexuales violentas. Varias se iniciaron con una violación o el abuso de hombres adultos de su propia familia; otras formaron pareja con varones que las golpeaban o que cortaban su cuerpo para accederlas carnalmente. La cotidianidad transcurría entre peleas, gritos, violencia y más violencia, atravesada por alcohol y droga. La opción de amar a otra mujer no cambiaba el esquema de relaciones; allí también seguían presentes el sentido de posesión, los celos, el sufrimiento o el éxtasis, como componentes de un amor desesperado. Entre golpes e insultos se amaban apasionadamente.

Entre ellas se reproducían los esquemas de poder implícitos en la relación de pareja. Había una mujer de unos veintiséis años a la que apodaban El Mono y que hacía las veces de varón en el patio. Todo en ella era muy masculino: su contextura corporal, el rostro anguloso, el caminado, el corte de cabello y la manera de vestir. El Mono tenía varias amantes y las trataba con el método del garrote y de la zanahoria. Las amenazaba, las golpeaba por *faltonas*, las amaba y las protegía de cualquier abuso de las guardianas

o de las detenidas. Sus mujeres la atendían en todo, recogían su comida, la peinaban, lavaban y planchaban su ropa y, además, le daban plata.

Muchas de las muchachas, a pesar de su homosexualidad, mantenían relaciones ocasionales con hombres, incluso con presos de la misma cárcel, para obtener cigarrillos, jabón o dinero que les enviaban como regalo. Una vez El Mono se enamoró de un preso que estaba en los calabozos o, mejor, de sus brazos, pues los sacaba para hacerle señas a través de los barrotes. También se escribían notas y las guardianas les hacían el *cruce*. Yo me colocaba junto al Mono a la hora de comunicarse con su enamorado desde nuestro patio hasta las celdas de castigo que quedaban como a cien metros:

—Mono, ¿qué ves?

—Sus manos y sus brazos.

—¿Nada más?

—¿Para qué más?

—¿Y qué te dice?

—¿No ves?, que me quiere.

—¿Cómo sabes que dice eso?

—Porque junta los brazos como si me abrazara.

Su único amor de sexo opuesto duró como un mes.

Con El Mono sosteníamos un trato más bien distante; ella sentía que significábamos una fuerza alterna a la suya. En una ocasión nos enfrentamos. Llegó “carne fresca”, como llamábamos a esas detenidas casuales que sólo pasaban unos días en la cárcel: dos sardinas llorosas que venían de los calabozos de una comisaría. El Mono se lanzó, no a la conquista, sino a la agresión; cuando se quedaron solas, las tocó, les pellizcó los senos, y ellas gritaron aterradas. Las guardianas se hicieron las locas. Entonces le increpé su cobardía. Si era tan *berraca*, que las conquistara, pero que no las jodiera aprovechando su miedo. Vino hacia mí, iracunda, y me retó a pelear. De inmediato Fabiola, María, Mery y Nubia se colocaron a mi lado, y las mujeres del Mono al lado suyo. Estábamos frente a frente, y empezamos con la confrontación verbal. La palabra tiene poder, la procacidad lleva implícita una gran fuerza que, si es bien manejada, evita la violencia física. La batalla simbólica impidió un combate real. Nos gritamos de todo, cada cual hizo alarde de su fuerza y su capacidad de acabar con la oponente, sin que llegáramos a las manos. Las palabras cortan, hieren, humillan, golpean, matan. Soltar un insulto —como *piroba*—, en el momento exacto, fulmina. El tono de voz es clave, se sorprende con el grito, se mascullan obscenidades. Los gestos sostienen la palabra, amedrentan. Las piernas separadas y las manos en la cadera significan desafío, se señalan

los órganos sexuales para agredir; gesticular con las manos agrega contundencia.

El respeto había que ganarlo en el mismo terreno planteado por ellas, había que jugar con su lógica o nos llevaba el diablo, allí no existía la compasión. En prisión la agresividad se sobredimensiona por el encierro, la impotencia y el miedo. Hay tan poco que perder... Al principio las palabras fuertes me mortificaban; acostumbraba echar madrazos, pero no decir tanta barbaridad junta. Sin embargo, acabé por aprenderlas una a una y apropiármelas, y cuando las lanzaba salían de la entraña con ganas, como un desahogo.

En la cárcel civil hay que demostrar fuerza, hasta la guardia se cuida de las arbitrariedades si sabe que hay respaldo. Temen a la venganza. Al fin y al cabo, allí rigen las mismas reglas del lumpen en las calles. La cárcel es un medio muy duro, los débiles no la soportan.

Una vez llegó una mujer de unos cuarenta y cinco años, de buena apariencia, remitida por lesiones a un hombre. Desde el comienzo notamos algo extraño en su comportamiento, porque llegó santiguándose y rezando a media voz. Una locura mística, pensamos. A la hora de la comida nos contó a retazos que la habían encerrado en un calabozo, porque un hombre trató de abusar de ella y, al defenderse, le rompió la cabeza de un taconazo. Después de la comida, varias de las detenidas la llevaron a un extremo del patio y le arrebataron los aretes. Ella gritó; las guardianas

permanecieron sordas, como de costumbre. Cuando nosotras llegamos, lloraba aterrada y se agarraba las orejas. Preguntamos, pero nadie había visto nada.

La señora entró en estado de exaltación nerviosa creciente, se enfureció hasta perder el control. En cinco días, pasó de la locura mística a un estado de agresividad extrema con un vocabulario peor que el nuestro. No la controlaban ni entre dos guardianes y se azotaba contra las rejas del calabozo si alguien se acercaba. En cierta ocasión aceptó un plato de sopa que le ofrecimos, pero cuando vio a la guardiana se le tiró. Finalmente cayó en estado de sopor, como muerta, con los ojos fijos en el techo. No valieron nuestros alegatos ante el director para que la remitieran a un sanatorio; los jueces la declararon en uso de sus facultades. Un día se la llevaron en una camilla. A las dos semanas nos contaron que la habían visto en la calle, mendigando. Hay situaciones, como ésta, que quedan para siempre doliendo en alguna parte de nuestra humanidad.

La libertad es un espacio abierto

Cuando se proclamó la ley de amnistía que cubría automáticamente todos los procesos por delitos políticos, ya nos movíamos a nuestras anchas en la cárcel de Buga. Nuestra libertad era cuestión de días, estábamos en la Navidad de 1982.

Fabiola se había opuesto a todas las negociaciones de paz con el gobierno, a la amnistía y a la participación de los grupos guerrilleros en la política

legal. Su posición era muy radical y aprovechamos para tomarle el pelo porque salía libre por acción de esas negociaciones.

—Fabi, tú que eres anarquista, no deberías aceptar la excarcelación por amnistía. Yo, en tu lugar, terminaba de cumplir la condena dignamente.

—Yo seré anarquista, pero no pendeja —respondía riendo.

La ansiedad nos dejó en los huesos. Durante la espera tratamos de mantener la cordura, pero casi no podíamos dormir. Un buen día me avisaron que yo quedaba en libertad. Parecía mentira.

Los trámites llevaron tiempo, hasta que revisaron cada una de las constancias, los sellos, las providencias y los conceptos. Afuera me esperaban un abogado y mi madre. Cuando salí del penal, miré hacia el horizonte: un amplio espacio abierto. La libertad me produjo mareo, sentí inseguridad caminando sin tener las paredes como referente.

Diez

Cantando al sol como la
cigarra

Lo primero que hice cuando salí de la cárcel fue recuperar mi cuerpo para la libertad y el amor. Por eso me quedé unos días en Buga, viviendo un romance inventado en prisión con un amigo de las causas perdidas. Bailé salsa para sacudirme el letargo de la cárcel y hablé de política hasta quedarme afónica. Concedí entrevistas a la prensa local con otros compañeros del Mira y me dejé consentir por la gente cercana.

Con quienes salieron de La Picota, la organización integró el Frente Amplio para adelantar gestiones de paz. Estaba claro que la amnistía representaba un primer paso, pero no nuestra meta. Para el Eme, más allá del armisticio, se trataba de lograr un proceso de ampliación de la democracia y un pacto social que pusiera al país en el camino hacia la solución de los principales problemas sociales. Por esa razón, la paz involucraba no sólo a la guerrilla, sino al conjunto del país.

Como no hice caso al llamado de la dirección para presentarme en Bogotá el mismo día en que salí de la cárcel, cuando llegué se habían ido para una reunión en el exterior. ¡Qué vaina! Pero no hay mal que por bien no venga. Encontré a Alfredo y retornamos a nuestra luna de miel. Descansamos dos meses, mientras la Dirección Nacional deliberaba.

Luego de los primeros análisis, en la reunión quedó claro que el gobierno de Belisario Betancur no tenía voluntad para hacer de la paz una política de Estado, y se decidió recobrar la iniciativa política

que el presidente había ganado con la amnistía. Para lograrlo, nos veíamos obligados a elevar el nivel de la confrontación armada como táctica para presionar la realización de un diálogo nacional por la paz en el cual participaran las fuerzas vivas del país. Intentábamos involucrar más gente en la búsqueda de una paz con justicia social. La misma idea de Bateman cuando citó a la clase política, a la iglesia, a sectores populares y a los gremios para dialogar en Panamá sobre los problemas del país, mientras nosotros todavía ocupábamos la embajada dominicana.

El Eme volvió con todos sus fierros a la guerra. Se repartieron las cartas para la siguiente jugada: Alfredo partiría con las fuerzas del Frente Occidental al mando de Antonio Navarro y a mí me encargaron, con Susana, de la Regional del Café. Ni Alfredo ni yo defendimos nuestro proyecto de pareja por encima de las decisiones orgánicas. Nos daba vergüenza priorizar el amor sobre la disponibilidad combativa.

Nos amamos con locura, tratando de estirar el tiempo a punta de caricias. Estuve a su lado hasta cuando partió. Lo vi marcharse y me esforcé en buscar su figura entre el tráfico y la gente hasta que se convirtió en una mancha. Cuando lo perdí de vista consulté por un instante la medida de su ausencia y un dolor sordo en cada fibra del cuerpo delató la dimensión del vacío. Habría querido gritar, llorar y correr, hasta agotar mis fuerzas, por no sentir, pero me quedé allí aparentemente tranquila, con un compromiso que iba más allá del amor.

Llegó el momento de mi viaje a Armenia. Cuando el jefe de la estructura OPM nos informó, a Susana y a mí, que nuestra misión consistía en recoger a los trescientos militantes de la organización en cuatro departamentos y organizar con ellos un trabajo políticomilitar, no pudo explicar muy bien por qué habían escogido a dos mujeres para reemplazar a un hombre.

Pensé en Beatriz Rivera para completar el equipo. Viajé a Medellín esa misma noche, con mucho miedo, porque me advirtieron que la brigada de esa ciudad tenía todos mis datos. Sin embargo, yo quería traerme a Beatra, en un afán inexplicable. Apenas llegué me dirigí a la Universidad de Antioquia, donde ella estudiaba economía. Encontré en la cafetería a otras dos compañeras de prisión y me llevaron hasta la clase. Asomé la nariz y le hice señas. Beatriz armó un alboroto típico en ella, era la primera vez que nos encontrábamos ya en libertad.

Siempre creí que si Beatriz continuaba en Medellín, así se dedicara a un trabajo legal, terminarían matándola. Le expuse mi propuesta de trasladarse a Armenia. Al principio arguyó que no deseaba dejar a su familia ni su carrera universitaria, pero al fin aceptó mis razones y me contó que en la Cuarta Brigada un teniente Beltrán la asediaba. Convino en salir de Medellín y trabajar con Susana, Martha y yo. Nos pusimos una cita para diez días después. Esa misma noche me encargué de convencer a su madre de que Beatriz debería cambiar de

residencia. Regresé al día siguiente a Armenia con la buena noticia.

Ya casi se completaba una semana del plazo, cuando nos enteramos por la radio y la prensa escrita de su desaparición. Llamé a Medellín y hablé con su madre. Apenas sabía que la habían secuestrado junto con otro compañero en el trayecto de la universidad a su casa. Colgué el teléfono. ¿Por qué? ¿Por qué a ella? A la hermana menor, la irreductible muchacha que se reía de la muerte. Viví una pesadilla. Pensaba en Beatriz todos los días, imaginaba los sufrimientos a los cuales la sometían y me dolía la carne, la sentía agotada por el dolor, la veía en sueños, caminando sin oír mi llamado, perdida la mirada, o mirándome sin poder hablar, con una tristeza infinita, y siempre su imagen se desvanecía antes que pudiera responderme dónde estaba.

—¿Dónde, dónde estás hermana? —todavía esa pregunta se repite en mi interior como un eco.

Nada más monstruoso que las desapariciones, para quienes las sobrevivimos. A veces pedía a gritos la muerte como un alivio para ella, porque la imaginaba torturada. Deseaba que apareciera el cadáver, para ponerle punto final al dolor de su madre. Pero no dejaba de implorarle a la vida una oportunidad para encontrarla viva como si nada hubiera pasado. Frente a las desapariciones no hay alivio posible, la incertidumbre cobra sus víctimas, familiares y amigos oscilan por siempre entre la esperanza y la muerte. Muchas veces he visto a

alguien que se parece a Beatriz y el corazón me engaña pensando que puede ser ella.

Parece absurdo, pero el dolor me dio fuerza. Me obligué a trabajar con más ánimo. Viajé por un tiempo, paseando soledades y armando estructuras clandestinas para el trabajo operativo y de masas. De tanto ir y venir confundía las ciudades, pero importaba poco; el trabajo era el mismo.

Cierta vez, después de un viaje llegué a la pieza donde vivíamos en Armenia. Sobre el colchón en que dormía, Susana me había dejado una nota para comunicarme su decisión de retirarse del activismo y cuidar de su embarazo. Me sentí desamparada, no entendía su opción en ese momento. Me importaba no que abandonara el trabajo sino que me dejara sola recorriendo departamentos como judía errante, sin con quién consultar nada.

Rehice el equipo con Martha y Guayabita, quienes se ubicaron en dos poblaciones distintas. Seguí viajando de ciudad en ciudad como en un carrusel eterno hasta perder del todo la orientación. Cuando estábamos listos para empezar a operar con cinco militantes, todo lo que había de aquel ejército que nos habían pintado en cuatro departamentos, me llamaron de Bogotá. Querían que apoyara el trabajo allí.

Sin mucha nostalgia volví a la capital. El Regional del Café quedó en manos de Marta y Guayabita. En

la primera cita conocí a Violeta, integrante de la dirección nacional, con quien conformaría equipo.

Tanto la Fuerza Militar, FM, la estructura de carácter operativo urbano, como la Organización Político-Militar, OPM, ya más ligada al trabajo de masas, venían actuando en la ciudad desarticuladamente, con bajos rendimientos y una militancia inasible. Mientras la FM actuaba para obtener recursos que le permitieran pagar los arriendos y comer, la OPM trabajaba con las uñas en los sectores populares. Decidimos la fusión de ambas para lograr un impacto político mayor. Un buen número de cuadros medios se hallaba en el exterior, en cursos de preparación; nosotros recogimos cuanto había en gente y equipo: doce personas con experiencia y algunos muchachos que iban y venían de comando en comando, buscando actividad y *descompartimentando* el trabajo.

Nos organizamos como un Estado Mayor Regional del que dependía un Estado Mayor de Columnas. En su mayor parte, los mandos éramos mujeres. Los muchachos nos llamaban “las Doñas”. No fue fácil ganarse su respeto, de cierto modo subestimaban a las mujeres en el campo político y militar. Debíamos demostrarles incesantemente que podíamos hacer todo cuanto exigíamos de ellos y más. Ganamos fama de duras y de autoritarias, pero era una forma de imponernos a los varones.

Pese a todo, logramos un trabajo en equipo realmente productivo. Con la fusión de estructuras, todos formamos parte de la OPM como oficiales, con

grados de primeros, mayores y superiores. Nuestra tarea consistía en diseñar las políticas regionales según las orientaciones estratégicas de la dirección y planear los operativos militares en función de las tareas políticas. Las operaciones urbanas consistían fundamentalmente en acciones de propaganda armada.

Si el militante realizaba un trabajo de tiempo completo, se lo consideraba un profesional de la organización. En 1983, el número de profesionales había aumentado bastante, porque casi todos los compañeros detenidos en los años anteriores debieron pasar a la clandestinidad. Para su sostenimiento, la organización designaba un estipendio equivalente a un sueldo mínimo. Según las responsabilidades y el tipo de trabajo, había asignaciones mayores. La militancia podía pagar un arriendo modesto y el transporte, mientras que la comida estaba en buena parte cubierta por las redes de apoyo personales o de la estructura. El dinero lo proveía el Comando Superior por medio de los encargados regionales y para ello contaba con estructuras especiales de finanzas.

Había pasado más de la mitad de mi vida en Bogotá y nunca me gustó del todo. Pero, ahora que la recorría en toda su dimensión, la descubría otra: la ciudad amiga, que nos dejaba ocultar en plena calle, que nos ofrecía múltiples alternativas de existencia. Reconocí su belleza, incluso después de las seis de la tarde, cuando el neón se come el sol a dentelladas. La sentí propia, nuestra, cómplice. Resultaba grato

trabajar en ella, aun cuando la soledad me asaltara en plena calle, en medio de la multitud. Bogotá: nunca me encontré más sola y, sin embargo, allí estaba todo cuanto tenía.

Ciudad cómplice

El Estado Mayor Regional lo conformamos Violeta, Facundo, Abraham y yo. Teníamos dos superiores jerárquicos, Pacho y Alvear, a quienes veíamos en las reuniones mensuales de planeación o cuando nos designaban alguna tarea especial. Pacho, destacado estudiante de química en la Universidad del Valle, debió clandestinizarse por un error operativo y desde entonces se ocupaba de hacer el periódico de la organización. Alvear venía también de Cali y, como no lo podían bajar de rango, lo pusieron sobre nosotros como un sombrero: de adorno. En el Comando Superior estaba Fayad como jefe nacional de la OPM.

De cada uno de nosotros dependían los jefes de columnas. Conmigo trabajaban Manuel, Dúmar y Palomo. Bajo su mando estaban Pilar, Iván, Pedro “El Karateca”, Máximo, Marcela, Ariosto, Ernesto, Rosa “La Primorosa”, Arturo “El Gamín”, Félix, Adriana y otros muchachos y muchachas, casi todos estudiantes universitarios y maestros o clandestinos de profesión.

Desde el Estado Mayor Regional impusimos un estilo de trabajo en equipo para todas las instancias. Si bien se respetaban jerarquías, las responsabilidades

se repartían con equidad, para que todos pudieran ejercer el mando y aprendieran a planear y dirigir las acciones. Los demás apoyaban a quien estuviera al mando.

No había pugnas por el poder, porque tampoco había privilegios. Los encargados del regional realizábamos o supervisábamos en el terreno cada una de las acciones que se ejecutaban. *Camellábamos* hombro a hombro para enseñar sobre la práctica misma, como al principio de la organización. Nos queríamos. Eso de andar juntos peleando la vida, une. El compañero de menor rango pasaba a ser alumno e hijo, a la vez. Su aprendizaje y su desarrollo personal en función de la revolución eran nuestra responsabilidad.

Yo los amaba también. Mejor dicho, el deseo estaba presente en la relación, así nunca los llevara a mi cama, por pura ética. La seducción es también un poder de dominio. Los seduje para que se mantuvieran bajo mis órdenes, porque me gustaba que me miraran como mujer o, tal vez, porque no existía otro espacio para el coqueteo en ese universo tan reducido.

Después de la toma de Florencia, capital del Caquetá, en marzo de 1984, entró en auge el Frente Sur al mando de Boris. Algunos de los urbanos pidieron su traslado al sector rural. Ese día debía comunicarle a la Gordita una buena noticia: habían aceptado su solicitud para irse con Boris.

Ya en la cita, antes de comenzar la reunión, León y Claudia contaron que la Gordita y el Enano, los más sardinos del grupo, se habían cuadrado. Ellos se pusieron colorados. Llevaban un montón de tiempo queriéndose sin decidirse, era el primer amor de ella. Se la veía contenta.

—¿Y vos no pediste traslado al Caquetá? —le pregunté.

—Pero ahora no —respondió ella tomándole la mano al compañero.

Me guardé la noticia. Para qué amargarles la luna de miel a los pelados.

Éste era un comando con bastante experiencia. Teníamos entre manos un operativo para recuperar un revólver. Revisé la propuesta del comando, y el objetivo no parecía difícil: el celador de un parqueadero al sur de la ciudad. El sitio tenía buenas vías de acceso, el factor sorpresa estaba en nuestras manos, disponíamos de cuatro personas armadas y de un carro para la retirada. Aprobé la acción y ordené las citas de control.

Esa noche discutí con Violeta porque mi negativa a enviar a la Gordita al Frente Sur no estaba respaldada por argumentos objetivos, según ella. Sólo pedía que la dejáramos vivir su amor. Al fin y al cabo, no era indispensable en Caquetá; si se quedaba, no retrasaría la revolución. En cambio, su experiencia urbana nos resultaba entonces muy

útil. Asumí la responsabilidad de dejarla en Bogotá. Violeta me recriminó por conceder tanta importancia a los asuntos personales de la gente.

Al día siguiente se realizó el operativo. Verifiqué que la situación estuviera normal en el sitio y me retiré para esperar a León con los demás. A la hora indicada apareció Arturo, “El Enano”. Caminaba despacio, con la cabeza baja. Yo me aproximé impaciente. Me miró sin decir nada, los ojos rojos llenos de lágrimas.

—¿Qué hubo?

—Mataron a la Gordita —dijo casi sin voz.

¡Dios mío! La luz se apagó en mi cerebro. Cerré los ojos un instante para ubicarme y cuando los abrí seguían allí los de Arturo, llenos de lágrimas. Hubiera querido que la tierra me tragara. ¿Qué podía decirle? ¡Había tanto dolor en su carita! ¡Maldita sea! ¿Qué debía hacer? Ser jefe en un momento como aquél es muy berraco. El jefe es duro, asume responsabilidades y se ocupa de los otros. Yo no podía con mi triste humanidad en ese segundo.

Me recuperé pronto. Acompañé a León, que se sentía responsable por ser el mando del operativo. Además, él y su compañera vivían con la Gordita y la querían como una hermana. Claudia ni siquiera había podido llegar hasta el sitio de control, estaba terriblemente afectada.

—Hermano, ¿seguro que estaba muerta? —le pregunté.

—¡Seguro! Si yo mismo la recibí con dos tiros en el pecho y alcanzó a decirme que se moría antes de desgonzarse. La arrastré un rato, pero no respondió. Le tomé el pulso en el cuello y nada —León lloraba y se limpiaba las lágrimas con rabia.

Nos ocupamos de avisarle a la familia, cambiar sus cosas de sitio, guardar a los muchachos que participaron en el operativo. Mientras hacíamos todo eso, me enteré de lo sucedido. Parece que dieron mucha *boleta* en el lugar. Cuando la Gordita se aproximó al celador, se había perdido el factor sorpresa y el hombre reaccionó primero. Forcejearon. El compañero que la cubría disparó e hirió al hombre en un brazo. La Gordita se incorporó y el hombre alcanzó a dispararle dos veces. Ella corrió hasta encontrar a León, que venía en su auxilio y alcanzó a sostenerla. El celador seguía disparando. Con la compañera en los brazos, León ordenó la retirada, los recogió el carro. La Gordita estaba muerta.

Ya al anochecer busqué a un amigo. No quería estar sola ni podía derrumbarme frente a los muchachos. Necesitaba a alguien confiable para exponer mi fragilidad, alguien ante quien no hiciera falta mantener la imagen de fortaleza, alguien que me quisiera. Apenas lo saludé comencé a llorar en silencio, amparada por el abrazo del amigo dejé brotar toda mi aflicción, sin poder decir nada sobre lo sucedido.

Me sentía culpable por haber decidido que se quedara, por no estar con los muchachos en el operativo, por no haber previsto la muerte. Era la primera pérdida entre la gente a mi cargo. No sabía qué hacer frente a la angustia de León, la pena de Claudia y la viudez adolescente de Arturo.

En otra ocasión, Manuel quedó a cargo de un reparto de leche en Ciudad Bolívar. Durante un mes *levantó la inteligencia*, una observación detallada de las rutinas del camión repartidor, de la zona donde lo interceptarían, del sitio donde entretendrían al chofer y al ayudante mientras se realizaba la acción y del lugar para el reparto. Operativos de propaganda armada de ese tipo tenían por objetivo despertar simpatía hacia el movimiento en sectores de población con grandes carencias. Luego vendría el trabajo organizativo en torno de lo que llamábamos *estructura de milicias*, que pretendía solucionar las necesidades básicas de la gente, apoyados por el elemento militar armado.

Para obtener la información necesaria, se designaba a un comando que efectuaba la observación durante el día, en turnos rigurosos. Luego el oficial primero, jefe de columna, y el oficial segundo, encargado del comando, hacían la planeación del operativo: croquis, ubicación de las contenciones de seguridad, distribución de la mercancía, ruta de retirada y punto de encuentro. Delegaban funciones y asignaban armamento. Yo revisaba el plan de manera minuciosa y hacía las correcciones necesarias, discutiendo con los autores y responsables. Así sucedió para la ocasión que menciono.

Los acompañé al barrio en donde tomarían el camión, tras reducir al chofer y al ayudante, para llevarlo a Ciudad Bolívar. Todo estaba normal. Puse la cita una hora después, para cerciorarme de que la primera parte marchaba bien. Estaba en la cafetería esperando, cuando entró Manuel transfigurado, lívido. Se sentó; no hablaba, movía la cabeza nerviosamente de un lado a otro.

—¿Qué pasó?

—¡Matamos a un hombre!

Contó de forma atropellada que “El Patrón”, un compañero muy bueno para la acción, intentó reducir al chofer arma en mano, mientras abría la puerta. El hombre se asustó y arrancó el carro; el compañero quedó colgado del estribo y gritó al conductor que se detuviera, pero éste aceleró; entonces él accionó el arma y el chofer se desplomó sobre el asiento. Manuel ordenó retirarse de inmediato. La puerta del camión quedó abierta. El conductor sangraba.

—¡Lo matamos! ¡Lo matamos! Y era un muchacho, un trabajador, estaba desarmado —me repetía con angustia.

No sabía qué decir. Me indignó esa muerte absurda. Sentí rabia con el imprudente que disparó sin necesidad, quise regañar a Manuel, me reproché por no haber ido yo. Manuel se pasaba la mano por el cabello, con impaciencia, como para despejar aquella imagen. Me afligió él. Pensé cómo estaría El Patrón.

No podía reprenderlos; era un momento crucial en su vida. Sólo podía tratar de hacerlo menos duro, pero recordé que era su jefe; no podía abrazarlo y llorar con él. Puse mi mano en su brazo.

—Yo sé cómo estás. Tranquilo: ya no podemos hacer nada. Fue una imprudencia, pero fruto de la presión. Si se tiene un arma en la mano, es posible que te maten o que mates, son gajes del oficio. Ahora, decíme, ¿dónde ubicamos al Patrón para hablar con él?

Permanecimos juntos todo el día: el comando entero acuartelado, por seguridad; aunque no se habló más del asunto, nos sentíamos consternados. Mandamos a verificar la historia y supimos que al muchacho lo habían llevado al hospital y estaba consciente. Eso nos calmó un poco. En la noche, sola, lloré por mis pelados: la cara de la muerte es cosa seria y los había sorprendido antes de tiempo. La responsabilidad me pesaba.

Los operativos de propaganda armada despertaban simpatía por el Eme entre la población. En el regional pensamos en aprovecharla para el trabajo político y vincular en una nueva concepción los trabajos armados y de masas, poniendo al servicio de las necesidades de la gente las armas manejadas por ellos mismos. Mucho tuvo que ver nuestro enfoque con la idea de conformar ejércitos populares o preparar la insurrección en las ciudades, al estilo de Nicaragua durante la ofensiva final.

Escogíamos una población con grandes carencias, en sectores marginales de la ciudad. Adelantábamos entre los vecinos una exploración de sus necesidades y después efectuábamos un operativo armado para repartir entre los pobladores alimentos, ropa e incluso materiales de construcción. Los muchachos actuaban con el rostro destapado: no más pañuelos estilo embajada. Sosteníamos que la clandestinidad era para el enemigo y no frente al pueblo. Debíamos cuidar nuestra identidad, pero mostrar la cara, que nos vieran y nos tuvieran de carne y hueso resolviendo con ellos los conflictos cotidianos.

Así se concibieron las Milicias Populares, como una organización de la gente en torno de necesidades concretas, con respaldo de las armas cuando fuera necesario lograr lo que no se conseguía de otra manera. Ya no eran los aparatos armados los que apoyaban las solicitudes de organizaciones de masas, como en el secuestro de Ferreira Neira, el gerente de Indupalma, para obtener una buena negociación del pliego de peticiones del sindicato. Ahora los mismos pobladores, con un mínimo conocimiento de tácticas y armamento, planeaban y ejecutaban acciones sencillas: custodiar las mangueras que llevaban agua a un barrio para que no las cortaran los dueños de las tierras altas en detrimento de cientos de familias; negociar con los vendedores piratas de tierras para evitar la reventa de lotes o expulsar a los gamonales que amedrentaban a los pobladores.

Nuestros compañeros de la OPM tenían la responsabilidad de acompañar los procesos de

organización barrial y preparar a la gente para la insurrección, logrando contenidos cada vez más políticos en las luchas por la supervivencia diaria de esos sectores excluidos de todos los beneficios de la ciudad y obligados a los más duros oficios, en las peores condiciones de existencia. Trabajábamos en las barriadas tras un análisis simple sobre el potencial del sector popular, que los movimientos cívicos habían puesto en evidencia en los años ochenta.

A estas labores se dedicaron, en su mayoría, los esfuerzos del Regional Bogotá durante 1984. También se tenían frentes de trabajo obrero, estudiantil, con profesionales y periodistas. Contábamos asimismo con un aparato de inteligencia que recogía más chismes que información. De los doce que empezamos a mediados de 1983, llegamos a ser cien militantes en agosto del siguiente año, sin contar los simpatizantes y colaboradores.

La organización estaba en uno de sus mejores momentos cuando desapareció el Flaco Bateman, un día en que viajaba entre Santa Marta y Panamá. Muchos imaginamos que se había quedado escondido en las nubes esperando el momento oportuno para saltar y sorprendernos, como siempre, con una nueva propuesta. Un año después, encontraron en la selva panameña un avión destrozado y los huesos de Bateman, La Negra y Conrado Marín. Entendimos que su ausencia era definitiva, pero El Flaco nos había dado tiempo. Durante un año nos preparamos, entre ilusiones, sueños y pitonisas, para aceptar su

muerte. Nos dio tiempo para hacer menos duro el golpe.

Creí que la organización no sobreviviría sin Bateman, pero se recompuso con celeridad: Iván Marino sucedió al Flaco en la comandancia general y Fayad se dedicó a negociar una tregua para dialogar. Los frentes en Caquetá y Cauca combatían con nuevas tácticas de guerra regular, cada vez más cerca de las ciudades. El esquema era igual: acciones para presionar una negociación más ventajosa. Tras los consejos de guerra, las cárceles y la amnistía, los grupos alzados en armas teníamos audiencia. Nos había legitimado la misma exclusión política. En Colombia era necesario echar plomo para ser escuchado.

A Carlos Toledo lo mataron en ese tiempo, cuando demostraba su vocación de paz ejerciendo la medicina en Santander. Negociar una tregua en este país de odios e intolerancias políticas, acostumbrado a que sólo las guerras posibilitan un cambio constitucional, no fue fácil. Pero en ese intento de lograr un acuerdo para el diálogo, Fayad no estaba solo. Muchas personas amigas de la paz, sin que importara su filiación política o su condición social, apoyaron, de frente o por los lados, este esfuerzo.

En los barrios convocamos asambleas para discutir los contenidos de una paz con justicia social y promover la participación política de la gente. Todavía conservábamos una gran fe en las armas, así estuvieran silenciadas, en respaldo a las voces

que empezaban a abrirse paso hacia el diálogo. Los fusiles debían ser acallados para que los colombianos habláramos sobre el país: ése era el interés de la tregua y del diálogo.

Parar un momento la guerra

Con frecuencia pensaba en Alfredo, mi compañero, y a veces el llanto me sorprendía en mitad del recuerdo. Un día me enteré de su muerte a través de una noticia radial. Hice una llamada para buscar confirmación.

—Si, sucedió hace como un mes —dijo alguien al otro lado de la línea.

No podía coordinar los pensamientos ni moverme, el ruido de la calle se tornó ensordecedor y sentía como si mi cuerpo se derritiera. De pronto, tomé conciencia de que me encontraba parada en la orilla de una calle con mucho tráfico. Crucé como pude y llegué a la reunión del Estado Mayor Regional. Violeta me miró asombrada y preguntó bajito qué me pasaba; debía estar pálida. Le conté. Tomó mi mano por debajo de la mesa y la apretó en un gesto solidario.

De los presentes, nadie sabía lo sucedido. A lo largo de la reunión, las lágrimas caían silenciosas, yo las secaba con discreción; Violeta, de cuando en cuando, colocaba su mano sobre mi brazo. Los compañeros no preguntaron nada.

No le di tiempo a mi dolor, me rehusé a dedicar espacio al duelo. El trabajo se había multiplicado y yo espantaba la tristeza con deberes por cumplir. A veces las lágrimas se rebelaban en el alma y fluían, inatajables, mientras viajaba en una buseta o caminaba por la calle. Lo único que realmente me alegraba eran las reuniones de trabajo con mis muchachos, cada vez más *pilos* y creativos.

Alfredo constituía mi eje afectivo. Mientras existió, sentía la certeza del amor: estábamos ambos frente al mundo. Ahora me había dejado sola. En un principio me asaltó la sensación de abandono y de rabia con él, por dejarse matar. Luego acepté su muerte como algo inevitable en la guerra. A esa contingencia estábamos sujetos; él había apostado la vida a un sueño de paz que pasaba peligrosamente por la muerte. Sucedió como habría querido: durante un combate, tras la toma del municipio de Miranda, un disparo en la frente se lo llevó sin esperas, sin antesalas de dolor, sin angustias. La muerte de un guerrero.

Durante meses sentí leve el pulso, como si con mi amor se hubiera marchado la energía; por más ideología que le metiera, la vida sin pasión se me agotaba en las venas. Sólo el anuncio de que la tregua era un hecho me sacó del letargo.

En agosto de 1984, se celebraron con el presidente Belisario Betancur los acuerdos de cese al fuego y se inauguraron las mesas de diálogo. Dos poblaciones del país fueron sede de los actos públicos, Corinto,

en Cauca, y El Hobo, en Huila. Allí se concentraron los dos frentes de ejército con los cuales contaba el Eme, algunos comandos urbanos, unos cuantos delegados del gobierno y la prensa en pleno. En los pueblos no había la gente que llegaba en oleadas para conocer a los guerrilleros más publicitados de la época, conversar con ellos, pedirles autógrafos como a las estrellas del cine y tomarse fotos a su lado.

Fayad me ordenó viajar a Corinto. Le advirtió al portador del mensaje que dejara en claro su carácter urgente y perentorio: “De lo contrario, no viene”, le había dicho. Escogimos a los compañeros y las compañeras más destacados y conformamos una escuadra representativa del Regional Bogotá. Viajamos con todas las medidas de seguridad hasta Cali y, ya en el terminal, preguntamos tímidamente por el transporte hasta Corinto.

—Van a tener que hacer cola. Mire, todo el mundo quiere ver a los guerrilleros, dicen que allá esta el Comandante Uno y hasta la Chiqui. ¿Les hago un expreso?

Pagamos el doble de lo usual por el transporte. En el camino, el chofer preguntó si conocíamos a los guerrilleros y le respondimos que no. Nos hicimos pasar por periodistas.

Desde unos dos kilómetros antes del pueblo se encontraban retenes de la guerrilla, el último en la plaza. No nos dejaban pasar hasta obtener el permiso del oficial de guardia. Pedí que lo llamaran.

Era Mariano, el muchacho con quien pasamos el susto aquel en el Mira. Primero fue la algarabía de los saludos y luego un abrazo que me levantó del suelo. Junto a él estaban Efrén y Platanote, otros dos compañeros de la aventura en el Pacífico. El chofer miraba asombrado mi saludo con los *compás* a quienes no veía desde que salimos de la cárcel.

En Corinto había un ambiente de carnaval. Se encontraba gente que venía de Cali para visitar a sus parientes guerrilleros, indígenas que llegaban de la montaña para hablar con los *comanches*, curiosos, pobladores vecinos, autoridades locales y *tiras*. Se armó la feria: aparecieron toldos de fritanga, casetas para el baile, vendedores de flores, frutas, dulces, banderas de Colombia y del Eme, fotógrafos y las infaltables pitonisas que auguraban paz en las líneas de la mano de todos los guerrillos.

Aún hoy, cuando rescato del recuerdo las imágenes, llega con toda su fuerza la alegría. En medio de aquel ambiente festivo volví a ver a Iván Marino con Fanny, su esposa, y los niños, que ya eran hombres. Me encontré con compañeros del Mira, entre ellos Ismael y el Gordo Arteaga, y con media organización, porque la otra media estaba en El Hobo.

Al atardecer, cuando se agotaron los saludos y el cuerpo me dolía de tanto abrazo apretado, la euforia cedió paso a una nostalgia que lloré en el rincón de la escuela donde me habían alojado. Me cansé de esperar que apareciera también el rostro de Alfredo

junto al de sus compañeros del Frente Occidental. Habían pasado tan sólo tres meses desde que lo mataron en uno de los últimos combates para lograr esa tregua que hoy celebrábamos.

Durante el acto público en que protocolizamos la firma de los acuerdos, cuando sonaron las últimas ráfagas al aire despidiendo la guerra, recordé las líneas de Julius Fucik: “Qué triste es ser el último soldado muerto en la última batalla”, pero al mismo tiempo pensé en que alguien tiene que serlo para que la paz se vuelva realidad. Los grandes ausentes fueron Jaime Bateman y Alfredo. Habría querido verlos disfrutando el momento de la tregua, un episodio que se creyó imposible hasta en las horas precedentes a la firma, porque los policías de un retén estuvieron a punto de matar a Carlos Pizarro y le volaron los dedos de la mano a Laura, cuando trató de protegerlo de los tiros.

La tregua quedó en mi memoria como en las fotos. En la mesa, Bernardo Ramírez, delegado del gobierno de Belisario Betancur, y el periodista Enrique Santos junto a Álvaro Fayad, Iván Marino Ospina, Israel Santamaría, Almarales y Pizarro herido, con el brazo en cabestrillo. Alrededor, en todas partes, la cara de alegría de la gente que creyó en el fin de las hostilidades.

Luego del *flash*, el carrusel giró de nuevo. Vivas a la paz, claveles en la boca de los fusiles, música, baile y multitudes que nos expresaban, más que su esperanza, la fe en un cambio mediado

por nosotros. Interiormente algo me ligaba a un principio de realidad que avizoraba dificultades: tal vez la premonición de la adivina que me advirtió del atentado en el cual yo resultaría herida, un destello de muerte entre tanta euforia.

Silenciar las armas no era sólo dejarlas ni abandonar su dinámica. Desmontar la guerra demandaba todavía más. Ellos y nosotros creíamos a medias. Intuíamos que la confrontación en el terreno político terminaría por hablar a través de las armas para que la ronda comenzara de nuevo.

Diálogo entre sordos

El primer día de cese al fuego, se dio a conocer el equipo que, por el M-19, participaría en el diálogo: Antonio Navarro, Israel Santamaría, Andrés Almarales, Vera Grabe y Alfonso Jacquin; el resto sería gente que provenía de los procesos regionales. Los aplaudimos mucho, les deseamos suerte, pero pensábamos en el enorme riesgo que asumían, probablemente entre ellos estaban los próximos muertos.

El grueso de la fuerza militar se concentró en dos campamentos, uno en Yarumales, Cauca, y otro próximo a la población El Hobo, Huila. Alrededor, el ejército montó sus retenes y ubicó la tropa. ¿Era un cerco de paz?

La instalación de las mesas de trabajo se demoró en todos lados. Una cosa fueron las declaraciones

de voluntad de los partidos tradicionales y la clase empresarial frente a las deliberaciones, y otra muy distinta la realidad. Quienes apostaban a la paz, en el gobierno, en la guerrilla y entre el común de la gente, seguían insistiendo para que la clase política y los gremios participaran.

Unas semanas después de la firma, Fayad me visitó en Bogotá. Le encantaba comer en casa, Violeta y yo cocinamos. La tertulia se prolongó hasta bien entrada la noche; sólo entonces me propuso participar en el diálogo. Le dije que no. Prefería seguir como clandestina y continuar en el trabajo barrial, porque no confiaba en los servicios de inteligencia del Estado. Para hacer la aparición en público, además, tendría que aceptar mi participación en la toma de la embajada dominicana, y no valía la pena. Le argumenté que yo no sabía hablar en público, pero él me tomó el pelo todo el tiempo y finalmente arguyó que la organización necesitaba a “un ramillete” de mujeres berracas para mostrar.

Nunca pude decir que no. Terminaba cediendo ante las necesidades de la organización. Esta vez, como último pretexto para declinar la invitación, le conté que la adivina de Corinto, a quien él también consultó, me había advertido de un atentado. Fayad soltó una carcajada y me dijo:

—Eso es para que no baje la guardia.

La decisión estaba tomada. Yo no quería dejar el regional, me sentía a gusto con los equipos de

trabajo, pero tocó. Me despedí de Violeta, alquilé un apartamento con un novio que tenía, profesor de la Universidad Nacional, y comencé a salir a la vida pública poco a poco, con mucha desconfianza, como si acabaran de lanzarme a un escenario para hacer *striptease*.

—Me llamo María Vásquez, soy integrante del M-19, estuve en la toma de la embajada —tanto que lo negué— y creo que sólo dialogando lograremos la paz para el país —repetía mi estribillo antes de salir de casa, como para no olvidar el guión.

Nos reuníamos en una suite del hotel Tequendama, alquilada como sede para el equipo de diálogo. El grupo se aumentó con los delegados regionales, pero alrededor se aglutinaron líderes comunitarios, estudiantes y profesionales que nunca habían participado de las estructuras militares. Muchas personas querían expresar su opinión. El apartamento se convirtió en un hervidero permanente de gente de todas las condiciones sociales: senadores, dirigentes sindicales, comunales, vendedores ambulantes, miembros rebeldes de la oligarquía, intelectuales y artistas. Sentirnos rodeados daba un poco de confianza a pesar del tira y afloje de las conversaciones con el gobierno y la clase política.

El trabajo de masas avanzaba: la gente sentía que el respaldo de las armas nos permitía ser mediadores de sus demandas con mayor fuerza. Nos llamaban para que habláramos con los loteadores piratas y detuviéramos sus abusos en los barrios; con los

empresarios, para respaldar los pliegos laborales de los empleados; con los propietarios de la Central de Abastos, Corabastos, para negociar un espacio en la plaza a nombre de cientos de minoristas; con los empresarios taurinos, en defensa de los toreros nacionales; con las programadoras de televisión, en pro de los sindicatos de actores...

Los organismos de inteligencia estatales tampoco descansaron. Mantenían nuestros teléfonos interceptados, consignaban los nombres de los amigos y las casas que visitábamos, escuchaban las conversaciones y delegaron hombres y mujeres para conocer el trabajo desde adentro. Todo eso se percibía pero a veces creíamos que hacía parte de la paranoia clandestina. Me propuse proteger al máximo mi seguridad y la de quienes me rodeaban, no di mi teléfono, no llamé desde la sede a los amigos, no di a nadie la dirección del apartamento donde vivía, no guardé ningún documento que diera cuenta de la estructura de la OPM ni hablé de mi pasado operativo. Simplemente, no confiaba.

Mientras tanto, en las zonas rurales cerca del campamento guerrillero, las fuerzas militares se aburrieron de cuidar retenes allí donde entraba remesa a la guerrilla y de llenar cuadernos con los nombres y la cédula de cuanto paisano incursionara en los territorios de paz. La tolerancia no se aclimataba aún y los sectores más recalcitrantes sufrían de calambres cada vez que un guerrillero hablaba en televisión o aparecía en los cocteles del mundo político, social o diplomático. Cuatro meses después, entre la navidad

de 1984 y el año nuevo, el ejército atacó con fuego de morteros el campamento de Yarumales, donde se hallaban concentradas las fuerzas de Pizarro.

Argumentaron que la guerrilla había secuestrado a un hacendado de la región y lo escondía en el campamento. De nada sirvieron las comisiones de paz y los delegados del gobierno que verificaran la inexistencia de secuestrados. Su palabra no valía frente a la desconfianza de los militares.

Nuestra gente no evadió el combate. El ambiente de desconfianza mutua hizo que en los meses anteriores se realizara una obra de ingeniería militar con trincheras, refugios y hasta depósitos de agua para resistir un sitio de varios días. Así sucedió y así también resistieron la ofensiva de dos semanas. La considerable desventaja en armamento fue suplida por la valentía de los compañeros. Pizarro diseñó y dirigió el plan de defensa y ataque. Desde las trincheras, en la línea de fuego, mostró una habilidad militar que sorprendió a todos, en especial a los militares, que juraron derrotar a la guerrilla durante las fiestas navideñas.

Sesenta compañeros, entre hombres y mujeres, con treinta armas, se pegaron al terreno y no permitieron la entrada del ejército. La guerra volvió a prenderse y en el escenario quedaron los dos bandos en abierta confrontación. Los argumentos se hicieron a un lado cuando hablaron los fusiles; los militares alegaban su derecho al control territorial y la guerrilla reclamaba el respeto a los acuerdos. No valieron las gestiones

frente a la Comisión de Paz, ni las comisiones de verificación, ni las denuncias ante la prensa; ningún ministro respondió a las llamadas, mucho menos, el presidente Betancur. Nadie en el gobierno salió en defensa de la paz.

El seis de enero, cuando los del diálogo recogimos a nuestra gente en las ciudades y emprendimos la marcha al monte para reforzar el combate, el gobierno pareció despertar y procuró arreglar el asunto. Nosotros seguimos monte adentro. En el camino encontramos a nuestra gente del Frente Sur, que venía a lo mismo.

El gobierno y nuestros comisionados debieron negociar de nuevo, pero nosotros teníamos ventaja 1-0 ante la opinión pública. Fue el ejército quien rompió la tregua y nuestras tropas quienes resultaron victoriosas. Entonces propusimos realizar un congreso nacional del M-19 para decidir el rumbo de la paz, con la asistencia de representantes de todas las fuerzas vivas del país, incluidos el gobierno y los invitados internacionales. Entre tanto, nos concentramos en el monte con toda la gente que subía desde las ciudades para ofrecer su respaldo a la paz.

¿Cómo creerle a una paz que se abría paso a tiros?

Comenzó el tira y afloje de la negociación para celebrar el congreso. Mientras la tropa nos cercaba, los guerrilleros tomábamos posiciones y cavábamos

trincheras durante las noches, a escasos ochenta metros de sus puestos de vigilancia.

Mi primera misión consistió en comandar una escuadra de vanguardia, cuya posición estaba lo más cerca posible del ejército. Todos eran campesinos y ganarme su confianza fue bien difícil. Ellos tenían ventajas sobre mí en el terreno, yo carecía de habilidad para desplazarme en la noche, ubicarme geográficamente y conducir una marcha; si bien lo aprendí en la escuela, me faltaba práctica. Creo que ofrecían resistencia pasiva al mando de una mujer de la ciudad: sólo hacían lo que les ordenaba y tal como lo ordenaba; no aportaban una sola iniciativa, pero sonreían socarrones cada vez que me equivocaba.

A los tres días decidí hacer frente al asunto. Nos sentamos juntos a la hora del almuerzo, entre charla y charla reconocí su pericia en el terreno y su valentía, acepté mis limitaciones por falta de práctica en el monte, pero también les hablé de los operativos urbanos y de sucesos en los que yo había participado y a través de los cuales la organización proyectaba sus propuestas políticas. Aquellas acciones pesaban tanto en el terreno político-militar como su experiencia reciente en Yarumales. Empatamos. Desde ese día nos convertimos en equipo y cesaron las prevenciones.

En ese momento, a las puertas del Congreso de los Robles, el debate en la organización estaba especialmente álgido y polarizado entre lo urbano y lo rural, lo político y lo militar, el diálogo o la

guerra. El ataque del ejército a Yarumales y el triunfo de nuestra fuerza militar dimensionaron el peso de la guerra e incrementaron la desconfianza en la efectividad de las conversaciones con el gobierno.

Entre tanto, muchas personas querían llegar al congreso para participar en las deliberaciones sobre paz, pero el gobierno impidió la entrada al campamento. El ejército detenía a la gente en las poblaciones cercanas y, entonces, recurrieron a las tomas de iglesias y gobernaciones para protestar por la prohibición del congreso. La mayoría de quienes llegaban hasta Los Robles lo hacían evadiendo el cerco con la ayuda de conocedores de la región. A veces el viaje de tres horas duraba dos días, pero se arriesgaban. Así llegaron más de quinientos invitados.

El campamento tuvo que adaptarse para recibir visitantes, se hicieron cambuches colectivos con *paceras* para acomodar a los huéspedes, se empalizaron caminos, se organizaron las duchas, las letrinas, los ranchos para cocinar, se construyeron un salón de conferencias y un hospital. Todo esto con los diseños militares de utilización táctica del terreno: los sitios para concentrar a la gente no quedaban expuestos al fuego en caso de ataque enemigo; para el efecto, se construyeron también trincheras y refugios en caso de ofensiva artillera como sucedió en Yarumales. La gran contradicción estaba presente, debatíamos públicamente la continuidad del proceso de paz y de diálogo, entre preparativos para la guerra.

Aqué! era el dilema para todo el país. ¿Cómo creerle a una paz que se abría paso a tiros?

En Los Robles se vivía una épica victoriosa, nos sentíamos invencibles. Nos concentramos para definir la guerra o la paz. Allí volvimos a encontrarnos con los viejos compañeros; desde cuando la organización era familia, no los veía a todos: Iván Marino, Fayad, Afranio, Boris, Elvecio, Raúl, Gladys y Eddy, de la primera época; la Negra María y Jorge, de la embajada; el Gordo Arteaga, Ismael y compañeros del Mira; Violeta, Manuel y mis muchachos del regional; amigos y colaboradores como Olga, Camilo, el Gato, Omar y otra cantidad de gente de la Nacional. Y también allí tuve la oportunidad de compartir por primera vez con compañeros como Arjaid, famoso por su vocabulario soez y la delicadeza de su pluma, de cuya existencia sabía por las anécdotas que circulaban en la organización, y con Ester Morón, una mujer leyenda, reconocida no sólo en el Eme sino en la JUCO, en Girardot y ahora en el país y fuera de él. De ella oí hablar desde los primeros años de militancia, la misma mujer bajo distintos nombres: unos la recordaban en la frescura y el ardor de su adolescencia comunista; otros, en las tareas de mayor confidencialidad junto a Bateman; otros, en las lides de la diplomacia insurgente. Muchos más comentaban su espíritu empresarial; creo que fue, entre nosotros, la única que gerenció una empresa rentable para la organización. Pero Ester parecía ignorar el halo que rodeaba su figura; no se esforzaba por aparentar nada ni por ser nada, simplemente era ella con suficiente contundencia.

Me atrevo a decir que en los Robles nos reunimos por primera y última vez casi todo el Eme con su gente. Durante el congreso sentí que cualquier utopía era posible con todos ellos. Por eso no me pareció que el cuento de “ser gobierno” fuera un embeleco en que nos habían embarcado la euforia de Yarumales y la confianza de los amigos que nos acompañaban pese a las prohibiciones. Tan fuerte me sentía.

Para ese entonces yo tenía compañero. El sardino Lucio, de los negociadores con el gobierno, me convenció de armar pareja. A mí, que venía de una feliz experiencia con un profe de la Nacional y de un amantazgo fugaz con el negro Alfonso Jacquin; creo que acepté porque me desconcertó la audacia de su propuesta. De él me sedujeron su inteligencia y su edad, no hay nada más renovador que el amor de un muchacho que amanece a la vida.

Corinto y Los Robles constituyeron dos hitos de cercanía con el país real. Si bien tocábamos los sueños con la punta de los dedos, el vacío de nuestros muertos se notaba. En pleno congreso, cuando nos avisaron que llegaba Clementina, la mamá de Bateman, todos salimos corriendo loma abajo para recibirla como si viniera con el hijo adentro. Y así fue, la madre subía en un caballo al que un guerrillero conducía de cabestro y los parlantes colocados en el campamento la saludaron con repetidos vivas a ella y al comandante desaparecido. Yo estaba a cargo de una cámara y pude filmar su rostro emocionado, los abrazos con todos, y las lágrimas, hasta que las mías nublaron la visión. Con ella llegó El Flaco Bateman

a la reunión, ella lo traía en sus ojos color miel y en la nariz, en los gestos y en la fuerza de sus setenta años.

Niños de la guerra

Entre los hombres armados y los invitados, correteaban los niños guerrilleros, unos doce mocosos que se pegaron al paso de la guerrilla y que, si bien los devolvían por falta de edad, regresaban para quedarse. No faltaba alguien que los adoptara, conmovido. Conformaron una escuadra al mando de una niña de trece años, hija de una prostituta de Miranda. Ellos ayudaban en los quehaceres del campamento y servían como estafetas entre los asentamientos de los distintos pelotones. Y, sobre todo, jugaban; jugaban a la guerra casi siempre, imitando con palos los fusiles y emboscándose. Una extraña invención en que el juego infantil de esconderse perdía la inocencia.

En tiempo quieto como el de Los Robles, los chicos gozaban de muchos privilegios: los primeros en comer, los pedazos más grandes de carne —cuando había—, nadie los obligaba a nada ni los regañaba, dormían arrunchados contra su tutor o su tutora. Su único deber consistía en asistir a la escuela que Laura improvisó en un rincón del cambuche de propaganda, por lo menos durante cuatro horas diarias. Sólo a eso oponían cierta resistencia, porque los alejaba del juego.

Miguelito era, entre todos, el más consentido, tal vez por su figura menuda con cara de viejito, señal de desnutrición crónica, o porque se ganaba a las mujeres con ternuritas y carantoñas. Decía tener trece años, pero parecía de ocho. Su mamá fue a visitarlo al campamento y él hizo un recorrido para presentarla a todos sus amigos. Una mujer pequeña y huesuda, con el rigor de la vida reflejado en la cara. No venía, como pensamos muchos, para llevarse a Miguelito, sino para traernos al menor de sus hijos, porque su paga como lavandera no le alcanzaba para mantenerlos y los niños tenían que rebuscarse el sustento en la calle. En cambio, según ella, con nosotros aprendían “cosas buenas” y recibían cariño. La guerrilla era preferible al peligro de la calle.

Esa noche me quedé despierta durante horas; más que halagarme, lo que había dicho la mamá de Miguelito me entristecía. Cómo estaría de mal el país que la guerrilla resultaba una alternativa para un niño pobre.

Algunos muchachos adolescentes, como Mao, se habían levantado en el Frente Sur del Caquetá. Él contaba que, cuando los *compas* pasaron por su casa, se ofreció de guía y con ellos se quedó tres días. Luego lo devolvieron, porque estaba muy pequeño. Pero regresó a la casa, sacó la ropa y volvió al campamento. Se propuso como estafeta, como guía, lo que fuera. Lo dejaron.

Cuando tenía once años, Mao ya andaba armado, porque recuperó un fusil M-1 luego de un combate. En cierta ocasión estaba jugando a emboscarse con

otro pelado mayorcito, que también se enroló en la guerrilla, y vio que por la cuesta subía una patrulla del ejército. Al principio le pareció que eso hacía parte del juego, pero se quedó observando y los vio avanzar. Le hizo señas al compañero, para que no se moviera. Sin ruidos, colocó el proveedor y montó su carabina. La patrulla seguía subiendo. Apuntó al primero, pero vio que enseguida venía el oficial y lo puso en la mira, con cuidado; apenas lo tuvo a unos treinta metros, disparó. Lo vio caer. Los soldados se asustaron y respondieron a la loca. Los dos muchachos se retiraron corriendo para avisar a los compañeros. Mao contaba este episodio como un veterano. Tenía sólo once años cuando mató a un teniente como si fuera parte de un juego.

Cuando lo conocí en Los Robles, rondaba los quince años y andaba con pena de amor y cansancio de guerra. Había participado en las tomas de Florencia y El Paujil, le habían tocado los combates de Yarumales, y ahora su novia lo había dejado por un urbano. Mao pidió traslado de su pelotón a la estructura de propaganda. Le gustaba manejar el mimeógrafo, tomar fotos y hablar carreta con los invitados. Me confesó que era hora de estudiar, quería entrar al Sena y, pasado el congreso, “bajar a la ciudad para aprender cosas”, porque no acababa de entender que un urbano le pudiera *tumbar* la mujer.

Al congreso llegamos todos con ilusiones, frustraciones, carencias, glorias, derrotas, penas y sueños. En muchos ya se advertían en el cuerpo y en el alma las huellas de la lucha. Más de la mitad

había pasado por torturas y cárceles; otros llevaban pedazos de metralla bajo la piel o cicatrices que bien servían de pretexto para contar historias heroicas. Algunos hallaban en su relación con la muerte más certeza que en la vida. Había de todo, desde poetas soñadores y diplomáticos de la paz hasta militantes de la guerra. Eso era el Eme: una compleja multiplicidad de seres dispuestos a pensar en compañía de otros, a deliberar públicamente. Tal vez resulte más claro decir que intentábamos contagiar de nuestros sueños de poder al país excluido.

Once

Heridas de muerte

Los Robles fueron como unas vacaciones en familia, como regresar a la casa paterna, pero después del congreso nos dispersamos. Cada quien definió con la comisión organizativa su misión y marchó hacia la región correspondiente para adelantar su trabajo. Finalizando el mes de febrero, ya quería regresar a la ciudad. Las vacaciones en el campo habían sido muy agradables, pero no deseaba permanecer en la Fuerza Militar, prefería el trabajo urbano. Acepté conformar el equipo de trabajo político de masas, en Cali, con Afranio, Jacquin, Laureano y Carlos Lucio. Trabajar con Afranio era una garantía, yo tenía confianza plena en él y además estaba encarretada con el sardino Lucio. Avisé de mi decisión a Pizarro, el encargado de la región occidental.

—Chévere que permanezcas en nuestra región militar. ¡Listo! Pero ¿ya hablaste con Fayad?

Hasta el momento de la conferencia estaba bajo el mando de Fayad, ahora comandante general. En esa ocasión aproveché mi ascenso a la Dirección Nacional para tomar iniciativas de trabajo. Cuando le comuniqué mi decisión, Fayad ya tenía una misión para mí; sin embargo, no puso objeciones. Me entristeció desligarme de él; si hubiera insistido un poco, habría permanecido bajo su dirección. Aquel fue mi primer acto de autonomía.

Campamentos de paz

Con el propósito de “ser gobierno”, nos volcamos a las ciudades para conquistar las masas. Queríamos replicar la experiencia de Los Robles en el escenario urbano. Creo que el reciente triunfo de la revolución nicaragüense y la lucha salvadoreña marcaban la tendencia insurreccional. Nuestra idea era acompañar a los sectores urbanos más pobres, para convertirnos en una fuerza alternativa. Teníamos plena conciencia del peligro que nuestro arraigo en la pobreza representaba para los poderes establecidos. Por eso pensamos en preparar a la gente para la insurrección. Ante todo creíamos en la organización popular como garantía para lograr sus reivindicaciones a corto y a mediano plazo, pero con respaldo armado.

Al comienzo buscamos amigos y conocidos para acercarnos a los barrios elegidos por sus carencias y su ubicación estratégica. Según nuestra lógica, resultaba indispensable garantizar que en el caso de un levantamiento masivo de esos sectores se tuviera acceso hacia la cordillera, pues allí permanecía nuestra fuerza militar.

La fase de acercamiento fue más bien clandestina: con Afranio recorriamos a pie el barrio Terrón Colorado, preguntando aquí y allá cuáles eran los problemas más graves y a la vez realizando el reconocimiento del terreno. Analizábamos, por una parte, la estrategia política y, por otra, nuestras posibilidades militares. Lo mismo hacían otros compañeros en Siloé, Aguablanca y Petecuy. En cada

sitio arrendábamos una casa y nos trasladábamos con algunos compas para iniciar el trabajo. En esta etapa, no obstante priorizar el trabajo de masas, aún pesaban en nosotros las costumbres clandestinas y el militarismo. Prestábamos más atención al terreno propicio para cavar una trinchera o hacer un refugio que a dinamizar procesos reivindicativos de los pobladores.

El sardino Lucio nos cambió el cuento. Cansado de dar declaraciones para la radio y la televisión, cierto día se le ocurrió visitar Petecuy, un barrio a la orilla del Cauca. Con megáfono invitó a los pobladores a conversar con el M-19. Plantó dos banderas en un lote vacío: una de Colombia y otra de la organización. La asamblea resultó muy concurrida y el sardino se fajó un fogoso discurso. A las cinco de la tarde, ya había conformado un comando del Eme con la gente del barrio, como en los tiempos de la Anapo. Nos pareció precipitado pero, mientras nosotros conseguíamos cinco militantes, él agrupaba cuarenta y armaba una sede bajo cualquier enramada. Desde allí se desplegaba una actividad cívica para el mejoramiento de las condiciones de vida de los moradores. El sentido de pertenencia a una fuerza política convertía en promotores comunitarios a los muchachos considerados los vagos del barrio. Nos gustó la dinámica y la pusimos en práctica en varios sitios.

Así nacieron en las ciudades los Campamentos de Paz, lugares de encuentro para quienes deseaban cambios en su vida cotidiana y los compartían,

charlando con los vecinos a la sombra de unas banderas que les inspiraban confianza y fuerza. Las soluciones las encontraban ellos mismos en reuniones informales; nosotros cumplíamos el papel de árbitros locales.

La guerrilla aún tenía en el imaginario popular algo de mito; en el respaldo de las armas descansaba su posibilidad, tantas veces negada, de ser escuchados: “con ustedes sí podemos”, “a ustedes sí los oyen”, decía la gente.

Discutimos mucho sobre cómo darle carácter formal a esa pertenencia casual, a la militancia espontánea. A alguien se le ocurrió que aquello del orden cerrado de la milicia, la jerarquización, los rituales militares, el himno y la bandera, podrían funcionar como referentes de identidad. Comenzamos a incorporar símbolos y rituales en los campamentos. Se dispuso un “patio de armas” donde todas las mañanas se hacían formaciones para izar la bandera, se cantaban los himnos y se coreaban consignas. Fue como una bomba. Los muchachos llegaron por montones. Los convocaba más la guerra que la paz, así fuera en el terreno simbólico.

Luego se crearon las milicias de los campamentos de paz: al comienzo fueron grupos de jóvenes desarmados, quienes se encargaban de mediar en las riñas, evitar robos, reparar vías, mejorar el barrio, promover asambleas generales para resolver los problemas más álgidos, prestar servicios a los vecinos y organizar las ollas comunes cuando había trabajo

comunitario. Algunas tardes, recibían instrucción militar elemental con maniobras sobre el terreno y coordinación de voces de mando. En poco tiempo, los muchachos se disciplinaron y los pobladores adquirieron confianza en su propia capacidad de organizarse. Pero esto tenía su propia dinámica, independiente de nuestra voluntad.

Se dieron los primeros enfrentamientos contra la policía en sectores de reciente invasión, pues cuando se supo que el Eme tenía sus sedes en barrios marginales se aceleró el poblamiento ilegal. En Petecuy, por ejemplo, todos los días amanecía un rancho nuevo a la orilla del Cauca. Los compañeros del comando de diálogo regional intentaban negociar soluciones con una corporación de vivienda popular, Invicali, cuando se presentaron los desalojos. Aquellas fueron las primeras batallas campales con fuerzas milicianas organizadas. Duraban hasta dos días y aparecían como relevo milicias de otros campamentos; hasta las bandas juveniles venían a ponerse a la orden para guerrear. Mientras unos peleaban en el terreno, otros daban declaraciones a la prensa local y negociaban con el gobernador o con el alcalde algunas soluciones transitorias. La confrontación organizada mostraba resultados, abría la puerta de una negociación a mediano plazo.

Más adelante, convocadas por nuestros voceros en el diálogo, se lograron concertaciones entre la administración del departamento, las universidades y la comunidad, para estabilizar estos nuevos asentamientos y proteger el medio ambiente,

así como mejorar algunos espacios públicos y desarrollar proyectos de huertas comunitarias. Incluso, con la policía metropolitana se hicieron campañas conjuntas de salud y jornadas de aseo en los barrios. Apenas llevábamos tres meses y se había conseguido un nuevo estilo de negociación a partir de las necesidades concretas de la gente, con respaldo de la fuerza popular movilizada.

La experiencia de Cali comenzó a repetirse en varias ciudades de la costa atlántica, además de Medellín y Bogotá. De otras regionales nos visitaban para aprender del trabajo directo con los campamentos.

El Valle presentaba condiciones especiales: nuestra fuerza militar había obtenido éxitos visibles en la etapa anterior, permanecía concentrada cerca, las autoridades departamentales y municipales tenían una trayectoria en las negociaciones de paz y, sobre todo, el sector popular poseía características de identidad cultural que facilitaban la movilización por intereses comunes. Crecían como espuma los campamentos de la paz: de tres pasamos a quince, cada uno con cerca de cincuenta milicianos.

Sin embargo, ese repunte masivo de la pobreza, envalentonada con el apoyo de una guerrilla que todavía no hablaba de desarme, y la presencia de insurgentes en la vida pública y política regional hicieron perder la paciencia a la rancia clase dirigente vallecaucana.

Habíamos integrado un Estado Mayor regional que contaba con una estructura de milicias y otra de diálogo. En la miliciiana estábamos Afranio, Eduardo Chávez, Laureano, apodado “El Mocho”, Gisella, Liliana, Hipólito y yo. Del diálogo, de las mesas de trabajo y algunas negociaciones o declaraciones, se encargaba Carlos Lucio, sobre todo. Instalamos la sede oficial en un apartahotel frente al Hotel Intercontinental, en una zona residencial de Cali. Allí realizábamos reuniones que no podíamos cumplir en los campamentos. Una mañana llegó un periodista amigo para advertirnos que un oficial de inteligencia militar de la Tercera Brigada había amenazado con impedir que siguiéramos creciendo en la ciudad. Agradecí su preocupación y comenté esa noche con Carlos Lucio y los demás lo sucedido.

Sabíamos que sectores militares y civiles de derecha harían intentos para sacarnos del ring. Ciertos antecedentes lo confirmaban: la emboscada a Iván Marino cuando bajaba a entrevistarse con los comisionados de paz, días antes de la firma de los acuerdos; el tiroteo y las heridas contra Pizarro y los compañeros que llegaban a Corinto para firmar el documento de cese al fuego; la ofensiva militar durante los días de navidad contra el campamento de Yarumales, pactado como territorio de concentración de la fuerza guerrillera mientras se negociaban otras salidas como resultado del diálogo nacional, y el ataque a una comisión de compañeros que salieron por comida después del Congreso de Los Robles.

Convivíamos con el riesgo hacía muchos años. La muerte permanecía agazapada a la espera de una oportunidad y algún día nos tocaría, pero ¿cómo saber cuándo? Muchas veces sentí como si un cazador me acechara y por pura intuición me moví con rapidez, salí de un sitio o evité entrar en otro; esta energía negativa me producía una sensación de incomodidad y ansiedad que me llevaba a actuar como conejo de monte. Pero en aquella ocasión no tomamos medidas para evitar los riesgos. Nuestra única ventaja radicaba en lo imprevisible de nuestros desplazamientos por la ciudad y en la compañía de la gente.

Se presentó una coyuntura favorable para quienes permanecían al acecho. Navarro se trasladó hacia el campamento de Los Robles y lo detuvieron durante un día en el batallón Codazzi de Palmira. Gracias a una intercepción radial hecha por los compañeros al ejército y con el aviso inmediato a la prensa logramos su libertad. En la madrugada del veintitrés de mayo, llegó a nuestra sede. Pero en la misma mañana, a eso de las ocho, un grupo identificado como “Democracia” lanzó dos granadas en el interior de un bus que transportaba empleados del ejército. Navarro alcanzó a dar declaraciones a la prensa, condenó el hecho y aclaró que el M-19 nada tenía que ver con ese tipo de acciones.

Casi a las diez, salimos a desayunar al único sitio barato de los alrededores, la cafetería El Oeste. Allí nos encontramos con otros compañeros, y los seis ocupamos una mesa central. Acabado el desayuno,

una explosión nos alcanzó. En un instante, el mundo dio la vuelta en mi cerebro y todo se llenó de humo. Los tímpanos no alcanzaron a detener los dardos de sonido. Trozos de madera, loza y metralla penetraron en mi cuerpo: primero el aturdimiento y las ganas de entender lo que pasaba, luego la reacción refleja que me lanzó hacia la puerta. Hombres armados corrían en retirada mirándome como si fuera un fantasma. ¿Dónde estaban los otros compañeros?

Navarro yacía en el piso, cubierto de sangre, entre mesas y asientos. Carlos Lucio se arrastraba tratando de protegerse. Eduardo Chávez pidió auxilio y la gente de la calle corrió hacia nosotros. Traté de moverme, las piernas no respondieron, vi la sangre saliendo a borbotones de unos orificios pequeños. Tuve conciencia de que estaba herida y me dejé escurrir en el quicio de la puerta. Llegó una ambulancia, subieron los heridos uno por uno. Alguien me cargó y cuando estuve adentro se cerró la puerta. Olor a sangre, quejidos de Antonio en agonía, dolor agudo en mis piernas. Recordé a la adivina de Corinto: “Van a hacerles un atentado. Pobrecita, sus piernas están heridas, hay mucha sangre. Pero no se preocupe, nadie se muere”. ¡Increíble! Vio el preestreno de la película.

Me aferré a la premonición: nadie iba a morir; como en la canción de Silvio Rodríguez, “Nadie se va morir, menos ahora...”. La cabeza de Carlos descansaba en mi regazo; le di ánimo e intenté que no perdiera el sentido. El zapato mocasín de Antonio colgaba ensangrentado cerca de mi pecho. Pensé

que le pesaba y lo retiré; una masa de carne y sangre quedó dentro de él. ¡Dios mío! Antonio estaba muy mal herido, se quejaba y expulsaba bocanadas de sangre. No, no se podía morir. La sirena de la ambulancia gritaba nuestra angustia. Cuando se detuvo y abrieron la puerta, nos encontrábamos en el Hospital Universitario del Valle. Había periodistas, todos preguntaban, tomaban fotos. Nos entraron a urgencias y allí vimos el ejército. Se vinieron sobre nosotros como si estuviéramos detenidos. Sentí miedo e impotencia. Eduardo Chávez protestó desde la camilla y recibió un culatazo. Me arrebataron la cartera. Los médicos y las enfermeras nos rescataron de sus manos. Evidentemente nos estaban cobrando el atentado de esa mañana contra el bus oficial. ¡Maldita coincidencia!

Carlos, Eduardo y yo en la misma sala; nos examinaron, rompieron mi brasier para mirar una mancha de sangre en el seno izquierdo, la herida era pequeña. Rasgaron el pantalón a la altura de la rodilla; me dolía mucho. Entonces hubo un revuelo, los signos vitales de Carlos Alonso disminuían vertiginosamente.

—¡Se nos va! —gritó un médico.

—Casi no hay pulso...

Salieron corriendo con él. Yo no atinaba a nada, estaba bloqueada. La mandíbula rígida, la lengua dormida, las manos encalambradas. Alguien preguntó algo y no logré responder. Pensé en mi

embarazo, nadie lo había confirmado pero lo daba por seguro. Hice un esfuerzo y logré balbucir que estaba embarazada. No me hicieron caso. Pese a mi angustia, tenía que retomar el control. Respiré profundo, me relajé. Oí decir que estaba en shock por el dolor. Me remitieron a rayos x.

—Estoy embarazada —repetía una y otra vez.

La enfermera puso un delantal de plomo sobre mi estómago y luego me llevó a una habitación. Entraba y salía gente; todos, muy amables, preguntaban cómo me sentía. Una muchacha mencionó a mi prima, estudiante de medicina; le dije que estaba bien y le pedí que por favor avisaran a mi madre, pero no di más datos; desconfiaba de todos. Al atardecer trajeron a Carlos Alonso, aún bajo el efecto de la anestesia.

Al día siguiente intenté pararme, y las piernas no obedecieron. No me gustó sentirme limitada en el movimiento; me producía inseguridad. Milicianos de los campamentos hacían guardia. La noche anterior, una mujer del DAS, a quien vieron con el hombre que lanzó la granada en el atentado, había entrado al cuarto de Navarro, quizás para acelerar su muerte; Chávez la reconoció y armó un gran alboroto.

Cuando Carlos Alonso despertó, ya estábamos rodeados de sus parientes. Casi ni reparó en mí. A duras penas podía con su existencia, y yo me sentía muy sola ante la responsabilidad del hijo que esperaba. ¿Me tocaría abortar? ¿Lo habría afectado mucho la onda expansiva de la granada?

Tres días después dejamos del hospital porque nadie se responsabilizaba de nuestra seguridad. Si un integrante del DAS estaba vinculado con el atentado, ¿qué podíamos esperar? La procuraduría nos trasladó a Eduardo Chávez y a mí hasta el aeropuerto, para viajar a Bogotá. Los otros dos compañeros, Alberto Caicedo y el gordo Alvarado, habían salido el día anterior. Navarro y Carlos Alonso quedaron hospitalizados.

En el aeropuerto nos aguardaba Toniño, un pintor amigo de la organización, con su novia. Nosotros esperábamos por lo menos un operativo de seguridad; al fin y al cabo, Eduardo era testigo de la vinculación de esa mujer del DAS con el atentado. Pero los compañeros del grupo de diálogo no dieron importancia a nuestra llegada. Tomamos un taxi hasta el apartahotel de la Plaza de Toros donde funcionaba la sede. Allí se encontraban algunos compañeros. Al enterarse de todo, decidieron buscarnos un alojamiento seguro.

Volvimos a la clandestinidad, esta vez en condiciones de indefensión; ambos nos movíamos en una silla de ruedas. Una pareja de médicos se hizo cargo de nosotros y nos ubicó en la casa de una colaboradora, en el sur más sur de la ciudad. El traslado fue una pesadilla: dos horas encerrados en un furgón maldiciendo la irregularidad del terreno, pues el dolor se concentraba en cada herida cuando el carro saltaba.

La buena señora nos atendía de la mejor manera, ignoraba quiénes éramos. Los médicos pasaban horas

haciéndonos curaciones, hasta que nos recuperamos un poco.

Hasta allí llegó Fayad. Se le notaba bastante preocupado por las dificultades para sostener la tregua y todas las trabas para concretar las recomendaciones de las mesas de trabajo que funcionaron durante el diálogo. Hablamos un rato y antes de su partida le pedimos que nos trasladaran bajo la responsabilidad de las estructuras militares. Nos sentíamos más seguros en manos de la organización. Sobre todo, en las condiciones de indefensión física en que nos hallábamos: Eduardo con una pierna enyesada hasta la rodilla y yo con ambas piernas heridas y el brazo derecho casi inmovilizado.

Por alguna razón incomprensible fuimos a parar a un apartamento que habían allanado hacía unos meses, donde ahora permanecían ocultos compañeros ecuatorianos del movimiento Alfaro. Me sentí muy a gusto, pero de allí volvieron a sacarnos a las dos semanas. Esta vez me separé de Eduardo. Estuve en casa de una enfermera que pese a su buena voluntad no podía cuidarme ni alimentarme como lo exigía la situación de convalecencia. Me desesperé. Permanecía todo el día sola y, como dormía en un colchón sobre el suelo, pararme al baño era imposible; debía arrastrarme sentada, cosa que me deprimía terriblemente. Pensaba en mi embarazo, en que necesitaba consumir leche y no la tenía. Me entristecía no recibir ninguna razón de Carlos Alonso y sabía que él ya estaba en Bogotá.

Decidí salir de donde estaba, a pesar de los riesgos. No resistía más aislamiento, necesitaba estar entre amigos. Pedí ver a alguien de la organización y le comuniqué mi decisión. A los tres días, me dieron la dirección de una compañera de universidad que se ofrecía a cuidarme. Como pude, salí a un teléfono público y llamé a Carlos Alonso. Casi no dije nada. El amor no me alcanzaba para justificar su poco interés en mi preñez. Jamás se le ocurrió que mi estado merecía cuidados y que su familia podía asumirlos. En esos momentos yo me sentía muy frágil, no sólo por mis heridas, sino por la incertidumbre ante un embarazo que, según el neurólogo, no debía continuar por los posibles daños del sistema nervioso del bebé. Más que nunca necesitaba apoyo afectivo. ¿Por qué, si la iniciativa de tener un hijo provenía de Carlos Alonso, la difícil decisión de continuar o no con el embarazo en esas circunstancias me la dejaba sólo a mí? Ese fue el prefacio del desamor.

La suerte tuvo sólo un nombre: María Elvira Carvajal. Nos conocimos en la Nacional, cuando ella y el Negro Vélez eran novios. La recuerdo risueña, de mejillas sonrosadas, vistiendo falda escocesa y zapatos mocasines. Le decían “Manzanita” y estudiaba ciencias de la educación. Me recibieron en casa de los dos y cuidaron de mí con amor y paciencia. Su hijita, Marcela, en ese entonces de unos siete años, se convirtió en mi mayor compañía. María Elvira fue como un hada madrina, ayudó a curar la angustia que amenazaba diezmar mi fuerza en esa ocasión. A su amparo recuperé la esperanza de que mi embarazo pudiera continuar y pensé en

rescatar un amor que convalecía como mi cuerpo. Por eso acepté salir hacia México con Antonio Navarro y Carlos Alonso Lucio.

La ilusión de una insurrección se ahogó en el barro

A mi hijo Juan le afectó bastante la noticia del atentado. Cuando nos vimos, me conmovió escucharlo confesar su miedo de que algo grave me pasara. Me regaló un pequeño monstruo de trapo con un letrero que decía: “Suspiro por verte”. Por precaución, no le dije nada de mi embarazo; ni yo sabía si podría llegar a feliz término. En la mañana antes de partir quise verlo una vez más para despedirme. Lo visité en casa de su padre y le expliqué por qué salía un tiempo del país. Estuvo de acuerdo, aun con cierta alegría. Al fin y al cabo era más seguro hasta que me recuperara del todo. Llamamos por teléfono a mi madre para decirle adiós, y luego el niño me acompañó a tomar un taxi para llegar a casa de los Lucio. Mi chiquito tuvo que ayudarme a subir al carro, porque todavía estaba muy inhabilitada, y darme dinero para pagar la carrera, porque yo no tenía ni un centavo.

Volví a ver a Carlos Alonso. Me recibió como si no hubiera dejado de verme un instante. En su casa se encontraban delegados de la procuraduría. A eso de las doce del día nos condujeron hasta el aeropuerto entre grandes medidas de seguridad, cuando yo me había movido sola en taxi esa misma mañana. Llegó Antonio en un vuelo desde Cali; lo acompañaba un

médico familiar suyo. Un mes después del atentado, su estado de salud todavía era muy delicado y el gobierno de Betancur no se comprometía a garantizar su vida luego del intento de rematarlo en el hospital del Valle. La Comisión de paz, o mejor las gestiones de Laura Restrepo y de Gabo, dieron como resultado una oferta de México para recibarnos durante seis semanas, por razones humanitarias.

En Ciudad de México nos esperaban organismos de seguridad; impidieron cualquier declaración a la prensa que aguardaba nuestra llegada. Los *guaruras*, como llaman a los miembros del cuerpo de seguridad estatal, estuvieron pendientes de nosotros día y noche. Sólo salíamos de la casa de una compañera hasta el hospital donde internaron a Antonio. Tampoco podíamos hacer mucho más, ambos estábamos bastante impedidos para movernos. En ese hospital, finalmente, cansado de debatirse entre la vida y la muerte, Navarro pidió que le amputaran la pierna, como la única manera de superar la infección que amenazaba consumirlo.

Aquel día de la operación sentí la mayor consideración con Laura, que atendía a Antonio con una solicitud sólo posible por amor. Pedrito, su pequeño hijo, no quería sino estar junto a su madre, y ella, con infinita paciencia, los asistía a ambos. Antonio, todavía inconsciente, se quejaba de una manera patética; debía padecer todo el dolor del mundo aún bajo el sopor de los calmantes.

A mí también me dolía en el alma que Antonio perdiera la pierna: para ese hombre tan vital iba a

ser doblemente difícil. Quizás fue así, pero no lo demostró en ningún momento. La recuperación de Navarro fue casi milagrosa: la fiebre desapareció, no necesitó más oxígeno, comenzó a alimentarse normalmente y a hablar. Sobre todo, volvió a jugar con los monstruos de Pedrito. Por ese tiempo le conocimos una sensibilidad y una emotividad que Antonio se empeña en ocultar tras su apariencia estrictamente racional. Sin duda, el milagro tenía nombre de mujer: Laura Restrepo. Sin ella, el corazón de Antonio no habría retoñado desde el muñón de su pierna.

De México nos echaron a los cuarenta y cinco días; el gesto humanitario había caducado. Hubo un momento en que no supimos qué hacer ni adónde ir, con Navarro aún convaleciente en silla de ruedas. A Carlos le habían quitado el yeso para que usara muletas, pero el hueso de la pierna no soldaba; yo caminaba dificultosamente, con una barriga cada vez mayor. Los compañeros encargados de relaciones internacionales movieron todos los contactos para encontrar un lugar en el cual pudiéramos recuperarnos.

Cuando supe que no nos renovaban la visa, viajé hasta Teotihuacán, porque no me podría perdonar salir de México sin conocer ese sitio. No me contenté con admirar el lugar. Trepé a gatas hasta la pirámide del sol y allí estuve largo rato dejando que el asombro se convirtiera en reverencia. El conjunto de monumentos y un silencio con eco que se prolonga sin tiempo por la planicie hicieron que por primera vez

desde el atentado sintiera la vida como una corriente tibia que llegaba a la entraña donde esperaba mi hijo. Teotihuacán, con su magia ancestral, me dio fuerza.

Mientras los compañeros hacían gestiones, una invitación nos llegó como tabla para náufragos. Los cubanos deseaban que asistiéramos a la reunión continental sobre deuda externa, por realizarse en La Habana el veintiséis de julio de 1985. El viaje se arregló en una semana.

Yo amaba a Cuba y nunca imaginé que regresaría. Lloré cuando aterrizamos, porque de muchas formas la isla me traía recuerdos de Alfredo y el tiempo de amor que vivimos juntos. Nos alojaron en el hotel Habana Riviera, frente al mar. Y en los pasillos del centro de convenciones tropezamos con colombianos tan conocidos como el expresidente López Michelsen, Gabo, el general Matallana y Andrés Pastrana.

En el evento Antonio tuvo diez minutos para intervenir. Cuando salió al estrado, un silencio absoluto cayó sobre la sala donde se reunían cientos de personas de América entera. Era la primera vez que permanecía sentado por más de media hora sin desmayarse. Nunca pensé que lograra hacerse oír, pero su voz resonó hasta el fondo del salón. Habló de paz, cuando su cuerpo aún no le había ganado del todo la batalla a la guerra. Los asistentes se pusieron de pie y un aplauso general sacudió al auditorio. En ese momento, Navarro reasumió su ser político y su recuperación cobró un ritmo inexplicable. Un mes más, y lo vimos practicando *cross* en su silla de

ruedas bajo la supervisión de Pedrito. En septiembre andaba en muletas y en menos de un año bailaba salsa como en sus mejores tiempos, valiéndose de una prótesis.

Después de esa reunión se realizaron otras sobre el mismo tema de la deuda externa, para intelectuales, periodistas, estudiantes. A ellas asistieron amigos y conocidos, que nos traían noticias sobre el país.

Rota la tregua, nos hallábamos de nuevo ante desarrollos de la guerra que afectaban a los pobladores urbanos con quienes hicimos los campamentos de paz. La táctica militar del gobierno se afianzaba en el terror. Los muchachos de las milicias hacían resistencia en Siloé, Aguablanca y Ciudad Bolívar, pero las fuerzas militares mataban, capturaban o desaparecían como escarmiento a decenas de personas. En el Cauca y Valle, nuestra fuerza militar, al mando de Pizarro y Boris, acercaba los combates cada vez más a las ciudades.

Se impuso el ritmo de la guerra y el movimiento popular urbano que se gestaba en torno de los campamentos de paz se ahogó en el miedo. Los sobrevivientes debieron sumergirse de nuevo en la clandestinidad. Esta vez el golpe había sido más certero, porque mostramos la cara y dejamos que contaran los amigos. O tal vez porque tampoco nosotros creímos del todo en la paz y nos propusimos preparar una insurrección desde la legalidad confiados en el entusiasmo popular.

De nuestro intento, apenas quedaron en la memoria de las gentes las asambleas populares, donde ellos decidían el quehacer en los barrios, y los tribunales para sancionar a ladrones y a violadores sin acudir a la violencia. Y leyendas, como la de Afranio Parra, a quien los militares no veían aunque estuviera frente a ellos, porque se untaba manteca de tigre y cargaba un colmillo de jaguar y un cuarzo colgados de su cuello. El resto fue frustración y desesperanza. Aprender a soñar costó la vida a muchos jóvenes. Entre el barro de Aguablanca, la tierra colorada de Siloé y el frío de Las Malvinas, en Ciudad Bolívar, se quedó la utopía de poder popular que imaginamos. El país entero había jugado a la paz con el dedo en el gatillo y los muertos fueron los soñadores.

Palacio en cenizas

Sólo en Cuba, patria de todo revolucionario, podíamos sentirnos mejor que en casa y ser lo que éramos sin temores. Allí nos trataban como a seres humanos que merecían vivir.

Tan pronto pasaron las reuniones, nos sometieron a toda clase de exámenes médicos. Comenzaron a reconstruirnos por pedazos, una intervención aquí y otra allá; recuperarnos y descansar era todo cuanto hacíamos. Carlos Alonso necesitó una operación para reconstruirle el hueso de la pierna y otra para hacer un injerto en el tímpano; fue quien más tiempo estuvo en el hospital.

Mi embarazo lo siguieron de manera rigurosa los genetistas, pues, además de los riesgos del atentado,

se había detectado un virus tropical que de estar activo podía causar deformaciones en el bebé. Hasta los cinco meses no me convencí de que era la mía una preñez posible. Se decidió por puntos como un partido de béisbol: un concepto de genética favorable, uno de virología desfavorable, otro de gineco—obstetricia positivo y un examen que sembraba dudas. Así, hasta que por fin ganaron los puntos a favor de concluir normalmente el proceso. Me angustiaba la decisión de tener un hijo con riesgos de anormalidad. Aquella era, sobre todo, una responsabilidad mía. Aunque Carlos Alonso, siempre muy optimista, opinara que nada iba a pasar.

Mientras duró nuestra estadía en La Habana vivimos en el hotel Riviera, en una habitación con vista al mar. Un carro con chofer nos trasladaba a los hospitales y donde necesitáramos. Pasamos el tiempo en una cotidianidad ociosa: la mejor comida, el mar o la piscina, paseos al atardecer por El Vedado, para terminar tomando helado en Copelia. El mundo del arte y de los espectáculos era tutelado por Frank Fernández, el maravilloso pianista que había sido amigo de Bateman. Aumentaban los amigos, las invitaciones y las gentilezas de toda índole. El ambiente sólo se alteró hacia finales del año, al paso de un ciclón. Pero todo estaba tan bien previsto que resultó un espectáculo y no una tragedia; pasamos horas observando, desde nuestra ventana, cómo el viento levantaba el mar más de cinco metros para estrellarlo contra los muros del malecón. Un viento que metía el agua por las hendiduras más estrechas y lograba elevar un neumático como si fuera papel.

El cinco de noviembre, los faxes de prensa comentaron la toma del Palacio de Justicia en Bogotá por fuerzas del M-19. Nos reunimos con algunos compañeros en la habitación de Navarro para ver las noticias. No dijimos mucho, aunque se oyeron voces optimistas; deseaba confiar en que todo saldría bien, pero tenía miedo.

El día seis, cuando la pantalla nos transmitió la imagen en llamas del palacio, sentí en mí la opresión y ansiedad que debieron vivir los compañeros y rehenes atrapados en medio del fuego. Toda la noche escuché en Radio Reloj los avances de las noticias; las llamas se quedaron dentro de mí. Imaginé a Elvecio, al Negro Jacquin, a Andrés y a Lucho peleando con el incendio. ¡Cómo me afligían ellos y los demás, toda esa gente que estaba en palacio!

Al día siguiente, fuimos Antonio, Laura, Pedrito y yo a la playa. Estuvimos solos y en silencio contemplando el mar durante horas interminables. Ni siquiera nos miramos a los ojos. Repetimos el ritual pensando, como Fayad, que el mar lava el alma. Pero, esta vez, ni toda el agua del caribe alcanzaba para devolvernos la tranquilidad. Regresamos en el mismo silencio y así pasamos varios días. ¿Qué podíamos decir?

Vida y muerte

Mientras mi hijo ganaba una batalla a la vida, compañeros tan cercanos como Iván, Elvecio, Jacquin y Lucho, morían en diferentes enfrentamientos.

Sentía en mi propio vientre la contradicción vida—muerte y deseaba con todo mi corazón que en ese pequeño ser que gestaba se quedara la energía de los que partían. Era mi único consuelo.

El diez y siete de enero, la misma fecha en que, doce años antes, robamos la espada de Bolívar, nació mi niño. Por eso, y porque lo concebí un diecinueve de abril, lo llamamos Simón José Antonio, como el Libertador.

No fue un parto fácil, pero sí fue mucho más consciente; por eso el padecimiento se hizo soportable. Las condiciones y el trato de médicos y enfermeras diferían una enormidad de mi primera experiencia. Cuando sentí que no podía controlar más el dolor, porque ya llevaba catorce horas en trabajo de parto y no dilataba lo suficiente, pedí al médico de turno, un *nica* muy querido, que me ayudara de una vez por todas. En la siguiente contracción, él facilitó la dilatación abriendo con sus dedos el cuello uterino. Sentí que me partía en dos, y ni siquiera tuve alientos para gritar, pero la cabeza del bebé asomó. Desde ese momento hasta que pude ver a mi muchacho no pasó mucho tiempo. Me dormí agotada.

A José Antonio lo rodeó el amor desde su nacimiento. Además de madre y padre, tenía a Antonio. Pero también a Frank y su familia, a Ester, la abuela y los muchachos, a mis amigas Aidé y Clarisa, a los compañeros del Departamento América, quienes nos atendían oficialmente, y a la gente que nos rodeaba. En Cuba quieren a los niños,

los privilegian, los tienen en cuenta. Sus ritmos y necesidades son entendidos de la mejor manera, nadie se impacienta o se enoja si el muchacho llora. En el hotel, el bebé andaba en brazos de camareras, botones y choferes: todos se ofrecían a cuidarlo.

Mi chiquito tenía dos meses cuando mataron a Fayad. Me llamaron a media noche para darme la noticia oficial sin mayores detalles. Agradecí al funcionario cubano que me expresó su condolencia. Yo estaba sola; el bebé dormía en la cuna. Salí al balcón que daba al mar. Allí me acurruqué en un rincón para llorar y llorar hasta quedar vacía. Vacía de todo. Al día siguiente, de mis senos no salió ni una gota de leche para mi hijo. El dolor me dejó desierta.

El recuerdo que tengo de esa época es que, en un cuarto de Hotel, yo cuidaba de José y de Carlos. Los cubanos cuidaban de mí. Nunca tuve mejores condiciones para ser feliz, pero los acontecimientos que sacudían al país y a la organización no me permitían disfrutar esa situación privilegiada. Así, inactiva, me sentía infeliz. Mi corazón se dividía. Sentía que mi deber estaba al lado de los míos en esa situación de dificultades, y la tranquilidad que disfrutaba me avergonzaba internamente.

En diciembre de 1986, había crecido la lista de muertos: el Gordo Arteaga, Ismael, Boris, Gladys, el hermano de Alfredo, Manuel, Rosa, Ernesto y doce muchachos más de la Regional Bogotá, sólo entre los conocidos.

Pizarro quedó como comandante general luego del asesinato de Fayad y decidió convocar a una reunión de dirección nacional ampliada, la primera después de Los Robles, para hacer un balance y definir nuevas estrategias. En menos de un mes, nos reunimos casi todos los invitados.

En esa reunión, el peso del tema militar desbalanceaba los análisis, y las jerarquías estaban determinadas por el éxito táctico más que por las estrategias políticas. Ésa, al menos, era mi apreciación. Creo que para entonces era clara la militarización de la política en el M-19. Hasta la idea de una fuerza militar con combatientes internacionales, que actuara en varios países, fue parte del delirio militar en que nos sumió la guerra.

Terminada la reunión nacional, se hizo otra entre el ELN, el EPL y el M-19, a la cual asistieron los comandantes de cada una de las organizaciones. Allí se le bajó perfil a la propuesta del batallón América, como se llamaba ese sueño de internacionalizar la guerra revolucionaria. De todas formas, como prioridad estaba el consolidar la fuerza militar propia y desarrollar las experiencias conjuntas iniciadas con el EPL en Antioquia y con el ELN en Santander.

Mi desempeño como madre llegó al final. Pizarro me propuso acompañar a Carlos Lucio en su preparación militar, como segunda responsable de una escuela que se realizaría en territorio internacional. Traté de hacerle ver que invertir mi tiempo en una actividad para la cual ya estaba

suficientemente preparada tenía costos para mi desarrollo personal y era, en últimas, una inversión inútil, cuando yo podía estar en otro frente, actuando con eficacia. Pero Pizarro dio prioridad a la formación de Carlos Alonso; creía mucho en el sardino, y sabía que sólo yo accedería a subordinarme a un militante novato, pese a mi rango de dirección. Digamos que aprovechó el amor que todavía me quedaba para que aceptara la propuesta.

Prepararme para partir significaba dejar a mi segundo hijo, como lo había hecho con el primero, y renunciar a la posibilidad de acompañarlo un tiempo más. Mi conciencia militante no dejaba lugar a las opciones personales, así que ni siquiera contemplé esa posibilidad.

En los primeros días de enero, Simón José Antonio viajó a Colombia con sus abuelos paternos y su hermano Juan Diego, quien había ido a conocerlo. Entregué mi hijo a los Lucio con todos los documentos en regla, para que tuvieran plena autonomía. Los acompañé hasta el aeropuerto y, cuando besé a mis hijos la última vez, se detuvo mi corazón. Permanecí largo rato sentada viendo despegar el avión. Sentía que mi cuerpo no era real y que la gente me atravesaba con sus voces, como si las lágrimas me hicieran invisible. Esa misma noche, cuando Carlos Alonso se fue de rumba con otros compañeros y compañeras, supe que nada había ya que me atara a él.

Renunciaba por segunda vez a ser mamá. Dejaba en manos de otros la vida de mis muchachos,

confiada en que habría un tiempo para estar juntos en mejores condiciones. El oficio de la guerra no era compatible con el de la maternidad. Una vez más, mi vida personal quedaba relegada por la misión de soldado, lo hacía sin remordimientos; con gran congoja, pero sin remordimientos.

Antes de partir hacia el África, visité Nicaragua. Me llamó la atención el ánimo con el que la gente abordaba los cambios. Nadie tenía verdades acabadas, los esquemas se rompían al contacto con la realidad y los sandinistas inventaban todos los días una nueva manera de afrontar las dificultades.

Managua era una ciudad dispersa, como un rompecabezas sin terminar de armarse. Los terremotos y la guerra habían dejado barrios unidos por avenidas y recuerdos, cuya nomenclatura hacía referencia a sitios que ya no existían: "...dos cuadras hacia el lago, y una a la derecha, por donde estaba McDonalds, frente al árbol grande...". Se notaba la alegría de los que ya no decían "señor" o "patrón" ni pedían permiso para entrar en el único hotel de cinco estrellas. En la vestimenta de casi toda la muchachada, hombres y mujeres, había alguna prenda militar que delataba su relación, directa o indirecta, con la guerra aún presente. También llamó mi atención la falta de uniformidad hasta en los uniformes del ejército o de la milicia.

Me gustaba la gente de piel chocolate y ojos aindiados, la comida nica, tan parecida a la de nuestra región cafetera, y su hospitalidad sin protocolos. La verdad es que cierta rigidez del socialismo cubano me

sentaba como un cuello almidonado, y en Managua se andaba de camiseta.

Con nosotros cenó el comandante Bayardo Arce, quien hablaba sin pedantería de los aciertos y las embarradas durante aquellos siete años. Luego asistimos a un acto de masas para celebrar el triunfo de la revolución. La plaza llena a pleno sol de mediodía y el discurso fogoso del comandante Ortega, que arrancaba vivas y aplausos apasionados, calentaban el ánimo al rojo. ¡Qué feliz me sentí esos días en Managua con Pizarro, Navarro, Pedro Pacho, La Negra Flor y Tico! Mientras nos bañábamos al atardecer en la Laguna de Xiloá para refrescarnos, pensaba que valía la pena intentar, como los nicas, un cambio en medio del despelote de nuestros países. Allí la gente no vivía mucho mejor que antes, pero tenía esperanzas, y eso ya los hacía distintos. Creían en que sus muchachos, los sandinistas, lograrían sacar el país del atolladero.

De regreso a La Habana, los preparativos del viaje fueron pocos. Casi todos nuestros amigos consideraban que hacer la escuela en Libia era una locura, pero el Eme siempre hacía cosas locas. Se pensaba en desplazar unos setenta combatientes desde Colombia para adiestrarlos en tácticas de combate y en el manejo de la tecnología de guerra. A mí, simplemente, me parecía un esfuerzo muy costoso y sugerí que, mejor, nos apoyaran para realizar la escuela dentro del país o en otro lugar de América Latina, pero los acuerdos entre la organización y los libios ya estaban hechos.

Viajamos en abril de 1987. Conocí Europa en primavera, de paso, presionada por la situación de clandestinidad y lo secreto de nuestro destino. Incluso así hallé la manera de visitar museos y sitios históricos. Hablaba sólo castellano, pero no fue obstáculo: me armé de un diccionario inglés-español para pasear a mis anchas, mientras Carlos Alonso dormía en el hotel; eso sí, no comía sin él, porque hablaba el francés y chapuceaba el inglés.

La Europa de los libros apenas había despertado mi curiosidad durante la universidad, con las clases del profesor Castillejo sobre historia contemporánea. Pero el viejo continente se me aparecía ahora con unas dimensiones inimaginadas en las construcciones de piedra, los trabajos escultóricos en mármol o bronce y las herramientas arcaicas de hierro. Mientras caminaba calles y admiraba monumentos, cruzaba puentes y me detenía a conocer iglesias o subía las interminables escalinatas de las torres, pensaba en la magnitud del poder real y la crudeza de las empresas de guerra, en la importancia de comerciantes y artesanos para la configuración de las ciudades medievales y, sobre todo, en la situación de servidumbre en contraste con el poder. Pasaba horas imaginando, interpretando y entendiendo a mi manera ese mundo, completamente asombrada.

De las gentes me llamaba la atención que cada cual hacía justamente lo que tenía planeado y parecía que nadie perdiera el tiempo. En las paradas de los metros se movían rápido, mecánicamente, como si les dieran cuerda a todos a la misma hora. A veces salía

de mi habitación hasta la puerta con la sensación de haberme quedado completamente sola en el mundo, tanto era el silencio. Sólo en los parques podía verlos como si estuvieran desprogramados, la mirada perdida y un esbozo de sonrisa en los labios. Incluso los jóvenes vestidos de negro, con taches de metal y pelo de colores, andaban de rostro circunspecto. ¡Qué gente tan seria!

El último día, me senté en la banca de un parque a tomar una cerveza y a disfrutar del solecito tibio que hacía brillar las hojas y las flores de los árboles. Qué mundo tan ordenado, pensaba, todo parece importante, trascendente, mientras nosotros transitamos por la vida como sobre el viento de abril. Tal vez Isadora Duncan tenía razón cuando dijo que en América estaba la posibilidad de futuro, de creación, de movimiento a pesar del vértigo, como un amanecer después de tempestades.

Lejanía

Llegamos a Trípoli en mayo, el mes del Ramadán, tiempo de ayuno y oración en que el mundo islámico se silencia y reposa. A la velocidad del carro, la ciudad era sepia y gris, blanca y verde. Arena, polvo, un verde esmeralda como color oficial. La gente vestida de blanco hablaba en un idioma de jotas y sonidos que me sonaban guturales, imposibles de repetir. Los avisos, que parecían dibujos, me resultaban imposibles de leer. En las calles casi vacías, algunos niños corrían con sus túnicas al viento.

Los jardines públicos estaban florecidos. Entramos en un barrio por una calle pavimentada. Hacia adentro se veían callejuelas polvorientas, ovejas que comían desperdicios y gatos que se paseaban con parsimonia por ventanas y tejados. En los patios, viejos olivos frondosos estiraban su sombra para refrescar el ambiente. Aroma de café con cardamomo nos llegaba en la brisa. Edificios modernos, casas con arcos de medio punto como las de los pesebres, cúpulas redondas y, de pronto, una mezquita como tejida en crochet sobre la arena.

Nos detuvimos en un edificio; el chofer abrió la puerta. El compañero Abdala, nuestro encargado, dijo en buen español que ésa sería nuestra morada. Nos recibió un hombre somnoliento. Nos alojaron en el tercer piso: un apartamento amplio, alfombrado, con dos cuartos, una sala enorme que sólo tenía un colchón y cojines, el comedor y la cocina con los electrodomésticos indispensables, lavadora y secadora de ropa. Todo para estrenar, de marcas importadas.

Abdala nos presentó a Mohamed, el administrador del edificio perteneciente a la Mathaba, organización mundial de la *Yamahiria*. Mohamed hablaba francés. Recorrimos el sitio mientras nos presentaban a los otros huéspedes: un birmano, un surafricano, un etíope, un tanzanio y un chileno. También conocimos al personal de servicio: un marroquí y un tunecino encargados de la cocina. El portero y el chofer libios.

Los días siguientes visitamos las oficinas en donde funcionaría la representación política, en

cabeza de Carlos Alonso, y el campamento donde se realizaría la escuela.

Los libios eran tan corteses y cálidos en el saludo, con ese gesto de llevarse la mano al pecho e inclinar la frente un poco en señal de respeto, que yo me sentía como una princesa. Pero en cuanto nos sentábamos a hablar, si yo opinaba algo, ellos me miraban sin verme y sonreían para, un instante después, continuar la conversación como si yo no hubiera dicho nada. Simplemente no me tenían en cuenta; los acuerdos con la organización los definía Carlos Alonso. Para ellos, yo sólo era la esposa del representante del M-19 en Trípoli. Eso me reventaba. Está bien que yo le hiciera concesiones a Pizarro, pero que me borrarán de esa manera... ¡tampoco!

En la sede de La Mathaba me sentía como en la Torre de Babel: cada quien hablaba un idioma distinto y las palabras comunes eran de un inglés y un francés de tan mala calidad que yo lograba entender. Traté de entablar conversación con el compañero chileno del MIR, pero casualmente se trataba de un matemático que se destacaba por su dificultad para relacionarse con alguien que empleara un lenguaje sociológico, porque carecía de rigor conceptual. ¡Estaba hecha! La mayor parte del tiempo, yo sonreía. Es un lenguaje universal.

Con el chofer y el cocinero aprendí algunas palabras árabes que sonaban como “salam aleicom”, “shucram”, los nombres del barrio y de la calle.

También veía televisión para acostumbrar el oído al idioma.

Una semana después, arribaron doce compañeros para el curso. Entre ellos venía Iván, a quién conocía de años atrás, y fue como si llegara un pariente a ese destierro. También llegaron dos mujeres, hasta entonces había sido la única. Con ellos empezó la rutina de militancia otra vez: levantada temprano, ejercicios diarios, discusión de documentos políticos y tiempo de recreación programado. Un mes debimos esperar hasta que llegaron los treinta que alcanzaron a viajar. Pero este grupo se trasladó al campamento-escuela y nosotros, los de la representación política, nos quedamos en la primera sede.

Casi siempre sola, exploré ese universo cultural. No tenía con quién compartir mi curiosidad. El Ramadán se descubrió con el paso de los días ante mis ojos: poco antes de las cuatro de la mañana se levanta la gente y se lava la cara, los brazos y los pies, de manera que, cuando a las cuatro en punto el imán o sacerdote entona su alabanza en la torre de la mezquita: “Alá, acba...”, todos los fieles lo acompañan en sus moradas, orando de rodillas sobre una estera y haciendo profundas venias con el rostro vuelto hacia la Meca. A partir de esa hora se suspende la toma de alimentos hasta las ocho de la noche; el ayuno es total, no se bebe ni agua, no se puede fumar ni hacer el amor. Nadie tiene fuerzas para nada, el calor ayuda a adormecerse. En todo el país el ritmo se reduce en un noventa por ciento. Ni la vida comercial ni la actividad social resultan

propicias en medio del ayuno; los escasos empleados que laboran se ven silenciosos y ceñudos.

El ramadán recuerda a todo el pueblo árabe las épocas de duras marchas por el desierto, vividas por sus antepasados, y fortalece el espíritu. Desde los doce años los muchachos se suman al ayuno general; sólo a los bebés y las mujeres lactantes se les permite tomar un escaso alimento. En este mes, los días son silenciosos y la ciudad parece vacía, aunque en las noches revive como por arte de magia. A partir de las ocho, la antigua zona amurallada se viste de fiesta. Los hombres, de túnica y de chaleco, con el pequeño gorro que cubre su cabeza, y las mujeres, con sus *farrashias*, se desplazan por el mercado comprando comida y frutas. Se presenta teatro en las callejuelas, hay ventas de artesanías, incienso y ropa, se reactiva el comercio del puerto, suenan músicas de flautas, gaitas y metales que chocan. Es el despertar de la bella durmiente. La gente habla fuerte, bajo los colores y el olor dulzón de las resinas que se queman.

En Trípoli, la noche del final de ramadán recuerda los sueños de infancia con princesas y príncipes, una mezcla de imágenes salidas de *Las mil y una noches* o de la novela *El árabe*: entre carpas en mitad de la calle, hombres hermosos de caminar lento, con ojos de leyenda como espejos o aceitunas negras, dejan que el viento revele su virilidad cuando lame las túnicas, mientras que mujeres bellas y misteriosas se esconden en blancas telas. Los sabores son dulces, las frutas jugosas, los dátiles como miel. Los árabes descansan tendidos en esteras sobre cojines, mientras

juegan dominó, fuman del mismo narguile y beben té fuerte con menta y café con cardamomo. Después de medianoche vuelve la soledad. Por las callejuelas estrechas, las casas de dos pisos se recuestan unas contra otras para sostener su vejez. La basura cubre el suelo, los gatos invaden el espacio, sopla un viento tibio.

Extraño país de hombres y mujeres hermosas, de la revolución de Kadafi, del *Corán* y del islamismo. Por primera vez, me sentí distinta, como una gata verde que no sabe maullar. La suya era otra lógica; su sentido común nada tenía que ver conmigo. En política, los argumentos se tejían con la religión y, si pedía alguna explicación, me sorprendían con anécdotas. Conspiraban en público a voces y no había nada más secreto que los encantos de las mujeres envueltas en sus *farrashias*.

Yo no entendía ni su manera de hacer política ni la metodología de sus escuelas militares, ni su forma de tratar a las mujeres, ni siquiera la relación jerárquico-religiosa que mantenían con su líder, el general Kadafi. De otra parte estaban el afecto y el apoyo de la hermandad, pertenecer a la Yamahiria creaba lazos solidarios especiales. Nos cuidaban y nos querían como miembros de su propia familia, y esperaban reciprocidad. Estábamos amarrados de pies y manos con esa relación.

Al curso alcanzaron a llegar veinticuatro personas, entre hombres y mujeres. El esfuerzo de viajar por rutas diferentes para ocultar el destino final,

la consecución de documentos idóneos y el secreto de la misión no se correspondían con la idea libia de realizar estas escuelas militares para demostrar alianzas políticas que les dieran fuerza de presión sobre sus enemigos. Mientras manteníamos el secreto, conscientes de los peligros de seguridad que implicaba la relación con quienes han sido señalados por occidente como terroristas e instigadores de guerras, ellos publicaban en sus periódicos nuestras foto-grafías, en una especie de nota social que nos daba la bienvenida. Su intención última era que, después del curso, nuestros muchachos presentaran un examen final combatiendo en el Chaad, como aliados de Libia en una guerra territorial que nunca entendimos del todo.

Carlos Alonso y yo efectuamos una rápida consulta entre los compañeros y decidimos pedir que no enviaran más personas al curso. Resultaba un despropósito en cuanto a seguridad. Libia era el coco para la CIA, y nuestra relación con ellos significaba ubicarnos junto al terrorismo internacional, propiciando mitos similares a los del Chacal, Ilich Ramírez, cuando en realidad poco tenían que enseñarnos en materia de guerra de guerrillas para el campo o la ciudad, porque su experiencia en contextos político-culturales específicos poco nos servía.

La primera clase sobre armamento había sido funesta. Para enseñar el arme y el desarme del AK-47, un profesor libio daba instrucciones, otro traducía al inglés y Carlos, el que menos sabía de

armamento, nos traducía al castellano. Además, todos los que asistían al curso, excepto los aliados centroamericanos que hacían parte del batallón América, eran gente con experiencia de tres años de combate cuando menos. Una semana duró la primera clase. Así no se podía. Las armas sofisticadas que nos prometieron para entrenarnos no las vimos sino en las revistas sobre su guerra con el Chaad.

Aprovechando que con nosotros estaba Otto, un ecuatoriano técnico en radio que se había encargado de las comunicaciones de Pizarro en los últimos tres años, se montó una escuela con especialidad en ese campo. Al comienzo quise asistir a los cursos para aprender a manejar los últimos equipos llegados al mercado, pero descubrí que la concepción de Otto acerca de la pedagogía resultaba incompatible con la mía: él aseguraba que a los combatientes se los debía presionar al máximo, con una exigencia estoica, para que pudieran responder en momentos de dificultad; por el contrario, yo creía que la disciplina iba de la mano del humanismo y de la fraternidad, porque al fin y al cabo éramos parte del proyecto de hombres nuevos. No podía ver con buenos ojos su trato autoritario, y tampoco desautorizarlo, así que decidí participar únicamente en las discusiones políticas e ideológicas. Esa decisión me aislaba del resto de los compañeros la mayoría del tiempo.

La ciudad y los hombres

Me despertó un coro de ovejas que balaba tristemente. Era el amanecer del dos de julio, día en que se sacrifican una o varias ovejas por familia y se desangran para luego consumir su carne. La masacre ovina en Trípoli fue considerable, la ciudad entera olía a sangre. Días después aún se veían trozos de cordero colgados en balcones y ventanas o en cuerdas de extender la ropa; así, con especias, preparan la carne seca, que despide un olor entre acre y dulzón.

Los animales son parte importante de ese mundo urbanorural; un pasado pastoril hace que sea frecuente ver ovejas en los patios de las casas y antejardines, incluso en los separadores de las calles. La primera vez que vi uno de estos animales en el asiento trasero de un Mazda último modelo, creí que el calor me había trastornado; pero luego me acostumbré a verlos en todas partes. Su carne es tan apetecida como la de camello y por eso no es raro usar los Mercedes Benz o los Mazdas para transportarlos; es llevar el mercado a casa, pero vivo. Un día encontré un camello en el mercado y me quedé alelada mirándolo, hasta que su dueño me indicó que lo dejara comer en paz. En cambio, no veía perros callejeros; uno que otro ladraba en algún patio. Tal vez por eso los gatos se paseaban como reyes, atravesando las calles con frescura, porque los carros se detenían para dejarlos pasar.

Trípoli es una ciudad comercial, se vende cualquier cosa en cualquier parte, basta ubicar la

mercancía en un andén o colocarla en cajas dentro de un local, no importa mucho la estética de las vitrinas. El negocio se hace a voces, saltan los dinares de mano en mano. Carros de todas las marcas y los modelos recientes circulan a alta velocidad por avenidas amplias que se alargan como cintas grises haciendo curvas en el aire.

Un auto convertible blanco, Mercedes Benz, último modelo, sube rapidísimo por la calle. Lo conduce un hombre de piel morena que sobre su cabeza lleva un tocado blanco cuyos extremos flotan en el aire. Es el mismo jinete del desierto, en una versión moderna. Por un instante revivo aquella novela titulada *El árabe*, leída en mi niñez, y quisiera que ese hombre me raptara y me ocultara en los pliegues de su túnica para luego poseerme sobre la arena de una duna. Sólo es una ensoñación momentánea.

Trípoli, mitad ciudad, mitad campamento. Los niños juegan haciendo algarabía. Viejos de túnica y turbante blancos, con bastón y babuchas, levantan polvo mientras caminan tras las ovejas por la calle que desemboca en un hospital atendido por médicos extranjeros o pasan frente a un supermercado inmenso, donde las cajeras, aunque no usan *farrashia*, adornan sus manos con los dibujos tradicionales teñidos con *henna*. Por las aceras, los hombres caminan precedidos de matronas envueltas en mantos blancos que se mueven con dificultad tras el esposo.

La ciudad vieja es un llamado al pasado. En los talleres de artesanos se tejen telas con hilos de oro y de plata, se elaboran joyas para atrapar al sol, se hacen vestidos con tules, satines y lentejuelas que copian modas de tiempos indefinidos; se pintan oasis y caravanas de camellos, rostros femeninos de ojerías liláceas; hay mercaderes de hojalata, madera, perfumes y uno que otro negocio donde se muele el café con cardamomo.

Salía con frecuencia a recorrerla. A veces algún hombre me espantaba con su voracidad y corría a refugiarme en casa. Pero luego decidí salir con un bastoncito de madera para espantar las manos ociosas que me sorprendían en la calle y las erecciones disimuladas por las túnicas que me rozaban en los almacenes o enfrentar a cualquiera que se abalanzara a tocarme en un recodo del parque. Los hombres allí no conquistan, sino que toman lo que creen que les pertenece, y yo debía parecerles asequible por pasear sola, a pesar de que no descubría ni un centímetro de piel más allá de lo permitido.

A raíz de las agresiones, comencé a tener pesadillas recurrentes. Soñaba que me encontraba sola en un recinto cuando entraba un hombre ansioso de tocarme. Yo intentaba gritar y no me salía la voz. Nadie me ayudaba, pero de pronto, superando el terror, me abalanzaba sobre el hombre y lo castigaba con mis propias manos: a veces lo ahorcaba, a veces lo golpeaba contra el piso, a veces le daba con un palo hasta que la sangre me salpicaba. Lo terrible era que

no podía parar a pesar de que estaba destrozándolo. Así despertaba de la pesadilla.

Ni el miedo ni el calor me impedían salir, pues el encierro era insoportable. La mayor parte del tiempo leía, pero agoté las obras de literatura en español. A diario pasaba por las oficinas de la Mathaba, tomaba café e intercambiaba saludos con los compañeros, pero no era suficiente. Me asomaba a la ventana, recorría con la vista los patios de las casas y la gente que pasaba. Me aburría, salía, caminaba un poco y comenzaba a sentir que el mundo se derretía. El sol bebía mis líquidos antes de que llegaran a la superficie de la piel, no alcanzaba a sudar, me deshidrataba desde adentro. Sentada en un café, veía a hombres y mujeres envueltos en telas blancas, en metros y metros de tela blanca, que no dejan que el calor se los beba; ellos cubiertos, y yo queriendo andar desnuda en una bañera con rodachines. No podía relacionar telas y frescura, quería empelotarme, pero allí la desnudez tampoco era fresca. Me devolvía a casa y me metía en la bañera con hielo hasta las cuatro de la tarde, cuando soplaba el viento y podía caminar por las calles que iban hasta el puerto bordeando el mar.

En las bancas de los parques, hombres jóvenes reposaban la cabeza sobre las piernas de su compañero y se acariciaban el cabello; otros caminaban tomados de la mano. Jamás se hace lo mismo con una mujer, a ellas únicamente las tocan en el ámbito privado. Así son los Abdalah, los Mohamed, los Salim, los Muktar, los Mussa, los varones libios.

Yo estaba en su país por acuerdos políticos y ello hacía que me moviera en mundo masculino. Con ninguna mujer árabe me relacioné en ese espacio; las que conocí fueron familiares de los compañeros de la Mathaba. Me costaba mucho trabajo entender su manera de tratarme. Por ejemplo, cuando me encontraba con uno de ellos y cruzábamos saludos o hablábamos un poco, evitaban mirarme a los ojos. Si solicitaba algo, me lo tiraban sin rozarme siquiera. Igual me pasaba en el comercio: el dependiente, al entregar la mercancía, volteaba un poco el rostro para no mirar de frente y me lanzaba la compra contra el mostrador. Eso me contrariaba enormemente, pues lo interpretaba como rechazo y me impacientaba la imposibilidad de relacionarme de forma igualitaria. Me sentí durante ese tiempo muy poco reconocida.

Misterio femenino

Logré que Nury, un libio que había vivido en América Latina, me invitara a un matrimonio. Me presentó a su esposa. Ella había vivido dos años en Venezuela, pero no hablaba español. Sonreímos como saludo y partimos.

Una carpa de acera a acera habilitaba la calle para la fiesta, con el piso cubierto de alfombras y cojines para reclinarse. Había unas sesenta mujeres de todas las edades y el doble de niños pequeños. Olía a incienso, sándalo y perfumes. Una orquesta de ciegos interpretaba música árabe. La novia, vestida como un hada, con tules y lentejuelas de colores, presidía el festejo sentada en una silla de terciopelo

dispuesta como trono. Las sandalias finísimas dejaban al descubierto los dibujos de sus pies, hechos con *henna*; las manos lucían igual diseño y, sobre él, anillos y cadenas se aseguraban a las pulseras de oro. Alrededor de su cuello, collares del mismo metal remataban en un cinturón. El cabello largo, rojizo, estaba peinado con otra diadema de oro, y el maquillaje de los ojos era pronunciado.

Dentro de la carpa ninguna de las mujeres usaba *farrashia*. Las jóvenes permanecían, como frutas de oasis, con su belleza expuesta; las viejas dejaron su hermosura y sus dientes en cada uno de los hijos que parieron, así que tenían el tiempo grabado en el rostro, con uno que otro diente forrado en oro, y en el cuerpo la evidencia de una maternidad perenne. Todas lucían atuendos en colores vivos: las ancianas llevaban trajes tradicionales de telas con hilos dorados o plateados que envolvían alrededor del talle, mientras que las jóvenes vestían a la última moda occidental. El interior de la carpa parecía rociado de escarcha dorada, tal era el brillo de las joyas.

Ante la novia danzaban las mujeres por turnos, ciñendo su cadera con una pañoleta para realzar el movimiento ondulante y sensual que descendía de las cinturas de ánfora hasta los tobillos, mientras interpretaban la música que las demás acompañábamos con las palmas de las manos. Cuando llegó mi turno para bailar ante la homenajeadá, interpreté una cumbia, pero no lograba moverme como ellas.

Mujeres mayores repartían bocaditos dulces, con nueces y miel, dátiles, jugos de colores, deditos de queso, higos, damascos, almendras y otras delicias. Los niños saltaban como cabras entre sus madres. Eran hijos de todas, cualquiera los acunaba, les daba de mamar o los reprendía. Los nombres sonaban como música: Fatma, Yamila, Yadira, Ludmila, Zamira.

Al anochecer, nos despedimos diciendo “al salami”, con abrazos y roce alternado de mejillas, no sé bien cuántas veces. El mundo de las mujeres siempre me acogió con cariño. Si visitaba alguna casa, como iba acompañada de hombres, salía a recibirnos el padre de familia, pero luego me llevaba adonde estaban las otras mujeres y ellas me atendían. Hablaban, sonreían, me tomaban de la mano y recorriamos los espacios femeninos: la cocina, las habitaciones, los patios.

Entendí que el aprecio se expresa con obsequios y el amor con joyas. Todas ellas poseían varios juegos de alhajas y me los ponían para que me mirara al espejo; a veces también me perfumaban e incluso en ocasiones me cubrían con la *farrashia* y formaban una algarabía en torno de mí. En sus gestos amorosos al tocarme la cabeza reconocía su tristeza por mi cabello cortísimo. Ellas lo llevaban largo y lo cuidaban con *henna*, que les daba un tono cobrizo. Pero estas mujeres no se relacionaban con los hombres que visitaban la casa; las solteras servían la mesa y regresaban a la cocina.

Durante la visita abunda la comida: frutas, jugos, carne de cordero, cuzcuz y mucho té con hojas de menta. Hay que comer y comer, el plato nunca está vacío, pues el anfitrión se encarga de llenarlo. Antes de salir, nos daban regalos.

Cuando conocí las ruinas romanas de Leptis Magna, una ciudad a orillas del Mediterráneo, casi me echo a llorar de gozo mientras recorría los enormes espacios cubiertos de pasto en que se alzaban columnas de mármol rosa, verde y gris. En los salones, que hoy están a cielo abierto, también había bancas y esculturas en mármol, baños diseñados para la expansión y el placer con un sistema de abastecimiento de agua caliente, inodoros colectivos y desagües. Los caminos en piedra recorrían la ciudad. La dimensión de los espacios me deslumbró. Tocaba todo y la textura de los mármoles me producía cosquillas en las palmas de las manos, pues cada golpe de cincel había logrado reproducir la forma exacta de las uvas, las hojas, los cuerpos, los pliegues del vestido.

Los compañeros apenas se detenían y nuestros guías poco explicaban, así que me tomé el tiempo necesario para degustar sola toda esa maravilla. El anfiteatro estaba construido en un sitio donde el Mediterráneo llenaba los ojos del público. No imaginé conocer aquellas ruinas, donde cada pedazo de mármol cuenta una historia.

Luego nos llevaron a la playa pública. Carpas de todos los tamaños albergaban a familias enteras. Los

hombres y las mujeres jugaban en el agua con los pequeños, todos vestidos con túnicas y *farrashias*. Con una temperatura de cuarenta y tres grados bajo el sol, el agua fría del Mediterráneo invita en verano a permanecer dentro de ella. Nos bañamos con una camiseta encima del vestido de baño y los niños huían ante la visión de nuestros cuerpos; algunos adolescentes nadaron bajo el agua para vernos las piernas. Al salir del mar, la tela se pegaba a sus cuerpos y parecía no importarles, pero cuando nosotros lo hacíamos la gente se alejaba para no ver nuestra “desnudez”. Algunos hombres mayores nos regañaban cuando caminábamos hacia la carpa, donde uno de los anfitriones cocinaba carne de chivo con paprika.

Perdida en el mundo

Los días transcurrían entre la rutina y el asombro, cuando una desazón se me clavó en el alma, con tal intensidad que urgí a Carlos Alonso para se comunicara con Ester en La Habana y ella pidiera noticias a Colombia sobre mi familia. Pocas veces he sentido un apremio tan concreto.

Desde la oficina, rompiendo todas las recomendaciones de seguridad, hicimos la llamada. De esa manera me enteré que mi hijo mayor, Juan Diego, de trece años, había muerto hacía un mes.

Dolor. Un sordo dolor se anidó en mi entraña. Quise gritar para no reventar, pero ni eso pude hacer. No lograba entender nada. De pronto, quedé parada

en mitad del mundo sin más referencia que mi propio dolor.

Oía la voz de Carlos Alonso muy lejos, el silencio descendió sobre mí como un velo negro y creí que cerrando los ojos me moría. Sentí por primera vez que la vida huía asustada por la muerte y no opuse resistencia, me dejé invadir por la más triste de las sensaciones.

Al día siguiente Carlos Alonso viajó a Ghana. Yo ni siquiera lloraba; me quedaba en la cama mirando al cielorraso sin pensar en nada. Con ese dolor adentro. De allí me sacaba el compañero chileno, el matemático, quien de puro solidario se convirtió en mi única compañía día y noche. Tocaba a mi puerta temprano en la mañana y preparaba el desayuno para los dos; luego me invitaba a caminar y almorzábamos juntos. Ante mi silencio, decidió contarme su historia para acaparar mi atención, pero yo no recuerdo absolutamente nada, sólo se que él hablaba y hablaba. En las noches preparaba una jarra de tisana de tilo y valeriana, y me acompañaba a tomarla poco a poco. A medianoche se retiraba a su apartamento para regresar al día siguiente. Creo que, si no hubiera sido por él, la demencia me habría ganado la partida. Ni siquiera recuerdo su nombre.

Los días pasaron sin consuelo posible, pero el tiempo hizo que aceptara el dolor como parte de la vida que se me adhería tercamente. La muerte y el destino son cobardes, me cansé de retarlos y nunca respondieron, pero cobraron la víctima más

indefensa. La angustia ocupó mi corazón, perdí el interés por todo. ¿Por qué habría de sobrevivir a su muerte?

Hubo en mi interior un remezón total. Durante muchos años trabajé lejos de mi hijo con la convicción de que así le garantizaría un porvenir más amable, esperando el reencuentro, el tiempo para querernos y el modo de llenar con ternura los abismos de ausencia. En ese momento, el mañana se desdibujaba, no tenía un referente real, toda mi renuncia no era más que un vacío inmenso. Parecía mentira que tanto amor quedara huérfano de futuro.

La muerte me habitó. Ni el regreso de Carlos Alonso ni su afecto pudieron desalojarla. Inicié mi existencia de fantasma. La muerte del hijo fue la síntesis del sufrimiento: la suma y la multiplicación de cada una de las sensaciones punzantes que se clavaban en el corazón cuando, uno por uno, los amigos, las hermanas, los amores, iban cayendo enredados en sueños. Con el hijo se fue la esperanza; por eso quedé así, como perdida en el mundo.

Convocaba la fortaleza y no me asistía, tuve que reconocerme cobarde ante el dolor y agotarlo hasta quedarme sin aliento. En las noches salía a la terraza para contemplar el cielo, y mirando la bóveda llena de estrellas medía la distancia que me separaba del país y de los míos. Sentía una soledad que me vaciaba el alma por los ojos sin poderla atajar y entonces quise volver para morirme menos sola.

Doce

Reinventar la vida

*Llegó con tres heridas: la del amor,
la de la muerte, la de la vida.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

La muerte de mi hijo Juan, en plena adolescencia, rompió mi existencia en dos. Me había preparado bastante bien para afrontar mi propia muerte, había soportado con sensatez la de mis más queridos compañeros sucedida en combate, incluso logré entender como parte de la cruel dinámica de la confrontación los asesinatos que durante los últimos años acabaron con la vida de compañeros y colaboradores. Pero, la muerte súbita de mi muchacho, ¡no! No entraba en los riesgos, no estaba prevista, tampoco tenía razón de ser, por eso me corrió el piso.

Estaba en el otro lado del mundo pero decidí volver a Colombia. Conocía las dificultades para mi retorno y no me importaron, tal vez porque en el regreso buscaba la muerte más que la vida. Demoré casi seis meses en lograrlo, pero no cedí en mis pretensiones a pesar de la debilidad creciente que acompañaba mis días.

La persona que yo había sido hasta ese momento, estalló en mil pedazos. Contradicciones, cuestionamientos, desgastes y desamores ocuparon los espacios que mantenían obstinadamente la esperanza y la fe en un proyecto político revolucionario.

Durante muchos años, la práctica política, la pertenencia a la organización y los ideales llenaron mi existencia. Cuando comencé a sentir los desencuentros entre lo que queríamos ser y lo que éramos, todavía me alcanzaba la confianza; más adelante se presentaron divergencias puntuales, pero tenía la esperanza de corregirlas desde el interior de la organización. Ahora todo aquello no era suficiente. Tampoco el amor que, junto a la pasión de las ideas, constituyó la llama de la existencia.

La muerte cubría mi proyecto vital. Perdido el norte, nada orientaba mi rumbo. Y carecía de centro, como si una explosión, sucedida en mi entraña, me dispersara por el universo. Estaba de paso con los recuerdos como únicas señales permanentes. Durante la mitad de la vida me sentí acompañada de hombres y mujeres que ni siquiera conocía y con quienes me identificaba un proyecto común. Me sentía encarnada en una organización, como parte de un pueblo y militante de una causa mundial. Alimenté la idea de la colectividad porque en esa multitud de voluntades hermanadas residía mi fuerza. Cuando el dolor y la tristeza tocaron a mi puerta, con más urgencia que nunca, miré en torno buscando la mano multitudinaria de mi amada abstracción y tropecé con el silencio. Estaba sola. Solo mi cuerpo, solo el corazón.

Manuel, el compañero de andanzas, percibió mi agonía cuando nos encontramos en el exterior y me ofreció su apoyo para retornar. Por su cuenta y riesgo abrió la puerta trasera de migración para que

yo entrara. Así llegué a Colombia, en diciembre de 1987: desgarrada.

¿A qué venía? El país entero estaba sembrado de tumbas y de miedo. ¿Para qué volvía? Quizás, muy en el fondo, confiaba en que alguien me diera una respuesta, inventara una fórmula cualquiera que renovara mis ganas de vivir.

Primero busqué a los hermanos de siempre, compañeros o amigos de la organización. Ellos se turnaron para hacerme sentir que las cosas podían ser como antes. Permanecí un tiempo como sonámbula, sin querer pensar, de un sitio para otro, evadiendo el arribo a Bogotá. Manuel y sus hijos me cuidaban con amor sin plazos fijos y habría podido quedarme a su lado. Pero todo se agota y llegó el momento en que debía enfrentar la realidad.

Un miedo colectivo hacía difícil mi relación con la gente. Toqué varias puertas y muchas se cerraron en mis narices con una sonrisa. Hasta mis primas, en Cali, respiraron tranquilas después de cuatro días de visita. Casi todos los conocidos me percibían como posibilidad de muerte, portadora de peligro en mi carácter de perseguida. Entendía su miedo pero me dolía el rechazo; nadie parecía percatarse de mi fragilidad interior, al fin y al cabo proyectaba un estereotipo de fortaleza. En esos momentos, quise ensayar otras opciones de vida, pero estaba etiquetada como guerrillera, con la marca de la muerte sobre la frente.

Mi pobre madre, más preocupada que contenta por mi regreso, se mantuvo cerca, sin saber qué hacer. Su sola presencia me obligaba a la vida. Permanecí un tiempo junto a ella, pero, tan pronto como pude, retorné a mi búsqueda.

Volví a la capital. Una pareja de amigos, María Elvira Carvajal y el Negro Vélez, en cuya casa me recuperé después del atentado, me acogieron de nuevo. A su lado encontré la dosis de calma necesaria para emprender ciertas actividades que contribuyeron a ocupar mis días. La misma María Elvira me vinculó con Camilo González Posso, para trabajar en la elaboración de unas cartillas sobre democracia. El ejercicio de leer y de escribir se convirtió en un oficio agradable que daba sentido a ocho horas o más de cada día. Pero yo me hallaba igualmente vacía; ni el amor por José, mi hijo menor, lograba sacar el frío de mi entraña. Todo lo contrario, ese hijo que permanecía con los Lucio, y que ni siquiera me reconocía después de un año de ausencia, entrañaba otra herida palpitante. Me debatía entre el deseo por hacer que su vida fuera mi centro de gravedad y el miedo de una nueva pérdida.

Cuando tuve un poco más de fuerzas, decidí visitar el cementerio. Durante meses había evitado hacerlo. El camino se alargaba, como postergando el encuentro con la tumba de mi Juan. Esa tarde soleada de febrero, mientras caminaba sobre las tumbas hechas jardín, una tristeza gris llegaba en oleadas espesas como lava de volcán. Leí en la losa

su nombre y la realidad chocó de frente conmigo. La vida se me sublevó en el vientre como un retorcijón.

Estábamos los dos solos ante la muerte. ¡Cómo duele todavía el recuerdo! Imaginaba su cuerpo bajo el césped, sentía frío por él y quería penetrar la tierra para calentarlo en un abrazo infinito. Durante horas no hice más que dejar aflorar el dolor que conmocionaba mi ser, pero ni las lágrimas lo agotaron. En el camino de regreso adquirí plena conciencia de que ese sentimiento se quedaría conmigo para siempre, dispuesto a invadirme en cada evocación.

La ciudad, mapa de ausencias

Entre el amor y los sueños yo había construido en Bogotá toda una vida de mano de los compañeros. Recorrer la ciudad ahora no era más que señalar ausencias: en esa esquina me encontraba con Pablo, en estas residencias me quedaba con Alfredo, en aquella cafetería nos reuníamos con Manuel y con Rosa, aquí comíamos con Fayad, en ese edificio viví con Violeta, esta pastelería era la preferida de Lucho... Alguien que pasaba, un timbre de voz, una canción en la radio, eran detalles que evocaban rostros, nombres o seudónimos y de inmediato la muerte comenzaba a devorar su imagen.

Así se pobló mi mundo de fantasmas, los veía pasearse por toda la ciudad. En sueños los reunía para abrazarlos. El edificio calcinado del Palacio de Justicia y la tumba de mi hijo se destacaban como síntesis de mi realidad y sentía que la vida se

desdibujaba con la ausencia de sus protagonistas. El silencio de los muertos era mi propio vacío interior. Estaba habitada por fantasmas.

Sin un asidero, la existencia me tallaba, el entorno ya no era familiar. Me sentía como única habitante de un mundo extraño. A veces quería correr sin parar, sin saber adónde, como si en el desplazamiento encontrara una manera de sentirme viva. Correr, correr, correr, dejar la soledad atrás.

Pese al deseo permanente de muerte, tenía que inventarme la vida por capítulos. Primero, en torno del trabajo con Camilo. Cuando terminamos las cartillas sobre democracia, me propuso como auxiliar en una investigación sobre la política de relaciones internacionales de Colombia desde el Frente Nacional, y me tocó documentarme sobre el rompimiento de relaciones con Cuba en 1980. La intención de Camilo dio resultado: en la revisión del tema encontré elementos para enriquecer mi propia experiencia como partícipe de los hechos que precipitaron ese episodio y entender nuestro accionar en el contexto histórico y político. Me entusiasmó el hallazgo y escribí una crónica tejida con las versiones de prensa y con mi propia vivencia sobre el desembarco del M-19 por el sur del país, con sus repercusiones. Me entendí entonces como portadora de una historia que no me pertenecía por completo y que suponía un punto de responsabilidad frente a otros. Ya no me podía morir tan impunemente, por lo menos hasta cuando consignara esa parte de memoria que pertenecía a la historia del país.

Busqué la manera de hacerlo, y recurrí a la profesión elegida cuando ingresé a la universidad, ésa que se enredó en todo el acontecer político. Pensé elaborar mi tesis de grado en antropología analizando mi experiencia, como aporte a la reflexión que se hacía en el momento para concertar el desarme con grupos como el M-19.

Acudí a Luis Guillermo Vasco, quien me sugirió hablar con Jaime Arocha, cuya experiencia en la comisión de estudios sobre la violencia podía servirme para concretar mi proyecto.

Me presenté en su oficina, y casi salgo sin explicarle mi propósito. Me costaba trabajo hablarle a un desconocido sobre mi secreto del pasado. Por fortuna, el profesor Arocha facilitó las cosas, ya Luis Guillermo lo había puesto en antecedentes. Así que fue directo al grano: me propuso hacer un trabajo de autoanálisis a partir de la técnica del diario intensivo (Ira Progoff, 1984) como una forma de incursionar en el pasado para hallar elementos propios de una cultura guerrillera. Si lograba poner en evidencia algunos mecanismos de aprendizaje de esa cultura, podría resultar un ejercicio de interés etnográfico.

En marzo de 1989 comencé a pulsar el recuerdo para consignar lo vivido e ir descubriendo hilos conductores y lógicas de comportamiento que me permitieran entenderme. Desde los primeros ejercicios, la muerte tomó cuerpo. Las preguntas de Jaime Arocha sobre lo que escribía desencadenaban procesos que me llevaban a escudriñar mi interior,

a veces con mucha angustia. Quería superar la idea recurrente de la muerte, pero retornaba a ella. Hasta que comenzó a ser objeto de análisis y decidí hacerle frente estudiando los rituales que diversas culturas realizan para elaborarla y poder manejarla.

En el mes de abril, días antes de un aniversario de nuestro movimiento, la noticia del asesinato de Afranio Parra en manos de la policía confrontó mi proceso de reflexión. No se trataba de una muerte más. Afranio fue el mejor de los amigos, siempre presente, no importaba dónde me encontrara. Alguien cuya solidaridad nunca aceptó límites. Perderlo me ponía en una situación que fácilmente podía hundirme en aquel hueco negro del cual intentaba salir.

Si no enterraba esa tristeza, me moría

Afranio y yo nos veíamos con alguna frecuencia, al margen de las estructuras organizativas. Tras mi regreso nos encontramos en varias ocasiones, para conversar sobre sus últimos cuentos y la vida misma. La política no era posible obviarla, pero nuestra amistad tenía muchos otros puntos de coincidencia. Con él la identidad florecía sin esfuerzo alrededor de nuestras emociones vitales, nos conmovían las mismas cosas. Afranio veía con cierta tristeza mi alejamiento de la organización, pero respetaba esa decisión y en nada variaba nuestra relación. Nunca me presionó a retomar el trabajo militante.

Un fin de semana me mandó a llamar pero no pude cumplirle la cita; por eso, la semana siguiente, corrí a buscarlo sin saber bien si daría con su casa. Le pedí a Iván, uno de mis muchachos de confianza, que me acompañara a buscar al viejo. No lo encontré en casa, pero recogí unos libros y una tarjeta que me dejó y le envié una nota con su primo. Me fui a eso de las nueve de la noche.

Él recibió la razón. Pero, como había bebido un poco, decidió quedarse en un barrio de Ciudad Bolívar donde estaba de fiesta con unos músicos amigos. Esa misma noche la policía detuvo y asesinó a Afranio Parra y a otros dos compañeros milicianos.

Al día siguiente alguien llamó para decir que habían matado al viejo. Un frío intenso entre pecho y estómago me hizo sentir que moría otro pedazo de mí. Caminé sola por la calle, lloré impotente, maldije el proceso de paz que desarma mentalmente a los guerreros y no a los asesinos. Otra vez me dolió la vida, me pesó la soledad. Luego quise oír música y fui a una taberna. Necesitaba llenarme de sonidos, ya no podía más con el silencio de mis muertos. Me embargaba una tristeza sorda y mucha rabia. Imaginaba al viejo todavía asombrado ante su muerte. El guerrero fue sorprendido.

Ambos sabíamos que algún día uno de nosotros faltaría a la cita, no porque el afecto se agotara sino porque la vida suele jugar a las escondidas con gente como uno. Pero, maldita sea, me dolía sobrevivirlo. ¡Me agobiaba!

Pasé la noche despierta, apretaba entre las manos un cuarzo, regalo de Afranio, invadida de imágenes en blanco y negro sobre la vida y la muerte. Al amanecer había tomado una decisión. Me acompañaba una fuerza extraña, como surgida de mis propias cenizas. El dolor me exigía convocar la vida para exorcizar la muerte que me tenía harta, para salir del círculo de sangre que rodeaba al país desde hacía tanto tiempo y que continuaba sobre nosotros. Por primera vez quería ver el rostro de la muerte para poder hallar la vida. Asistir al velorio de Afranio, llorarlo y entender su ausencia. Vivir el luto a fondo, no dejar en el aire este nuevo dolor para que se hiciera eterno.

Busqué a Iván como cómplice del ritual. Fuimos a la Casa Gaitán, donde lo velaron. Entre la multitud encontré a sus hijos, a la Chacha –su mujer más permanente–, a sus viejos, a nuestros amigos, a la gente del pueblo, su gente. A él no pude verlo al comienzo, resultaba imposible porque todos se agolpaban en torno del ataúd. Cuando logré cercarme, lo miré despacio, con miedo de afrontar por primera vez su silencio. Y luego le hablé:

–Afra, viejo. Aquí estoy. Te voy a llorar. Me quedo en el velorio para entender que estás muerto de tanto verte inmóvil en esa caja. Para aprender a no esperar más tu abrazo... porque, si no entierro contigo esta tristeza, y a todos mis muertos no sepultos, me muero.

Allí, a los pies del féretro, me sentí más serena. Estuve largo rato contemplándolo sin dejar de

hablarle como si aún pudiera oírme. Incluso me dio risa cuando advertí que lo habían amortajado con un hábito de fraile y pensé que su alma de guerrero no estaría a gusto en esa funda de santo.

Me impresionaron sus manos: su esencia estaba aprisionada en ellas, no sólo porque tenían el colmillo de jaguar, el cuarzo, una rosa y las espuelas de Carey que le llevé para sus riñas de gallos en el cielo, sino porque siempre habían acompañado la magia de sus palabras con una gesticulación incansable. Y ahora reposaban inmóviles sobre el pecho como signo inequívoco de su muerte.

Sólo me retiré cuando llegaron los mariachis. Tanto le gustaba la música a mi viejo que sembró en la hija una voz de jilguero y la memoria de sus canciones. Milay cantó en el velorio para complacer a su padre antes que se fuera del todo.

Durante las nueve noches siguientes, en torno de una fogata, cantamos, narramos cuentos y anécdotas. Nos juntamos los viejos amigos, la familia, los paisanos, sus mujeres y amigas, para acompañarlo hasta cuando nos pasara a todos, incluido él, el asombro de su muerte, y la aceptáramos. Afranio podría irse entonces, tranquilo, más allá de la vida.

Pensaba mucho en sus últimos momentos y en la rabia que debió sentir cuando definieron el instante final sin consultarle, porque algo se le quedó por hacer: celebrar otro diecinueve de abril y editar el texto de *El jaguar y el cuarzo*. Debía saber lo

inevitable porque lo tenían amarrado cuando el cañón del arma le cantó al oído su *tedéum*, pero seguro se alegró de morir sin tener que “entregar las armas”.

El viejo era una leyenda en los barrios populares, desde antes de su muerte. Un personaje inolvidable, un hombre ante quien se borraba la línea divisoria entre la realidad y el sueño, porque soñando hacía realidades. Se valía de la pluma, el pincel o la palabra, y a veces de las armas. Hablaba, pintaba o disparaba con la misma eficacia. Sabía escoger el momento.

Afranio sacaba de la manga los milagros que hacía con la gente menos esperada, la común y corriente, para llevarla a los actos más heroicos. Nunca se varó por nada y lo único a lo que le sacó el cuerpo fue al poder. Murió como lo que fue, un hombre a quien sólo podía sorprender su propia suerte. Sufrí de una manera distinta esa tristeza, a profundidad, sin entregarme, en un forcejeo permanente. Un día me pareció escuchar como si Afranio me dijera:

—Es el tiempo para que las flores se abran.

Con esa frase supe que mis caminos salían de los abismos y ascendían sin tregua hacia la superficie porque el corazón de cuarzo del guerrero me acompañaba, y empecé a confiar en la vida. Sólo entonces mi amigo pudo cerrar los ojos, recostarse en el vacío y descansar sin tiempo.

Desandar los pasos

Retomé los caminos del recuerdo. Volví a los sitios donde amasé la identidad que trataba de recuperar a toda costa. En los amigos me hallaba a pedazos: cada uno me regalaba un esbozo de mí misma guardado y alimentado en su propio corazón. Ninguno se percataba de la necesidad que tenía de su afecto, pero yo lo tomaba realmente agradecida.

Los lugares, éstos que se quedaron como una vieja fotografía en mi memoria, eran fuente de vida. Cuando penetraba en ellos quería robarles las vivencias que me pertenecían, los encontraba generosos en evocación, en sensaciones. A partir de allí podía reconstruirme. Tal vez recordando quién había sido encontraría la que deseaba ser.

Por eso estuve en Cali al comienzo de mi búsqueda, para encontrar un soporte afectivo y trozos de mi infancia. Luego fui a Pasto, tratando de recuperar mi adolescencia y la punta del camino que me condujo a la militancia. Con estos viajes quería también volver a ver a mis primas, a los amigos y las amigas de colegio, y conocer el rumbo de sus vidas para confrontarlo con el mío. Entonces caía en la cuenta de que había vivido en otro mundo y pocas cosas tenía en común con ellos. En ocasiones la piel participaba en la evocación de amores olvidados, pero a la hora de la verdad todo había cambiado.

¡Estaba tan confusa! No ser guerrillera me dejaba en el limbo. ¿Adónde pertenecía? Muchas veces tuve

la ilusión de que si me vestía con la ropa elegante que me regalaba la abuela de mi hijo podría ser una señora como la dueña de la prenda, y me esforzaba en parecerlo para luego darme cuenta de que me cansaban los tacones y los gestos impostados. Quise ser como la mayoría de mujeres y tener familia, casa y trabajo seguros; en otras ocasiones, cansada de todo, sólo soñaba con tropezar en la calle con un hombre corriente que ofreciera cuidar de mí. Entregar a otro la responsabilidad de mi existencia.

Quería, parecía, fingía... y, finalmente, adentro estaba yo, sin saber bien quién era. El mío era un continuo ir y venir, de identidades parciales a desconocimientos; pero lentamente, en medio de tales contradicciones, me reconstruía.

Durante un mes indagué en el pasado remoto. Pedí a mi madre todas las fotografías viejas y me senté junto a ella a evocar. Advertí que no menos de quince años estaban borrados de la memoria visual, porque no me había dejado fotografiar desde el nacimiento de Juan Diego, salvo una vez en que me sorprendió la cámara de un compañero en Corinto, el día de la firma de la tregua en 1984.

Salía a caminar por el centro de San Juan de los Pastos, porque desde allí apreciaba la arquitectura bordeada de paisajes, los mismos que acompañaron mis paseos domingueros para ir a la *retreta* con las amigas. Terminaba sentada en la Capilla de Maridíaz, en mi colegio, hablando con el Niño Jesús de Praga, que en mi ausencia se había vuelto milagroso. De

vuelta a casa, pasaba por mi cabeza la película del internado bajo la supervisión de la madre Rudolfina y la felicidad que nos producían las escasas pilatunas que hacíamos a las monjas.

También visité oficinas, para saludar a los amigos y sugerirles que me ayudaran a conseguir trabajo. Todos, sin excepción, se hacían los locos ante la posibilidad de recomendarme para un empleo. Al fin y al cabo, la mía había sido una historia conocida en la ciudad a partir del consejo de guerra en Ipiales, y nadie quería *quemarse* conmigo.

Cerré el capítulo de Cali y Pasto. Tampoco allí había espacio para mí. Sólo mi madre me ligaba a esas ciudades. Regresé a Bogotá con nostalgia y una especie de levedad, acentuada en la medida en que nada me quedaba. Cancelar expectativas alivia, pero también cierra caminos.

Muchas veces me pregunté dónde estaba el amor. Y encontré que permanecía en la memoria como si esquivara el presente. Entonces lo busqué en el pasado. Visité a Moritz, ese amor a medias de adolescente. Parecía el mismo de siempre, con su risa suelta y el llanto que lo sorprendía en medio de una confesión de afecto. Me hicieron feliz su abrazo cálido y su amor a borbotones. Ninguno de los dos podía evitar la urgente necesidad de medir en el otro el paso de su propio tiempo. Volvimos a querernos con las manos juntas, viendo pasar la tarde en la banca de un parque. Me sentí acompañada de corazón, mientras estuvo cerca, y cuando nos despedimos

supe que no lo vería más. El Moritz compañero de ideales se extravió entre negocios. Entre los dos nada quedaba pendiente, los amores del pasado tan sólo eran imágenes irrepetibles.

A veces pedazos de nuestra vida caminan atados al cuerpo de otros. Eso pensé cuando hallé a uno de mis muchachos en la dura faena de abrirse paso como aprendiz de oficios varios. La militancia cruzó nuestros caminos en más de una ocasión y eso bastaba para querernos. Descubrir que cada sensación mía tenía un eco en él me produjo más alegría que asombro. No necesitábamos casi de palabras, compartíamos códigos comunes forjados en el diario ejercicio de la vida clandestina. Por esa razón fue fácil pasar de la camaradería al amor; para comprendernos bastaba un gesto, una mirada, percibir la tensión en las manos o en el cuerpo del otro, sentir sin temor a equivocarse la reciprocidad del afecto. Por ello mismo las caricias resultaron el lenguaje adecuado, como si el deseo nos reclamara desde el pasado, cuando apostamos los sueños en la misma ruleta. Juntos fue posible retomar la dimensión del “ahora” presente sólo en la cercanía de la muerte, y con ella rescatamos la intensidad de cada acto, intensidad que se pierde cuando se piensa en la vida o en el amor como proyectos a futuro. Nos amamos por unos días como si no tuviéramos más tiempo, aferrados a la fuerza que nos dábamos mutuamente y planeando salidas del cerco de soledad en el cual nos hallábamos luego de renunciar a la militancia. Ambos deseábamos encontrar alternativas para la falta de plata y debimos luchar a brazo partido con

las ganas de delinquir para salir de la olla. Porque juntos habríamos podido hacerlo.

Certezas, pactos sin palabras y lealtades nos ataban, pues ante todo seguíamos siendo hermandad, aunque estuviéramos tan lejos de los otros como un par de náufragos. Al final la vida volvió a separarnos, pero ya estábamos habituados. La errancia del amor, la necesidad de recorrer caminos y cuerpos, deja a veces una triste sensación de abandono que se siente en la piel mientras el corazón sigue amando la señal del último adiós, desde el puerto donde ancló la pasada noche.

Extrañaba el amor, quería unas manos tibias que reconstruyeran desde la piel mi humanidad completa. Y, una tarde, apareció William, mi amigo de la vida. Al primer abrazo reverdeció la ternura y sentí como nunca la necesidad de hablar con él, aprender de sus palabras y silencios nuevamente, adentrarme en el mito que ocupaba su tiempo y perderme en la aventura de conocimiento que era su vida. Desde esa misma tarde entramos en el rito interminable de ensayar palabras que dieran cuenta de las avalanchas de sucesos y sentires acumulados durante la ausencia. Hablamos y hablamos.

Las sesiones se prolongaron. Nos buscamos para estar juntos casi todos los días. La manera de percibirnos fue cambiando, mientras él sugería sin urgencias la posibilidad de un amor tardío. Poco a poco se rompieron las conexiones de racionalidad que detenían la locura del amor. Cerré los ojos, y

escuché el apremio del deseo que insubordinaba mi cuerpo y pensé que quería, no sólo escucharlo, sino estar en él. Tener la posibilidad de constatar que su sensibilidad era medible con mi tacto, intentar vencer el miedo a enamorarme y ensayar el vuelo del amor pegada a sus alas. Era mi amigo, ¿qué podía temer?

William llegó a mi cuerpo abriendo cerrojos con sus manos, y un aire nuevo me penetró hasta el fondo del alma. Fue un tiempo de calma, de compartir la cotidianidad y barajar la vida, una y otra vez, buscando reflexionar sobre muchas cosas. Él es por vocación un ordenador de mundos, oficio que ya casi nadie ejerce, y yo tuve la suerte de encontrarlo en el instante preciso, cuando mi caos interior desataba un remolino de preguntas que me ahogaban. Sus palabras ayudaron a reordenar mis sentimientos. Había comenzado con el profesor Arocha el ejercicio de activar el recuerdo, pero eso me producía un doloroso agobio. Con William hallé caminos de entendimiento para facilitar mi tarea. Además, con él volví a sentir que el amor era una urgencia inevitable. De ese tiempo conservo su nota:

Ya me había cansado de esperarla, pero hoy llegó otra vez. En el pasado venía de tarde en tarde, traía su rostro cargado de asombro infantil. Hoy llegó y era otra, en sus ojos descubrí el paso de mil batallas y sentí que sufría la vida esperanzada. Ella dijo que quería aprender a pensar; yo sonreí, ella siempre había pensado bien. Sentí necesidad de decirle que quería aprender su cuerpo y

su dolor en mi piel. No dije nada, permanecí en silencio y mirando a lo lejos; sólo deseaba llenar de asombro su vida, ese asombro infantil que propicia el amor.

Desde ese día, mi amigo, con infinita paciencia, se entretuvo en espantar la angustia que me rondaba como un ave de rapiña. Se convirtió en mi país espiritual, en mi territorio. Con él la identidad se recreaba a partir de intereses y gustos compartidos, pasados comunes y la misma utopía.

Pero el duende vagabundo que enamora sólo se detiene el tiempo justo para no dejar lugar al hastío. William volvió a sus ríos en el Chocó o en cualquier parte, aguas junto a las cuales se había construido y deshecho tantas veces. Regresó para hallar respuestas o nuevas preguntas sobre su existencia. Yo empaqué, con mi equipaje, el recuerdo de los mejores instantes a su lado. Cada cual retomó su camino. La libertad no duele, no debía doler.

Constaté que el amor no bastaba para calmar mi desasosiego interior. No lograba convertirse por sí mismo en una razón suficiente para vivir. En mí, el amor estaba ligado de modo indisoluble a la idea de compartir la utopía mayor, el sueño de una sociedad más justa. Amar por amar, así como vivir por vi-vir, carecían de sentido para mí.

No lo buscaba, el pasado me encontraba

En la calle, en casa de los amigos, hasta en el trabajo, personas que de una u otra forma tenían que ver con mi actividad pasaba-me confrontaban. Digo esto porque, aunque no lo quisiera, establecía comparaciones permanentes entre el pasado y el presente. Algunas veces esto me servía para evidenciar actitudes y experiencias que no deseaba repetir; otras veces, me llenaba de nostalgia, pues era mil veces más fácil afrontar las dificultades cuando se tenía un sentido claro del futuro, y no abordar una realidad tan compleja como la colombiana sin partir de certezas. Con la militancia, yo sentía que había dejado un territorio seguro y que ahora la incertidumbre y la intrascendencia rodeaban mis actos.

La hostilidad del medio hacía que, aun sin proponernos, mantuviéramos puntos de encuentro con quienes vivían igual proceso de búsqueda y resignificación del proyecto de vida. Reencontrarme con quienes permanecían en el corazón, por el simple hecho de hacer parte de la misma historia, constituía una necesidad. Nos juntábamos y comenzaba a fluir esa energía pegajosa que nos enredaba en recuerdos y terminaba aportando algunos elementos de análisis, útiles para la individualidad que ahora construíamos. Reírnos de nosotros mismos y nuestras angustias se convertía en la mejor terapia. Poco a poco, mientras alguien comentaba sus dificultades con el día a día y lo dramática que resultaba la cotidianidad más elemental, se iba esbozando una muestra de nuestra

problemática común. También hacíamos conciencia de que estábamos condenados a resolverla desde una perspectiva individual. Ya no nos amparaba el grupo. Sin embargo, esas tertulias eran claves para sentirnos menos solos, aunque fuese por momentos. Y entender que no éramos ni mejores ni peores que los demás, simplemente distintos.

Algunas de esas diferencias nos causaban inconvenientes. Uno de los más comunes era la dificultad de construir relaciones estables en el afecto o el terreno laboral y asumir los compromisos de largo plazo que ellas implicaban. Otro tenía que ver con la costumbre de resolver de manera radical cualquier conflicto, como si la cotidianidad hiciera parte de una guerra entre dos bandos. Pero uno de los más difíciles de superar fue aquel de sentir que podíamos y teníamos la obligación de transformar, en el menor tiempo posible, una realidad tan compleja como la colombiana. Por último, el más grande de los inconvenientes era aprender a vivir sin “la gran causa”.

En cambio, otras diferencias nos proporcionaban ventajas comparativas; por ejemplo, nuestra vocación social y nuestro espíritu solidario, el interés por los asuntos públicos, la facilidad para responder a los cambios, la capacidad para asumir retos, la posibilidad de tomar decisiones en momentos críticos. Lo triste es que cada uno de nosotros se hallaba solitario frente a la comprensión de su realidad y las salidas posibles, con un referente colectivo, herencia del

pasado, muy, muy fuerte, que agudizaba la sensación de soledad.

Desde mi presente anodino también podía contemplar la otra cara de la moneda, enterarme de cómo nos veían quienes nos habían sufrido. Gente parecida a uno, que había vivido el secuestro de seres queridos como un gran trauma sin justificación posible; familiares de compañeros muertos y desaparecidos que no acababan de entender su ausencia. A muchas de las víctimas imprevisibles de nuestras acciones, como los pobladores de las barriadas que debieron masticar su miedo durante los allanamientos masivos hasta maldecir nuestro nombre, las poseía ahora el escepticismo.

En esas ocasiones en que me llegaba el dolor de otros, le preguntaba desesperada a la vida por qué me escogía para observar desde múltiples perspectivas los efectos de nuestras acciones. Yo había hecho parte de uno de los bandos, mientras la mayoría de gente quedaba inerte en la mitad. Esa responsabilidad resultaba difícil de asimilar.

Por entonces ya había conseguido trabajo en una empresa constructora. Me dedicaba a promover la participación de los propietarios en procesos de gestión comunitaria. Representaba el papel de antropóloga, me llamaban “doctora”, y debía usar medias veladas, zapatos de tacón y blusa de seda. Podía pagar una pieza en casa de familia y había conquistado el derecho de tener a mi hijo en los fines de semana. Sin embargo, sentía una insufrible

desadaptación al mundo de los demás, el mundo de los profesionales, de mis compañeros de oficina o de la vecina de asiento en el bus en que recorría la ciudad todos los días.

Me obsesionaban las preguntas de Jaime Arocha acerca de cómo había aprendido a ser quien era. Seguía trabajando la monografía en los ratos libres, convencida de que si lograba entender mi proceso de aprendizaje de la guerra podía desaprender lo necesario para despojarme de esta angustia de no ser ni de allá, de donde había salido, ni de acá, donde intentaba estar.

Todavía sentía mi país, su alegría y su dolor, como parte de mi cuerpo; sin embargo, la opción guerrillera para transformarlo ya no me bastaba. Me habitaban mil contradicciones: escogí la libertad y no sabía qué hacer con mi soledad; durante media vida luché contra el establecimiento y ahora no podía asimilarme totalmente a él; era una madre que no sabía o bien no quería ejercer su función; era un ser que sufría al mismo tiempo el marginamiento y la impotencia de romperlo. Pero ni siquiera podía abandonarme totalmente y quedar a la deriva: la fuerza interior de una historia colectiva, ante la cual era responsable, me sostenía. Sufría y amaba la vida. Gravitaba suspendida, pegada a intereses ajenos. No era y me obligaba a ser. Pero ¿a ser qué?

Lentamente descubrí que era agradable estar fuera de la organización aunque doliera, sólo por la sensación de manejar mi propia existencia. Ya no

tenía la obligación de vivir para otros, era dueña de mí misma. Claro que también sentía una contradicción, porque debía tomar decisiones propias y no sabía hacia dónde. Me paralizaba el miedo a lo desconocido. Una cosa era decidir sobre situaciones que poseían un norte, como en el trabajo revolucionario, y otra bien distinta hacerlo con respecto a un presente y un futuro individuales, con la poca importancia que los intereses personales tenían en medio del gran proyecto histórico de cambiar el mundo.

Triste destino este de un mando que se queda en mitad del campo, sin tropa y sin batalla. Así me sentía: libre y vacía. Lo que era y lo que sería mi vida solo me competía a mí, estaba en mis manos, nadie resolvía nada en mi lugar. Ésa es la gran soledad que abocamos en el momento de las decisiones.

A pesar de todo me enamoraba de aquella libertad; poco a poco me acostumbraba a estar conmigo, incluso reconociendo la dimensión de mis contradicciones y los claroscuros de mi incertidumbre, o precisamente por eso, porque admitía mis debilidades. Recuperaba las riendas de mi vida aunque no supiera hacia qué rumbo marchar.

Ser mujer

Yo fui soldado. Mi calidad de mujer por definición biológica no me estorbó, pero tampoco fui muy consciente de lo que ello significaba en un mundo que nos homologaba en torno de las ideologías. Pesaba más la igualdad que la diferencia.

Desde muy pequeña, apoyada por mi madre, rechacé los valores tradicionalmente atribuidos a la condición femenina: la delicadeza o, mejor, el melindre, la dedicación al hogar, la destreza culinaria, el sueño de un matrimonio temprano, una maternidad prolífica y la virginidad. En casa me permitían las libertades de cualquier muchacho, con la complicidad de mi abuelo y de mi padrastro, si bien por distintas razones. Aprendí a montar a caballo desde muy temprano, mis aficiones se relacionaban más con la cacería y el campo que con las muñecas. En mis años de infancia no hubo un reto masculino al cual no respondiera acertadamente. El mundo de los varones no me resultaba desconocido, y esto facilitó mi entrada en el ámbito político-militar de un grupo guerrillero cuyas prácticas, tanto la política como la militar, estaban claramente inscritas en el universo varonil, eran cosas de hombres.

Exploté mi condición femenina con propósitos conspirativos: ser mujer me servía para despistar, eludir requisas y conseguir información. Sobre todo, los más machos, los que nos subvaloraban, no nos concedían el estatus de enemigos suyos, ventaja que nosotras aprovechábamos. Pero si descubrían que habíamos penetrado en su terreno, el de la guerra, eran implacables. Nos castigaban doblemente, como subversivas y como mujeres. Por eso, en casi todos los casos de torturas a mujeres guerrilleras, se presenta la violación o un ultraje sexual de cualquier tipo.

Cuando dejé la militancia, una de las primeras sorpresas fue descubrir mi ser femenino. Lo hice lentamente, a través de otras mujeres, compartiendo con mis amigas y entrando en confidencias mientras reconstruía la cotidianidad. Con María Elvira Carvajal y la Nana, Catalina y Clara Inés, Pilar, Tutuy, Norma y Claudia Mejía, iba hallando puntos en común. Hablábamos de nuestras cosas, ejercicio que en el pasado casi nunca realizaba porque en la vida militante lo personal ni se menciona.

Descubrirme hembra, distinta de ellos, en lugar de enemistarme con el sexo opuesto me adentraba en la comprensión de otras dimensiones de mi ser, todavía desconocidas. Y, a la vez, podía entender la camisa de fuerza que significaban los roles sociales y cómo, pese a mi rebeldía, los había desempeñado sin apartarme mucho del guión. Ser mujer en la guerra representaba la renuncia al poder y al reconocimiento en beneficio de otros; ceder mi proyecto personal por el interés colectivo de la misma forma como lo hacen las madres; amar y amar, hasta quedar vacía y ofrecer mi cuerpo al deseo de aquellos a quienes amaba.

Entendiéndome mujer, asumía mi condición a sabiendas de los cambios que deseaba para mí. Paradójicamente, así pude empezar a conciliar el desgarramiento de ser una madre distinta. Y comprendí que la presión social para que recuperara a mi hijo me sumía en una falsa contradicción. Tenía que ser capaz de construir una relación madre-hijo diferente de la tradicional, sin violentarme, tratando de ser la mamá que no podía ser en aquellas

condiciones económicas y existenciales en las cuales me hallaba. Con algo más de seguridad, empecé a abrirme un espacio en el corazón de mi hijo, que vivía con sus abuelos paternos. Fue una empresa titánica, habida cuenta del ámbito social y cultural donde se movían los Lucio.

Uno de los fundamentos para la reconstrucción de mi identidad era el reconocimiento de mis diferencias de género, las cuales daban cuenta en buena parte de mis comportamientos, tanto en las estructuras militares como en las relaciones afectivas.

No fue fácil en aquel tiempo identificar la inequidad y la discriminación, ni mucho menos el poder ejercido por los varones sobre nosotras. Y eso que el Eme, acaso por su composición social – estudiantes, clase media urbana, intelectuales– fue entre los grupos guerrilleros una organización más abierta a la participación femenina en algunos cargos de dirección. Lo cual no significa que no existiera el machismo, creo que es una condición inherente a los ejércitos. Sucedió que, tanto para nosotras como para ellos, muchas de las situaciones de inequidad estaban naturalizadas por la cultura, no resultaban visibles, y por lo tanto ni las sentíamos ni las reivindicábamos. En la medida en que ganábamos claridad, empezamos a exigir espacios organizativos para resolver los asuntos de mujeres, lo cual suscitaba toda clase de burlas entre los compañeros. Pero no nos impedían hacerlo; Vera Grabe, por ejemplo, convocó a una reunión de mujeres dentro de la Octava Conferencia, cuando aún nosotras estábamos en la cárcel del Buen

Pastor. Creo que en ese momento la bandera era la igualdad de oportunidades para las mujeres.

En las cosas del amor, en las relaciones afectivas, se vieron menos las transformaciones masculinas. Tal vez en el terreno político y de participación, incluso en el reconocimiento de las capacidades operativas de algunas compañeras, se dieron algunos avances, pero en el terreno íntimo los compañeros eran, la mayoría, como los demás hombres colombianos. Nosotras, las compañeras, las guerreras, pagamos un alto costo por innovar y transgredir las normas frente al matrimonio, a la afectividad y a la sexualidad. Nos quedamos solas, ni siquiera los compañeros de organización pensaban en nosotras como esposas; no sé si eso es mejor o peor; lo que quiero decir es que fuimos las perfectas amantes, pero no las compañeras con quienes compartir un proyecto amoroso de largo aliento, menos aún si teníamos cargos de responsabilidad.

Quizás, de algún modo, las mujeres guerrilleras rompimos el mito del amor eterno y lo planteamos como algo instrumental, un mecanismo para ayudarse a vivir más que una razón de vida. Se necesita valor para vivir lo afectivo dependiendo de las propias fuerzas, significa cultivar el arte de la soledad para ser un poco más libres.

No me considero sumisa, pero en el campo amoroso se expresan mejor mis contradicciones entre el discurso y la práctica. Creo que igual sucedió con muchas: aunque tuvimos el valor

de asumir el rompimiento de la institucionalidad vigente, nos encontramos atrapadas por las formas de actuar propias de las mujeres en la sociedad de nuestro tiempo. Cedimos espacios de autonomía frente al otro, asumimos que las labores domésticas y el cuidado de los hijos eran responsabilidad fundamental de las mujeres, aceptamos que las tareas del compañero tenían mayor importancia que las nuestras, sacrificamos nuestro crecimiento por apoyarlos; en fin, renunciamos a nuestros propios proyectos, a lo que deseábamos y lo que esperábamos de la vida, en función, primero, de la organización y, luego, de ellos, nuestros amados compañeros. Todas las anteriores son expresiones de cómo, en las mujeres, amor y sumisión van de la mano. Sin embargo, nuestra práctica aportó nuevos elementos a la forma de ser mujer, con lo conflictiva que podía resultar; quizás su virtud radicaba, precisamente, en que evidenció las contradicciones entre lo tradicional y lo que fuimos las guerrilleras como parte de un proyecto político.

Cuando regresé a la vida civil, era portadora de esa enorme contradicción entre lo que se espera socialmente de una mujer y las costumbres adquiridas durante la vida militante. Además es preciso tener en cuenta algo que mencioné anteriormente: ciertos roles tradicionales se mantenían en la militancia disfrazados, camuflados, y por tanto más difíciles de identificar. El mío era un modo de ser mujer muy particular. Debí entenderme con rasgos de lo femenino y de lo masculino que se enredaban. Esa mujer, que emergía de tal historia, poseía fortalezas

y debilidades difíciles de administrar. Esto influía muchísimo en mis relaciones personales y, sobre todo, en las amorosas.

Si quería manejar las riendas de mi vida, no podía aventurarme, por entonces, en la búsqueda de pareja. Me conocía en la debilidad de entregarme sin reservas, y eso nada ayudaba al proceso de reconstrucción y de conquista de la autonomía individual. Amar a un hombre era negarme de nuevo, ahora que trataba de encontrarme.

La opción resultaba dolorosa porque siempre estuve enamorada, el amor representó un complemento fundamental a mi gran ideal revolucionario. Ahora que buscaba independencia, renunciaba a él porque todavía no sabía amar en libertad. Claro que tampoco sabía vivir sin el amor de otro. Es como decir que me quería a mí misma a través de los hombres que me amaban. Necesitaba del amor sin depender de él y en ese momento era imposible.

Batalla definitiva por la vida

Mi reencuentro con la organización coincidió con la llegada de Antonio Navarro para la firma de los acuerdos de paz. En octubre de 1989 recibí la noticia de su ingreso al país; se hallaba en Santo Domingo, Cauca, y le envié una nota diciéndole que me alegraba su presencia en ese momento político de la negociación para el desarme del movimiento. Contestó invitándome al campamento para conversar.

Hasta entonces había evitado ir a Santo Domingo, porque aún pesaban mucho los lazos de afecto con la organización y temía regresar, más por razones del corazón que de la política. Entonces pensé que podía aprovechar la ocasión para saludar a Antonio y afrontar mi rompimiento con las estructuras organizativas. Yo no había renunciado formalmente ni a mi cargo en la dirección nacional ni a mi militancia.

Del viaje se encargó Rubén Carvajalino. Íbamos con varios invitados. Me mataba la incertidumbre. Empezar el camino fue todo un acontecimiento, desde el Congreso de Los Robles no había vuelto al monte. Estaba exaltada, eufórica y nerviosa. Quería llegar pronto, pero todo el trayecto me preguntaba qué dirían y qué contestaría yo si querían que me quedara.

Llegamos a Santo Domingo cuando caía la tarde. Intenté ocultar mi emoción pero cada abrazo con un compañero conocido la ponía en evidencia. Antonio me recibió con especial calidez. Al comienzo no extrañé nada, conversamos de un modo atropellado, como siempre que uno se encuentra con los hermanos. A varios de ellos no los veía desde Los Robles, en 1985.

En la noche hubo una fiesta de bienvenida para los invitados y nosotros resultamos bailando entre fierros y uniformes. De abrazo en abrazo sentía que se cerraban de nuevo los eslabones de la cadena de afectos. Salí un momento del baile y me quedé

mirando el cielo repleto de estrellas. Quería estar a solas para entender mis sentimientos.

Fuera de los compañeros del grupo de dirección y de algunos sobrevivientes de los primeros tiempos, los demás rostros eran nuevos. La guerrilla del Eme había cambiado de cara. Y también era otra la forma de hablar sobre las guerras pasadas, como si fueran ajenas, y distinta la manera de portar el arma, parecían cansados. Daba la impresión de que todo fuera intrascendente, como si en ese mar de muertes que dejó la guerra se hubiera perdido el significado inicial de la lucha armada como continuación de la política.

Allí, entre las montañas, también estaban los hermanos de siempre, perdidos en sueños, delirios y esperanzas. Y con ellos mi corazón. Sin embargo, deseaba encontrar caminos diferentes. En caso de volver algún día, lo haría si recuperaba la confianza en la guerrilla como opción política, no porque fuera la única puerta abierta en el mundo, como sentía en ese momento. Ése era mi universo real, pero yo me estaba alejando. Me dolía irme, queriéndolos tanto, y les agradecí a los más cercanos no pedirme que me quedara.

Al siguiente día hablé con Pizarro. Yo no estaba de acuerdo con algunos manejos dados a la negociación, ni con ciertos personajes oscuros que lo rodeaban como asesores. Él me escuchó, estuvo de acuerdo con algunas cosas y me explicó muchas de las dificultades y las presiones internas y externas.

Terminada la charla, a pesar de las discrepancias, estaba convencida de que el Eme, liderado por Pizarro, daba una batalla definitiva por la paz.

Seguramente ninguno de los compañeros adivinó la importancia de tal episodio para mí. Con esa visita confronté la decisión de dejar la militancia y cerré una etapa de mi vida. Entré y salí del M-19 en los momentos en que consideré oportuno hacerlo, me la jugué por el proyecto político hasta cuando pude, y ahora me iba porque deseaba explorar otros caminos. Pero ante mí la existencia se proyectaba como una hoja en blanco. La muerte se puede dibujar de un solo trazo, con un disparo, por ejemplo. La vida, en cambio, es una idea en borrador que se inventa a diario.

Apéndices

Cronología de las principales acciones del M-19 y otros sucesos en el contexto político nacional

1974

Enero. Se da a conocer a la opinión pública el Movimiento Diecinueve de Abril, M-19, conformado a raíz del fraude electoral. Robo de la espada de Bolívar y toma del Consejo de Bogotá.

1975

Febrero. Un comando del M-19 lee una declaración política durante la posesión de María Eugenia Rojas como jefe de la Alianza Nacional Popular, Anapo.

1976

Febrero. Es secuestrado José Raquel Mercado, presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC.

Abril. Es condenado a muerte y ejecutado José Raquel Mercado, tras la negativa del gobierno de Alfonso López Michelsen a aceptar las condiciones del M-19 para su liberación. Pedían el arreglo de la huelga del ingenio Riopaila.

Noviembre. Sustraen armamento a la firma Thomas de la Rue.

1977

Abril. Se realiza la VI Conferencia Nacional del M-19.

Agosto. Es secuestrado Hugo Ferreira Neira, el gerente de Indupalma, para presionar un arreglo favorable en la huelga que adelantan los trabajadores de la empresa.

Septiembre. Se firma un acuerdo favorable en Indupalma y se produce la liberación del gerente, justo el día en que se realiza un Paro Cívico Nacional.

1978

Abril. Se realiza una toma del museo de Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá y se hace una ofrenda floral.

Mayo. En solidaridad con la lucha del pueblo nicaragüense, un comando del M-19 se toma la embajada de Nicaragua en Bogotá.

Noviembre. Se produce la toma de una emisora en la capital de la república.

Diciembre. Se cumple con éxito el robo de más de cinco mil armas al ejército, en el norte de Bogotá.

1979

Marzo. Sectores democráticos del país realizan el Primer Foro por los Derechos Humanos.

Abril. Un comando asalta el diario *El Caleño*, en la capital del Valle, para imprimir un suplemento en que se denuncia la situación de los derechos humanos en Colombia.

Junio. Se lleva a cabo la VII Conferencia Nacional del M-19, cuya discusión se centra en la lucha por la democracia.

Agosto. Se realiza la toma de la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, con el robo del bastón de mando del Libertador.

Noviembre. Se inicia en la cárcel La Picota el consejo de guerra contra doscientas diecinueve personas, sindicadas de pertenecer al M-19.

1980

Febrero. El comando Jorge Marcos Zambrano se toma la embajada de República Dominicana.

Marzo. El gobierno nombra a sus representantes para negociar con el M-19.

Abril. Es retenido el periodista Germán Castro Caicedo, y se lo libera después de entrevistar a Jaime Bateman Cayón, comandante general del M-19. Castro Caicedo entrega al presidente Turbay un mensaje en que los insurgentes proponen la iniciación, el 1^o de mayo, de un diálogo con las fuerzas vivas del país.

Tras sesenta y un días, el comando que había tomado la embajada de República Dominicana llega a un acuerdo con el gobierno para liberar a los rehenes.

Junio. El M-19 manifiesta su disposición a firmar un armisticio fruto de acuerdos con los sectores representativos del país, para ampliar la democracia.

Se fugan de la cárcel La Picota dos dirigentes del M-19.

Julio. El gobierno presenta al congreso un proyecto de amnistía para los alzados en armas.

El M-19 se toma la sede de la emisora Radio Súper y manifiesta públicamente su rechazo a la propuesta de amnistía restringida que presentó el gobierno.

Agosto. La Coordinadora de Base del M-19 retiene al parlamentario liberal Simón Bosa, que es el ponente del proyecto de amnistía, y a cuatro periodistas, para liberarlos luego de expresar su posición sobre la amnistía.

Septiembre. El ejército frustra la cumbre del M-19 y captura a varios dirigentes. Bateman escapa.

Se inician las emisiones de RTV M-19, que interfieren los canales de la televisión nacional.

Noviembre. RTV M-19 anuncia el lanzamiento de la candidatura presidencial de Jaime Bateman Cayón y continúa rechazando el proyecto de amnistía presentado por el gobierno.

Diciembre. Se secuestra un avión en Santa Marta para bloquear la reunión de jefes de estado convocada para conmemorar el sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar.

1981

Enero. En el sur del país se inician los enfrentamientos con la fuerza militar del M-19.

Febrero. Continúan las acciones en Caquetá y Huila. En Chocó comienzan los enfrentamientos.

Abril. Cae un camión con armamento para la fuerza militar del M-19 en el sur del país.

Una columna del Eme, al mando de Jaime Bateman, se toma Mocoa, la capital del Putumayo. Otra columna se toma un corregimiento en el Huila.

Hay confrontaciones entre el ejército y el M-19 en el departamento de Chocó y en la frontera con Ecuador.

Son entregados al ejército colombiano guerrilleros que solicitaban asilo político en Ecuador.

Abril. Continúan los combates entre el ejército y el M-19 en los departamentos de Chocó, Huila, Caquetá y Putumayo, al tiempo que se realizan acciones armadas en Barranquilla, Manizales, Bogotá y Santander de Quilichao.

Mayo. Se producen más acciones de hostigamiento del M-19 al ejército, a la policía y a la Fuerza Aérea Colombiana en Zipaquirá, Bogotá y Florencia.

Los guerrilleros detenidos en el batallón de Ipiales realizan una huelga de hambre ante la falta de garantías procesales durante el consejo de guerra.

Junio. Los guerrilleros detenidos en la cárcel de La Picota también realizan una huelga de hambre para protestar por las restricciones en las visitas a los presos políticos y solicitar el acceso de la prensa durante la etapa pública del consejo de guerra.

Julio. Prosiguen las acciones militares del M-19 en las poblaciones de Calarcá, en Quindío; Manizales, en Caldas; Belén de los Andaquíes, San Vicente del Caguán, San José del Fragua y Puerto Solano, en Caquetá; Puerto Umbria y La Tebaida, en Putumayo; Las Mesas, en Nariño, y Florencia, en Caquetá, además de las realizadas en Bogotá.

En acciones conjuntas, el M-19, las FARC y el EPL hostigan o combaten a las fuerzas militares en Manizales, San Vicente del Caguán y Belén de los Andaquíes. También se toman la población de Puerto Solano, en Caquetá.

Son retenidos en Bogotá el animador de televisión Fernando González Pacheco y la periodista Alejandra Pineda. Cuando son liberados, Pacheco lleva una propuesta de paz que Jaime Bateman hace al presidente y al país.

Octubre. El Eme roba un helicóptero con dinamita y secuestra un avión de Aeropesca para cargar armamento con destino al Frente Sur, pero el avión aterriza de emergencia en el río Ortegaza.

Noviembre. Luego de un combate con la Armada, el M-19 hunde un barco cargado de armamento.

Es secuestrada Marta Nieves Ochoa en Medellín.

En la ciudad de Medellín se conforma el grupo Muerte a Secuestradores, MAS, un grupo de justicia privada financiado por narcotraficantes.

Diciembre. Son muertos dos miembros del M-19 en Medellín, relacionados con el secuestro de la hija de Fabio Ochoa.

1982

Enero. Es secuestrado un avión de Aerotal con ciento veintiocho pasajeros. Viajan a Cuba los guerrilleros.

El M-19 denuncia la colaboración del ejército nacional en la creación del MAS.

Marzo. El M-19 realiza acciones de sabotaje electoral en las principales ciudades del país, combate al ejército en Caquetá y se toma una población en el sur de Cauca y Putumayo.

La Comisión de Paz, conformada por el gobierno a finales de 1981, rinde su primer informe y recomienda un proceso de negociación con la insurgencia.

Mayo. Renuncian miembros de la Comisión de Paz ante la negativa del gobierno y del partido Conservador para iniciar conversaciones con la guerrilla.

Se consolida el trabajo de la Secretaría de Relaciones Internacionales del M-19 con las fuerzas guerrilleras del continente y se establecen contactos con los partidos de la Internacional Socialista y con la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, Coppal.

Fracasa la ley de amnistía gubernamental.

Junio. El Eme reitera su propuesta de llevar a cabo un diálogo nacional para tratar los problemas del país.

Julio. Se produce en Bogotá un ataque con mortero al Palacio de Gobierno. También se realizan otras acciones en Cali, Neiva, Bucaramanga y Yumbo, para presionar al diálogo.

El Eme envía una carta al Congreso, el día de su instalación, en que reitera su interés por dialogar con el nuevo gobierno.

Un grupo de senadores presenta al congreso un nuevo proyecto de amnistía que recoge las recomendaciones de la anterior Comisión de Paz, de los partidos y del M-19.

Agosto. Se realiza la VIII Conferencia Nacional del M-19 en el Caquetá, tras la cual se envía un mensaje al presidente electo Belisario Betancur.

Septiembre. Se efectúa un atentado contra la embajada de Israel como protesta ante la masacre de palestinos de Sabra y Shatila, en Beirut.

Quedan en libertad los primeros presos de La Picota y se integra el Comando Político Legal, para avanzar en el logro del diálogo nacional.

Octubre. La fuerza militar del M-19 continúa sus acciones para presionar por la aprobación de la ley de amnistía. Se toma la población de Chía y ataca las oficinas administrativas del ejército, en el Centro Administrativo Nacional, de Bogotá.

Noviembre. Se aprueba la ley de amnistía incondicional, pero el M-19 aclara que la amnistía no es la paz y que se necesita pactar una tregua con el fin de adelantar un diálogo entre todos los colombianos, para abordar

las reformas políticas que necesita el país como salida a la crisis.

Los Escuadrones de la Muerte y otra gama de paramilitares asesinan en campos y ciudades a los amnistiados de varias corrientes políticas.

Diciembre. Se realiza en Panamá una reunión de la dirección nacional del M-19, para analizar la coyuntura política. Se decide reemprender los combates por una paz que incluya reformas profundas en la sociedad colombiana y afianzar los lazos de unidad con las fuerzas guerrilleras del país.

1983

Abril. Muere Jaime Bateman Cayón en un accidente aéreo entre Santa Marta y Panamá. La avioneta, pilotada por el exparlamentario conservador Antonio Escobar, en la cual viajaba el dirigente guerrillero con Nelly Vivas y Conrado Marín, ambos integrantes del movimiento, nunca llega a su destino.

Mayo. Se reinician las acciones militares del M-19, con la toma de la población de El Paujil, en Caquetá, y los combates en El Danubio, Las Iglesias, Las Doradas y La Sonora.

Entre mayo y agosto se realizan varios operativos en las ciudades de Bogotá, Yumbo, Cali, Jamundí, Barranquilla y Bucaramanga.

Agosto. El Frente Sur, al mando de Boris, continúa con la campaña en Caquetá, Huila y Putumayo. Durante una hora se toman Garzón, segunda ciudad del Huila, y dialogan con sus habitantes.

Octubre. Se lleva a cabo la primera reunión de los dirigentes del M-19, Iván Marino Ospina y Álvaro Fayad, con el presidente Belisario Betancur, en Madrid.

Hasta diciembre continúa el accionar político-militar del movimiento insurgente. Cada operativo difunde la propuesta política de avanzar hacia una tregua para dialogar con el país.

Se establece un acuerdo entre las FARC y el M-19 para abordar conjuntamente las negociaciones con el gobierno de Belisario Betancur.

1984

Marzo. Se firma la declaración conjunta entre el EPL y el M-19 para avanzar hacia la unidad de las fuerzas guerrilleras, al tiempo que la fuerza militar del Frente Sur se toma Florencia, capital del Caquetá.

Se insiste en la necesidad de lograr un acuerdo amplio que beneficie al país.

Abril. El Eme se toma la población de Corinto, Cauca, en el marco de la “Campaña Jaime Bateman por la tregua y el diálogo nacional”. El movimiento insiste en dar a conocer sus criterios sobre el cese al fuego y los mecanismos de participación popular en el diálogo nacional.

Se producen más incursiones en el campo y la ciudad para agitar la propuesta: en Florencia, el atentado a un bus de la Fuerza Aérea; en Bogotá, la explosión de una bomba en la caja de pagos de las Fuerzas Militares y un atentado contra el jefe de la división

de operaciones de la Armada Nacional; en Cali y en Palmira, hostigamientos contra el batallón Pichincha y el batallón de ingenieros Codazzi, respectivamente; cerca de la capital de la república, la toma de un tren turístico con cerca de quinientos pasajeros.

En Bogotá se cumple la toma del diario *El Bogotano* y se imprimen ochenta mil ejemplares de una edición que contiene la posición del movimiento frente a los contenidos de una paz que implica una apertura democrática en lo político, lo económico y lo social.

Mayo. Se establece un acuerdo entre las FARC y la comisión de paz del gobierno sobre un cese al fuego, la conformación de una comisión de verificación de los acuerdos y un período de un año para organizar un frente político. El Eme rechaza ese acuerdo por considerar que frena el proceso de unidad de las fuerzas guerrilleras, debilita la posibilidad de una negociación con el presidente Betancur y no involucra a la nación en el proceso.

El Frente Occidental se toma Miranda.

Julio. Se producen las tomas de la población de Algeciras, en Huila, y de Zipacón, al occidente de la capital, más el robo de armas a un comerciante en Bogotá.

Agosto. En Bucaramanga es asesinado Carlos Toledo Plata, integrante del comando superior del M-19 y pionero de una paz negociada, quien se encontraba trabajando como médico en un hospital de esa ciudad.

Una columna del Eme se toma la población de Yumbo, Valle del Cauca, a sólo once kilómetros de Cali.

En vista de que la tregua por sí misma no conduce a nada, se enfatiza la necesidad de una amplia participación popular en los diálogos sobre paz.

Finalmente se firma un acuerdo de tregua que da paso al diálogo nacional, culmen de un proceso iniciado durante la toma de la embajada de República Dominicana. Los actos para formalizar el pacto se realizan en Corinto, Cauca, y El Hobo, Huila.

Se concentran las columnas guerrilleras en varios campamentos y se constituye el Comando de Diálogo Nacional del M-19 para coordinar el proceso participativo.

Diciembre. El ejército colombiano asalta el campamento de La Libertad, en Yarumales, Cauca. Durante un mes las fuerzas guerrilleras resisten, con artillería, el ataque y el cerco militar y a su vez desalojan al ejército de su posición dominante en la parte alta del campamento.

1985

Enero. La comisión de verificación media en las nuevas negociaciones entre el gobierno y la guerrilla que logran un pacto de cese al fuego para mantener los acuerdos firmados el año anterior. Se traslada la fuerza militar del M-19 hacia el sitio de Los Robles, a pocos kilómetros de Yarumales.

El M-19 decide convertir su IX Conferencia Nacional en un Congreso por la Paz y la Democracia; para ello convoca a todas las fuerzas y personas interesadas a un foro abierto en que se debatirán, de cara a la nación,

los desarrollos del proceso de paz y las propuestas políticas del movimiento.

Febrero. Dos días antes de empezar el congreso, el gobierno lo prohíbe y estrecha el cerco militar al nuevo campamento. No obstante, se reúnen en las montañas del Cauca más de quinientas personas: periodistas, sacerdotes, representantes de partidos políticos, indígenas, sindicalistas, intelectuales, representantes de fuerzas sociales y otras fuerzas guerrilleras y delegados internacionales.

Marzo. Se constituyen los cuatro primeros campamentos urbanos de paz y democracia del M-19 en los barrios populares de Cali.

Mayo. Son instalados campamentos en Bogotá, Barranquilla, Medellín, Zipaquirá, Manizales y Bucaramanga.

El ejército allana campamentos urbanos en varias ciudades.

En Cali, se produce un atentado contra miembros del M-19 y resultan heridos Antonio Navarro Wolf, Eduardo Chávez, María Eugenia Vásquez, Alberto Caicedo, Carlos Alonso Lucio y Álvaro Alvarado.

Hay enfrentamientos entre el ejército y las fuerzas del M-19 en Cauca y Valle.

Junio. El gobierno declara ilegal el paro cívico nacional acordado por los trabajadores para el 20 de junio.

Álvaro Fayad, comandante del M-19, declara que tras sostener por más de diez meses una actitud

defensiva ante las violaciones de los acuerdos por parte del ejército, y frente a la falta de definiciones del gobierno, considera definitivamente rota la tregua, y el movimiento pasa a las acciones ofensivas.

La columna Mariscal Antonio José de Sucre, comandada por Óscar, se toma la población de Génova, Quindío.

Julio. La compañía Héroes de Yarumales, bajo el mando de Carlos Pizarro, se toma el corregimiento de La Herrera, en Tolima.

La compañía Héroes de Florencia, al mando de Boris, se toma el municipio de Riofrío, Valle del Cauca.

Debido a las acciones de reparto de leche y alimentos para la población por parte de los milicianos, hay enfrentamientos entre el M-19 y el ejército en barrios populares de Cali: Petecuy, Marroquín, Siloé, Terrón Colorado, Mariano Ramos, Las Brisas y La Floresta.

La compañía Héroes de Florencia (M-19) se toma los corregimientos de El Naranjal y Primavera, en el municipio de Bolívar, Cauca. Y la compañía Héroes de Yarumales, los municipios de Rioblanco y Campoalegre, en Tolima.

Agosto. En acción conjunta el M-19 y el movimiento Alfaro Vive secuestran en Guayaquil al banquero Nahím Isaías Barquet, uno de los hombres más ricos del vecino país. Como rescate se exigen obras de carácter social y una fuerte suma de dinero.

Comandos especializados colocan cargas de dinamita en tanques Cascabel y Urutú del Batallón de Ipiales,

atacan la estación de comunicaciones ubicada en el Cerro del Cable, en Bogotá, y asaltan la agencia de seguridad Sevis, también en la capital.

Muere Iván Marino Ospina, cuando en su vivienda resistía el asalto de tropas de la tercera brigada de Cali.

Septiembre. La compañía Mariscal Sucre (M-19) embosca al ejército entre los departamentos de Quindío y Valle, al tiempo que inicia la campaña “De pie, Colombia” en Cauca y Valle: los combates duran diecisiete días.

Las milicias reparten entre la población urbana materiales de construcción y alimentos.

Mueren once milicianos desarmados en manos de la policía.

Un comando urbano del M-19 secuestra a Camila Michelsen, hija de Jaime Michelsen Uribe, responsable de acciones fraudulentas a los ahorradores a través del Grupo Gran Colombiano y en esos momentos en fuga.

Octubre. El M-19 ataca a tropas del batallón Caicedo en las estribaciones de la cordillera Central, entre los departamentos de Valle y de Tolima. La comandancia del movimiento solicita ayuda humanitaria para los soldados heridos, pero éstos son recogidos sólo cinco días después.

Los militares prisioneros son liberados ante la prensa y la Procuraduría General.

En la ciudad de Armenia, comandos especiales destruyen el batallón de ingenieros Cisneros número

ocho, de la tercera división del ejército, y atacan simultáneamente la octava brigada y el comando central de policía.

En Bogotá un comando atenta contra el general Rafael Zamudio Molina, comandante del ejército, quien resulta levemente herido.

Noviembre. La compañía Iván Marino Ospina se toma las instalaciones del Palacio de Justicia en la Plaza de Bolívar, de Bogotá, para presentar a la Corte Suprema de Justicia una demanda por el incumplimiento que de los acuerdos pactados en torno de la paz había hecho el gobierno nacional. El epílogo de esta operación, llamada “Antonio Nariño por los Derechos del Hombre”, fue un holocausto.

Diciembre. Con el grupo Alfaro Vive, de Ecuador, el movimiento revolucionario Tupac Amaru, de Perú, y la organización indígena colombiana Quintín Lame, se integra el Batallón América, el germen de un ejército bolivariano pensado para lograr una verdadera democracia continental.

1986

Enero. El Batallón América inicia la campaña “Paso de Vencedores”. En la plaza del pueblo de Jambaló, Cauca, Pizarro propone convocar a un congreso nacional que integre un nuevo gobierno.

Las fuerzas comandadas por Pizarro emboscan una patrulla del ejército y posteriormente se toman la población de Silvia, en el departamento del Cauca.

En reunión de la Coordinadora Nacional Guerrillera se propone que una Asamblea Nacional Popular cree un nuevo bloque político para instar a un verdadero diálogo nacional entre los colombianos que desean construir un nuevo país. A la vez se conforman escuelas conjuntas para avanzar hacia un nuevo concepto de lo militar y se lanza una campaña militar conjunta.

Febrero. La compañía Héroes de Yarumales (M-19) embosca un convoy del batallón Rifles cerca de la carretera panamericana que comunica los departamentos de Valle y Cauca.

El Batallón América se toma la población de Morales, en el Cauca.

Se enfrentan en el Valle del Cauca tropas del ejército y la compañía Mariscal Sucre (M-19).

Marzo. La campaña “Paso de Vencedores” se acerca en medio de combates con las fuerzas del ejército a la capital del departamento del Valle. Tras entablar combates en Totoró y Paniquitá, en Cauca, sus integrantes avanzan por la carretera Panamericana hacia Morales, emboscan al Batallón Colombia en Timba, combaten en Jamundí y después en Pance y Villacarmelo, en la periferia de Cali. Luego llegan hasta la Universidad del Valle y el barrio Ciudad Jardín, al sur de la ciudad. Al mismo tiempo las milicias hostigan al ejército en los barrios Olímpico, Siloé y Aguablanca.

En Bogotá son asesinados, durante un allanamiento realizado por las fuerzas militares, Álvaro Fayad,

comandante del M-19, y María Cristina Martí, quien se encontraba en estado de preñez y desarmada.

La compañía Héroes de Yarumales se toma la población de Toribío, Cauca, y embosca un convoy del ejército que transportaba tropas de refuerzo.

Abril. En reunión de la Dirección Nacional del movimiento se decide afianzar la unidad guerrillera a través de la Coordinadora Nacional, CNG; convocar una Asamblea Nacional Popular, tal como lo propone el EPL; pasar de ser oposición a ser gobierno y consolidar el trabajo urbano. Se define esta etapa como “guerra a la oligarquía”.

Mayo. En Bogotá, las fuerzas milicianas atacan con morteros la embajada de Estados Unidos y las instalaciones de Coca-Cola como protesta contra la declaración de Tokio, suscrita entre Estados Unidos, Alemania Federal, Francia, Italia, Gran Bretaña, Canadá y Japón.

En las elecciones presidenciales, la Unión Patriótica se convierte en la tercera fuerza política del país, aunque para ese momento llegaban a trescientos los muertos de ese movimiento a manos de los paramilitares.

Junio. En Bogotá, se realiza un atentado contra el ministro de gobierno, Jaime Castro, por su inconsecuencia con el proceso de paz y su actitud pasiva en relación con los asesinatos de varios dirigentes populares y de izquierda.

El M-19 decreta un cese al fuego unilateral por la visita del Papa y propone un Pacto Social para la

Paz en el cual el Sumo Pontífice puede cumplir un importante papel de mediación.

El Batallón América sustrae ochenta cajas de dinamita de una empresa vallecaucana.

Julio. Es asesinado el comandante Boris.

Agosto. En la reunión de la Coordinadora Nacional Guerrillera, CNG, se firma una declaración conjunta con el título “Alternativa popular para una Nueva Colombia”.

Fuerzas del M-19 se toman la población de Nemocón, a sesenta kilómetros de la capital de la república. El batallón América ocupa la población de Belalcázar, en el Cauca, dentro de la campaña “América, herencia y destino”, con el fin de rechazar el gobierno del presidente Barco, quien se posesiona ese mismo día.

Octubre. La fuerza conjunta del EPL y del M-19, en Antioquia, combate contra dos batallones de la primera división del ejército.

1987

Enero. En reunión de la Dirección Nacional del M-19, se propone un “Pacto nacional para un gobierno de transición” como una manera de recuperar la articulación entre las iniciativas de las masas y las del movimiento político-militar, desdibujadas en los últimos tiempos. El pacto implica un reencuentro de la nación consigo misma, construir entre todos los colombianos y las colombianas normas de convivencia pacífica y abordar un ejercicio del poder realmente democrático.

Febrero. El Batallón América le hace al Consejo Regional Indígena del Cauca, CRIC, una propuesta titulada “Desde el Cauca y para Colombia: vida y paz”, en la que plantea tres puntos fundamentales: primero, que los indígenas asuman la planeación y la administración de los recursos del Plan Nacional de Rehabilitación, PNR, para que de una estrategia de contrainsurgencia pase a ser una estrategia de paz; segundo, que todos los actores armados, incluido el ejército, salgan de las zonas de resguardo indígena; tercero, que se emprenda un plan de desarrollo para la zona, con participación de todos los estamentos sociales y las instituciones a través de una amplia concertación.

Marzo. Se realiza la segunda asamblea de comandantes de la Coordinadora Nacional Guerrillera, en la cual se propone la “convergencia por un gran acuerdo nacional” y se convoca a dialogar e integrar las propuestas de los estamentos sociales preocupados por el país, para lograr compromisos de todas las fuerzas dispuestas al cambio y a la solución de la crisis por la que atraviesa Colombia.

Durante el primer semestre del año se presenta un auge de protestas sociales, cuyo balance parcial se estima en dos paros regionales, tres departamentales, cuarenta y tres municipales, y unos cuatrocientos cuarenta y dos municipios afectados por movilizaciones locales.

Septiembre. La fuerza urbana del M-19 se toma el diario 5 p.m. en la ciudad de Bogotá e imprime una edición en la cual denuncia el asesinato del defensor de los derechos humanos Héctor Abad Gómez y hace una propuesta de “Pacto nacional por un gobierno de paz”. Éste debe iniciarse con un “convenio por la

vida” y buscar una solución negociada al conflicto social y militar, con la participación de las fuerzas vivas del país. Es la misma propuesta insistente del M-19 desde 1980, cuando Jaime Bateman Cayón habló de una reunión entre colombianos para hablar de los problemas nacionales, esta vez con nuevos protagonistas y escenarios que se complejizan con el desarrollo de la guerra. El pacto ha de ser fruto de un congreso admirable, una gran asamblea constituyente, una asamblea nacional popular o, incluso, un referendo.

El M-19 presenta en la Asamblea General de las Naciones Unidas una carpeta con documentos sobre la guerra sucia desatada en Colombia.

Se reúnen en la región de Sumapaz las distintas fuerzas insurgentes y acuerdan integrar la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, CGSB. La coordinadora rechaza el ultimátum del gobierno de Virgilio Barco para su desmovilización.

1988

Enero. Se efectúa la reunión del movimiento en Campo Reencuentro y se decide decretar una tregua unilateral en los combates contra el ejército para afianzar una política antioligárquica de desobediencia civil.

Abril. Se reúne la CGSB y decide convocar una consulta nacional para que el pueblo defina los cambios que desea lograr. Se habla de la necesidad de redactar una nueva Carta que tenga en cuenta al constituyente primario y refleje las nuevas fuerzas sociales y políticas.

Mayo. Es secuestrado Álvaro Gómez Hurtado, connotado dirigente conservador.

Junio. Como una respuesta a la guerra que la oligarquía libra en contra de la nación, el M-19 lleva a cabo una acción de guerra contra la oligarquía: el secuestro de Álvaro Gómez Hurtado. Con este hecho llama a reflexionar sobre si debemos continuar por el camino de la confrontación o explorar los senderos de la paz. Propone un diálogo amplio, más allá de la guerrilla y del gobierno.

Julio. En Panamá, se reúne una minicumbre entre dirigentes nacionales y la Iglesia católica para negociar la realización de una cumbre nacional por celebrarse en ese mismo mes dentro del territorio nacional y para concretar la liberación de Álvaro Gómez Hurtado.

El gobierno nacional incumple el pacto de participar en la Cumbre. El evento se realiza bajo la tutela de la Iglesia católica y se acuerda continuar el proceso de diálogos.

Septiembre. Se hace pública la iniciativa gubernamental por la paz, la cual plantea un giro en la política de reconciliación, rehabilitación y normalización, al tiempo que reconoce la importancia del diálogo y a los grupos insurgentes como interlocutores.

Diciembre. Los diálogos regionales y sectoriales prosiguen con dificultades. La CGSB estudia una respuesta a las gestiones gubernamentales de reforma constitucional. En el Cauca se lleva a cabo el “Encuentro Admirable por la Paz”, con la presencia de amplios sectores nacionales que desean definir salidas viables de paz para la zona.

1989

Enero. En una declaración conjunta del comandante Carlos Pizarro y del consejero presidencial Rafael Pardo se convoca a los otros grupos guerrilleros, a los partidos políticos y a las organizaciones sociales, para buscar una salida negociada al conflicto.

Febrero. El M-19 evalúa las conversaciones con el gobierno.

Se declara como desaparecidos a los educadores Isidro Caballero y María del Carmen Santana, en el departamento del Cesar.

Se lleva a cabo en la ciudad de Ibagué un “Encuentro nacional por la paz” que tiene como objetivo ambientar el avance de los acuerdos.

Las FARC plantean constituir una comisión de notables para buscar mecanismos ágiles que conduzcan a la paz.

Marzo. Se reúnen en México los dirigentes del M-19 y el consejero presidencial.

En Bogotá asesinan a José Antequera, dirigente de la Unión Patriótica.

El M-19 da a conocer la “Declaración de Santo Domingo”, en la cual se habla de empezar a dar pasos concretos hacia la normalización institucional de los alzados en armas. Se conforma un grupo de voceros para representar al M-19 en los diálogos políticos.

Las tropas de la novena brigada atacan en el Huila a la compañía Gloria Amanda Rincón, al mando de Chalita.

Abril. Se instala en el palacio de Nariño la mesa de trabajo por la paz y la reconciliación nacional para garantizar la participación en el gran pacto social que conduzca a elaborar una nueva Carta constitucional como tratado de paz.

Asesinan a Afranio Parra, miembro del comando superior, y a dos compañeros, en un barrio al sur de Bogotá. El crimen es perpetrado por tres policías luego de capturarlo.

Mayo. Instalación de las mesas de análisis y concertación encargadas de elaborar las propuestas para la mesa de trabajo, de la cual saldrán las reformas a la Carta constitucional.

Junio. Se reúne la comisión de notables con las FARC para acordar, según disposición de la cuarta conferencia de la CGSB, mecanismos para el diálogo directo con el gobierno.

Julio. Son asesinados por tropas de la cuarta brigada cuatro militantes del M-19 y un menor de dos años, el hijo de dos de ellos.

Son asesinados un militante y una mujer de la comunidad de Santo Domingo, donde se encuentra concentrada la fuerza militar del M-19, en la vía a Cali.

Terminan las labores de la mesa de trabajo y se presentan los proyectos de ley concertados en

las mesas de análisis como parte de la reforma constitucional.

En Bogotá, cae asesinado Luis Carlos Galán Sarmiento, precandidato a la presidencia por el partido liberal. El gobierno adopta fuertes medidas contra el narcotráfico, a lo que el grupo llamado Los Extraditables responde desatando una oleada terrorista en las principales ciudades del país.

Carlos Pizarro lanza al país la propuesta de un pacto de salvación nacional.

Septiembre. Es suscrita una nueva declaración del gobierno y del M-19 que anuncia los acuerdos discutidos por las mesas de análisis y plantea un plan de desmovilización para que el movimiento insurgente asuma la legalidad.

Octubre. Se realiza en Santo Domingo una Conferencia Nacional del M-19 y mediante plebiscito –doscientos veintisiete votos de un total de doscientos treinta– los asistentes deciden dejar las armas, reintegrarse a la vida civil y constituir un movimiento político legal.

En el departamento del Meta se lleva a cabo un encuentro entre la CGSB y el gobierno para dialogar acerca de una posible firma de acuerdos.

Noviembre. Se protocoliza el pacto político por la paz y la democracia, que recoge veintisiete propuestas de las mesas, sobre convivencia, fortalecimiento de la justicia, orden público, asuntos socioeconómicos, democratización política y asuntos electorales.

El M-19 lanza su propuesta como movimiento político, titulada “Más que un Partido”.

Diciembre. Es aprobada por el congreso la ley de indulto para los insurgentes que manifiesten “inequívocamente” su voluntad de dejar las armas. Pero el conjunto de las reformas a la constitución contenidas en el pacto político y presentadas al congreso no es aprobado en la segunda vuelta. De esa manera el pacto queda en el aire, pero el M-19 mantiene su voluntad de hallar fórmulas para sacar adelante todo lo propuesto.

1990

Enero. En Bogotá, Carlos Pizarro y Antonio Navarro se reúnen con diversas fuerzas sociales y políticas para intentar llevar a cabo la propuesta de plebiscito y adelantar las reformas. Sólo se logra acordar con los precandidatos del partido liberal una convocatoria al constituyente primario.

Marzo. Se realiza en Santo Domingo, con la presencia de garantes internacionales, el acto de dejación de armas, y el Movimiento 19 de Abril, M-19, entra en la política legal.

Siglas utilizadas

ANAPO: Alianza Nacional Popular.

CAI: Centro de Atención Inmediata de la Policía Nacional.

CAN: Centro Administrativo Nacional.

CGSB: Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

CIA: Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

CNG: Coordinadora Nacional Guerrillera.

CRIC: Consejo Regional Indígena del Cauca.

CTC: Confederación de Trabajadores de Colombia.

ELN: Ejército de Liberación Nacional.

EPL: Ejército Popular de Liberación.

FAC: Fuerza Aérea de Colombia.

FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

FM: Fuerza Militar del M-19.

INCORA: Instituto Colombiano para la Reforma Agraria.

JUCO: Juventud Comunista.

JUPA: Juventud Patriótica.

MAS: Muerte a Secuestradores.

OEA: Organización de Estados Americanos.

OPM: Organización Político Militar.

PCC–ML: Partido Comunista Marxista Leninista.

PLA: Comando Pedro León Arboleda, fracción del PCC–ML.

PNR: Plan Nacional de Rehabilitación, proyecto estatal.

RTV M–19: Radio Televisión M–19, que emite gracias a la intercepción de canales nacionales.

UP: Unión Patriótica, grupo político legal de filiación comunista.

Glosario

Abrirse. Marcharse cada quien por su lado.

Acuartelar. Concentrar en un lugar a la unidad operativa, dispuesta para una emergencia.

Algo. Refrigerio que se toma a media mañana o media tarde.

Allanamiento. Requisa minuciosa efectuada a una residencia por las fuerzas militares o de policía.

Amagar. Hacer un ademán para intimidar.

Anarca/o. Abreviatura de anarquista.

Antifalangista. Persona que se opone a la Falange, la organización fascista española fundada por José Antonio Primo de Rivera en 1933.

Arrunchar. Abrazar, acoger. Dormir muy juntos.

Automático/s. Citas repetidas regularmente, servían como puntos de contacto entre militantes.

Bacano/a. Bueno/a. Persona agradable. Algo que está bien.

Baquetear. Acción de mover, de lado a lado, la baqueta, especie de cepillo utilizado para limpiar el cañón de un arma.

Bareta. Marihuana.

Basuco o suco. Alcaloide fabricado con residuos de la cocaína.

Bazuca. Lanzacohetes, arma de artillería liviana utilizada contra transporte blindado.

Berraco/a. Bueno/a, valiente, capaz.

Bongo. La comida del penal.

Cabrear. Entrar en sospecha.

Caimanear. Técnica de robo consistente en extraer de un bolso o de un bolsillo el dinero, utilizando los dedos índice y corazón como las mandíbulas de un caimán.

Caleta. Escondite. Lugar utilizado para ocultar.

Cama franca. Tendido sobre el piso que sirve de cama colectiva.

Cambuche. Dormitorio provisional construido a modo de carpa con plástico, una hamaca o un lecho sobre el piso.

Camuflar. Disimular, enmascarar algo, con el fin de hacerlo pasar desapercibido.

Campanear. Hacer de campanero/a, quien da la voz de alarma cuando se acerca el enemigo.

Camsá. Etnia indígena localizada en el Valle de Sibundoy.

Cana. Cárcel.

Canazo. Tiempo en la cárcel, duración de la condena.

Canero/a. Persona que habita la cárcel.

Cañar. Embaucar, echar un cuento reforzado, una ficción que se presenta como verdad.

Capisayo. Ruana de fondo blanco o azul oscuro, con rayas verticales, usada por los hombres de las etnias inga y camsá.

Cargar. Ocultar algo en un artefacto cualquiera.

Carne fresca. Personas recién detenidas.

Casa-cárcel del pueblo. Lugar para ocultar a personas secuestradas o retenidas.

Caspete. Sitio para la venta de comestibles y platos a la carta, negocio particular ubicado en los patios de las cárceles.

Cerco. Movimiento táctico ofensivo, consistente en envolver y encerrar al enemigo para neutralizar sus movimientos y rendirlo.

Clase/s. Patio/s de la cárcel dirigida por religiosas.

Clausura. Zona restringida a particulares y dedicada al uso exclusivo de una comunidad religiosa.

Cobertura. Ficción o leyenda que oculta las actividades conspirativas.

Colino/a. Persona que fuma marihuana con frecuencia.

Comanche. Apelativo que equivale a comandante.

Combo. Grupo de personas afines.

Compa. Abreviatura de compañero/a.

Compartimentar. Distribuir la información de acuerdo con la estructura organizativa, de tal manera que cada militante conozca la información estrictamente necesaria para la operación.

Contención. Dispositivo de seguridad que tiene como misión detener cualquier avance enemigo y garantizar el éxito de un operativo.

Copar. Controlar militarmente un área.

Cruce. Trato soterrado, negocio clandestino.

Cubrir. Respaldar a otro en un operativo, apoyarlo.

Cus-cus, cuzcuz. Pasta de harina y miel, reducida a granitos redondos, que cocida en vapor se guisa de varias maneras. Es la base de la comida tradicional libia.

Chagra. Espacio dedicado al cultivo familiar de pancoger.

Chambimbe. Semilla redonda de color negro brillante.

Chaquiras. Cuentas de colores en vidrio, utilizadas para hacer collares.

Chequear. Explorar o reconocer el entorno para controlar la situación operativa.

Chévere. Muy bueno, agradable.

Chiflar. Rechiflar, silbar muy fuerte.

Chingue. Bata de tela de algodón utilizada para bañarse.

Chumbe. Faja utilizada para sostener la falda por las mujeres de las etnias camsá e inga, en el Valle de Sibundoy.

Chupa. Agente de tránsito.

Chusma. Nombre que se daba a los grupos armados liberales durante la Violencia de los años cincuenta.

Chuzo. Establecimiento público poco recomendable.

Dar boleta. Mostrarse, dejarse ver, exhibirse.

Destriparse. Caer en evidencia.

Diábolos. Especie de balines utilizados en tiro deportivo a muy corta distancia.

Diana. Círculos concéntricos o cualquier figura utilizada para verificar el impacto del disparo realizado y valorar la puntería.

Embalarse. Acelerarse. También se dice de quien está en dificultades jurídicas, muy comprometido con los delitos.

Empapelar. Complicar un procedimiento jurídico con múltiples acusaciones.

Encasquillar. Atascarse un casquillo de munición, por lo general en el mecanismo expulsor, de forma que impide el funcionamiento de un arma automática.

Encausarse. Dejarse atribular por “la causa” que lo remitió a la cárcel. Estar deprimido, encerrado en sí mismo.

Escapera. Ladrona especializada en ocultar la mercancía en su cuerpo y salir en el menor tiempo posible del almacén.

Estar a la sombra. Estar encarcelado/a, guardado/a.

Estar en algo. Estar alguien bajo sospecha de que traspasa el límite permitido.

Faltón/a. Persona que falta a un compromiso o que traiciona un acuerdo.

Farrashia. Manto tradicional usado por las mujeres árabes, que las cubre totalmente.

Francotirador/a. Experto/a en tiro, que posee una puntería certera y generalmente actúa solo/a.

Frentear. Hacer frente, dar la cara.

Fierros. Armas.

Gacha. Recipiente metálico utilizado para recibir la ración alimenticia o cocinar.

Golpe. Alimento, comida.

Gonorrea. Insulto referido a alguien o algo despreciable, que produce asco.

Guaca. Entierro indígena de la época precolombina, basado en las costumbres funerarias propias de cada comunidad.

Guacharaca. Escopeta semiautomática de cañón corto, utilizada por celadores y guardias de valores.

Guaquería. Práctica extractiva y depredatoria de los entierros indígenas.

Guaro. Trago de aguardiente.

Guaruras. En México se denomina así a los agentes de seguridad estatales.

Guasimba. Bulbo comestible, similar a la cebolla.

Guerrillo/a. Apelativo que equivale a guerrillero/a.

Guindar. Colgar.

Gringa. En la cárcel, aquella mujer que no tiene parientes ni conocidos que la visiten.

Henna. Tinte vegetal utilizado por las mujeres árabes para dar color al cabello y decorar manos y pies.

Interna/s. Mujer/es detenida/s.

Internado. Nombre que dan las monjas a la cárcel.

Kuna. Raíz comestible, semejante a la arracacha.

Levantar inteligencia. Consignar sistemáticamente la información requerida para un operativo.

Locha. Tiempo ocioso.

Llavería. Apelativo para un amigo muy cercano.

Llevarse por delante. Atropellar, pasar por encima.

Madrazo. Insulto, nombrar la madre.

Mamerto/a. Término despectivo utilizado para referirse a la izquierda menos radical, sinónimo de bobalicón.

Marimacho. Mujer de aspecto y de modales masculinos.

Mesié. Deformación del francés *monsieur*.

Montarla. Se dice en las expresiones “se la montó” o “no me la monte”, cuando alguien le tiene ojeriza a otra persona, la odia o no la deja tranquila.

Mortero. Arma de artillería.

Moza/o. Amante clandestina/o.

Narguile. Pipa utilizada por los árabes, compuesta de un tubo flexible y un vaso lleno de agua perfumada que atraviesa el humo antes de llegar a la boca.

Nica. Abreviatura de nicaragüense.

No comer cuento. No dejarse convencer, no creer.

Ojiva. Parte superior del cartucho de munición o proyectil propiamente dicho.

Ordenanza. Detenido que cumple las funciones de estafeta o mandadero dentro de la cárcel.

Ouija. Tabla con alfabeto utilizada para prácticas espiritistas.

Pacera/s. Armazón rústico para colocar objetos.

Pagar. Cumplir la condena, asumir la penalización de un delito.

Pájaros. Grupos armados que actuaron durante la violencia de los años cincuenta, financiados por los gamonales del partido conservador.

Paciente. Persona secuestrada o retenida.

Pálida. Situación cercana al desmayo.

Parapeto. Barricada, barrera de protección para evitar el fuego directo.

Pilo/a. Persona vivaz, despierta.

Pirobo/a. Persona que utiliza la homosexualidad como recurso circunstancial. Se usa este nombre como insulto que destaca la inconsistencia o el oportunismo.

Pichar. Realizar el acto sexual.

Pispo/a. Bonito/a, bien parecido/a.

Plaga. Grupo de estudiantes cuyo común denominador era la beligerancia en la lucha estudiantil.

Plomacera. Tiroteo intenso.

Polígono. Espacio utilizado para las prácticas de tiro al blanco.

Posta. Puesto de vigilancia fijo.

Proveedor. Cajilla en la cual se inserta la munición para impulsarla hasta el mecanismo de disparo del arma automática.

Quemado/a. Se dice de alguien o algo identificado por los organismos de inteligencia estatales como parte de la insurgencia o al servicio de la misma.

Rancho. Cocina. “Estar de rancho” significa asumir la actividad de cocinar.

Raponera. Ladróna especializada en arrebatar la cartera, el paquete o las cadenas del transeúnte, y echar a correr.

Rata. Persona despreciable.

Reducir. Someter, inmovilizar a una persona.

Sano. Inocente, limpio de culpa.

Sapo/a. Soplón/a, delator/a, persona que da aviso a las autoridades.

Seco. Abreviatura de secuestro.

Seguimiento. Actividad de seguir a alguien para controlar sus movimientos.

Seudo. Abreviatura de seudónimo o alias.

Soponcio. Desvanecimiento producido por algún impacto emocional.

Suco. Abreviatura de basuco.

Tira/s. Integrante/s de los cuerpos de seguridad del Estado.

Traba. Estado producido por la marihuana.

Tumbar. Arrebatarse o estafarse. También significa obligar a una mujer a realizar el acto sexual.

Tupa/s. Integrantes de la guerrilla urbana de los Tupamaros, en el Uruguay de los años setenta.

Vadear. Pasar un río por el vado, la parte menos profunda.

Yamahiría. Hermandad, red de organizaciones con ideologías afines.

Zafar. Quitarse de encima a alguien.

Bibliografía

Angrosino, Michael. *Documents of Interaction: Biography, and Life History in Social Science Perspective*. Gainesville: University of Florida Press, 1997.

Archila, Mauricio. “Tradición oral como fuente de la historia”. *Las voces del tiempo. Oralidad y cultura popular*. Bogotá: Editores y Autores Asociados, 1997, pp. 51–63.

Ariza, Patricia; Kielland, Peggy Ann; Bateman Romero, Clara. *Bateman*. Bogotá: Planeta, 1992.

Arocha, Jaime. *Observatorio de convivencia étnica en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1990.

———. “Democracia ilusoria: el Plan Nacional de Rehabilitación entre minorías étnicas”. *Análisis Político*, N^o 12, enero–abril de 1989, pp. 33–44.

———. *Gregory Bateson, reunificador de mente y naturaleza*. Revista *Nómadas*, No. 1, 1994, pp. 87–100.

Behar, Olga. *Las guerras de la paz*. Bogotá: Planeta, 1985.

———. *Noches de humo: cómo se planeó y se ejecutó la toma del Palacio de Justicia*. Bogotá: Planeta, 1988.

Buñuel, Luis. *Mi último suspiro*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1990.

Castro Caycedo, Germán. *El Karina*. Bogotá: Plaza & Janés Editores, 1985.

Fornet, Jorge. *Reescrituras de la memoria*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1994.

Geertz, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Editorial Paidós, 1989.

———. “Géneros confusos, la refiguración del pensamiento social”. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1992, pp. 63–77.

Guevara, Ernesto. *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Medellín: Editorial Prisma, 1971.

Jimeno, Ramón. *Oiga, hermano. Jaime Bateman Cayón*. Bogotá: Ediciones Macondo, 1984.

Lara, Patricia. *Siembra vientos y recogerás tempestades*. Barcelona: Editorial Fontamara, 1982.

López de la Roche, Fabio. *Izquierdas y cultura política: ¿oposición alternativa?* Bogotá: Cinep, 1994.

——— *et al.* “Cultura política y reconciliación nacional: transformaciones deseables hacia una paz democrática”. *La paz: miradas de esperanza. Memorias del seminario “Estrategias y acciones para la paz”*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Programa por la Paz, 1995, pp. 27–33.

Movimiento 19 de Abril, M-19. *Documento N^o 1 de la Octava Conferencia Nacional*. Impreso.

———. *Reglamento*. Mimeógrafo.

———. *La democracia y los monopolios*. Impreso.

———. *Si 1980 fue año de denuncias, 1981 tiene que ser de combates y conquistas*. Impreso.

Mao Tse-Tung. *Cinco tesis filosóficas*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971.

Marcus, George E.; Cushman, Dick E. “Las etnografías como texto”. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1996, pp. 171–213.

Marighella, Carlos. *Escritos políticos y militares*. Bogotá: Ediciones Comuna Socialista, 1975.

Meertens, Donny. “Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género”. *La paz: miradas de esperanza. Memorias del seminario “Estrategias y acciones para la paz”*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Programa por la Paz, 1995, pp. 89–99.

Molano, Alfredo. “Bateman habla de su muerte”. *Bateman está vivo*. Bogotá: Ediciones El Libertario, s. f., pp. 75–80.

———. “Reflexiones sobre historia oral”. *Revista Gaceta de Colcultura*, N° 7, mayo–junio de 1990, pp. 11–12.

Pasternak, Nora; Domenella, Ana Rosa; Gutiérrez de Velasco, Luzelena (coordinadoras). *Escribir la infancia. Narradoras mexicanas contemporáneas*. México: El

- Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 1996.
- Portelli, Alessandro. “¿Historia oral? Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”. Revista *Historia y Fuente Oral*. (Barcelona).
- Red de Solidaridad Social y Programa para la Reinserción. *Acuerdos de paz*. Bogotá: Editorial Presencia, 1995.
- Riaño A., Pilar. “Remodelando recuerdos y olvidos”. Revista *Rejo*, N° 3, 1996, pp. 4–6.
- . *Seminario de trabajo sobre tiempo, memoria y cultura*. Bogotá: Fundación Social, 1997.
- Rincón, Pedro Manuel. *Los muertos del “Eme”*. Ibagué: Pijao Editores, 1991.
- Rosaldo, Renato. *Cultura y verdad*. México: Grijalbo, 1991.
- Salazar, Alonso. *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región, 1993.
- Thomas, Louis–Vincent. *Antropología de la muerte*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Medellín: Corporación Región, 1995.
- Torres, Tomás Eduardo. *Neguá: música y vida*. Monografía de grado en Antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989.

Vásquez Carrizosa, Alfredo; Jaramillo, Juan, *et al.* *Papel de las fronteras: fronteras de papel. La contraguerrilla en el sur del país*. Bogotá: Cinep, serie Controversia.

Villamizar Herrera, Darío. *Sueños de abril*. Bogotá: Planeta, 1997.

———. *Jaime Bateman: profeta de la paz*. Bogotá: Compaz, 1995.

———. *Aquel 19 será*. Bogotá: Planeta, 1995.

———. *Por unas horas hoy, por siempre mañana. La vida del comandante Boris*. Bogotá: Editorial Macondo, 1994.

Von Clausewitz, Carl. *De la guerra*. Barcelona: Editorial Labor, 1994.



Este libro, distinguido con el Premio Nacional de Testimonio, del Ministerio de Cultura, se terminó de imprimir en el mes de noviembre del año 2011, compuesto en caracteres Times New Roman de 11,5 sobre 13 puntos para el cuerpo del texto.